

RBA

Jo Walton

Entre extraños



Criada por una madre medio loca interesada en la magia, Morwenna Phelps crece en Gales entre los espíritus que han convertido su ciudad en una ruina industrial y solo consigue liberarse de su cruda realidad a través de las novelas de ciencia ficción. Sin embargo, cuando su madre intenta invocar a los espíritus oscuros Mori se ve forzada a enfrentarse a ella en una batalla mágica que la deja lisiada de una pierna y provoca la muerte de su hermana gemela.

Tras irse a vivir con su padre, al que apenas conoce, acaba en un internado, donde se siente sola y aislada. Sometida a las burlas de sus compañeras y al desprecio de los maestros, sólo encuentra refugio en los libros y en un intento desesperado por conseguir amigos a través de la magia, experiencia que la pondrá en contacto con su madre y con espíritus que era mejor no invocar.

Lectulandia

Jo Walton

Entre extraños

ePUB v1.0

Darkinmysoul 06.11.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Among others*.

Jo Walton, 2012.

Traducción: Francisco García Lorenzana.

Editor original: Darkinmysoul (v1.0)

ePub base v2.1

Para todas las bibliotecas del mundo,
y para los bibliotecarios que las atienden día tras día,
prestando libros a la gente.

«Er' perrehnne».

URSULA K. LE GUIN, *La rueda celeste*

—¿Qué consejo le daría a su yo más joven, y a qué edad?

—En cualquier momento entre los diez y los veinticinco:

«Va a mejorar. En serio. Realmente ahí fuera hay gente que te gustará y a la que gustarás».

FARAH MENDLESOHN, *Livejournal*, 23 de mayo de 2008

Jueves, 1 de mayo de 1975

La factoría de fornacita de Abercwmboi mató todos los árboles a tres kilómetros a la redonda. Lo medimos con el cuentakilómetros. Parecía como si algo surgido de las profundidades del infierno, negro y amenazador, con chimeneas de fuego, se reflejase en un estanque negro que acababa con todos los pájaros o animales que bebían en él. El hedor era indescriptible. Siempre subíamos los cristales de las ventanillas del coche cuando teníamos que pasar cerca e intentábamos contener la respiración, pero el abuelo decía que nadie puede contener la respiración durante tanto tiempo, y tenía razón. El olor era una mezcla de azufre, que como todo el mundo sabe es un producto del infierno y, aún peor, metales calientes y de nombre impronunciable y huevos podridos.

Mi hermana y yo lo llamábamos Mordor y nunca habíamos estado aquí solas. Teníamos diez años. Aun así, por muy mayores que fuéramos, al bajar del autobús y empezar a mirarlo nos cogimos de las manos.

Estaba anocheciendo y al acercarnos a la factoría, esta se alzó más negra y más terrible que nunca. Tenía seis de las chimeneas encendidas; cuatro expulsaban humos nocivos.

—Seguramente es un artilugio del Enemigo —murmuré.

Mor no quería jugar.

—¿De verdad crees que va a funcionar?

—Las hadas estaban seguras —respondí lo más convincente que pude.

—Lo sé, pero a veces no sé hasta qué punto comprenden el mundo real.

—Su mundo es real —protesté—. Aunque de un modo diferente. Un ángulo diferente.

—Sí. —Ella seguía mirando la fornacita, que crecía y resultaba cada vez más terrorífica a medida que nos acercábamos—. Pero no sé hasta qué punto comprenden el ángulo del mundo cotidiano. Y esto se encuentra desde luego en este mundo. Los árboles están muertos. No hay un hada en kilómetros a la redonda.

—Por eso estamos aquí —repliqué.

Llegamos a la alambrada: tres filamentos desvencijados, solo el de arriba con púas. Una señal decía: «Solo personal autorizado. Cuidado con los perros». La puerta se encontraba al otro lado, muy lejos, fuera de la vista.

—¿Hay perros? —preguntó Mor.

Ella tenía miedo de los perros, y los perros lo sabían. Algunos perros muy cariñosos que jugaban conmigo se enfurecían con Mor. Mi madre decía que era un método que podía utilizar la gente para rechazarnos. Podría haber funcionado, pero como solía ser habitual en ella, era terroríficamente malvado, un poco loco y nada práctico.

—No —respondí.

—¿Cómo lo sabes?

—Si nos vamos ahora, todo habrá sido inútil, después de pasar por todo esto y llegar tan lejos. Además, es una misión y no puedes abandonar una misión porque les tengas miedo a los perros. No sé qué dirían las hadas. Piensa en todas las cosas que tiene que superar la gente cuando realiza una misión. —Sabía que no iba a funcionar. Seguí avanzando mientras hablaba y la oscuridad crecía a nuestro alrededor. Su mano apretó con más fuerza la mía—. Además, los perros son animales. Incluso unos perros guardianes bien entrenados hubiesen bebido el agua y habrían muerto. Si realmente hubiera perros, habría al menos un par de cuerpos de perro junto a la laguna, y yo no veo ninguno. Es un farol.

Pasamos arrastrándonos por debajo de la alambrada, aguantándola en alto por turnos. La laguna calmada era como un peltre antiguo sin pulir y reflejaba las llamas de las chimeneas como rayas sinuosas y engañosas. Por debajo de ellas había luces, unas luces que iluminaban el trabajo del turno de noche.

Aquí no había ninguna vegetación, ni siquiera árboles muertos. Las cenizas crujían bajo nuestros pies, y la porquería y los escombros amenazaban con hacer que nos torciéramos los tobillos. Parecía que fuéramos los únicos seres vivos que hubiese por allí. Los puntitos como estrellas de las ventanas que había en la colina que teníamos delante parecían ridículamente fuera de nuestro alcance. Teníamos una compañera de escuela que vivía allí. Una vez habíamos asistido a una fiesta y pudimos percibir el olor incluso dentro de la casa. Su padre trabajaba en la planta. Me pregunté si ahora estaría dentro.

Nos detuvimos junto a la orilla de la laguna. Estaba completamente quieta; no se percibía ni el más leve movimiento en el agua. Busqué la flor mágica en mi bolsillo.

—¿Tienes la tuya?

—Está un poco aplastada —respondió Mor, al tiempo que la sacaba.

Las miré. La mía también estaba un poco aplastada. Nunca lo que estábamos haciendo me pareció tan infantil y estúpido como allí, de pie en el centro de aquella desolación, junto a una laguna muerta, sosteniendo un par de pimpinelas aplastadas que las hadas nos habían dicho que matarían la factoría.

No se me ocurrió nada apropiado que decir.

—Bueno, ¡una, dos, tres! —recité, y con el «tres», como siempre, tiramos las flores a la laguna sombría, donde se desvanecieron sin provocar ni siquiera una onda.

No sucedió nada. Entonces, un perro ladró a lo lejos y Mor se dio la vuelta y echó a correr; yo también me di la vuelta y corrí tras ella.

—No ha ocurrido nada —comentó, cuando ya habíamos llegado de nuevo a las calles, después de cubrir la distancia de vuelta en menos de la cuarta parte del tiempo que habíamos tardado en recorrer el camino de ida.

—¿Qué esperabas? —pregunté.

—Que la fornacita se derrumbase y se convirtiera en un lugar vacío —respondió en el tono más serio imaginable—. Bueno, eso o los ucornos.

No había pensado en los ucornos y lo lamenté.

—Creía que las flores se disolverían y que se producirían unas ondas que se expandirían, y entonces se derrumbaría, y los árboles y la hiedra la cubrirían mientras estábamos mirando, y la laguna se transformaría en agua de verdad, y vendría un pájaro y bebería, y entonces aparecerían las hadas, nos lo agradecerían y lo ocuparían todo como si fuera un palacio.

—Pero no ha ocurrido nada en absoluto —repitió, y suspiró—. Mañana les tendremos que decir que no ha funcionado. Vamos; ¿volvemos a casa andando o esperamos el autobús?

Pero había funcionado. Al día siguiente, el titular del *Leader* de Aberdare era: «Cierra la planta de fornacita: pérdida de miles de empleos».

Explico primero esta parte porque es corta y concisa, y tiene sentido, mientras que buena parte de lo que sigue no es tan sencillo.

Piensa en esto como en unas memorias. Piensa en esto como en una de esas memorias que quedan después desacreditadas para horror de todo el mundo porque el autor mintió, y resulta ser todo de un color, un género, un tipo y un credo diferentes de los que había hecho creer a todo el mundo que eran. Yo tengo el problema contrario. He de luchar para evitar que suene demasiado normal. La ficción está bien. La ficción te permite seleccionar y simplificar. Esta no es una historia agradable ni una historia fácil. Pero se trata de una historia sobre hadas, así que tienes la libertad de pensar en ella como en una historia de hadas. De todas formas, no te la vas a creer.

Muy privado
¡Este no es un libro de vocabulario!

«Et haec, olim, meminisse iuvabit!».
VIRGILIO, *Eneida*

Miércoles, 5 de septiembre de 1979

—Para ti será estupendo estar en el campo —me dijeron—. Después de venir... bueno, de un sitio tan industrializado. La escuela está en medio del campo, y hay vacas, hierba y aire saludable.

Querían deshacerse de mí. Enviarme a un internado era perfecto, pues así podían pretender que yo no existía en absoluto. Nunca me miraban directamente. Miraban a través de mí, o lo hacían de reojo. Yo no era el tipo de pariente que habrían elegido si les hubieran dado la posibilidad de escoger. Él tal vez me podría haber mirado; no lo sé, yo no lo puedo mirar directamente. Le sigo dirigiendo miraditas de reojo, para familiarizarme con él, con su barba, con el color de su cabello. ¿Se parece a mí? No lo sabría decir.

Eran tres: sus hermanas mayores. Había visto una fotografía de las tres, mucho más jóvenes pero exactamente con las mismas caras, vestidas de damas de honor y con mi tía Teg a su lado con un aspecto tan marrón como una baya. Mi madre también estaba en la foto, con su horrible vestido de novia de color rosa —rosa porque era diciembre y nosotras nacimos el junio siguiente, y ella debía de sentir un poco de vergüenza—, pero él no estaba. Ella lo había arrancado. Lo había arrancado, cortado o quemado de todas las fotografías de la boda después de que saliera corriendo. Nunca había visto una imagen de él, ni una siquiera. En *Jane de Lantern Hill*, de L. M. Montgomery, una chica cuyos padres están divorciados identifica a su padre en una foto del diario a pesar de que no lo conoce. Después de leer esto, miramos algunas fotos, pero nunca tuvieron ningún efecto sobre nosotras. Para ser honesta, la mayor parte del tiempo no pensábamos demasiado en él.

Incluso estando en su casa, me sentía casi sorprendida de que fuera real, él y sus tres hermanastras mandonas que me exigían que las llamara tía.

—Tita no —recalcaban—. Tita es vulgar.

Por eso las llamaba tía. Se llamaban Anthea, Dorothy y Frederica, lo sé como sé un montón de cosas, aunque algunas de ellas son mentira. No puedo confiar en nada de lo que me dijo mi madre, al menos hasta comprobarlo. Sin embargo, algunas cosas no se pueden comprobar en los libros. En cualquier caso, conocer sus nombres no me sirve de nada, porque no las puedo diferenciar, así que no las llamo tía algo, sino solo tía. Ellas me llaman Morwenna, de un modo muy formal.

—Arlinghurst es una de las mejores escuelas femeninas del país —comentó una de ellas.

—Nosotras también fuimos allí —metió baza otra.

—Fue una época muy feliz —sentenció la tercera. Así extendían lo que estaban diciendo, lo que parecía ser una de sus costumbres.

Yo me quedé de pie frente a la chimenea apagada, mirando hacia arriba bajo el

flequillo y apoyada en el bastón. Eso era otra cosa que tampoco querían ver. Detecté lástima en una de las caras cuando bajé del coche. Odio que ocurra eso. Me habría gustado sentarme, pero no lo iba a pedir. Ahora aguanto mejor de pie. Mejoraré, digan lo que digan los médicos. Ansío tanto correr que a veces mi cuerpo me duele más de deseo que por el dolor de la pierna.

Me di la vuelta para distraerme y me quedé mirando la chimenea. Era de mármol, muy elaborada, y estaba decorada con ramas con hojas de abedul de cobre. Todo estaba muy limpio, pero no era demasiado práctico.

—Así que te vamos a comprar los uniformes en Shrewsbury, hoy mismo, y te llevaremos mañana —concluyeron.

Mañana. Desde luego, no pueden esperar a librarse de mí, con mi feo acento inglés, mi cojera y, lo peor de todo, mi existencia inconveniente. Yo tampoco me quiero quedar. El problema es que no tengo ningún sitio a donde ir. No te dejan vivir sola hasta los dieciséis; eso lo descubrí en el Hogar. Y él es mi padre, aunque no lo haya visto nunca. En cierto sentido, estas mujeres son realmente mis tías. Eso hace que me sienta más sola y mucho más lejos de casa que en cualquier otro momento anterior. Echo de menos a mi verdadera familia, la que me ha abandonado.

El resto del día lo dedicamos a las compras, con las tres tías, pero sin él. No sé si eso me alegraba o me apenaba. El uniforme de Arlinghurst se tenía que comprar en una tienda especial, como mi uniforme del instituto. Estábamos tan orgullosas cuando aprobamos el examen de reválida al finalizar la educación primaria... Decían que éramos la flor y nata de los valles. Ahora todo eso pertenece al pasado, y en su lugar me obligan a asistir a ese internado de lujo con sus extrañas normas. Una de las tías tenía una lista y compramos todo lo que figuraba en ella. Desde luego, no dudan en gastar dinero. Nunca nadie se había gastado tanto en mí. La lástima es terrible. Buena parte de lo que compramos eran equipos deportivos. No les dije que no los iba a usar en un futuro próximo, ni quizá nunca. Intenté evitar esa idea. Me he pasado toda la infancia corriendo. He ganado muchas carreras. La mayoría de las carreras escolares se habían decidido entre las dos, dejando muy atrás a todos los demás. El abuelo había hablado alguna vez de las Olimpiadas, fantaseando, pero las había mencionado. Decía que nunca habían participado unas gemelas en los Juegos Olímpicos.

Cuando llegamos al tema de los zapatos surgió el problema. Dejé que me compraran zapatos de hockey, zapatos para correr y zapatillas de lona para hacer gimnasia, porque los podía usar o no. Pero cuando se trató de los zapatos del uniforme, los de diario, las tuve que parar.

—Uso un zapato especial-las informé, sin mirarlas—. Tiene una suela especial. Lo tienen que fabricar en una ortopedia. No me podéis comprar zapatos así como así.

La dependienta confirmó que no podíamos comprar los zapatos del modelo de la escuela. Nos enseñó un zapato escolar. Era feo y no se diferenciaba demasiado de los

zapatos macizos que llevaba yo.

—¿No puedes andar con estos? —preguntó una de las tías.

Sostuve el zapato escolar en las manos y lo miré.

—No —respondí, dándole la vuelta—. Tienen tacón, mira. —Era indiscutible, aunque probablemente la escuela pensaba que era el tacón mínimo que debía llevar una chica adolescente que se preciara.

No tenían intención de humillarme por completo cuando se pusieron a discutir sobre los zapatos, sobre mí y sobre mi suela especial. Me tuve que convencer de ello mientras seguía allí como una roca, con una media sonrisa dolorosa en la cara. Vi que querían preguntar cuál era el problema que tenía en la pierna, pero las miré desafiante y no se atrevieron. Que ocurriera esto, y presenciarlo, me animó un poco. Se rindieron con los zapatos y dijeron que la escuela lo tendría que comprender.

—No se trata de que mis zapatos sean rojos y glamurosos —comenté.

Eso fue un error, porque entonces las tres se fijaron en los que llevaba. Son zapatos de lisiada. Me dieron a elegir entre zapatos de señora para lisiadas negros o marrones, y elegí los negros. Mi bastón es de madera. Era del abuelo, que sigue vivo, pero está en el hospital, intentando recuperarse. Si mejora, es posible que pueda volver a casa. No es probable, siendo realista, pero es la única esperanza que me queda. Tengo mi anillo de madera colgado de la cremallera de la rebeca. Se trata de un trozo de árbol, con corteza, procedente de Pembrokeshire. Lo tengo desde hace mucho tiempo. Lo toqué, para acariciar la madera, y vi que me estaban mirando. Vi en sus caras qué era lo que veían ellas: una adolescente pequeña, extraña, con el cabello de punta y lisiada, con un trozo de madera desgastada. Pero lo que deberían haber visto eran dos niñas que irradiaban confianza. Yo sabía lo que había pasado; ellas, no, y nunca lo habrían comprendido.

—Sois muy inglesas —comenté.

Ellas sonrieron. De donde vengo yo, «inglés» es un insulto, una palabra terrible, lo peor que se le puede llamar a alguien. Pero ahora yo soy inglesa.

Cenamos alrededor de una mesa que habría sido suficiente para dieciséis, pero en la cual la quinta plaza que habían dispuesto para mí resultaba incómoda. Todo hacía juego: el mantel, las servilletas, los platos. No podía ser más distinto a mi casa. La comida fue, como esperaba, terrible: carne correosa, patatas aguadas y una verdura verde en forma de lanza que sabía a hierba. La gente me había dicho durante toda mi vida que la comida inglesa era espantosa, y resulta tranquilizador saber que tenían razón. Hablaron sobre internados, a los que todas habían ido. Yo lo sabía todo sobre ellos. No en vano había leído *Greyfriars*, *Torres de Malory* y las obras completas de Angela Brazil.

Después de cenar, él me pidió que fuera a su estudio. A las tías no les gustó la idea, pero no dijeron nada. El estudio fue una completa sorpresa, porque estaba lleno

de libros. Teniendo en cuenta el resto de la casa, había esperado encontrar viejas ediciones encuadernadas en piel de Dickens, Trollope y Hardy (la abuela adoraba a Hardy), pero, en vez de eso, las estanterías estaban abarrotadas de libros de bolsillo, muchos de ellos de ciencia ficción. Por primera vez desde que había llegado a aquella casa me pude relajar, y hacerlo por primera vez en su presencia, porque si había libros, quizá no fuera tan malo.

Había más cosas en la habitación —sillas, una chimenea, una bandeja con bebidas, un tocadiscos—, pero las ignoré o las evité, y me acerqué todo lo deprisa que pude a la estantería con los libros de ciencia ficción.

Vi allí toda una colección de Poul Anderson que no había leído. Embutida encima de la A se encontraba *La búsqueda del dragón*, de Anne McCaffrey, que parecía la secuela de *La búsqueda del weyr*, que leí en una antología. En el estante inferior había un libro de John Brunner que no conocía. Mejor aún, dos, no, tres libros de John Brunner que no había leído. Empecé a sentir cómo se me anegaban los ojos.

Me había pasado el verano prácticamente sin libros, solo con los que me llevé cuando salí huyendo de mi madre: los tres volúmenes en la edición de bolsillo de *El Señor de los Anillos*, por supuesto; el segundo volumen de *Las doce moradas del viento*, de Ursula Le Guin, que defenderé ante quien sea como la mejor colección de relatos cortos de un mismo autor de todos los tiempos, y *La última astronave desde la Tierra*, de John Boyd, que tenía en aquel momento a medias y no valía la pena releer, tal como ya me esperaba. Había leído, aunque no me la llevé de casa, *Cuando Hitler robó el conejo rosa*, de Judith Kerr, y la comparación con Anna llevándose un juguete nuevo en lugar del conejo rosa cuando abandonaron el Tercer Reich me acompañaba incómodamente cada vez que miraba el Boyd.

—¿Puedo...? —empecé a preguntar.

—Puedes coger todos los libros que quieras, solo tienes que cuidarlos y devolverlos cuando acabes —respondió. Cogí el libro de Anderson, el de McCaffrey y los de Brunner—. ¿Qué has elegido? —preguntó.

Me di la vuelta y se los mostré. Ambos contemplamos los libros, pero no nos miramos.

—¿Has leído el primero de este? —preguntó, dándole un golpecito al McCaffrey.

—Lo saqué en préstamo de la biblioteca —respondí. Había leído toda la colección de ciencia ficción y fantasía de la biblioteca de Aberdare, desde *Ensign Flandry*, de Anderson, hasta *Criaturas de luz y tinieblas*, de Roger Zelazny, un título extraño para un libro y sobre el que aún no sé qué pensar.

—¿Has leído algo de Delany? —preguntó. Se sirvió un whisky y bebió un sorbo. Olía raro, horrible.

Negué con la cabeza. Me dio una edición doble; una mitad era *Empire Star*, de Samuel R. Delany. Le di la vuelta para ver la otra mitad, pero él chasqueó la lengua

impaciente y lo miré fugazmente.

—La otra mitad es solo basura —comentó desdeñoso, sacando un cigarrillo con una fuerza innecesaria—. ¿Qué tal Vonnegut?

Había leído las obras completas de Kurt Vonnegut Jr. hasta la fecha. Algunas de ellas las leí de pie en la librería Lears de Cardiff. *Dios le bendiga, Mr. Rosewater* es muy raro, pero *Cuna de gato* es lo mejor que he leído nunca.

—Oh, sí —respondí.

—¿Qué de Vonnegut?

—Todo —contesté confiada.

—¿*Cuna de gato*?

—*El desayuno de los campeones, Bienvenida a la jaula de los monos...* —enumeré los títulos. Parecía complacido. Mis lecturas habían sido un entretenimiento y una adicción, pero nadie parecía haberse alegrado por mí hasta ese momento.

—¿Qué te pareció *Las sirenas de Titán*? —me preguntó, cuando me quedé callada.

Negué con la cabeza.

—¡No he oído hablar de él!

Dejó la bebida, se inclinó, sacó el libro, casi sin mirar los estantes, y lo añadió a mi pila.

—¿Y Zenna Henderson?

—*Peregrinación* —respiré hondo.

Se trata de un libro que me habla a mí. Lo adoro. No lo ha leído nadie que yo conozca. No lo pedí prestado en la biblioteca. Lo tenía mi madre en una edición americana con un agujero estampado en la cubierta. No creía que existiese ninguna edición británica. Henderson no estaba en el fondo de la biblioteca. Por primera vez me di cuenta de que si él es mi padre, que en cierto sentido lo es, entonces la conoció hace mucho tiempo. Se casó con ella. Tenía la secuela de *Peregrinación* y dos colecciones más. Las cogí todas, sin saber qué pensar sobre él. Casi no podía sostener la pila de libros con una sola mano. Los metí todos en la bolsa, que me colgaba del hombro, como siempre.

—Creo que ahora me voy a la cama a leer —comenté.

Él sonrió. Era una sonrisa agradable, no como nuestras sonrisas. Durante toda mi vida me habían dicho que nos parecíamos a él, pero yo no veo el parecido. Si él es el Lazarus Long de nuestro Laz y Lor, esperaba tener alguna sensación de reconocimiento. Nunca nos habíamos parecido a nadie de nuestra familia, pero excepto por el color de los ojos y del cabello, tampoco me veo ningún parecido con él. No importa. Tengo los libros, libros nuevos, y lo puedo soportar todo siempre que haya libros.

Jueves, 6 de septiembre de 1979

Mi padre me llevó en coche a la escuela. En el asiento de atrás había una maleta que yo no había visto nunca, en donde, según me aseguró una de las tías, estaba el uniforme perfectamente doblado. También había una bolsa de cuero, que, según me dijo, contenía el material escolar. Ninguna de las dos estaba desgastada, por lo que pensé que debían de ser nuevas. Debieron de costar una fortuna. En mi propia bolsa llevaba, además, lo que había cogido cuando hui, así como los libros que había tomado prestados. La agarré con fuerza y resistí sus intentos de quitármela y ponerla junto con el equipaje. Les hice un gesto con la cabeza, con la lengua inmóvil en la boca. Me sorprendía comprobar que resultaba imposible llorar o mostrar cualquier emoción intensa con esa gente. No era mi gente. No era como mi gente. Dicho así sonaba como el primer verso de un poema y tuve deseos de apuntarlo en mi cuaderno de notas. Subí al coche con dificultades. Resultaba doloroso. Al menos había sitio para estirar la pierna una vez dentro. Los asientos delanteros son mejores que los posteriores; de eso ya me había dado cuenta antes.

Conseguí dar las gracias, además de despedirme. Las tías me dieron un beso.

Mi padre no me miró mientras conducía, lo cual significaba que yo lo podía mirar de reojo. Fumaba, encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior, como hacía ella. Bajé el cristal de la ventanilla para que entrara un poco de aire. Sigo pensando que no se parece en nada a nosotras. No solo es por la barba. Me pregunté qué habría pensado de él Mor y aparté rápidamente el pensamiento de mi mente. Al cabo de un rato comentó, mientras daba una calada:

—Te he inscrito como Markova.

Ese es su apellido. Daniel Markova. Siempre lo he sabido. Es el apellido que figura en mi partida de nacimiento. Estaba casado con mi madre. Es el apellido de casada de ella, y lo usa. Pero yo nunca lo he utilizado. Mi apellido es Phelps, y así es como había ido a la escuela. Phelps significa algo, al menos en Aberdare, y representa a mis abuelos, a mi familia. Markova me recuerda a la loca de mi madre. De todos modos, en Arlinghurst tampoco significará nada.

—Morwenna Markova es un poco trabalenguas —comenté tras un rato demasiado largo.

Él se rio.

—Eso mismo dije yo cuando nacisteis. Morwenna y Morgana.

—Según ella, tú elegiste los nombres —repliqué en voz no demasiado alta, mirando por la ventanilla abierta el rompecabezas en movimiento de los campos llanos llenos de vida en crecimiento. Algunos de ellos estaban en barbecho y los otros, arados.

—Supongo que sí —respondió—. Tu madre tenía un montón de listas y me hizo

escoger. Todos eran muy largos y muy galeses. Le dije que serían un trabalenguas, pero me contestó que la gente no tardaría nada en acortarlos. ¿Lo hicieron?

—Sí —confirmé, mientras seguía mirando hacia fuera—. Mo, o Mor. O Mori.

Mori Phelps será el nombre que utilizaré cuando sea una poetisa famosa. Es el que pongo ahora en mis libros. Ex libris de Mori Phelps. ¿Qué tiene que ver Mori Phelps con Morwenna Markova? ¿Qué le va a ocurrir en su nueva escuela? Me decía que algún día me iba a reír de esto. Me reiré de esto con gente tan inteligente y sofisticada que ahora no me la puedo ni siquiera imaginar.

—Y a tu hermana, ¿la llamaban Mog? —preguntó.

Era la primera vez que me preguntaba por ella. Negué con la cabeza, pero entonces me di cuenta de que estaba conduciendo y no me veía.

—No —respondí—. Mo o Mor, a las dos.

—Pero ¿cómo os diferenciaban? —No me estaba mirando, sino que encendía otro cigarrillo.

—No podían. —Sonreí para dentro.

—¿Te importará ser Markova en la escuela?

—No me preocupa. Y de todas formas, la escuela la vas a pagar tú —contesté.

Giró la cabeza y me miró durante un segundo, antes de devolver la atención a la carretera.

—La pagarán mis hermanas —aclaró—. Yo no tengo más dinero que el que me dan. ¿Conoces mi situación familiar?

¿Qué había que saber? No sabía nada de él excepto que era inglés, lo cual me provocó peleas interminables en el patio de recreo, y que se había casado con mi madre cuando él tenía diecinueve años, y que dos años después salió huyendo cuando ella estaba en el hospital esperando otro bebé, un bebé que murió a causa de la impresión que recibió mi madre.

—No —respondí.

—Mi madre se casó con un hombre llamado Charles Bartleby, que era bastante rico. Tuvieron tres hijas. Entonces estalló la guerra. Él se fue a combatir en Francia en 1940, lo capturaron y lo enviaron a un campo de prisioneros. Mi madre dejó a las tres niñas pequeñas con la abuela Bartleby, en Old Hall, la casa que acabamos de abandonar. Se fue a trabajar a la cantina de la RAF, para ayudar en el esfuerzo de guerra. Allí conoció a un piloto polaco llamado Samuel Markova y se enamoró de él. Era judío. Yo nací en marzo de 1944. En septiembre de ese año, dejaron libre a Bartleby y regresó a Inglaterra, donde mi madre y él se divorciaron. Ella se casó con mi padre, quien acababa de saber que toda su familia de Polonia había sido asesinada.

Me preguntaba si él también tenía mujer e hijos. Estaba segura de que sí. ¡Un judío polaco! Soy en parte polaca. ¿También en parte judía? Todo lo que sé del judaísmo procede de *Cántico por Leibowitz* y de *Muero por dentro*. Bueno, y de la

Biblia, supongo.

—Mi madre tenía algo de dinero propio, pero no demasiado. Mi padre dejó la RAF después de la guerra y trabajó en una fábrica en Ironbridge. Bartleby les dejó el dinero y la casa a mis hermanas. Cuanto tenía trece años, mi madre murió en un accidente. Mis hermanas, que para entonces ya eran adultas, asistieron al funeral. Anthea se ofreció a pagarme la escuela y mi padre aceptó. Me han estado financiando desde entonces. Como sabes, me casé cuando estudiaba en la universidad.

—¿Qué le ocurrió a Bartleby? —pregunté. No podía ser mucho más viejo que mi abuelo.

—Se suicidó de un disparo cuando las chicas cumplieron veintiún años —respondió, en un tono de voz que dejaba claro que no admitiría más preguntas.

—¿Qué... hiciste? —pregunté.

—Ellas controlan el dinero, pero yo gestiono la propiedad —contestó. Tiró la colilla en el cenicero, que estaba a rebosar.

—¿Has vivido allí desde que te fuiste? —pregunté.

—Sí.

—Pero nos dijeron que no sabían dónde estabas. Mi abuelo vino hasta aquí para hablar con ellas —expuse, indignada.

—Mintieron. —No me estaba mirando—. ¿Te sabe muy mal que me fuera?

—Yo también he huido de ella —contesté, lo que no respondía su pregunta, pero parecía suficiente.

—Sabía que tus abuelos te cuidarían —comentó.

—Lo hicieron —reconocí—. No te tendrías que haber preocupado por eso.

—Ah.

Entonces me di cuenta con culpabilidad de que mi sola presencia en ese coche era en realidad un gran reproche. En primer lugar, yo solo era una, cuando él abandonó a unas gemelas. En segundo lugar, estoy lisiada. En tercer lugar, estoy aquí; me escapé. Tuve que pedir su ayuda... y lo peor, tuve que utilizar los servicios sociales para pedir su ayuda. Estaba claro que las decisiones que tomó sobre nosotras estaban muy lejos de ser las adecuadas. De hecho, mi existencia en ese momento le demostraba que era un mal padre. Y a decir verdad, lo es. Sea como sea mi madre, dejar abandonados a unos bebés no es algo que esté bien; y de hecho, abandonar a unos bebés con ella es una irresponsabilidad total. Pero yo también he huido de ella.

—Habría crecido de una u otra forma —comenté. Mis abuelos. Los valles. Mi hogar—. De verdad. Había tantas cosas que podía amar... No pude tener una infancia más feliz.

—Pronto te llevaré a conocer a mi padre, quizá a mitad del trimestre —comentó.

Había conectado el intermitente y giramos entre dos olmos, ambos moribundos, y entramos en un camino de grava que crujía bajo las ruedas del coche. Estábamos en

Arlinghurst. Habíamos llegado.

Mi primera experiencia en la escuela fue la lucha por la química. Se trataba de una casa grande y elegante que ocupaba el centro de la propiedad, con una apariencia seria y victoriana. Pero el lugar olía a escuela: tiza, repollo hervido, desinfectante, sudor. La directora era distante y tenía buenos modales. No le dio permiso a mi padre para fumar, lo que le puso de mal humor. Las sillas eran demasiado bajas. Tuve problemas para levantarme de la mía. Pero nada de eso habría importado si no llega a ser por el horario que me entregó. Primero, cada día había tres horas de deporte. Segundo, arte y educación religiosa eran obligatorias. Tercero, podía elegir entre química y francés, y entre latín y biología. Las otras opciones eran muy sencillas, como física o economía, o historia o música.

Robert Heinlein dice en *Consigue un traje espacial: viajarás*, que las únicas cosas que vale la pena estudiar son historia, idiomas y ciencias. En realidad, menciona las mates, pero para ser honesta se olvidaron de la parte matemática de mi cerebro. Mor se quedó con todas las matemáticas. Aparte de esto, éramos iguales: o lo comprendíamos al instante o se tenía que usar una taladradora para metérselo en la cabeza. «¿Cómo puedes comprender el álgebra booleana si aún tienes problemas con las divisiones largas?», había preguntado desesperado mi maestro de matemáticas. Pero los diagramas de Venn son fáciles, mientras que las divisiones largas siguen siendo un misterio para mí. Lo más difícil eran los problemas sobre personas que hacían cosas incomprensibles sin motivación aparente. Yo me sentía inclinada a alejarme de la suma para preguntarme por qué la gente se iba a preocupar por saber a qué hora se cruzaban dos trenes —seguro que eran espías—, o por qué iban a ser tan puntillosos sobre la disposición de los asientos —debían de ser personas recién divorciadas— o, lo que sigue siendo incomprensible para mí hasta el día de hoy, por qué iban a preparar un baño sin ningún enchufe.

La historia, los idiomas y la ciencia no me planteaban esos problemas. Cuando tienes que utilizar las matemáticas en ciencias, siempre tienen sentido y, además, se te permite el uso de la calculadora.

—Necesito tanto el latín como la biología, y tanto el francés como la química —planteé, levantando la vista del horario—. Pero no necesito ni el arte ni la educación religiosa, así que supongo que será un cambio fácil.

La directora se subió por las paredes con ese comentario, porque estaba claro que los horarios eran sagrados o algo por el estilo. No le presté demasiada atención.

—Hay más de quinientas chicas en esta escuela. ¿Propones que las moleste a todas para satisfacerte a ti?

Mi padre, que sin duda había leído a Heinlein, me respaldó. Cualquier día voy a situar a Heinlein por encima de una directora. Al final llegamos al compromiso de que renunciaba a la biología si podía tener las otras tres, lo cual se podía arreglar con

un pequeño cambio entre dos clases. Iba a estudiar química en una clase diferente, pero eso no me preocupaba. Por ahora, aquello parecía una victoria razonable, por lo que consentí que me enseñaran mi dormitorio y me presentaran a mi tutora y a mis «nuevas amigas».

Mi padre me besó en las mejillas cuando me despedí. Lo vi salir por la puerta principal y encender un cigarrillo en cuanto se encontró al aire libre.

Viernes, 7 de septiembre de 1979

Todo lo que se dice sobre el campo no es más que una broma.

Bueno, es verdad en cierto sentido. Arlinghurst se encuentra aislado en medio de un terreno llano, rodeado por tierras de cultivo. No hay ni un centímetro de terreno en treinta kilómetros a la redonda que no esté usando alguien. Hay vacas, unos animales feos y tontos; vacas blancas y negras, como las vacas de juguete, no marrones, como las vacas de verdad que habíamos visto durante las vacaciones. (¿Cómo? ¿Vacas marrones? Nadie puede hablar con ellas.) Merodean por los campos hasta la hora de ordeñarlas, momento en que forman una fila y regresan al patio de la granja. Esta tarde he descubierto, cuando me han dejado salir a dar un paseo por la propiedad, que estas vacas son tontas. Bovinas. Conocía la palabra, pero no había llegado a apreciar lo literal que puede llegar a ser.

Yo procedo de los valles galeses. Hay una razón por la que los llaman «los valles». Son estrechos valles glaciares sin apenas terreno llano en el fondo. Hay valles de esos por toda Gales. La mayoría de ellos tienen una iglesia y unas pocas granjas, quizá un millar de personas en todo el valle. Eso es todo lo que un valle puede soportar de manera natural. Nuestro valle, el de Cynon, al igual que los valles vecinos, tiene una población de más de cien mil habitantes, todos viviendo en unas casas victorianas que ascienden por las laderas como cepas, apretujadas en unas filas que casi no dejan espacio entre ellas para tender la ropa. Las casas y la gente están muy apelotonados, como en una ciudad, peor que en una ciudad, salvo que no es una ciudad. Pero lejos de esas filas de casas, todo es salvaje. E incluso en ellas, siempre podías alzar los ojos.

Podías alzar los ojos hacia los montes, de donde vendrá mi salvación: un salmo que siempre me había parecido evidente. Las colinas eran hermosas, eran verdes y tenían árboles y ovejas, y siempre estaban ahí. Eran salvajes, en el sentido de que cualquiera podía pasear por ellas en cualquier momento. No pertenecían a nadie, a diferencia de los campos llanos y cercados que había alrededor de la escuela. Las colinas eran tierra comunal. En la parte baja de los valles había ríos y bosques, además de las ruinas surgidas como consecuencia de que cerraran las fundiciones de hierro y se abandonaran los centros industriales. Las ruinas favorecían la aparición de plantas; así regresaban a la naturaleza y podían ser ocupadas después por las hadas. Lo que creíamos que iba a ocurrir con la fornacita sucedió de verdad. Solo que tardó un poco más de lo que imaginábamos.

Pasamos nuestra infancia jugando en las ruinas, a veces solas y a veces con otros niños, o con las hadas. Durante algún tiempo no nos dimos cuenta de qué eran las ruinas. Cerca de casa de tita Florrie había una antigua fundición en la que jugábamos todo el tiempo. Allí había otros niños y a veces jugábamos con ellos al escondite, un

juego maravilloso para el que contábamos con todo aquel lugar. Yo no sabía lo que era una fundición. Si me hubieran presionado, habría llegado a deducir que la etimología de la palabra revelaba que alguien debía de fundir metal, pero nadie me presionó. Era un lugar, una cosa. En otoño crecían adelfillas por todas partes. Era normal que supiéramos lo que eran.

La mayoría de las ruinas en las que jugábamos, en los bosques, no tenían nombre y podrían haber sido cualquier cosa. Las llamábamos cabaña de la bruja, castillo del gigante o palacio de las hadas, y jugábamos a que eran el último reducto de Hitler o las murallas de Angband, pero en realidad eran reliquias industriales viejas y desmoronadas. Las hadas no las habían construido. Las habían ocupado con la vegetación después de que la gente se fuera. Las hadas no podían construir nada, nada real. No podían hacer nada. Por eso nos necesitaban. Nosotras no lo sabíamos. Había muchas cosas que no sabíamos y que no se nos ocurría preguntar. Antes de que llegara la gente, supongo que las hadas vivían en los árboles y no en casas. Quizá los campesinos les dieran leche. Tampoco habría tantos.

La gente, o mejor dicho, sus antepasados, había venido a los valles a principios de la Revolución industrial. Bajo los montes había hierro y carbón, y por eso en los valles es donde estaban los pueblos que más crecían en aquel entonces, pueblos llenos de gente. Si alguien se ha preguntado alguna vez por qué no hubo una emigración galesa al Nuevo Mundo similar a la irlandesa o la escocesa, la respuesta es sencilla: se debe a que la gente no tuvo necesidad de abandonar sus granjas, pues tenían un lugar propio al que ir. O al menos creían que era suyo. También vinieron los ingleses. La lengua galesa se perdió. El galés fue la lengua materna de mi abuela, la segunda lengua de mi madre y una lengua que yo solo soy capaz de balbucear. La familia de mi abuela procedía del oeste de Gales, de Carmarthenshire. Aún tenemos familiares allí: Mary-del-campo y su gente.

Mis antepasados vinieron, como todos los demás, después del descubrimiento del hierro y el carbón. La gente empezó a construir fundiciones en el mismo lugar donde estaban las minas, ferrocarriles para transportar el hierro, casas para los trabajadores, más fundiciones, más minas, más casas, hasta que los valles estuvieron cubiertos de sólidas líneas de casas. Las colinas seguían existiendo entre los valles, y las hadas se debieron de refugiar en ellas. Entonces se agotó el hierro, o resultaba más barato producirlo en cualquier otro sitio, y aunque la minería del carbón siguió funcionando, no era más que un vestigio lamentable del esplendor de cien años atrás. Las fundiciones se abandonaron. Los pozos se cerraron. Algunas personas se fueron, pero la mayoría se quedó. Para entonces, aquel lugar ya se había convertido en su hogar. Cuando yo nací, el desempleo crónico era una realidad más de la vida, y las hadas habían regresado al valle y ocupado las ruinas que no quería nadie.

Crecimos jugando libremente en las ruinas y no teníamos una idea real de la

historia. Era un lugar maravilloso para los niños. Estaba abandonado, invadido por la vegetación e ignorado, y en cuanto salías de casa estabas en la naturaleza. Siempre podías subir a la montaña para adentrarte en la naturaleza salvaje de verdad, con piedras, árboles y ovejas, aunque estuviese cubierta del polvo gris del carbón y fuera muy poco atractiva. (No puedo entender cómo la gente se puede poner tan sentimental con las ovejas. Nosotros les solíamos gritar «¡Salsa de menta!» para que salieran corriendo. Tita Teg siempre se estremecía al verlo y nos decía que no lo hiciéramos, pero no le hacíamos caso. Bajaban al valle, tiraban los cubos de basura y estropeaban los jardines. Por eso teníamos cerradas las puertas de las verjas.) Pero incluso en la parte baja del valle, al correr por donde fuera, se encontraban vetas de árboles y ruinas. Estaban por todas partes, a través, por debajo y alrededor del pueblo. De hecho, no era el único paisaje que conocíamos. De vacaciones fuimos a Pembrokeshire y subimos a montañas de verdad, las Brecon Beacons, y también fuimos a Cardiff, que es una ciudad con tiendas de ciudad. Pero los valles eran nuestro hogar, eran el paisaje de la normalidad, y eso nunca lo pusimos en duda.

Las hadas no dijeron nunca que hubieran construido las ruinas. Dudo que se lo preguntásemos, pero si lo hubiéramos hecho, se habrían reído, como hacían con la mayoría de nuestras preguntas. Estaban allí de forma inexplicable o, algunos días, inexplicablemente no estaban. Unas veces hablaban con nosotras, y otras, huían de nosotras. Como ocurría con los demás niños que conocíamos, podíamos jugar con ellas o sin ellas. Lo único que de verdad necesitábamos éramos nosotras mismas, la una a la otra, y nuestra imaginación.

Los lugares de mi infancia estaban unidos por sendas mágicas, que casi no usaban los adultos. Ellos tenían caminos, nosotras teníamos estas sendas. Eran para pasear, eran diferentes y accesorias, más anchas que un sendero pero no lo suficiente para que pasaran coches; a veces corrían paralelas a los caminos reales y a veces iban de ninguna parte a ninguna parte, de una ruina de los elfos al laberinto de Minos. Les dábamos nombres, pero sabíamos con certeza que su verdadero nombre era «dranvías». Nunca saboreé esta palabra en la boca para entender lo que eran en realidad: tranvías. El galés transforma las consonantes iniciales. En realidad lo hacen todas las lenguas, pero la mayoría tardan siglos, mientras que el galés lo hace mientras aún tienes la boca abierta. *Tran* por *dran*, por supuesto. En su momento hubo tranvías que recorrían las vías de estos dranvías, tranvías cargados de hierro o carbón. Ahora tan vacíos y cubiertos de hojas, usados solo por los niños y las hadas, en su momento habían sido pequeños ferrocarriles.

No era que no conociéramos la historia. Aunque solo nos circunscribamos al mundo real, sabíamos más historia que la mayoría de la gente. Nos habían hablado sobre los hombres de las cavernas, los normandos y los Tudor. Sabíamos de los griegos y los romanos. Conocíamos un montón de historias personales de la Segunda

Guerra Mundial. E incluso sabíamos bastantes cosas de la historia familiar. Pero nada de esto estaba conectado con el paisaje. Y fue el paisaje el que nos dio forma, el que, al crecer en él, nos convirtió en lo que éramos, el que lo moldeó todo. Creíamos que estábamos viviendo en un paisaje de fantasía, cuando en realidad era uno de ciencia ficción. En nuestra ignorancia, jugábamos en medio de lo que habían dejado los elfos y los gigantes, creyendo que las hadas eran sus propietarias en lugar de ser sus usufructuarias. Yo bauticé los dránvías con nombres de lugares de *El Señor de los Anillos*, cuando en realidad debería haber reconocido que procedían de *Las crisálidas*.

Resulta sorprendente lo grandes que pueden llegar a ser las cosas que uno puede no ver.

Martes, 18 de septiembre de 1979

La escuela es horrible, como esperaba. Por un lado, como ya sabía por todas las novelas escolares, uno de los elementos más importantes de los internados son los deportes. Yo no estoy en condiciones de practicar ningún deporte. Por otro lado, todas las demás chicas proceden del mismo contexto. Casi todas son inglesas, de no demasiado lejos, productos del mismo paisaje que la escuela. Varían un poco en forma y tamaño, pero la mayoría de ellas tienen la misma voz. Mi voz, que era elegante en los valles y que allí señalaba inmediatamente mi clase social, aquí me identifica como a una bárbara extranjera. Y por si ser una bárbara lisiada no fuera suficientemente malo, también está el hecho de que he aparecido avanzado el curso en una clase cuyas alumnas se conocen desde hace dos años, con enemistades y alianzas forjadas, con líneas que no se deben cruzar y que yo desconozco.

Afortunadamente, las descubrí con rapidez. No soy estúpida. Nunca he ido a una escuela en la que nadie me conociera de antes, o que no conociese a mi familia, y nunca había ido sola a una escuela nueva, pero acabo de pasar tres meses en un hogar para niños, y esto no puede ser mucho peor. Utilizando la clave de las voces, identifiqué a otras dos bárbaras, una irlandesa (a la que llaman Deirdre, pero que en realidad se llama Dreary) y una judía (a la que llaman Sharon, aunque se llama Shagger). Hago lo que puedo para hacerme amiga de ellas.

Me quedo mirando a las otras chicas cuando intentan burlarse de mí, tratarme con condescendencia o impresionarme, y me siento satisfecha al comprobar que mi mirada funciona tan bien como siempre. Me ponen mote con frecuencia: Taffy, Thief y Commie, así como otros un poco más justificados, como Crip y Pelota. Commie es porque se creen que mi apellido es ruso. Me equivoqué al pensar que no significaría nada para ellas. Me pellizcan y me golpean cuando creen que no podré revolverme, pero no son realmente violentas. No es nada, absolutamente nada, comparado con el Hogar. Tengo mi bastón y mi mirada, y muy pronto empecé a contar historias de fantasmas después de que apagaran las luces. Deja que te teman si con ello consigues que te dejen en paz. Deja que te odien si con ello consigues que te teman. Es una estrategia bastante buena para un internado, le dio resultado a Tiberio. Se lo explico a Sharon, que me mira como si fuera un alien. «¿Qué?». Nunca me acostumbraré a este lugar.

Muy deprisa me puse a la cabeza de la clase en todo excepto en matemáticas. Muy rápidamente. Más deprisa de lo que había esperado. Quizá estas chicas no son tan listas como las del instituto. Allí una o dos compitieron con nosotras, pero aquí no parece que haya ninguna a la altura. Estoy muy por encima de las demás. Mi popularidad, curiosamente, sube y baja un poco a la vez a causa de las notas. A ellas no les preocupan las clases ni me odian porque las supero, pero se obtienen puntos

por las notas excepcionales, y esos puntos les preocupan un montón. Resulta deprimente ver cuántos internados son exactamente como los describió Enid Blyton, y cuando son distintos, resultan peores.

La clase de química, en la que estoy con un grupo de chicas diferentes, es mucho mejor. La imparte el profesor de ciencias, el único profesor de la escuela, y las chicas parecen bastante más interesadas en el tema. Es lo mejor del currículo y me alegro de haber luchado por ello. No me preocupa perderme el arte, aunque tita Teg sí que se habría preocupado. No le he escrito. He pensado en hacerlo, pero no me atrevo. Imagino que no le va a decir a mi madre dónde me encuentro —sería la última persona en hacerlo—, pero no puedo arriesgarme.

Ayer descubrí la biblioteca. He obtenido permiso para pasar allí el tiempo que se supone que debería estar haciendo deporte. De repente, ser una lisiada empieza a parecer una ventaja. No es una biblioteca maravillosa, pero es mucho mejor que nada, así que no me voy a quejar. He terminado todos los libros que me prestó mi padre. (Tenía razón sobre la otra mitad de *Empire Star*, pero *Empire Star* es de lo mejor que he leído.) En las estanterías de aquí he encontrado *Teseo, rey de Atenas* y otra novela de Mary Renault de la que no había oído hablar, titulada *El auriga*, y tres novelas de ciencia ficción para adultos de C. S. Lewis. La biblioteca tiene paneles de madera y unas sillas de cuero viejo y cuarteado. Hasta el momento parece que está desierta, excepto por mí y por la bibliotecaria, la señorita Carroll, con la que soy indefectiblemente cortés.

Ahora tengo la oportunidad de actualizar mi diario. Una de las peores cosas de este lugar es lo difícil que resulta quedarse a solas, y otra, que todo el mundo te esté preguntando continuamente lo que estás haciendo. Responder «Escribir un poema» o «Escribir en mi diario» sería el beso de la muerte. Tras el primer par de días dejé de intentarlo, aunque lo deseaba. Ya han llegado a la conclusión de que soy rara. Duermo en un dormitorio con once chicas. Ni siquiera estoy sola en el cuarto de baño: no hay puertas en los lavabos ni en las duchas y, por supuesto, creen que el humor escatológico es la cima del ingenio.

Por la ventana de la biblioteca puedo ver las ramas de un olmo moribundo. Los olmos se están muriendo por todas partes; están enfermos de grafiosis. No es culpa mía. Yo no puedo hacer nada al respecto. Pero sigo pensando que podría si las hadas me explicaran lo que tengo que hacer. Se trata del tipo de situaciones en las que debería poderse hacer algo. Los árboles moribundos están muy tristes. Le pregunté a la bibliotecaria sobre ello y me dio un ejemplar atrasado de *New Scientist*, en el que leí algunos datos sobre el tema. Se trata de una enfermedad fúngica que llegó de América con un cargamento de madera. Eso hace que aún parezca más probable que se pueda hacer algo. Los olmos no son más que un único olmo, son clones; por eso están sucumbiendo todos. No hay una resistencia natural en la población porque no

hay variaciones. Las gemelas también somos clones. Cuando miras un olmo nunca se te ocurriría que forma parte de todos los demás. Solo ves un olmo. Lo mismo ocurre ahora conmigo: ven una persona, y no a la mitad de unas gemelas.

Miércoles, 19 de septiembre de 1979

Después de la hora de estudio y antes de cenar, tenemos media hora libre. Ayer no llovió, así que salí al anochecer. Caminé hasta la parte inferior de los límites de la escuela, el final de los terrenos. Hay un campo con vacas blancas y negras. Me miraron apáticas. También hay una zanja y una línea desordenada de árboles. Si hay hadas, este parecía el sitio más adecuado para encontrarlas. Hacía frío y humedad. El cielo estaba perdiendo el color, sin que se viera ninguna puesta de sol.

Resulta bastante difícil encontrar a las hadas a propósito incluso cuando sabes dónde están. Siempre he pensado que las hadas son como las setas: las pisas cuando no piensas en ellas, pero son difíciles de ver cuando las estás buscando. No había cogido mi anillo y todo lo que llevaba era nuevo y no tenía conexiones, de modo que no lo podía utilizar. Pero mi bastón era viejo, y de madera, por lo que podía ser que funcionara. Intenté pensar en los olmos y en lo que les podría ayudar. Intenté relajar la mente.

Cerré los ojos y me apoyé en el bastón. Intenté ignorar el dolor y el gran hueco donde debería estar Mor. Es difícil obviar el dolor, pero sabía que eso las iba a ahuyentar más que ninguna otra cosa. Recuerdo cómo se dispersaron y se alejaron como ovejas asustadas cuando una vez me hice un corte en la mano detrás de Camelot. El dolor habitual en mi pierna se divide en dos partes: un latido agudo y un retorcimiento lento. Si me quedo quieta y me balanceo, el retorcimiento se convierte en molestia y el latido no aparece a menos que cambie de pierna el peso, así que lo intenté. Intenté pensar en lo que haríamos si las quisiéramos llamar. Abrí la mente. No ocurrió nada.

—Buenas tardes —saludé tentativamente en galés.

Pero quizá las hadas de Inglaterra hablan inglés. O es posible que aquí no haya hadas. El paisaje no tiene suficiente espacio para ellas. Volví a abrir los ojos. Las vacas se habían alejado. En el lado de la zanja que daba a la escuela había un matorral, un montículo de ceniza y un avellano. Puse la mano izquierda sobre la corteza lisa del avellano, pero entonces ya había perdido toda esperanza.

Había un hada en la parte superior de las ramas. Desconfiaba. Siempre he sido consciente de que las hadas se parecen más a las plantas que a cualquier otra cosa. Con las personas y con los animales tienes un modelo estándar: dos brazos, dos piernas, una cabeza, una persona. O cuatro patas y lana, una oveja. Sin embargo, las plantas y las hadas tienen rasgos que indican lo que son, pero un árbol puede tener un número indeterminado de ramas que pueden crecer desde cualquier punto. Tienen una especie de modelo, pero un olmo no se parece exactamente al siguiente, y puede incluso ser completamente diferente de él, porque ha crecido de un modo distinto. Las hadas suelen ser o muy hermosas, o totalmente horrorosas. Todas tienen ojos, y

muchas de ellas, algo que se puede reconocer como una cabeza. Algunas tienen extremidades que se asemejan en líneas generales a las humanas, otras son más como animales, y unas terceras no se parecen a nada conocido. Esta era de este último tipo. Era larga y flacucha, con la piel como una corteza arrugada. Si no le vieras los ojos, que tenía en la parte inferior, la podrías confundir con algún tipo de gusano envuelto en una telaraña. De la misma forma que los robles tienen bellotas y hojas en forma de mano, y los avellanos tienen avellanas y pequeñas hojas curvadas, la mayoría de las hadas son nudosas y grises, o verdes o marrones, y por lo general tienen alguna parte peluda. Esta era gris, muy nudosa y se encontraba hacia la parte horrorosa del espectro.

A las hadas no les importan demasiado los nombres. A las que conocíamos en casa les habíamos dado nombres nosotras, y, cuando las llamábamos por esos nombres, a veces respondían y a veces, no. Les parecían divertidos. Tampoco les ponen nombre a los lugares. Ni siquiera se llaman a sí mismas hadas, porque ese nombre es nuestro. Asimismo, son poco dadas a los sustantivos, si se piensa en ello, y su forma de hablar... En cualquier caso, esta hada era una completa extraña para mí, y yo para ella, y no tenía ningún nombre o clave que darle. Solo me estaba mirando, como si pudiera desaparecer en cualquier instante, o fundirse de nuevo con el árbol. El sexo es otra cuestión incierta con las hadas, excepto cuando tienen una melena llena de flores o un pene tan grande como el resto del cuerpo o algo por el estilo. Esta no presentaba ningún indicio de este estilo, y en consecuencia, pensé en ella como lo que era.

—Amiga —dije, lo que pretendía ser algo neutro.

Entonces, desde la inmovilidad total, explotó en un torbellino de movimiento y habla.

—¡Vete! ¡Peligro! ¡Encuentra!

Las hadas no hablan exactamente como la gente normal. No importa lo mucho que quieras que sean como Galadriel; nunca van a hablar así. Esta dijo aquello y se desvaneció de repente, antes de que pudiera decirle quién era yo o formularle alguna pregunta sobre los olmos ni si era posible hacer alguna cosa para sanarlos. Me dio la sensación de que había parpadeado, pero no, no lo había hecho. Siempre ocurre lo mismo cuando se van de prisa: desaparecen entre un latido y el siguiente, desvanecidas como si no hubieran estado allí nunca.

¿Peligro? ¿Encuentra? No tenía ni idea de lo que quería decir. No veía ningún peligro, pero regresé a la escuela, donde estaba sonando la campana para la cena. Fui una de las últimas de la fila, pero no vale la pena comer lo que sirven ni siquiera cuando está caliente. El peligro no me encontró ni yo encontré el peligro, al menos, no esa noche. Me bebí mi cacao aguado y esperé que el hada se encontrase bien. Me alegra que esté aquí, aunque no sea muy comunicativa. Es como un trocito de mi

hogar.

Jueves, 20 de septiembre de 1979

Esta mañana he descubierto lo que el hada quería decir ayer con «encuentra» y «peligro». Con el correo me ha llegado una carta de mi madre.

No sé de qué modo el hecho de haber descubierto al hada le ha revelado dónde estoy. El mundo no funciona de una manera totalmente lógica. Las hadas no se lo habrían dicho, y aunque hay personas que sí lo podían haber hecho, pudo haber ocurrido en cualquier momento. Lo que creo es que me estaba buscando. Dado que me encuentro en un paisaje extraño y que todas mis cosas son nuevas, le habría sido difícil dar conmigo, porque aquí solo tengo el bastón y un puñado de objetos personales y la mayoría de mis cosas que están en su poder ya se deben de estar enfriando. Pero al abrir la mente para llamar al hada, capté su atención. Quizá eso le permitió que alguien le diera mi dirección, o tal vez la supo directamente. No importa. Siempre puedes encontrar cadenas de coincidencias para descartar la magia. Porque en realidad, la magia no funciona como cuentan los libros: es la magia misma la que provoca esas cadenas de coincidencias. Es eso. Es como si chasquearas los dedos y apareciera una rosa. En apariencia, el motivo de que haya aparecido la rosa en tu mano es que alguien la ha dejado caer desde un avión para que aterrice en ella justo en el momento oportuno. Existen una persona real, un avión de verdad y una rosa verdadera, pero eso no significa que el motivo de la aparición de la rosa en tu mano no sea que hayas hecho magia.

Aquí era donde me equivocaba siempre. Quería actuar de manera mágica. Esperaba que funcionase como en los libros. Si es que se parece a los libros, es más como *La rueda celeste* que como cualquier otro libro. Creíamos que la fornacita se iba a derrumbar delante de nuestros ojos, cuando la verdad era que la decisión de cerrarla se había tomado en Londres semanas antes, pero eso no habría ocurrido si no hubiéramos lanzado las flores a la laguna. Eso es más difícil de comprender que si la magia actuase como se cuenta en los libros. Y es mucho más fácil de obviar; lo puedes rechazar si tienes una mente escéptica, porque siempre existe una explicación razonable. La magia siempre actúa a través de elementos del mundo real, y siempre es posible negarla.

La carta de mi madre también es así. Tiene espinas, pero son unas espinas que nadie puede ver si se la muestro. Se ofrece a enviarme fotos de Mor si le respondo. Dice que me echa de menos pero que ahora había llegado el momento de que mi padre me cuidara durante un tiempo, lo cual es una explicación de la situación que me hace tener ganas de estrangularla. Y el sobre estaba dirigido claramente con su letra inimitable a Morwenna Markova, y eso significa que sabe el apellido que estoy usando.

Tengo miedo. Pero me gustaría tener las fotos, y estoy bastante segura de que

estoy fuera de su alcance.

Sábado, 22 de septiembre de 1979

Hoy llueve.

He ido al pueblo, Oswestry, que no es más que un pequeño pueblecito, a comprar champú para Sharon. Ella no puede usar dinero los sábados porque es judía. Encontré una biblioteca, pero cierra al mediodía. ¿Para qué sirve una biblioteca que cierra los sábados al mediodía? De verdad, ¡esto es tan inglés! No hay librería, pero sí un Smiths con algunos libros, solo *best sellers*, pero es mejor que nada.

Regreso a la escuela y paso el resto de mi tarde libre en la biblioteca, en estado de shock ante *El auriga*. No se me había ocurrido antes que, en las novelas de Renault sobre la antigua Grecia, los hombres que se enamoran entre ellos son homosexuales, pero ahora me doy cuenta de que lo son. La leo furtivamente, como si me la fuera a quitar alguien si supiera lo que estoy haciendo. Me sorprende que haya un libro así en una biblioteca escolar. Me pregunto si seré la primera persona que lo lee desde que lo compraron en 1959.

Domingo, 23 de septiembre de 1979

Se supone que debemos escribir a casa los domingos por la tarde. Le he escrito a mi padre, Daniel, cartas bastante largas, siempre sobre libros, excepto por alguna alusión fugaz a que espero que él y mis tías se encuentren bien. Él me ha contestado en un estilo similar, y me ha enviado un paquete con un libro que no necesito: una edición en tres volúmenes de tapa dura de *El Señor de los Anillos*. Ya tengo una edición de bolsillo que me regaló tita Teg. También me envió *El vuelo del dragón*, que era *La búsqueda de weyr* más lo que ocurría inmediatamente después, y también *La ciudad de las ilusiones*, de Le Guin, y *The Flight of the Horse*, de Larry Niven. Está bien, pero no es tan bueno como *Mundo Anillo* o *A Gift from Earth*.

Hoy le he escrito una carta a mi madre. Le decía que me encontraba bien y que estaba disfrutando de las clases. Le contaba mis resultados y el lugar que ocupó en el aula. Le explicaba los resultados de la clase de hockey y *lacrosse*. Era una carta modelo, y de hecho he tomado como modelo la carta que mi amiga irlandesa Deirdre, a quien le cuesta mucho escribir, les ha enviado a sus padres. A cambio, he dejado que Deirdre, a la que nunca llamo Dreary, se copie mi traducción de latín. En realidad es muy dulce; no es demasiado brillante y siempre utiliza una palabra por otra, pero es muy amable. Creo que me habría dejado copiar su carta sin darle nada a cambio.

Martes, 25 de septiembre de 1979

Mi carta ha obtenido resultado casi a vuelta de correo. Como me había prometido, me ha enviado una fotografía. Se trata de una foto de las dos en la playa, haciendo un castillo de arena. Mor está de espaldas a la cámara, dándole palmadas a la arena. Yo estoy mirando a la cámara, o al abuelo que la sostiene, pero de mí solo se puede ver la silueta, porque toda mi figura ha sido eliminada con fuego.

Miércoles, 26 de septiembre de 1979

La escuela, como siempre. A la cabeza de la clase en todo excepto en mates, como siempre. Bajé hasta la zanja en busca de hadas, a causa de los caballos y las puertas de los establos, pero no vi nada. Los olmos se siguen muriendo. Leo *Más allá del planeta silencioso*. No se trata de un añadido a sus libros sobre Narnia. Otra carta espantosa. Retortijones de barriga.

Sábado, 29 de septiembre de 1979

Nunca puedes estar segura de dónde estás con la magia. Y nunca puedes estar segura de si realmente has hecho algo o solo estás jugando. En cualquier caso, no debería hacer nada en absoluto, porque llamará su atención y ya la he captado en demasía.

Mor y yo salíamos a jugar en verano, cuando no llovía. Jugábamos a que éramos caballeros, luchando desesperadamente para salvar Camelot. Jugábamos a que nos encontrábamos en una misión. Teníamos largas conversaciones con las hadas, en las cuales sabíamos que estábamos interpretando las dos partes. Sería perfectamente posible sacar a las hadas de esos recuerdos, pero no a Mor, así que seguía sin poder hablar sobre ellas. No puedo hablar en absoluto de mi infancia porque no puedo decir «yo» cuando quiero decir «nosotras», y si digo «nosotras» se planteará una conversación sobre mi hermana muerta, en lugar del tema sobre el que quiero hablar. Lo descubrí durante el verano. Así que no hablo de ello.

Paseábamos por uno de los dranvías, hablando, cantando y jugando, y cuando nos acercábamos a una de las ruinas, nos subíamos a ella, como si eso nos diera más posibilidades de encontrarlas. A veces la que llamábamos Glorfindel merodeaba por esas ruinas para perseguirnos y disfrutábamos con ella de un glorioso juego de pillar. Otras veces querían que hiciéramos cosas. Saben un montón de cosas, pero no pueden hacer casi nada, al menos en el mundo real.

En *El Señor de los Anillos* se dice que los elfos han menguado y viven en secreto. No sé si Tolkien conocía a las hadas. Yo pensaba que sí. Creía que las conocía, que ellas le contaron las historias que él escribió más tarde, y que eso significaba que todo era verdad. Las hadas no pueden mentir en sentido estricto. Pero sea como sea, las hadas no saben hablar su lengua élfica. Hablan en galés. Y en su mayor parte no tienen una apariencia tan humana como sus elfos. Y nunca nos contaron historias, al menos historias reales. Simplemente, daban por supuesto que lo sabíamos todo, que formábamos parte de todo, como ellas.

Hasta el final, conocerlas solo nos proporcionó cosas buenas.

Y al final, no creo que ellas comprendieran lo que ocurrió. No, sí lo comprendieron, y fueron tan claras como pudieron. Fuimos nosotras las que no entendimos.

Me gustaría que la magia fuera más espectacular.

Domingo, 30 de septiembre de 1979

Hoy, en la puerta principal de los establos, he escrito a tita Teg.

Mi familia es grande y compleja, y perfectamente normal en todos los sentidos. Es solo que... No. Si se lo intento explicar a alguien bienintencionado, que justamente por ello no sabe nada, estoy condenada desde el principio.

Mi abuela no tuvo ni hermanos ni hermanas y, tras la muerte de su madre, fue criada por su tita Syl. En realidad es mucho más complicado que todo eso. Debería empezar con la generación anterior para que tenga un poco más de sentido. Cadwalader y Marión *Mam* Teris emigraron desde Gales occidental, donde dejaron una gran familia, y se instalaron en Aberdare. Allí, él trabajó en las minas y ella dirigió una escuela de señoritas, y tuvieron cinco hijos: cuatro niñas, Sylvia, Susannah, Sarah y Shulamith y un varón, Sidney. Lo siento por la pobre Shulamith, pero ¿qué podían hacer después de empezar una serie de nombres que hacían juego y tener tantas chicas?

Sylvia no llegó a casarse y crió a los hijos de todas las demás.

Susannah se casó con un hombre que era un mal partido. Era minero. Le pegaba, y al fin, ella huyó con sus hijas. En aquella época era la huida lo que se consideraba una desgracia, no las palizas, así que dejó a sus hijas Gwendolen y Olwen con tita Syl y se fue a servir a Londres. Tita Gwennie creció para convertirse en alguien horrible, y para casarse con el tío Ted y tener dos hijas y cinco nietos que, cuando la oías hablar, eran tan perfectos que era inevitable que los odiasen. Tita Olwen se hizo enfermera y vivió con otra enfermera, tita Ethel, a partir de los años treinta. Eran como una pareja casada y todo el mundo las trataba así.

Sarah se casó con un clérigo llamado Augustus Thomas. Eso, para ella, fue un ascenso social. Se conocieron cuando él era coadjutor en St. Frigans, que era nuestra iglesia local, pero se casaron cuando Augustus consiguió un puesto en la península de Gower, cerca de Swansea. Se llevó a Sarah y allí tuvieron un hijo, al que también llamaron Augustus, pero al cual siempre llamaban Gus, a quien su padre llevó a tita Syl para que lo criase después de la muerte de la pobre Sarah. El tío Gus fue un héroe en la guerra y se casó con una enfermera inglesa llamada Esther, que no nos quería a ninguno de nosotros. Él era el primo favorito de mi abuela y no lo veía tanto como le habría gustado.

Shulamith se casó con Matthew Evans, que era minero. Ella era la madre de mi abuela, y antes de casarse fue maestra, como su madre antes que ella. En aquel momento era ilegal seguir ejerciendo de maestra después de casarte, pero no había inconveniente en mantener una escuela de señoritas en la que las chicas venían a aprender a tu casa. Tuvo un bebé que murió y después de tener a mi abuela, Rebecca, ella también se murió.

Sidney tenía una mercería en el pueblo, y después fue alcalde. Se casó con una mujer llamada Florence, que murió al dar a luz a tita Flossie. Tita Flossie tuvo tres hijos y después su marido murió de peste negra, que le contagió una rata. Entonces tita Flossie volvió a dar clases y dejó a sus hijos con tita Syl, como una nueva generación a la que criar. De este modo, mi primo Pip, que era seis años mayor que yo, nacido en 1958, fue el último de los bebés que crió Sylvia, cuando el primero de ellos, tita Gwennie, nacida en 1898, ya tenía sesenta años.

Uno puede pensar que se moría un montón de gente, y así era, pero eran Victorianos y no tenían antibióticos ni sistemas sanitarios, y solo conocían la teoría de los gérmenes para explicar las enfermedades. Sin embargo, creo que de alguna forma debían de ser enfermizos, porque solo hay que mirar la familia Phelps para ver la diferencia. Otro día escribiré sobre ellos. Mi tita Florrie, la hermana de mi abuelo, lo achacaba todo a la educación que habían recibido los Tefis. Yo no consigo ver de qué modo la educación los pudo matar; además, tita Syl, que había sido educada exactamente igual que todos los demás, vivió hasta los ochenta años. Yo la recuerdo.

Parece mucho más complicado al explicarlo por escrito de lo que era en realidad. Quizá debería hacer un esquema. Pero no importa. No es necesario recordar a toda esa gente. Lo que realmente me importa decir sobre ellos es que cuando perteneces a una familia tan extensa como esta, en la que todo el mundo se conoce, y sabes la historia de todo el mundo, incluso los acontecimientos que ocurrieron mucho antes de nacer tú, y todo el mundo sabe quién eres y conoce tu historia, entonces no eres nunca Mor a secas, sino «Mor de Luke y Becky» o «las nietas de Luke Phelps». Y cuando necesitas a alguien, siempre tienes a alguien a tu lado. Es posible que no sean tus padres ni tus abuelos, pero si a quien te cría le ocurre alguna catástrofe, alguien se ofrecerá a criarte en su lugar, tal como hizo tita Syl. Pero ella murió antes del fallecimiento de mi abuelo, y cuando yo necesité a alguien, de algún modo esa red familiar que yo contaba que estaría allí para recogerme, de la misma forma que te recogen cuando saltas de un trampolín, había desaparecido, y en lugar de rebotar me precipité contra el suelo. No iban a admitir que hubiera nada malo en mi madre, y tenían que hacerlo si me querían ayudar. Y en cuanto utilicé los servicios sociales para alejarme de ella, ya no pudieron hacer nada, porque para los servicios sociales, una tita a quien has conocido durante toda tu vida no es nada en comparación con un padre al que ni siquiera conoces.

Martes, 2 de octubre de 1979

En estos momentos, *Mundos cálidos y otros*, de James Tiptree Jr., le va a la zaga a *Las doce moradas del viento*, vol. II. Diría que Le Guin sigue en cabeza, pero ahora ya no está tan claro que sea tan superior como pensaba. Los otros dos libros que me ha enviado mi padre en el paquete son ambos de Zelazny. Aún no los he empezado. *Criaturas de luz y tinieblas* era claramente peculiar.

Jueves, 4 de octubre de 1979

Los nueve príncipes de Ámbar y *Las armas de Avalón* son absolutamente brillantes. No he hecho nada más que leerlos durante los últimos dos días. El concepto de Sombra es sorprendente, y también los Triunfos, pero lo que los hace tan buenos es la voz de Corwin. Tengo que leer más libros de Zelazny.

Hoy ha llegado una carta de tita Teg y parece muy aliviada de que me encuentre bien. Me envía un billete de una libra dentro del sobre. Me escribe un montón de noticias sobre la familia. El primo Arwel tiene un trabajo nuevo en British Rail, en Nottingham. Tita Olwen está en una lista de espera para operarse de cataratas. La prima Sylvie está esperando otro bebé, y Gail aún no ha cumplido dos años. El tío Rhodri se va a casar. No dice nada de mi madre. Tampoco lo esperaba. Yo tampoco la menciono. Ni le explico que he cambiado arte por química. Ella es profesora de arte y no lo comprendería. Química, física y latín son mis tres asignaturas preferidas, aunque en la que saco las notas más altas es, como siempre, en el aburrido inglés antiguo. Estamos leyendo *Nuestro amigo común*, que yo llamo en secreto *Nuestro enemigo común*. Si lo reescribes con ese título, conviertes a Rogue Riderhood en aquel a quien todo el mundo conoce.

Viernes, 5 de octubre de 1979

El padre de mi abuelo era francés. Procedía de Rennes, en Bretaña, y su madre era india, de la India. Tenía la piel muy oscura, se mirase por donde se mirase, y mi abuelo y sus hermanas también eran bastante morenos, con el pelo y los ojos oscuros, y con una piel que se oscurecía con el sol más que cualquier piel europea. Mi madre era igual. El abuelo se burlaba de nuestra piel porque se quemaba con el sol. Alexandre Rennes se cambió el apellido por el de Phelps cuando se casó con mi bisabuela, Annabelle Phelps, porque ella se negaba a casarse con él si no lo hacía. Mi abuelo trabajaba en las minas. Ella tenía siete hermanos y tuvo siete hijos, de los cuales cinco llegaron a la edad adulta; vivió hasta los noventa y tres, y fue una tirana durante toda su vida. Murió el año antes de que naciera yo, pero crecí rodeada de historias sobre ella.

Como Alexandre era francés, en casa hablaban en inglés, a diferencia de lo que ocurría con la familia de mi abuela, que siempre hablaba en galés por convicción. Sus cinco hijos supervivientes se casaron todos y también tuvieron hijos.

El mayor, Alexander, se casó en vísperas de la Gran Guerra, y dejó a su esposa embarazada cuando se fue a las trincheras. Nunca regresó, y recibieron un telegrama informando de que había desaparecido en combate. Su joven esposa, mi tita Bessie, se fue a vivir con sus suegros, tuvo al bebé, mi tío John, y, al igual que a mi tita Florrie, la trataron como a la sirvienta sin paga de mi bisabuela. Años más tarde, en 1941, una mujer joven se bajó del autobús en Aberdare con dos niños pequeños de ojos solemnes, mis tíos Malcolm y Duncan. Se dirigió a la casa de mi bisabuela y afirmó que era la viuda de su hijo Alexander. No había muerto; se quedó en el ejército y lo destinaron a la India, donde se volvió a casar sin pasar por la formalidad de divorciarse de tita Bessie.

Su segunda esposa, Lillian, era inglesa, había crecido en la India y tenía algo de dinero propio. Estaba acostumbrada a vivir en un país cálido y a tener sirvientes. Mis bisabuelos la aceptaron en casa, lo que les granjeó la simpatía de algunas personas, teniendo en cuenta las circunstancias, pero la vida con ellos le resultó muy difícil. Después de un tiempo habló con tita Bessie, que tenía una pequeña pensión de viudedad, y descubrieron que entre las dos se podían permitir una casita para ellas solas. Cuando yo nací, el escándalo ya era un tema del pasado. Yo sabía que ambas eran viudas del mismo hombre, pero ¿qué se podía decir? Al fin y al cabo, él estaba muerto. Las dos viudas se llevaban muy bien. Se pasaron la guerra haciendo calcetines de punto para los soldados y después de la guerra abrieron una tienda de lanas en su salón, donde vendían lana y prendas de punto caseras. Despedían un extraño olor animal, que intentaban ocultar con cuencos de lavanda seca procedente del jardín de tita Florrie, el primer popurrí que vi en mi vida.

Mi abuelo tenía tres hermanas, que se casaron y tuvieron hijos. Una de ellas, tita Maudie, cayó en desgracia al casarse con un católico e irse a vivir a Inglaterra, donde tuvo once hijos, el último mongólico, y adoptó cuatro más, dos de ellos africanos. No me parece sorprendente que lo hiciera si los podía cuidar a todos, y desde luego, podía hacerlo. Había sido la hermana favorita de mi abuelo, pero ahora no podían estar juntos sin discutir. Ella se parecía mucho a su padre. Yo no podía ver qué había de extremadamente malo en ser católico, en comparación con ser bígamo, algo que todo el mundo le perdonaba al difunto Alexander, o lesbiana, como tita Olwen, un tema sobre el que nadie hablaba y todo el mundo aceptaba en silencio.

Tita Bronwen tuvo tres hijos y una hija, y su esposo trabajaba en el pozo. Tita Florrie vivía muy cerca de nosotros y la veíamos continuamente: mi abuela la utilizaba de niñera. Su marido, que había sido minero, murió en la guerra. Tenía dos hijos pequeños: mi tío Clem, que acabó en la cárcel por falsificación, y el tío Sam, que parecía que nunca estaba en casa. Tita Florrie afirmaba haber visto un día al diablo en su casa, así que lo expulsó al piso de arriba con un libro de oraciones y lo encerró en el trastero. Poco después, le pidió a mi abuelo que tapiase la puerta del trastero para que el diablo no pudiera salir. Años más tarde, después de su muerte, el abuelo destapió la puerta y entramos, consumidos por la curiosidad, para encontrar una imprenta. La sacó de allí, pero antes nos pudimos hacer con una serie de tarjetas de visita en blanco y algunas letras de plomo.

Mi abuelo, Luke, era el más joven de los hermanos; se casó con mi abuela, Becky, y tuvieron dos niñas: Elizabeth y Tegan. Mi madre, Liz, se casó con mi padre y nos tuvo a nosotras. Tita Teg no se casó, porque siempre estaba ocupada criándonos a nosotras. En muchos sentidos se parecía más a una hermana mayor que a una tía.

La echo mucho de menos, y también al abuelo.

Sábado, 6 de octubre de 1979

Hoy hace un día precioso, el mejor desde que llegué aquí.

Fui al pueblo antes de que cerraran la biblioteca e intenté hacerme el carnet. No me dejaron. Fui excepcionalmente amable y no grité ni levanté la voz ni nada por el estilo. Me dijeron que necesitaban la firma de un progenitor y un certificado de residencia. Les expliqué que estaba en Arlinghurst, como si no lo pudieran ver por el uniforme. Cuando salíamos del recinto teníamos que llevar un pichi azul marino, un blazer azul marino, un impermeable escolar (si llovía, que siempre llovía, excepto hoy, que lucía el sol) y un sombrero escolar. El sombrero de invierno es una boina; el de verano, un canotí. Para mí, el sombrero es una penitencia; siempre se quiere caer de la cabeza cuando me muevo.

El bibliotecario, que era un hombre bastante joven, me dijo que si estaba en Arlinghurst debía utilizar la biblioteca escolar. Le respondí que lo hacía, pero que era inadecuada para mis necesidades. Se me quedó mirando, se subió las gafas y por un instante pensé que había ganado, pero no.

—Necesitas que un progenitor te firme este formulario, y una carta de la biblioteca de la escuela certificando que necesitas usar la biblioteca —insistió.

Detrás de él se extendían todas esas estanterías llenas de libros. Ni siquiera me dejó entrar para echar un vistazo.

Sin embargo, encontré una librería, alejándome un poco del centro. La zona comercial de Oswestry está constituida básicamente por dos calles que forman una plaza en la parte alta, con un mercado. La librería, que es un edificio típicamente Victoriano, se encuentra fuera de esta área. La última vez que vine, todo lo que vi fue que la parada del autobús se encontraba al pie de la colina y la biblioteca, prácticamente en la cima. Pero hay una calle que gira y desciende hacia la izquierda, y pensé que debía de dirigirse hacia la parada del autobús. Nada de eso; se volvió muy residencial y pensé que tendría que regresar, pero entonces llegué a una curva y a un estanque, con patos reales y cisnes blancos, rodeado de árboles, y al otro lado de la calle vi una pequeña fila de tiendas, entre ellas la librería.

Compré *Tritón*, de Samuel Delany. No sé si mi padre ya lo tiene, ni me importa. Valía 85 peniques. La señora de la librería era realmente encantadora. No lee ciencia ficción, pero intenta tener una buena selección. No era un fondo realmente bueno, como el de Lears, en Cardiff, pero no estaba del todo mal. Le voy a pedir a mi padre un poco de dinero para comprar libros. También le voy a pedir que firme la solicitud de la biblioteca. Estoy casi segura de que lo hará. No estoy tan segura de que la señorita Carroll vaya a escribir la carta que también necesito.

Al lado de la librería hay una tienda de segunda mano con tres estanterías de libros usados, todos ellos viejos y estropeados. Por diez peniques, compré *El castillo*

soñado, de Dodie Smith. Me gustan sus libros sobre los dálmatas, en especial *The Starlight Barking*, o «Ropas que resuenan», como lo solía llamar Mor. No sabía que hubiera escrito novela histórica. Lo guardaré hasta que esté de humor para leer acerca de un buen asedio.

Estas compras me dejaban con cinco peniques. No había nada por cinco peniques. La tercera tienda de la fila es una panadería-cafetería. Entré, porque Sharon me había pedido que comprara bollos. Hoy en día es algo que aquí la gente hace. Puedes comprar los bollos personalmente o puedes pedirle a alguien que lo haga por ti. Después les entregas la bolsa a las cocineras con unas instrucciones, y ellas se encargan de enviárselos a la receptora designada el domingo, después de almorzar. La regla es que tienes que comprar al menos dos, no puedes comprar uno para ti sola. Las chicas más populares tienen todas las semanas montones de bollos diferentes. Deirdre no tiene mucho dinero y Sharon es judía. Pero Sharon se ha ofrecido esta semana, porque es muy maja. Quiero decir que es algo especialmente amable por parte de Sharon, porque ella ni siquiera los puede probar. Los judíos tienen una comida especial. La comida especial de Sharon parece bastante mejor que la de la escuela. Llega en bandejas. Me pregunto si me darán si digo que soy judía. Pero ¿y si no soy lo suficientemente judía y me mata o me hace enfermar? Lo tendré que hablar con Sharon antes de intentarlo. En cualquier caso, Sharon quería que comprase bollos para mí, para Deirdre y para Karen, que son sus otras amigas. Así que compré bollos, que iban a diez peniques la pieza o cuatro por 35 peniques, por lo que me decidí por los cuatro, poniendo mis cinco peniques. Eran bollos de miel y aún estaban calientes del horno, así que me fui hasta el estanque y me comí uno. Estaba delicioso.

Al lado del estanque hay un banco; la hierba crecía por todas partes, y los sauces, en la orilla, se inclinaban sobre el estanque. Las hojas en las ramas caídas se están volviendo amarillas. Siempre he pensado que «sauce llorón» es un nombre muy adecuado para este árbol, aunque también lo es «sauce blanco». Los sauces aman el agua y los alisos la odian. Existe una calle en Croggin Bog llamada Heol y Gwern, la calle de los alisos, porque la gente plantó alisos a todo lo largo para que el suelo se mantuviera seco. Creen que lo hizo la gente del Neolítico. Desde luego, estaban allí antes de los romanos. Fue para mí toda una sorpresa cuando leí la historia del valle. Cuando regrese, no sé si seré capaz de darlo por supuesto con la misma facilidad.

Me senté en el banco junto a los sauces, me comí el bollo de miel y leí *Tritón*. Es cierto que existen algunas cosas terribles en el mundo, pero también hay algunos grandes libros. Cuando sea mayor, me gustaría escribir algo que alguien pudiera leer sentado en un banco durante un día no demasiado cálido, y que al leerlo se pudiera olvidar completamente de dónde está o de qué hora es, de tal manera que estuviese más dentro del libro que dentro de su cabeza. Me gustaría escribir como lo hacen Delany o Heinlein o Le Guin.

Casi pierdo el autobús de regreso a la escuela. Lo vi al pie de la colina y quise correr para cogerlo; recuerdo lo que se siente al correr como un gamo, y quería hacerlo: inclinarme hacia delante y dar grandes zancadas. Casi conseguí dar un paso, pero cuando apoyé el peso sobre la pierna mala, sentí como si me apuñalaran. El conductor del autobús me vio llegar, reconoció el uniforme y esperó. En el autobús había un montón de chicas de la escuela, la mayoría de ellas de otros cursos. Casi todas saben, o creen que lo saben, que camino con un bastón porque mi madre clava alfileres de vudú en un muñeco. Me senté sola, pero entonces se sentó a mi lado Gill Scofield, que está en mi clase de química.

—¿Qué has estado haciendo para llegar tan tarde? —preguntó.

—Leer —le expliqué—. Olvidé mirar la hora.

—¿No has estado con chicos?

—¡No!

—No te sorprendas tanto; eso es lo que han estado haciendo la mitad de las chicas de este autobús. Más de la mitad. Míralas.

Miré. Muchas de ellas tenían la falda del pichi subida y los labios sospechosamente rojos.

—¡Esto es tan hortera! —comenté.

Gill rio.

—Quiero ser científica —confesó.

—¿Científica?

—Sí. Una de verdad. El otro día estuve leyendo sobre Lavoisier. ¿Lo conoces?

—Descubrió el oxígeno —respondí—. Con Priestley.

—Bien, y era francés. Era un aristócrata, un marqués. Fue guillotinado en la Revolución francesa, y se dice que siguió parpadeando con la cabeza cortada mientras conservó la conciencia. Parpadeó diecisiete veces. Eso es un científico —concluyó Gill.

Es rara. Pero me gusta.

Domingo, 7 de octubre de 1979

Tritón terminado. Es sorprendente. Pero cuanto más pienso en él menos entiendo por qué Bron le mintió a Audri.

El tiempo de escritura de hoy lo he utilizado para enviar una nota de «Buena suerte» al primo Arwel Parry y una nota de felicitación al tío Rhodri.

¿Por qué Bron le mintió a Audri?

Lunes, 8 de octubre de 1979

Por un lado, la abuela y el abuelo nunca mencionaron el sexo. Lo tuvieron que hacer, o no habrían tenido a tita Teg y a mi madre, pero no creo que lo hicieran más de dos veces. Después está la manera en que hablan del sexo en la escuela y en la iglesia. Y no hay nada de sexo y casi nada de amor en la Tierra Media, y eso siempre me hace pensar que el mundo sería mucho mejor sin ellos. Arwen es solo una concesión en propiedad. O solo un vientre para los futuros Grandes Reyes de Gondor y Arnor medio elfos. Un trofeo. Para él habría sido mucho mejor casarse con Eowyn —que, después de todo, era una heroína por derecho propio— y dejar que los numenoreanos desaparecieran. (Si no, ¡míranos ahora!) Por eso, el sexo es un mal necesario para producir niños. Es normal.

Y cuando miras a esas chicas en el autobús, y a mi madre y sus novios, y a las chicas que se deslizan en la cama de las demás durante la noche y, bueno, *ach* y *fi*.

Pero, por otro lado, yo tengo sentimientos sexuales. *Tritón*, Heinlein y *El auriga* me han hecho pensar que el sexo en sí mismo es neutro, y que la sociedad que lo demoniza es lo que lo vuelve asqueroso. Y todo el tema del cambio de sexo en *Tritón* muestra una especie de abanico de sexualidad, con la mayoría de la gente en algún punto del medio, atraídos por hombres y por mujeres, y algunos en los extremos: yo en un extremo y Ralph y Laurie en el otro. Una de las cosas que me ha gustado siempre de la ciencia ficción es la forma en que te hace reflexionar sobre las cosas y contemplarlas desde ángulos en los que no habías pensado antes.

A partir de ahora, voy a ser positiva sobre el sexo.

Miércoles, 10 de octubre de 1979

Si la escuela estaba pensada para alejarnos de la magia, no lo podrían haber organizado mejor. Me pregunto si esa era la intención original. Estoy segura de que nadie sabe nada sobre el tema, pero lo cierto es que Arlinghurst lo lleva haciendo desde hace más de cien años.

No cocinamos, somos completamente ajenas a los alimentos que comemos, y la comida es increíblemente mala. Ayer, por ejemplo, la cena estaba formada por jamón empanado y frito, puré de patatas sin ningún sabor y repollo demasiado cocido. De postre, teníamos un plato con unas natillas con media nuez en el centro, a compartir entre seis personas. Lo llaman delicia hawaiana. Hay algo similar que nos dan al menos una vez a la semana y que llaman sorpresa hawaiana, que consiste en natillas con media guinda. No me gustan ni las guindas ni las nueces, de manera que, se sirva lo que se sirva, adquiero una popularidad extra durante los instantes en los que no participo en la pelea general que se organiza para ver quién las consigue. Tampoco me gustan las natillas, pero a veces tengo suficiente apetito como para comérmelas. No se puede encontrar peor comida, o comida más alejada de la naturaleza, ni siquiera intentándolo. Si te comes una manzana, estás conectada con el manzano. Si tienes delante un plato de natillas y media guinda, no te conectas con nada.

Siguiendo con el tema de la comida, no tenemos platos, cuchillos, tenedores o vasos propios. Como la mayoría de los objetos que usamos, son comunitarios, se entregan al azar. No existe ninguna posibilidad de que algo quede empapado, que cobre vida a través del cariño. Aquí no hay nada que sea consciente, ni sillas ni vasos. Nadie le puede coger cariño a nada.

En casa caminaba a través de un laberinto de pertenencias que sabían, al menos vagamente, a quién pertenecían. El sillón del abuelo se quejaba, casi tanto como él, si alguien se sentaba. Las blusas y los jerséis de la abuela se ajustaban para ocultar el pecho que le faltaba. Los zapatos de mi madre vibraban positivamente con su conciencia. Nuestros juguetes nos buscaban. En la cocina había un cuchillo para las patatas que la abuela no podía usar. Era un objeto vulgar y con el mango marrón, pero una vez se cortó con él, y desde entonces siempre quiso más sangre suya. Si rebuscaba por el cajón de la cocina, podía sentir cómo meditaba con melancolía. Después de la muerte de la abuela, todo eso desapareció. Y luego estaban las cucharillas de café, que casi no se usaban, muy finas; un regalo de boda. Eran de plata y sabían que eran superiores y especiales.

Ninguno de esos objetos hacía nada. Las cucharillas de café no movían el café sin que nadie las guiara. No mantenían conversaciones con las pinzas del azúcar sobre quién era más querido. (Siempre tuvimos la sensación de que lo empezarían a hacer en cualquier momento.) Supongo que lo que hacían en realidad era psicológico.

Confirmaban el pasado, lo conectaban todo, eran hebras en un tapiz. Aquí no hay tapiz, nos tejemos por separado.

Otra carta. No la he abierto. En realidad, ya lo he notado. Palpita de significado, de un significado malévolo, pero significado a pesar de todo. Todo está en silencio a su alrededor.

Jueves, 11 de octubre de 1979

La señorita Carroll accedió sin dudarle a escribir la carta para la biblioteca.

—He observado que te has visto reducida a leer a Arthur Ransome —comentó.

En realidad me gusta Arthur Ransome. No diría que me he visto reducida. Por supuesto, ya los había leído todos, hace años, pero los he estado disfrutando de nuevo. Hay algo agradable en los libros infantiles sin sexo y con finales felices: Ransome, Streatfeild y ese tipo de cosas. No dan demasiado que pensar y ya sabes lo que vas a obtener, pero lo que obtienes es una historia completa sobre niños que se divierten con unos botes, o aprenden ballet o hacen cualquier otra cosa, y conseguirán pequeños éxitos y sufrirán pequeños desastres, y todo acabará bien al final. Te anima, sobre todo después de leer ayer a Chejov. Estoy tan contenta de no ser rusa...

Aun así, cualquier paso que me acerque a un carnet de biblioteca me hará sonreír. Solo si él ha enviado de vuelta el formulario, lo podré conseguir este fin de semana. No lo debería llamar «él» de esta manera. Pero es difícil decidir cómo llamarlo. ¿Cómo llamas a tu padre si lo acabas de conocer? «Papá» sería ridículo. Pero tampoco me encaja su nombre, por otra parte; me siento un poco rara si lo llamo Daniel.

Viernes, 12 de octubre de 1979

La carta de mi padre ha llegado con el primer correo, con diez libras y el formulario firmado. Dice que el dinero es para comprar libros, pero también me voy a comprar algunos bollos.

He tenido una charla con Sharon sobre la comida judía. Dice que es lo que Dios les dijo que debían comer, o no comer, y es especial, pero no le hace daño a nadie. Dice que las bandejas que recibe están bien. Le dan un montón de cordero asado y pescado, y está bien cocinado pero siempre frío, porque ni siquiera se puede calentar con nuestra comida. Dice que el pan que le dan es delicioso, pero siempre un poco duro, porque viene desde Manchester. Parece que ser judío ocasiona un sinnúmero de problemas, y yo odiaría no poder gastar dinero los sábados, en especial porque ese es el único día en que se nos permite hacerlo. Pero quizá valga la pena.

Ha sido difícil conseguir que hablase de ello. Se han burlado mucho de ella por estas cosas; además, también lo utiliza como un arma para que los demás se asusten, y por eso no quiere que la gente sepa demasiado. Le tuve que explicar lo del padre judío de mi padre. Ella afirma que eso no me convierte en judía: no puedes ser judía en parte, y además te tiene que venir por parte de madre. Concluye que si quiero ser judía, tengo que convertirme.

Recuerdo cuando vino un misionero a la iglesia y nos habló de convertir a los paganos. Explicó que algunos querían convertirse por la comida y que después regresaban a sus dioses paganos en cuanto se producía alguna crisis. Los llamaba «cristianos de arroz». Supongo que yo podría ser una judía de arroz.

Por otro lado, el abuelo tendría un ataque si lo descubriese. Lo más seguro es que mi madre se lo explicase con la esperanza de que sufriera otra apoplejía.

Sábado, 13 de octubre de 1979

Durante la última semana, el tiempo ha cambiado por completo. El sábado pasado fue suave y soleado, con el otoño mirando por encima del hombro con reticencias hacia el verano que quedaba atrás. Hoy es un día húmedo y tormentoso, con el otoño corriendo impaciente hacia el invierno. El suelo estaba resbaladizo debido a las hojas caídas. Oswestry parecía menos atractivo que nunca. Ahora que me lo ha comentado Gill, me he dado cuenta de que las chicas en el autobús se pasan entre ellas un carmín prohibido y se ríen tontamente. Me recuerdan a la Susan de *La última batalla*. Tuve una ensoñación de encontrarme con C. S. Lewis, aunque sé que está muerto. Demasiado embarazoso para contarlo.

Fui a la biblioteca, armada con la carta y con el formulario firmado, y me saludó una bibliotecaria amistosa y alegre, que estoy segura de que me habría dado el carnet sin ellos. Casi ni los miró. Ahora dispongo de un pequeño juego de ocho tarjetas que me permiten tomar prestados ocho libros en cualquier momento, o de hecho, cualquier sábado por la mañana en que pueda llegar al pueblo antes de mediodía. También me explicó que si necesitaba algo que no tuvieran, los préstamos interbibliotecarios son gratuitos para los menores de dieciséis años. Así que podía pedir cualquier libro que quisiera leer y ellos lo conseguirían. Solo tenía que saber el autor y el título. Así que empecé con todos los libros de Mary Renault que figuraban en *El auriga* y de los que no había oído hablar. Voy a elaborar una lista de libros mencionados en otros libros para llevarla la semana que viene. Me dijo que podían conseguir cualquier libro publicado en Gran Bretaña en cualquier momento, sin importar que estuviera agotado. Me dijo que me enviarían una tarjeta, pero le contesté que no hacía falta y que podían ahorrarse el importe del sello para comprar más libros, y que iría cada semana para llevarme lo que tuvieran.

El préstamo interbibliotecario es una maravilla del mundo y una gloria de la civilización.

En realidad, las bibliotecas son maravillosas. Son incluso mejores que las librerías. Quiero decir que las librerías obtienen un beneficio al venderte un libro, pero las bibliotecas solo los prestan por la bondad de su corazón.

Después pasé un rato muy feliz entre las estanterías, que se parecen a las de la biblioteca escolar en el hecho de que contienen unas pocas joyas, pero solo unas pocas. Además, la ciencia ficción está mezclada con todo lo demás, lo que lo hace todo más lento. Con el peso de ocho libros y la lluvia azotándome la cara, consideré la posibilidad de regresar directamente a la escuela y leerlos en mi cómoda biblioteca. Pero quería echarle un vistazo a la librería y ocho libros parecen (y pesan) un montón, pero no son tantos si me tienen que durar toda la semana. Ahora leo generalmente si me despierto temprano por la mañana y antes de que suene la

campana, durante las tres horas obligatorias de deporte, durante cualquier clase aburrida, durante la hora de estudio si he terminado mis deberes, en la media hora libre después de los deberes y durante la media hora antes de apagar las luces. Así que casi todos los días acabo un par de libros.

Por eso bajé despacio la colina hasta la librería. El viento azotaba las ramas de los sauces sobre el agua. La mayoría de las hojas amarillas flotaban ahora en la superficie. No había ni rastro de los cisnes. Pero pude ver que más allá del estanque había más árboles.

Compré un par de cosas. Me gustaría saber cuánto tiempo se supone que me tienen que durar estas diez libras. La mayoría de los libros cuestan 75 peniques, y los más gordos son un poco más caros. Abandoné un montón de libros al huir, ahora los podía reemplazar, pero también quería cosas nuevas para leer. Releer está muy bien. Compré una colección nueva de Tiptree. Tiene una introducción de Le Guin, así que a ella también le debe de gustar. Es muy agradable cuando se gustan entre sí autores que también me gustan a mí. Quizá sean amigos, como Tolkien y Lewis. La librería tiene una biografía nueva de todos los Inklings, de Humphrey Carpenter, que es el autor de la biografía de Tolkien. Está en tapa dura. La encargaré en la biblioteca.

Después de la librería, revisé los estantes de la tienda de segunda mano y también compré un par de títulos. Llegados a este punto, llevaba tantos libros que casi no podía andar y sentía un dolor terrible en la pierna. Siempre me ocurre cuando llueve. No pedí que me sustituyeran la pierna buena por una veleta oxidada que chirría, pero supongo que nadie lo hace. Habría realizado sacrificios mucho más grandes. Estaba dispuesta a morir, y Mor murió. Debería pensar en ella como en una herida de guerra, las cicatrices de un soldado veterano. Frodo perdió un dedo y cualquier posibilidad de ser feliz. Tolkien comprendió todo lo que ocurría después del final. Porque esto sucede después del final, esto es el Saneamiento de la Comarca, se trata de imaginarse cómo vivir durante el tiempo que se suponía que no iba a existir después de la última gesta gloriosa. Salvé al mundo, o creí que lo hacía, y mira, el mundo sigue aquí, con puestas de sol y préstamos interbibliotecarios. Y no se preocupa por mí, como la Comarca no se preocupó por Frodo. Pero eso no importa. Mi madre no es una reina oscura a la que todo el mundo ama y por la que todos desesperan. Está viva, de acuerdo, pero está atrapada en las redes de su malicia como una araña atrapada en su propia tela. Huí de ella. Y ahora ni siquiera puede herir a Mor.

Fui a la panadería, me senté en una de las mesas junto a la ventana, me comí una empanada de cebolla y carne y un bollo de miel, y jugué con una tetera. No me gusta el té, y el café es peor: huele bien pero sabe fatal. En realidad solo bebo agua, aunque si resulta totalmente imprescindible que tome algo, puedo beber limonada. Prefiero el agua. Pero una tetera es complicada y nadie puede decirte que te la has acabado, en especial si no has bebido nada, y te proporciona una excusa para quedarte sentada,

leer y descansar un rato.

Eso fue lo que hice, y después compré cuatro bollos de miel antes de irme, esta vez con mi dinero. Uno para Deirdre, uno para Sharon, aunque por supuesto no se lo va a comer, así que también me lo quedará yo, uno para mí y uno para Gill. La semana pasada me quedé el bollo de Sharon y esta semana voy a obtener el mío. Se trata más del símbolo que del bollo de verdad, aunque Dios sabe que los bollos son buenos. No he comprado ninguno para Karen, porque Karen me llama Hopalong, que es el nombre que más odio. Commie casi es cariñoso y Taffy resulta inevitable, pero el uso de Crip o, en especial, el de Hopalong es ya una declaración de guerra.

Entonces le pregunté sobre el estanque a la dependienta de la panadería.

—¿Es un parque?

—¿Un parque, cariño? No, es el límite de la finca.

—Pero hay un banco junto al estanque. Un banco de parque.

—Lo puso el ayuntamiento para que se sentara la gente. El lado de la calle pertenece al ayuntamiento, así que supongo que podría ser un parque, pero no un parque de verdad, con flores. Pero lo que se ve más allá, esos árboles y todo lo demás, forma parte de la finca, y no ibas a tardar mucho en encontrar un cartel de prohibido el paso, porque hay faisanes. Los oímos por allí durante el mes de agosto.

Así que se trata de una finca con una mansión campestre, cuidada y acotada, que han dejado medio silvestre para los faisanes. Apuesto algo a que debe de estar llena de hadas.

Domingo, 14 de octubre de 1979

He recibido una reprimenda después de almorzar y una nota negativa, la primera. Según parece, no se pueden dar bollos a chicas que no sean de tu casa o de tu clase, a menos que sean familiares tuyas. Y Gill, aunque está en mi clase de química, no es de mi clase ni de mi casa, así que se supone que no puedo ser amiga suya, y el hecho de darle un bollo se considera muy sospechoso y un posible indicio de lesbianismo. Por la forma en que se dijeron algunas cosas, creo que es posible que Gill sea lesbiana. Está bien. No tengo problemas con eso. Yo no lo soy, pero en esto estoy con Heinlein y Delany.

Incluso Deirdre y Sharon creen que no le debí dar el bollo a Gill. Deirdre se excusó por mí, explicando que no entendía algunas cosas porque no llevaba suficiente tiempo aquí y quizá toda esa química me había alterado el cerebro.

Nunca llegaré a entender este lugar.

Lunes, 15 de octubre de 1979

He dejado otra carta sin contestar. Pero ella sigue escribiendo y enviando fotografías como esta. Recibo una o dos cada semana. Estoy tan desesperada por ver a Mor que sigo abriendo las cartas, y nunca consigo no leerlas. Las guardo hasta que estoy en la biblioteca, porque no puedo soportar que nadie me vea leyéndolas. Hoy Lorraine Pargeter tenía un resfriado muy fuerte, ha entrado en la biblioteca y me ha visto contemplando una de las fotografías recortadas. Lorraine es una chica rubia, grande y estúpida, capitana del equipo de hockey de la clase y una de las cabecillas de la casa. Desde luego, me ha puesto apodosos y se ha burlado de mí, pero ha evitado que las otras intenten ponerme la zancadilla cuando salgo de la ducha, de manera que no me cae especialmente mal. Hoy tiene la nariz muy roja y ofrece un aspecto muy lamentable porque no puede salir a jugar a sus deportes preferidos. Oí que le preguntaba a la maestra si se podía abrigar para salir a ver cómo las demás practicaban deporte.

—¿Qué es eso, Morwenna? —ha preguntado.

No quería que supiera que le daba importancia, que es lo que pensaría si lo escondía, de modo que la he lanzado sobre la mesa en su dirección. La ha cogido y la ha mirado. Era una imagen de las dos recibiendo un premio el día de los discursos escolares, pero a mí me habían quemado, como era habitual.

—Mi madre es una bruja —he comentado, despreocupada.

Lorraine ha jadeado y ha dejado caer la foto.

—¿Es vudú? —ha susurrado.

Yo también me lo había estado preguntando. No sé cómo funcionan esas cosas, y bueno, estaba intentando adivinarlo. ¿Qué significa quemar la foto de alguien? ¿Qué se podía conseguir? ¿Qué consecuencias podía tener? He buscado mi amuleto de madera, pero por supuesto no estaba. No lo puedo llevar con el uniforme. Tengo una piedra en el bolsillo y la he buscado. No sé si ayuda, pero desde luego alivia. He tocado el escritorio de madera de la biblioteca, que el tiempo y cientos de manos han alisado.

—Algo parecido —he respondido en voz baja—. Ella me quema, pero me parece que estoy bien.

—Pero si estás ahí... —ha objetado Lorraine en voz lo suficientemente alta para que nos mirase la señorita Carroll.

Como es natural, Lorraine no sabe nada de Mor. No la he mencionado porque, en primer lugar, es algo personal; en segundo lugar, no puedo soportar la compasión; y en tercer lugar, puedo soportar aún menos que se burlen del tema. La gente que se burla de mí utilizando a Mor puede hacer que pierda la paciencia.

—Oh, ¿de verdad? —me he sorprendido, y he cogido la fotografía—. Esta aún no

la había visto. Normalmente me quema a mí. Pero yo estoy protegida. Sería terrible que ahora empezara a perseguir a mis amigos.

Lorraine ha jadeado y se ha alejado para sentarse al otro lado de la biblioteca, fingiendo que leía *Lo que el viento se llevó*. Durante el resto del día, «Dejad que me teman, siempre que me obedezcan» ha funcionado mejor que nunca, pero Deirdre y Sharon también han mantenido las distancias, de modo que voy a estar terriblemente sola.

Martes, 16 de octubre de 1979

Ya se sabe, tener clase es como la magia. No hay nada que puedas señalar, se evapora si intentas analizarla, pero es real, afecta al modo como se comporta la gente y hace que ocurran cosas.

Es posible que Sharon tenga más dinero que todas las demás chicas de nuestra clase. Somos la clase de quinto inferior, lo cual es tan carente de sentido en cualquier contexto normal que me pone enferma pensar en ello. Empiezan a contar en tercero superior. En teoría, existe una platónica escuela inferior, que empieza en primero, con niñas de siete años. De hecho, no hay nada parecido, y lo deduzco solo por la existencia de estos números ridículos. Cuando llegan a sexto, inferior y superior, las chicas se encuentran en el mismo sistema que el resto del mundo, que va de primero a cuarto en la escuela primaria y de primero a sexto en la secundaria. Como se puede ver, Arlinghurst imparte de primero a sexto, como cualquier escuela secundaria, con la diferencia de que cuentan de forma idiota.

Nosotras somos concretamente quinto inferior C. También existen un A y un B, aunque no los distribuyen según la capacidad, ¡Dios nos libre!, eso sería un error. Pero la realidad es que sí, porque Gill y toda la clase de química forman el grupo A y son mucho más brillantes. Yo debería estar en el A por mis notas, pero no mueven a los alumnos hasta el final del trimestre. La señorita Carroll, la bibliotecaria, me ha dicho que dicen que me trasladarán al A para Navidades, a no ser que por haberme atrevido a cambiar el horario vaya a seguir con las torpes hasta el próximo septiembre. Me comenta que si hacen eso es para que aprenda una lección valiosa por haberme salido del lugar que me corresponde, pero estoy contenta de haber luchado por la química. Me gustaría haber resistido también por la biología.

El sistema de casas va por separado con respecto a las clases. Las clases son horizontales, el sistema de casas es vertical. Las chicas de las tres clases de cada curso forman parte de las cuatro casas. Estas compiten entre sí para ganar copas: copas de plata completamente reales, que se guardan en el vestíbulo. Las casas reciben el nombre en honor de poetas Victorianos. Yo estoy en Scott. Las otras son Keats, Tennyson y Wordsworth. No están ni Shelley ni Byron, supongo que porque tienen mala reputación. A la abuela le gustaban todos esos poetas, excepto, irónicamente, Scott. El sistema de clases controla las lecciones, y el de casas, todo lo demás, en especial los deportes, pero también el sistema de puntos ganados o perdidos por el comportamiento. Se supone que nos tenemos que preocupar mucho por nuestras casas y su posición relativa, y cuidar por las demás chicas de nuestra casa, sea cual fuere su clase. No es necesario comentar que todo esto me importa un bledo. Se trata de un *grandfallon* en su sentido más estricto, y le estaré eternamente agradecida a Vonnegut por proporcionarme esta palabra.

En cualquier caso, estaba intentando hablar sobre la clase. En quinto inferior C, que son las únicas chicas que conozco bien, la familia de Sharon es la que tiene más dinero. Va de vacaciones al extranjero con más frecuencia que el resto de las chicas; su padre es cirujano, tienen una casa grande y un coche enorme. Pero dentro de la clase, su nivel es bastante bajo, porque es judía y eso la hace diferente, y también a causa de todas esas otras cosas intangibles de la clase, que son como la magia. No tiene pony, por más que se lo podría permitir. Tienen piscina, pero no tienen pony, porque las prioridades de sus padres son diferentes. Va a esquiar durante las Navidades, pero va a Noruega, porque sus padres no quieren ir ni a Alemania ni a Suiza.

Los padres de Julie no tienen dinero. Lleva los uniformes de su hermana. Tienen un coche viejo. Pero su hermana es Chica Principal, y su madre era prefecta y ganó una copa de tenis para Wordsworth, que también es la casa de Julie. La pusieron en Wordsworth porque su madre, sus tías y su hermana también habían estado en Wordsworth. Hay una vieja fotografía en blanco y negro de la madre de Julie, y tienen la copa en la sala de deportes. Y en una placa bajo la imagen se lee «La honorable Monica Wentworth», porque el padre de la madre de Julie era vizconde. Julie no es honorable, pero se encuentra a la cabeza de la clase por su madre. No es solo eso: se trata de la combinación del honorable, la copa y la tradición de la escuela. Y Julie no es muy lista, pero es buena en deporte, lo cual es mucho más importante.

Hay una chica gorda y de risa tonta en Cuarto Superior, que es lady Sarah. Su padre es conde. Creo que Julie se plegaría a su opinión, pero no estoy segura. La clase no es solo puro esnobismo, sino un montón de elementos. No obstante, todo el mundo se preocupa de ello con locura. Una de las primeras cosas que me preguntaron fue qué tipo de coche tenía mi padre. «Uno negro» no fue una respuesta demasiado acertada. No se podían creer que no lo supiera. No les dije que solo lo había visto un par de veces y que no me gustan mucho los coches. Resulta que es un Bentley —le escribí y se lo pregunté—, es decir, un tipo de coche aceptable. Pero ¿por qué les importa tanto eso? Quieren situar a todo el mundo con precisión. Por supuesto, muy pronto se dieron cuenta de que no era nadie: sin pony, sin título y galesa. Obtuve puntos por el tipo de casa donde vive mi padre; solo están interesados en el padre. Algunas de las chicas tienen padres divorciados —la pobre Deirdre, por ejemplo—, pero, aunque vivan con su madre, lo que cuenta es el padre.

La clase es algo totalmente intangible; el modo como afecta a las cosas no está sujeto a análisis científico y se supone que no es real, pero es omnipresente y poderoso. ¿Ves? Como la magia.

Miércoles, 17 de octubre de 1979

Cuando haya crecido y sea famosa, nunca reconoceré que he estado en Arlinghurst. Haré ver que nunca he oído hablar de este lugar. Cuando la gente me pregunte dónde estudié, dejaré la respuesta en el aire.

Ahí fuera hay otras personas como yo. Existe un *karass*. Sé que existe; o que puede existir.

Jueves, 18 de octubre de 1979

Esta escuela puede hacer que cualquiera se haga comunista.

Hoy he leído *El manifiesto comunista*. Es muy corto. Sería como vivir en Anarres. Cualquier día de estos me pondré a ello.

Viernes, 19 de octubre de 1979

Amaba a Mor, pero nunca la valoré lo suficiente. En realidad nunca llegué a comprender del todo lo maravilloso que era tener siempre a alguien con quien hablar y que siempre sabía de qué estabas hablando, y a alguien con quien jugar que comprendía el tipo de juegos a los que quería jugar.

Solo una semana más de clases antes de las vacaciones.

Sábado, 20 de octubre de 1979

Bendito sea el préstamo interbibliotecario. ¡Me han encontrado *Purposes of Love* y *El último vino*!

Devolví los ocho libros de la semana pasada. Y saqué cinco más de autores que conozco y también *El mago*. No conozco a su autor (Fowles), pero, bueno, ¡es un libro sobre un mago!

He solicitado veintiocho libros, repasando las listas de las solapas. El bibliotecario, el hombre, parecía un poco sorprendido, pero no dijo nada al respecto.

Estaba lloviendo a cántaros y ya se han caído casi todas las hojas de los árboles. Volví de nuevo a la panadería-cafetería, porque las otras chicas no van hasta allí, sino que se concentran en las cafeterías de verdad del pueblo. Después me acerqué a mirar el agua y el cisne se molestó conmigo. Mis zapatos se hundían en el barro de la orilla, pero me acerqué hasta debajo del árbol para buscar hadas. Había una o dos, pero eran muy difíciles de ver, y no tenían ganas de conversación. Qué pena, porque, con la excepción de una carta de mi padre, no he tenido ninguna charla con nadie durante esta semana.

Domingo, 21 de octubre de 1979

¡James Tiptree Jr. es una mujer! ¡Dios mío!

Nunca lo habría imaginado. Dios santo, Robert Silverberg ha debido de hacer el ridículo. Pero me apuesto algo a que no le importa. (Si yo hubiera escrito *Muero por dentro* no me volvería a preocupar nunca más por las estupideces que pudiera hacer en relación con cualquier tema. Puede que sea el libro más deprimente del mundo, quiero decir que va justo detrás de Hardy y Esquilo, pero también es brillante.) Y las historias de Tiptree también son buenas, aunque ninguna llega al nivel de *La muchacha que estaba conectada*. Supongo que puedo entender que lo hagas para que te respeten, pero Le Guin no lo hizo y la respetan. Ganó un Hugo. Creo que en cierta forma, Tiptree tomó el camino fácil. Pero tan solo hay que pensar en la tendencia que tienen sus personajes al engaño y el disfraz; quizá ella también jugaba a eso. Supongo que todos los escritores utilizan a los personajes como máscaras, y ella utilizaba el nombre de hombre como una capa más. Llegados a este punto, si yo hubiera escrito «Amor es el plan, el plan es morir», no me gustaría que la gente supiera dónde vivo.

Hoy he sido la única persona que no ha tenido ningún bollo. No me importa. Incluso Deirdre ha recibido uno de Karen. Deirdre me mira de una forma extraña y perpleja, lo que resulta mucho peor que todo lo demás. Ahora entiendo mucho mejor que Tiberio dependiera de Sejano. También comprendo por qué se volvió tan peculiar. El hecho de que me dejen sola —y me están dejando sola— resulta que no es tan apetecible como pensaba. ¿Es así como la gente se vuelve mala? No quiero que me pase.

Le he escrito a tita Teg y he intentado parecer alegre. También le he escrito a mi padre, con la esperanza de persuadirlo para que me lleve a verla, a lo mejor, y también al abuelo al hospital. Ahora son las únicas personas que me quedan. No creo que él los quiera ver, pero yo sí, y él podría esperar en el coche. Sería realmente agradable ver a alguien que me quiere. Cinco días más hasta las vacaciones del trimestre y en una semana, fuera de este lugar.

Lunes, 22 de octubre de 1979

Hoy en química, Gill se ha sentado a mi lado. Ha sido muy valiente por su parte, teniendo en cuenta cómo se está comportando todo el mundo.

—¿Así que no crees que sea una apestada del vudú? —le he preguntado directamente al final de la clase.

—Soy una científica —ha respondido—. No creo en nada de eso. Y sé que tuviste problemas por regalarme un bollo.

Era la hora de comer, así que hemos ido juntas al comedor. No me importa lo que piense la gente. Dice que nunca lee ficción, pero que me prestará un ensayo científico de Asimov titulado *La mano izquierda del electrón*. Tiene tres hermanos, todos ellos de más edad que ella. El mayor está en Oxford. Ellos también son científicos. Me gusta. Con Gill se puede descansar.

El mago es muy extraño. No estoy segura de si me gusta, pero no puedo resistir la espera de volver con él y pienso todo el rato en el libro. No va sobre magia, en realidad no, pero la atmósfera es mágica. Leerlo es muy raro, porque siempre está paseando durante kilómetros por la isla cubierta de tomillo, como solíamos hacer nosotras. No nos importaba caminar durante kilómetros por los dranvías, hasta Llwydcoed o Cwmdare. Normalmente íbamos en autobús hasta Penderyn, pero una vez allí caminábamos durante horas por las cimas. Me encantaban las vistas desde allí arriba. Nos tendíamos en la hierba y mirábamos hacia arriba para ver las alondras, y luego recogíamos trocitos de lana que habían dejado las ovejas, los cardábamos y se los llevábamos a las hadas.

Martes, 23 de octubre de 1979

Hoy tengo la pierna muy mal. Tengo días en los que puedo caminar, más o menos, y después otros días. Supongo que podría decir que tengo días en los que las escaleras son malas y días en los que las escaleras son una tortura. Hoy es, desde luego, uno del segundo tipo. He recibido otra carta, ¡maldita sea! Las voy a tener que quemar o algo por el estilo. Son tan malignas que casi brillan. Las puedo ver por el rabillo del ojo, aunque puede que solo sea el dolor lo que me hace ver cosas raras. El viernes es el ecuador del trimestre. Mi padre vendrá a recogerme a las seis. No me ha dicho adónde vamos, pero lo importante es que no estaré aquí. No me puedo llevar las cartas, aunque tampoco las puedo dejar.

No estoy demasiado segura acerca del final de *El mago*. Resulta más ambiguo todavía que Tritón. ¿Quién podría escribir las dos últimas líneas en latín, que casi nadie sabe leer? Es un libro de la biblioteca, pero he escrito suavemente a lápiz la traducción en la página:

Mañana habrá amor para los que no lo tienen, y para los amantes, amor.

Supongo que Allison lo amará por lo que vale la pena. Antes no lo amaba lo suficiente. Él solo la quiere de verdad cuando cree que ha muerto.

En la última parte del libro, de regreso en Londres, Nicholas quiere volver al misterio, sea lo que sea; allí es precisamente donde yo no quiero estar. Nunca debí intentar hablar con aquella hada. Que otro se ocupe de la grafiosis de los olmos. No es mi problema. Se ha acabado eso de salvar el mundo, y en cualquier caso nunca esperé que me lo agradeciera en lo más mínimo. Lo que he conseguido es este dolor agudo, sordo, estúpido y aburrido, y comprendo demasiado bien a Nicholas. Porque ¿quién no lo querría? Pero, por otra parte, no quiero acabar siendo patética como él.

Jueves, 25 de octubre de 1979

No llovía desde hacía una eternidad y mi pierna estaba un poco mejor, así que salí durante la media hora de después de los deberes. Me acerqué hasta la zanja al borde de los campos de deporte, donde había visto tiempo atrás al hada, y encendí una hoguera con todas las cartas. Casi era de noche, y enseguida ardió con mucha fuerza, con una única cerilla. Supongo que fue el papel fotográfico, porque ella había quemado antes una parte, así que ansiaba el fuego. «Con frecuencia, el daño del mal suele volverse contra el propio mal», como dijo Gandalf. Con frecuencia, no siempre. No puedes confiar en ello, pero parece ser que ocurre bastante a menudo.

Me sentí mucho mejor después de que hubieran ardido. Aparecieron unas hadas y bailaron alrededor de las llamas, como hacen siempre. Las solíamos llamar salamandras e *igneid*. Son de un color sorprendente, cuando el azul cambia y se convierte en anaranjado. La mayoría de las hadas actuaban como si no me pudieran ver, o yo no las pudiera ver a ellas, pero una de ellas me estaba mirando de reojo. Se volvió al instante del mismo color amarillo que la corteza del olmo cuando advirtió que, a mi vez, yo la estaba mirando a ella, de modo que supe que el hada sabía lo que había preguntado la otra vez.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, patética, a pesar de lo que dije ayer sobre Nicholas.

Todas se desvanecieron cuando hablé, pero regresaron al cabo de un momento. No se parecen a las hadas de mi tierra. Quizá se deba a que no tienen ruinas donde vivir. Siempre parece que a las hadas les gustan más los lugares que ha vuelto a ocupar la naturaleza. Hemos cercado los campos en la historia reciente. Antes, todo el país era una naturaleza salvaje y comunitaria, supongo que como Common Ake, donde los campesinos pueden dejar que pasten sus animales y recogen leña y moras. La tierra no pertenece a nadie en particular, sino a todo el mundo. Me apuesto algo a que está lleno de hadas. Entonces los terratenientes lograron que la gente aceptara que se cercaran los campos y se convirtiesen en granjas claramente delimitadas, y no se dieron cuenta de lo apretujados que estarían sin las tierras comunales hasta que estas desaparecieron. Se supone que el campo tiene unas venas de la naturaleza que lo recorren, y sin ellas, sufre. En cierto sentido, estos campos están más muertos que las ciudades. La zanja y los árboles solo están allí porque existe la escuela, y los árboles que hay cerca de la librería solo son el límite de una propiedad.

Las hadas no hablaron conmigo, ni siquiera unas pocas palabras, como la que encontré en el árbol. Sin embargo, la amarilla me siguió mirando con precaución, así que supe que me comprendía. O más bien supe que había entendido algo. No podía estar segura de qué había entendido. Las hadas son así. Incluso las que conocíamos bien, a las que dimos nombres y que hablaban con nosotras continuamente, podían

comportarse en ocasiones de un modo tan raro.

Entonces, todas se desvanecieron de nuevo, y el papel se había convertido en ceniza —se quemó con rapidez para ser papel—. Y entonces me pilló Ruth Campbell y me puso diez notas negativas por encender un fuego. ¡Diez! Hacen falta tres puntos positivos de la casa para cancelar una nota negativa, lo que no es justo, si se me permite opinar. Pero a lo largo de este trimestre, hasta el momento, ya había ganado cuarenta notas positivas, por destacar en las notas escolares. Ahora bien, recibí once notas negativas, es decir, el equivalente a la cancelación de treinta y tres notas positivas. Es un sistema estúpido y no me preocupa, pero, honestamente, ¿es justo de algún modo?

Lo más extraño es que Ruth está más disgustada que yo por este tema. Es una de las prefectas y es de Scott, así que al otorgarme diez notas negativas estaba perjudicando a su casa, y ella se preocupa por eso mucho más que yo. Si tienes diez notas negativas quedas arrestada el sábado siguiente y no puedes ir al pueblo, pero al tratarse de la semana de mitad de trimestre no cuenta. En cualquier caso, no me iba a pasar nada porque tengo suficientes notas positivas para cancelar las negativas, pero será mucho mejor que me asegure de que no vuelvan a pillarme así.

Oh, y no habría podido quemar la escuela. Era un fuego pequeñito, bajo control, y yo llevo haciendo fuegos pequeños desde hace años. Sabía lo que estaba haciendo. Además, si no lo hubiera sabido, me hallaba muy lejos de cualquier edificio, el terreno estaba empapado por la lluvia y la zanja, llena de agua. También había un montón de hojas mojadas que habría podido tirar encima si hubiera surgido el más mínimo peligro, aunque no había ninguno. Acepté las notas negativas, porque no quería que el tema llegara hasta las maestras. Mejor que no se enterasen. Ruth también me confiscó las cerillas.

Siento un gran alivio con la destrucción de las cartas. Me siento más ligera sin ellas.

Viernes, 26 de octubre de 1979

Durante todo el día en la escuela hubo una sensación casi tangible de excitación contenida. Todo el mundo se quiere ir. Todas las chicas hablaban sobre sus planes para la semana y alardeaban de ellos. Sharon se va esta mañana; chica afortunada, porque otra cosa que no pueden hacer los judíos es viajar la noche del viernes o el sábado. ¿Qué ocurre si lo hacen? Es como tener un montón de *geasas*^[1].

A unas pocas chicas las recogieron, excepcionalmente, por la tarde. Las otras miraban por las ventanas de la biblioteca para ver qué tipo de coche tenía la familia y cómo iban vestidas sus madres —sobre todo—. A Deirdre la recogió su hermana mayor en un Mini blanco. Supongo que no lo podrá superar nunca. Lo que se supone que deben vestir las madres es un Burberry, con un pañuelo de seda que cubra su cabello. Un Burberry es una gabardina de una marca de lujo.

Nadie me pregunta lo que lleva mi madre, porque nadie habla conmigo. Pero no me importa. Se pone lo que encuentra en el armario y combina la ropa de un modo extraño que solo ella entiende. No sé si lo hace porque es mágico o si es porque está loca. Resulta muy difícil ver la diferencia. Unas veces parece un hombre y otras tiene una apariencia perfectamente normal. Las épocas de normalidad suelen coincidir con los momentos en que puede resultar útil: por ejemplo, la última vez que la vi apareció recatada y respetable ante el tribunal. Hace mucho tiempo, cuando tenía el parvulario, tenía un aspecto razonable para una maestra, pero por entonces la abuela seguía viva y podía controlarla. Pero la he visto ponerse el traje de boda para ir a comprar, y un abrigo de invierno en julio, y también ir casi desnuda en enero. Tiene el pelo largo y negro, e incluso cuando está peinado y dominado parece un nido de serpientes. Si se pusiera un Burberry y un pañuelo de seda parecería que lleva un disfraz, una tela dispuesta sobre un altar donde se ha realizado un sacrificio.

Mi padre llegó en medio de una multitud de padres y nadie me hizo ningún comentario sobre él. Se parecía a sí mismo. Me temo que yo lo volvía a mirar de reojo. No sé por qué; en realidad es absurdo, ya que durante todo este tiempo nos hemos estado cartear como seres humanos. Me llevó de vuelta a Old Hall.

—Nos quedaremos esta noche, y mañana te llevaré a conocer a mi padre —me informó.

Los faros iluminaban una larga extensión de terreno. Podía ver a los conejos que se alejaban de la calzada saltando y la tracería esquelética de las ramas, que se iluminaban durante un instante y después volvían a la oscuridad.

—Nos quedaremos en un hotel. ¿Has estado alguna vez en alguno?

—Cada verano. —respondí—. Íbamos a Pembrokeshire y estábamos en un hotel durante dos semanas. Cada año el mismo.

Sentí que se me espesaba la voz en un sollozo en el fondo de la garganta. Nos lo

habíamos pasado tan bien... El abuelo nos llevaba en coche a diferentes playas, y a ver castillos y menhires. La abuela nos contaba historias. Era maestra; toda mi familia lo era, pero yo decidí que no lo sería. A la abuela le gustaban las vacaciones porque no tenía que cocinar, y tita Teg y ella se podían relajar y reír juntas. A veces venía mi madre y se sentaban en alguna cafetería, fumaban y comían cosas peculiares. Obviamente, era mejor los años que no venía. Pero incluso cuando venía, en Pembrokeshire era mucho más evitable y de alguna manera, allí parecía más pequeña. Mor y yo teníamos nuestros juegos particulares, y en el hotel siempre había más niños a los que podíamos organizar para participar en nuestros juegos y para inventar algún entretenimiento para los padres.

—¿Era buena la comida? —preguntó.

—Maravillosa —contesté—. Había comida especial, como melón y caballa. —Eran unos alimentos deliciosos, que nunca teníamos en casa.

—Bien, donde vamos la comida también es muy buena —comentó—. ¿Qué tal la comida de la escuela?

—Atroz —respondí, y conseguí que se riera con mi descripción—. ¿Podría ir hasta Gales del Sur?

—Yo no te puedo llevar, si es eso lo que estás sugiriendo. Pero si quieres ir en tren un par de días, no hay ningún problema.

No estaba segura, porque si iba en tren estaría atrapada allí y, al fin y al cabo, ella también estaría allí, y si me atrapaba físicamente no sabía lo que podría hacer. Pero lo más probable era que no se acercase a mí. No lo sabría. No haría nada mágico.

Cuando llegamos finalmente a Old Hall, las tías estaban sentadas en el salón. Un lugar de retiro para mantener una conversación tranquila. Pero casi no hablamos. Les di un beso y después visité las estanterías de libros de Daniel y me retiré a la cama con *El fin de la eternidad*.

Sábado, 27 de octubre de 1979

No tenía ni idea de que Londres fuera tan grande. No se acaba nunca. Es como si te atrapara y antes de darte cuenta estuviera por todas partes. Al principio hay algunas parcelas aisladas, con huecos en medio, pero después está cada vez más construido.

El padre de mi padre se llama Sam. Tiene un acento divertido. Me pregunto si lo llamarán Commie. Vive en una parte de Londres que se llama Mile End y lleva en la cabeza una *kipá*, pero por lo demás no parece judío. Tiene el pelo completamente blanco —y tiene un montón, aunque ya es viejo—. Luce un chaleco bordado, muy bonito pero un poco raído. Es terriblemente viejo.

Durante todo el viaje en coche, mi padre y yo hemos estado hablando de libros. No ha mencionado a Sam excepto para decir que ese era nuestro destino. Yo estaba pensando más en el hotel y en Londres, de modo que casi ha sido una sorpresa cuando hemos llegado. Mi padre ha tocado el claxon con un ritmo determinado, se ha abierto la puerta y ha salido Sam. Mi padre nos ha presentado en la acera y él me ha abrazado, y también ha abrazado a mi padre. Al principio me he asustado un poco, porque en realidad no se parece a nadie que conozca y no tiene el más mínimo parecido con el abuelo. A mi padre y a sus hermanas resulta bastante fácil mantenerlos a raya, e incluso pensar en ellos como si los tuvieras a cierta distancia, supongo que porque son ingleses. Pero Sam no es inglés, en absoluto, y he tenido la sensación de que me aceptaba al instante, mientras que con ellos siempre me siento muy mal, como si estuviera en libertad condicional.

Sam nos ha conducido a ambos al interior de la casa y me ha presentado a su casera como su nieta, y ella ha comentado que veía el parecido.

—Morwenna se parece a mi familia —ha afirmado, como si me conociera desde hace años—. Mira el color. Se parece a mi hermana Rivka, *zichrona livracha*.

Me he quedado desconcertada y él ha traducido:

—Que su recuerdo sea una bendición.

Me gusta. Es una manera muy elegante de decir que alguien está muerto sin interrumpir la conversación. Le pregunto cómo se deletrea y qué idioma es. Es hebreo. Según Sam, los judíos siempre rezan en hebreo. Quizá algún día sea capaz de decir «mi hermana Mor, *zichrona livracha*» con la misma naturalidad.

Después nos ha llevado hasta su habitación, en el piso de arriba. Debe de resultar raro vivir en el piso de arriba de la casa de alguien. Puedo decir que no tiene dinero. Lo sabría aunque no lo supiera. La habitación tiene una cama, un fregadero y una silla, y hay libros apilados por todas partes. Hay una cómoda cubierta de libros, con una especie de samovar eléctrico, y vasos. También hay un gato grande, gordo, blanco y lustroso llamado Presidente Mao (o quizá Presidente Miau), que ocupa la mitad de la cama. Pero cuando me he sentado en el borde, se ha acomodado en mi

regazo. Sam me ha dicho —también me ha dicho que le llamara Sam— que eso significa que le gusto, y que no hay demasiada gente que le caiga bien. Lo he acariciado, con cuidado, y no me ha arañado al cabo de un minuto como hace siempre el Persimmon de tita Teg. Se ha enroscado para dormir.

Sam ha preparado té, para él y para mí. Para mi padre ha sacado whisky. (Bebe muchísimo. Ahora mismo está abajo, en el bar del hotel, bebiendo. También fuma mucho. Sería desconsiderado decir que tiene todos los vicios, teniendo en cuenta las circunstancias, pues me ayudó a huir y me está pagando la escuela. No sería lo mismo si además me quisiera.) El té ha llegado en vasos con posavasos metálicos, sin leche ni azúcar, lo cual lo hace bastante más pasable. Tiene un aroma agradable. Me ha sorprendido, porque habitualmente no me gusta el té y solo me lo estaba bebiendo para ser educada. Ha vertido el agua desde el samovar eléctrico que, según él, mantiene el agua a la temperatura exacta.

Al cabo de un rato, me he puesto a mirar los libros y he visto *El manifiesto comunista* en lo alto de una de las pilas. Es posible que sin darme cuenta haya emitido algún ruidito, porque ambos me han mirado.

—Acabo de ver que tienes aquí *El manifiesto comunista* —he comentado.

Sam se ha reído.

—Mi buen amigo el doctor Schechter me lo prestó.

—Lo he leído hace poco —he reconocido.

Se ha vuelto a reír.

—Es un sueño agradable, pero no funcionará nunca. Mira lo que está ocurriendo ahora en Rusia, o en Polonia. Marx es como Platón: tiene sueños que no se pueden convertir en realidad mientras las personas sigan siendo personas. Eso es lo que no puede entender el doctor Schechter.

—También he estado leyendo sobre Platón —he añadido, porque aparece en *El último vino*, junto con Sócrates.

—¿Leyendo sobre Platón? —se ha sorprendido Sam—. ¿Qué tal leer a Platón?

He negado con la cabeza.

—Lo tienes que leer, pero sin dejar de discutir con él en ningún momento —comenta—. Debo de tener algún Platón en inglés por alguna parte.

Ha empezado a mover pilas de libros con la ayuda de mi padre. Yo le habría ayudado también, pero no me podía mover con el Presidente Miau dormido sobre mis rodillas. Tenía a Platón en griego, en polaco y en alemán, y me he dado cuenta, mientras murmuraba y se abría paso por las pilas, de que podía leer todos esos idiomas, además del hebreo, y de que a pesar de que su inglés es divertido y con un acento bastante marcado, y de que vive en una habitación pequeña y alquilada, es un hombre educado. Al contemplar cómo mi padre le ayudaba con las pilas, he visto que se quieren, aunque no lo demuestran.

—Ah, aquí —ha anunciado—. *El banquete*, en inglés; está bien para empezar.

Era un volumen negro y delgado de Penguin Classics.

—Si me gusta, puedo pedir más libros en la biblioteca —he comentado.

—Hazlo. No seas como Daniel, que siempre está leyendo novelas y no tiene tiempo para nada real. Yo soy lo contrario. No tengo tiempo para las novelas.

—Tengo una amiga en la escuela que es igual —he añadido—. Lee ensayos científicos para entretenerse.

Resulta que Sam ha leído algunos de los ensayos científicos de Isaac Asimov, y también tiene un libro que Asimov escribió acerca de la Biblia.

—Es un libro judío y ateo sobre la Biblia, así que por supuesto que lo tengo —ha comentado.

Cuando se ha hecho de noche, mi padre se ha puesto en pie y ha insistido en llevarnos a cenar. Hemos ido a un sitio que hay bastante cerca, donde hemos comido unas tortitas pequeñas llamadas blinis con salmón ahumado y crema de queso, que eran absolutamente deliciosas, quizá lo más delicioso que haya comido nunca. Después nos han traído unos trozos de masa rellenos de queso y patata, que habrían sido lo mejor que había comido en los últimos meses si no hubieran ido detrás del estupendo salmón ahumado, y hemos acabado con otro tipo de tortita con mermelada dentro. Todo el mundo conocía a Sam y no dejaban de acercarse para saludar y presentarse. Al principio ha sido un poco embarazoso, pero muy pronto me he acostumbrado, porque Sam actuaba como si fuera normal. He visto que vivía con esta gente como si formaran parte de su familia: vivía con ellos en comunidad.

Me gusta Sam. Me he puesto triste al decirle adiós. He tomado nota de su dirección y le he dado la mía de la escuela. Quería hablar con él sobre ser judío, sobre lo que dijo Sharon y sobre mi idea de ser una judía de arroz, pero no quería que mi padre estuviera delante. Con él resulta difícil. Es mucho más fácil hablar con Sam. Por un lado, no tengo ninguna necesidad de sentirme agradecida con él, y por otro, él no se tiene que sentir culpable conmigo.

Hemos ido en coche hasta el hotel. No está a la altura del que solía alojarnos en Pembrokeshire. Es muy anodino. Compartimos habitación, algo que no me esperaba, pero como casi enseguida ha bajado al bar, la tengo casi para mí sola. Esta noche se atrasan los relojes, así que tendremos una hora más para dormir.

El banquete es brillante. Es como *El último vino* pero antes, cuando Alcibíades era joven. Aquella debió de ser una época maravillosa para vivir.

Domingo, 28 de octubre de 1979

Estoy en el tren, el gran tren regional de Londres a Cardiff. Pasa indiscriminadamente por campos y ciudades, rodando sobre sus inevitables raíles. Estoy sentada en una esquina del vagón y nadie se fija en mí. Hay un vagón cafetería en donde puedes comprar bocadillos terribles, refrescos horrorosos o café. He comprado un Kit Kat, que ahora me estoy comiendo muy despacio. Llueve, lo cual hace que el campo parezca más limpio y los pueblos más sucios.

También está muy bien llevar mi propia ropa. También la llevaba ayer, pero no me di cuenta. Pero aquí sentada, a solas, mirando por la ventanilla, es muy agradable vestir unos vaqueros y mi camiseta de Tolkien en lugar de ese uniforme horrible.

Es divertido: estoy escribiendo todo esto al revés, de manera que nadie lo pueda leer. Pero el próximo trozo lo quiero escribir a doble espejo o algo por el estilo, al revés además de hacia atrás, por si acaso. La libreta tiene una llave. Tengo la suerte de que soy capaz de escribir con efecto espejo simplemente usando la mano izquierda. Tengo tanta práctica que casi voy tan rápida como con la derecha.

Lo mismo da.

Ayer por la noche, después de escribir, estuve leyendo un rato *El mundo de los ptavvs*, de Niven, y después apagué la luz. Me quedé dormida, pero más tarde él, mi padre —en realidad debería llamarle Daniel; ese es su nombre y así lo llama Sam—, Daniel, entró en la habitación, encendió la luz y me despertó. Estaba borracho. Lloraba. Intentó meterse en mi cama y besarme, y lo tuve que alejar a empujones.

Ya sé que he dicho que iba a ser pro-sexo, pero...

En cierto modo resulta agradable pensar que alguien me desea. Y tocarse es agradable. También el sexo; bueno, en la escuela no hay intimidad, así que... Pero tuve una oportunidad ayer por la noche. (¿Cuánto se tarda? Masturbarse son cinco, diez minutos como mucho. En los libros nunca dicen cuánto se tarda. Bron y la Púa lo hacen durante horas, pero es sexo de exhibición.) Y sé por *Tiempo para amar*, que es bastante explícito en esto, que el incesto no está intrínsecamente mal, y tampoco es que lo sienta a él como parte de la familia. No me puedo imaginar haciéndolo con el abuelo; ¡puaj! ¡¡¡Puaj!!!

Pero con él, con Daniel, se trata solo de la consanguinidad, pero en realidad somos unos extraños. Por lo que eso supone solo tener que tomar medidas contraceptivas, que tomaría de todas formas. ¡Solo tengo quince años! Y creo que es ilegal y no vale la pena ir a la cárcel por eso. Pero parecía que me deseaba, ¿y quién más me va a desear al estar lisiada? No quiero ser depravada, pero seguramente lo soy. De todos modos, le dije que no antes de pensar en ello, porque estaba borracho y daba lástima. Lo aparté de un empujón, se fue a dormir a la otra cama y roncó, muy fuerte, y yo me quedé tendida pensando en Heinlein y en ese relato de Sturgeon en

Visiones peligrosas: «Si todos los hombres fueran hermanos, ¿dejarías que alguno se casara con tu hermana?». Gran título.

Esta mañana ha actuado como si no hubiera ocurrido nada. Hemos continuado sin mirarnos mientras comíamos bacón blando y huevos fritos fríos en el bufete del desayuno del hotel. Me ha dado el billete de tren y otras diez libras para libros. Aunque me gaste una parte para comprar comida y el billete del autobús, podré comprar al menos diez libros. Es muy raro con el dinero: a veces actúa como si no tuviera y otras veces lo regala así. Tengo que regresar a Shrewsbury el próximo sábado, porque debo estar en la escuela el domingo que viene por la noche. Y hoy me voy a encontrar con tita Teg en la estación de Cardiff. La he llamado desde Paddington. Mientras tanto, me encuentro a medio camino, en medio de todo, entre mundos, comiendo un Kit Kat y escribiendo. Me gustan los trenes.

Lunes 29 de octubre de 1979

Las vacaciones no coinciden aquí y en Arlinghurst. Aquí nadie fue a la escuela la semana pasada. Típico. Así que tita Teg tiene clase y todos mis amigos están en la escuela. Llegué ayer por la noche, cené una de las tartas de queso de tita Teg y me quedé dormida justo después de cenar.

Hoy he ido a Cardiff a comprar libros. Lo bueno de Lears es que tienen libros americanos. Chapter and Verse es muy agradable y también voy allí, pero no tienen libros de importación. Hay asimismo una serie de tiendas de segunda mano. Están la de Castle Arcade, la de Hayes y la que hay cerca del casino, que tiene porno en la parte de atrás. Creo que soy la única persona que siempre compra los libros de la parte de delante. Siempre se me quedan mirando, como si quisieran que entrase en su estúpida trastienda y comprara su estúpido porno. O quizá no quieran vender los libros normales de la parte de delante, porque entonces tendrán que buscar más. Consigo *The Best of Galaxy Volume IV* por diez peniques, que contiene un cuento de Zelazny.

A última hora de la tarde hemos ido al valle para ver al abuelo. Ha salido del hospital y está en una residencia que se llama Fedw Hir. Todos los que se encuentran allí están prácticamente locos. Había un hombre sentado que no dejaba de hacer «Blubba, blubba, blubba» con los labios, y otro que daba gritos a intervalos. Es el sitio más horrible y deprimente que he visto en mi vida; todos esos ancianos con la boca abierta y los ojos apagados, sentados en su cama en pijama y con aspecto de encontrarse en la antesala de la muerte. El abuelo es de los que está mejor. Tiene todo un lado paralizado, pero el otro lo tiene tan fuerte como siempre y puede hablar. Su mente sigue allí, aunque el color de su piel no es el adecuado. Que yo recuerde, siempre ha tenido el pelo de color gris, pero ahora lo tiene blanco con algunos mechones que parecen del color de la leche cuajada.

Puede hablar, aunque no tiene mucho que decir. Espera volver pronto a casa, pero tita Teg no lo cree, aunque tiene la esperanza de verlo fuera para Navidades. Quiere que yo venga, pero le digo que solo lo haré si no veo a mi madre. No sé si lo podremos conseguir. El abuelo estaba contentísimo de verme y quería saberlo todo sobre mí y lo que estaba haciendo y eso; por supuesto, resultó difícil. Él no quería que se mencionase el nombre de Daniel nunca; no había dejado que nadie lo pronunciara desde que Daniel abandonó a mi madre. Así que no podía decir nada sobre él. Pero le he hablado de la escuela, dejando de lado lo horrible que es y el hecho de que todo el mundo me odia. Le he hablado de mis notas y de la biblioteca. Quería saber si mejoraba mi pierna y le he dicho que sí.

No es verdad. Pero ahora me doy cuenta de que no es nada. De acuerdo, duele, pero puedo andar. Tengo movilidad. Él, en cambio, está aquí atrapado, aunque recibe

terapia física, según me explicó tita Teg.

Mientras salíamos, tita Teg, que viene con frecuencia, les daba las buenas noches a algunos de los hombres, a los que conocía y que no respondían o contestaban de forma incoherente, con aullidos y tartamudeos. No podía dejar de pensar en Sam, que debe de tener la misma edad que estos hombres, y en su habitación bonita y cálida, y en las pilas de libros y el samovar eléctrico. Sam es una persona, mientras que estos hombres son solo desechos, los restos de una persona.

—Tenemos que sacar al abuelo de aquí —he comentado.

—Sí, pero no es tan fácil. No se puede valer por sí mismo. Yo puedo venir los fines de semana, pero necesita una enfermera, y eso es muy caro. Esperan que quizá en primavera pueda salir.

—Podría vivir con él y ayudarlo —me he ofrecido, y durante un momento mi oferta se ha quedado allí, en el aire, como una estrella de esperanza.

—Tienes que ir a la escuela. Y de todas formas, no lo puedes ayudar a andar. Apoya todo el peso en la persona que lo ayuda.

Tiene razón. Me aplastaría, mi pierna cedería y acabaríamos los dos en el suelo.

Le escribiré. Eso sí lo puedo hacer; cartas bonitas y alegres. Tita Teg se las puede leer y le dará algo de lo que hablar durante las horas de visita. Lo tenemos que sacar de allí. Es increíblemente lúgubre. Y yo que pensaba que la escuela era mala...

Martes, 30 de octubre de 1979

Hoy he subido por el valle en el autobús rojo y blanco. Resulta interesante. Va todo el rato por la carretera antigua, pasando por calles estrechas de casas adosadas, cuando atravesamos Pontypridd, y durante todo el trayecto he podido ver horribles depósitos de carbón, vertederos de basura y casas muy feas y apelotonadas, y arriba, las colinas. Cuando he llegado a Aberdare, he bajado y he recorrido el cwm^[2] hasta las ruinas que llamamos Osgiliath. No sé exactamente qué eran. Los árboles casi no tenían hojas y había un montón de hojarasca mojada en el suelo. En ese momento no llovía, lo cual era de agradecer, porque cuando he llegado tenía una necesidad urgente de sentarme. No recordaba lo lejos que estaba. O mejor dicho, recordaba que estaba a unos ochocientos metros, pero no que eso ahora era para mí una distancia muy larga para ir a pie.

No tenía un interés especial en encontrar hadas. Solo quería llegar. Pero allí estaban las hadas. Entre ellas se encuentra Glorfindel. Me estaban esperando.

Me gustaría informar de nuestra conversación como si fuera una charla con los elfos de Tolkien. «Largo tiempo te hemos echado de menos y esperado tu llegada, Mori, largo tiempo te hemos buscado en vano entre árboles y palacios. Nos han llegado noticias desde tierras lejanas de que sigues caminando por el mundo, arrancada de tu gemela, así que hemos esperado esperanzados hasta que hoy la brisa nos ha traído la noticia de tu llegada. Sé bienvenida entre nosotros, porque tenemos gran necesidad de ti».

Pero no se ha parecido en nada a esto. A veces Mor y yo jugábamos creando una conversación con las hadas en la que yo decía lo que deberían haber dicho en un lenguaje como ese. Ese discurso es en esencia lo que dijo Glorfindel, lo que quería decir, aunque la mayor parte no se expresó en palabras, y las que pronunció fueron en galés y no eran ese tipo de palabras.

Glorfindel es hermoso. Tiene el aspecto de un hombre joven, de diecinueve o veinte años, con el cabello oscuro y los ojos grises. Viste un manto de hojas que gira a su alrededor, aunque en realidad no es un manto. No parece que se lo pueda quitar.

Las hadas son muy sabias. O mejor dicho, saben muchas cosas. Tienen mucha experiencia. Comprenden mejor que nadie cómo funcionan las cosas mágicas. Por eso se habría producido un desastre enorme si mi madre hubiera llegado a controlarlas. Ella hubiese utilizado ese conocimiento para conseguir poder. Las hadas no se habrían podido negar a hacerlo por ella. No sé qué reflejo hubiera tenido eso en el mundo real. Supongo que en realidad no se ha convertido en una reina oscura, no exactamente. Pero aunque no lo puede intentar de nuevo, está probando otras cosas. Debí imaginármelo.

Lo que quiere Glorfindel es que mañana vaya de Ithilien al laberinto de Minos,

donde dice que camina la muerte. Mañana es Halloween. Dice que debo llevar hojas de roble y construir una puerta para que puedan pasar. Eso evitará que ella pueda apoderarse de las hadas. Las hadas saben un montón de cosas, pero no pueden hacer casi nada, en realidad no pueden interactuar demasiado con el mundo ni tampoco manipular objetos. Tienen que conseguir que otras personas lo hagan por ellas, y eso me señala a mí. Según Glorfindel, él ha hecho todo lo que ha podido para que yo viniera esta semana. No sabía dónde estaba hasta que hablé con el hada, y no me pudo alcanzar hasta que quemé las cartas. Entonces arregló las cosas para que nos pudiéramos encontrar. (¿Manipuló el calendario escolar? ¿Todos los calendarios escolares? ¿Consiguió que Daniel accediera a dejarme venir? ¿Hizo que hoy tuviera deseos de venir al cwm? A veces odio la magia.)

Dijo que sería fácil, no como la última vez. Sin riesgos. Lo difícil es que debo estar allí al anochecer. Pensé que iba a ser realmente difícil, pero cuando le mentí a tita Teg y le dije que quería tomar el té con Moira, una chica del instituto, me contestó que me recogería a las siete para llevarme a Fedw Hir a ver de nuevo al pobre abuelo.

Estoy leyendo *La espada encantada*, de Marión Zimmer Bradley; hasta el momento es divertida.

Miércoles, 31 de octubre de 1979

Cerca, pero no como me esperaba.

Lo primero es que ha sido un paseo muy laaaargo. No he visto ninguna hada mientras me dirigía hacia allí. Odian el dolor, no sé por qué, pero lo sé desde que las conozco. Incluso una rodilla arañada o un tobillo torcido hace que desaparezcan. El dolor de la pierna, que me hace gritar con cada paso que doy, ha debido de ser suficiente para asustarlas a kilómetros a la redonda. Ha sido buena idea salir temprano, para dar tiempo a que el dolor se fuera calmando después de llegar allí.

El laberinto del rey Minos está en la cima de la montaña, el Graig. Es una de las ruinas más altas. Era una de las fundiciones más antiguas, una de las primeras, y también una mina de hierro no demasiado profunda, solo superficial, y en su mayor parte vuelta a rellenar. Lo que queda parece realmente un laberinto. Tienes que ir señalando el camino en los muros, y, aunque ninguno supera la altura de los hombros, tienes la sensación de que siguen el esquema de un laberinto. La zona donde antiguamente estaba la entrada a la mina se halla en el centro, un poco hundida, y hay como una calzada que conduce hasta ella. Al llegar me he sentado en el muro a descansar, apoyando el bastón en la pared. Aunque me había traído un libro, estaba empapado de lluvia, así que no podía leer. Era *Babel 17*, de Delany, que había estado leyendo en el autobús. También había traído hojas de roble que recogí mientras atravesaba la boscosa Ithilien. Glorfindel no había dicho cuántas harían falta, pero yo he ido llenando la bolsa mientras andaba. Los robles, conservan las hojas durante todo el invierno, como los *mellyrn*, así que resulta fácil encontrarlas.

Llevaba puesto el abrigo de la escuela, pues no tengo ninguno más. Cuando salí corriendo de casa, no cogí el abrigo. El de la escuela lleva el escudo de Arlinghurst, una rosa con el lema «Dum spiro spero», que en estos momentos me gusta bastante: mientras pueda respirar, tengo esperanzas. Oí una vez un chiste sobre una escuela que había decidido que su lema fuera «Escucho, veo, aprendo», que se tradujo como «Audio, video, disco». He pasado un rato pensando en eso. A esta distancia, el lema hasta puede llegarme a gustar. Cuando estoy allí tengo la impresión de que lo debo odiar todo si no quiero rendirme. La escuela parecía muy lejana mientras estaba sentada allí, a pesar del abrigo. Hay algo real y esencial en el paisaje de los valles que hace que todo lo demás parezca que está muy lejos.

Al cabo de un rato ha aparecido un sol débil. Las nubes corrían por el cielo a una velocidad tremenda y yo estaba contemplando el valle casi desde su misma altura. Aquí arriba no hay muchos árboles, solo dos serbales largos y delgados aferrados a la entrada de la vieja mina. Había bandadas de pájaros volando por los alrededores, probablemente decidiendo en qué dirección iban a emigrar y dibujando formas en el cielo. Tras el sol han llegado las hadas, espiándome desde detrás de los muros, y al

final ha aparecido Glorfindel.

Resulta muy insatisfactorio recoger por escrito la conversación con un hada. O lo redacto con las palabras adecuadas, lo que en realidad es una recreación, o intento representar algo que solamente en parte se expresa con palabras, y de hecho solo con unas pocas palabras. Si lo escribo como hice ayer, es una mentira. Escribí lo que me habría gustado que dijera, cuando en realidad lo que pronunció fueron unas pocas palabras, acompañadas por un montón de sentimientos y de sensaciones. ¿Cómo dejas eso por escrito? Quizá Delany lo podría hacer.

De todos modos, no hemos hablado tanto. Se ha sentado a mi lado y yo casi lo podía sentir. Y después lo he sentido junto a mí, lo que es muy poco habitual, y luego he empezado a sentir sensaciones sexuales. Ya sé que son impensables con un hada. En ese momento se han acercado todas las hadas, lo que me ha preocupado, y en cuanto me he empezado a preocupar, Glorfindel se ha vuelto tan insustancial como siempre, aunque seguía a mi lado.

En ese momento he recordado que conozco algunas historias sobre mujeres que han tenido relaciones sexuales con hadas, y todas ellas acaban con un embarazo. He mirado a Glorfindel y sí, es hermoso y... evidentemente, masculino... y me estaba mirando con mucho sentimiento, y sí, yo estaría dispuesta, pero no si pretende «eso». ¡De ninguna manera! Aunque todos los hombres normales que conozca me miren como si fuera comida para perros. Y en cierto sentido, hacerlo con Glorfindel también sería incesto. Más o menos.

—¿Intacta? —ha preguntado, o algo por el estilo, porque nunca estoy del todo segura del significado de las palabras. Pero sabía de qué estaba hablando.

—Hasta el momento he rechazado a todos los que lo han intentado —he respondido, y ha sonado mucho más beligerante de lo que pretendía, aunque no es sino la verdad, a pesar de que lo de Daniel no fue exactamente una lucha—. Sabes lo de Carl.

—Muerto —ha reconocido con satisfacción.

Carl está muerto. Era policía y se fue a Irlanda del Norte porque la paga era más alta, y saltó por los aires. O, para ser exactos, le pregunté a Glorfindel cómo me podía deshacer de él, así que le robé el peine y lo hundí en el Croggin Bog. Eso fue cuando estaba con mi madre, Carl entraba en mi habitación, se sentaba demasiado cerca e intentaba tocarme. Le mordí, con fuerza, y me golpeó, pero se retiró. Yo sabía que no había acabado. Entonces solo tenía catorce años. Tirar el peine de alguien en una ciénaga no es un asesinato. Pensé que había funcionado cuando se fue.

Glorfindel me estaba mirando y sabía que era mi amigo, en la medida en que lo son las hadas, en la medida en que pueden serlo, teniendo en cuenta lo que son. Muchas de ellas no se preocupan en absoluto por la gente o por el mundo, e incluso las que se preocupan no lo hacen como las personas. No sé lo que significa para él el

deseo que flotaba en el aire entre los dos. En realidad no se llama Glorfindel, ni siquiera tiene nombre. No es humano. Yo era muy consciente de todo eso.

El sol estaba desapareciendo por detrás de la colina en la que estábamos sentados, pero en realidad aún no se había puesto; el valle siguiente aún estaba a plena luz del día. Pero supongo que siempre existe un valle siguiente, alrededor del mundo, hasta el momento en que llegas al día siguiente. Nuestras sombras son muy alargadas. Glorfindel se ha puesto en pie y me ha indicado que repartiera las hojas en espiral a través del laberinto, terminando en los dos serbales. Lo he hecho, me he sentado y he esperado a que se desvaneciera la luz. No estaba segura de que fuera a ver algo, o si iba a ser una de esas veces en las que hago lo que me dicen, que no tiene ningún sentido, y acabo sin saber si ha funcionado o si ha servido de algo. El cielo se ha ido apagando hasta ese punto en que no se distingue color alguno pero tampoco está a oscuras. He empezado a pensar en lo difícil que iba a ser regresar.

Entonces han llegado andando por el dravía, subiendo desde el valle a través del crepúsculo. Eran fantasmas, supongo que la procesión de los muertos. No eran reyes pálidos y doncellas pálidas, eran hombres y mujeres agotados por el trabajo, gente perfectamente normal, excepto que estaban muertos. Era imposible confundirlos con gente viva. No podías ver a través de ellos, pero estaban exentos de color y no eran tan sólidos como debían. He reconocido a uno de los hombres. Lo vi sentado en Fedw Hir cerca del abuelo, emitiendo sonidos balbucientes con la boca. Ahora camina con facilidad, con alegría en la zancada. Tiene la cara seria y circunspecta, es un hombre digno y con un propósito. Se ha agachado, ha recogido una de mis hojas de roble que había en el camino y la ha entregado como si fuera una entrada de cine al pasar entre los árboles. No he visto que nadie la cogiera. No podía ver nada en la oscuridad.

Algunos de los demás estaban remoloneando alrededor de la entrada. Habían llegado aquí desde lejos, pero eran incapaces de entrar a causa de lo que había hecho mi madre. Cuando vieron que el anciano entregaba la hoja, empezaron a recogerlas. Fueron pasando todos, de uno en uno, por turnos. Todos estaban muy serios y dignos, sin hablar, esperando su turno para pasar entre los árboles y desvanecerse en la oscuridad. No sé si se iban al suelo, o bajo la montaña, o a otro mundo, o bajaban al Aqueronte o qué. Había una mujer gorda y un hombre joven con un casco de motorista, que parecía que iban juntos. Los muertos se veían entre ellos pero no parecía que me vieran a mí o a las hadas, que se agrupaban a ambos lados del camino y miraban. El joven le ha hecho un gesto a la mujer para que fuera delante y ella ha pasado con solemnidad, como si estuvieran en la iglesia.

Entonces he visto a Mor. Eso no me lo esperaba en absoluto. Avanzaba bastante despreocupada, con una hoja en la mano, como si estuviera interpretando la parte seria de un juego. La he llamado por su nombre y ella se ha girado, me ha visto y ha sonreído con tanta alegría que me ha roto el corazón. He intentado alcanzarla y ella a

mí, pero en realidad Mor no estaba allí, como si fuera un hada, peor que un hada. Parecía asustada y ha mirado a un lado y a otro y ha visto a las hadas alineadas a lo largo del camino.

—Déjala marchar —ha sugerido Glorfindel, casi en mi oreja, un susurro tan cálido que me ha movido el cabello.

No la estaba reteniendo, salvo que en realidad lo estaba haciendo. Hemos estirado las manos pero no nos hemos llegado a tocar, aunque la conexión entre nosotras era tangible. Brillaba de color violeta. Era lo único de allí que tenía color. Normalmente no era visible, pero si lo hubiera sido durante el último año se habría estado arrastrando a mi alrededor como un puente roto. Ahora de nuevo el puente estaba completo, ahora yo estaba de nuevo completa, estábamos juntas.

—Retenerla o morir —me ha dicho Glorfindel al oído.

He comprendido que quería decir que o bien podía retenerla aquí, aunque eso sería malo —y he confiado en él sin acabar de comprenderlo—, o bien podía acompañarla a través de esa puerta de la muerte. Eso sería un suicidio. Pero no podía dejar que se fuera. Había sido tan duro todo este tiempo sin ella, un año tan asqueroso... A mí no me importaba morir, si era necesario morir.

—Medio camino —ha añadido Glorfindel, y no quería decir que estuviera medio muerta sin Mor o que ella ya estaba a medio camino o algo por el estilo, sino que quería decir que estaba a la mitad de *Babel 17* y si me iba con ella no sabría nunca cómo acaba.

Puede haber razones muy extrañas para seguir viva.

Están los libros. Están tita Teg y el abuelo. Están Sam y Gill. Está el préstamo interbibliotecario. Están los libros que te enamoran o los que olvidas. Está la esperanza distante de un karass en algún momento futuro. Está Glorfindel, que de verdad se preocupa por mí hasta donde un hada se puede preocupar por algo.

La he soltado. Con reticencias, pero la he dejado ir. Ella se ha aferrado. Ha seguido agarrada a mí, de manera que soltarla no era suficiente. Si quería vivir la tenía que empujar a través de la conexión que nos unía, aunque Mor estaba llorando, llamándome y agarrándose tan fuerte como podía. Es lo más duro que he hecho nunca, peor que cuando murió. Peor que cuando me alejaron de ella y se la llevó la ambulancia y permitieron que mi madre fuera con ella, sonriendo, pero yo no. Peor que cuando tita Teg me dijo que había muerto.

Mor había sido siempre más valiente que yo, más práctica, más simpática; en general, mejor persona. Ella era la mejor mitad de las dos.

Pero ahora tenía miedo, estaba sola, huérfana y muerta, y yo tenía que empujarla para que se fuera. Ha cambiado mientras se agarraba a mí, era como la hiedra, que me cubría, y como las algas, con los zarcillos agarrándose, y como el lodo, imposible de quitar. Ahora que quería librarme de ella, no podía, y aunque ella estaba cambiando

yo sabía que no había dejado de ser Mor. Podía sentir que era ella. Yo estaba asustada. No quería hacerle daño. Al final, he dejado caer mi peso sobre la pierna. El dolor ha roto el vínculo, de la misma forma que asusta a las hadas. El dolor era algo que podía producir mi cuerpo vivo, lo mismo que recoger hojas de roble y subirlas a lo alto de la montaña.

Mor ha seguido adelante, o lo ha intentado, pero el crepúsculo se había convertido en oscuridad y no ha podido pasar por la puerta, que ya no estaba allí. Se ha quedado junto a los árboles y volvía a parecerse a ella, muy joven y perdida, y casi he vuelto a alargar la mano para asirla. Entonces se ha ido, en un parpadeo, igual que hacen las hadas.

La caminata de regreso en la oscuridad ha sido larga y solitaria. A cada paso temía encontrarme con mi madre, que había venido a ver qué había ido mal en su plan de cogerlos a todos. Ahora veo que lo pudo intentar gracias a Mor, porque Mor era su hija, su sangre. Seguía pensando que yo no podía correr y ella sí. Sentía a Mor más lejos que nunca. Como era natural, las hadas habían huido a causa del dolor. Incluso *Babel 17*, que estaba en mi mochila, parecía muy lejano. Pero tita Teg me esperaba con el coche, y el abuelo, en Fedw Hir, estaba tan complacido de verme que se le habría partido el corazón si hubiera seguido adelante. La cama del hombre que hacía los ruidos balbuceantes estaba vacía, ya se habían llevado su cuerpo sin vida. Había tenido suerte de irse aquella misma noche. La gente que muere en noviembre tiene que esperar todo un año. Como Mor. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Tendrá que esperar hasta el año que viene?

Jueves, 1 de noviembre de 1979

Cuanto más pienso en ello, menos entiendo lo ocurrido. ¿Cada valle tiene una abertura como la de este? ¿Qué pasa con la gente que muere en el llano? La entrada ¿es antigua, mucho más vieja que la fundición, o la abrió la extracción de hierro donde antes solo había una colina limpia? ¿Y adonde han ido? ¿Y eran en realidad ellos, todos ellos? ¿Y qué ha pasado con Mor? ¿Dónde está ahora? Después de todo, ¿la ha cogido mi madre? ¿La ayudarán las hadas? ¿Qué pasa con los serbales? Nunca he oído nada acerca de que el serbal sea el árbol de la muerte; se supone que es el tejo, el tejo de los cementerios. Pero eran hojas de roble, hojas de roble doradas y secas. Todavía tengo una en la mochila. No significa que alguien se haya quedado atrás: Mor tenía una, y aún había hojas en el suelo cuando me fui; llevé más que suficientes. Creía que las había arrojado todas, pero quedaba una dentro de la contracubierta de *Babel 17*. ¡Qué libro más extraño! ¿De verdad que el lenguaje puede moldear la forma de pensar? Quiero decir, ¿de esa manera?

Hoy parece que solo tengo preguntas.

Estaba destrozada, y, de mi pierna, mejor no hablar, así que me he quedado en casa y me he pasado todo el día leyendo. Después he hecho la cena para tita Teg, para cuando regresara a casa de la escuela: champiñones cocinados con cebolla, queso y crema, y patatas asadas con más queso y guisantes. Me ha dicho que había sido muy amable y que suponía que los hombres tenían eso todos los días, si estaban casados, y que lo que necesitaba no era un esposo que esperase que ella hiciera eso sino una esposa que lo hiciese. Ha sido una alegría cocinar con alimentos de verdad. Hay algo tan esencial en ello... No es que estuviera haciendo ningún tipo de magia, porque está mucho más allá de la magia coger champiñones grandes y patatas peladas y convertirlos en algo totalmente delicioso. Solo estaba haciendo la cena. Pero me pregunto hasta qué punto cocinar algo para los demás no es algún tipo de magia, algún tipo que no conozco. Creo que es posible que lo sea. Los platos de tita Teg me quieren tan poco como Persimmon. Los cuchillos y los peladores no me cortan, pero se vuelven toscos en mis manos. Saben que yo no soy la persona que se supone que los debe usar.

Se supone que existe una novela de fantasía de Heinlein titulada *Ruta de gloria*. ¡Seguro que está muy bien! Me pregunto si la tendrá Daniel. Si no es así, siempre queda el bendito préstamo interbibliotecario.

Viernes, 2 de noviembre de 1979

Hoy he vuelto a subir hasta Aberdare en autobús. No había ni el menor rastro de Mor o de algún hada, pero seguía teniendo la sensación de que desaparecían en cuanto las buscaba y que aparecían precisamente donde no las podía ver. Por supuesto, esto es un juego, pero no quiero jugar a él. Quiero respuestas, aunque debería saber lo difícil que es que te den respuestas directas, incluso cuando quieren algo, y ahora está claro que no quieren nada.

He ido a casa del abuelo. Aún tengo la llave de la entrada, aunque va más dura que nunca y resulta muy difícil meterla en la cerradura. Tita Teg la mantiene limpia, pero a pesar de eso tenía algo de polvo y olía a cerrado. Es una casa muy pequeña, embutida entre otras dos. Cuando vivía allí tita Florrie no tenían cuarto de baño; se bañaban en la cocina, y el lavabo era un *ty bach* en el exterior. No había cambiado nada desde que vivían allí mis bisabuelos. Mi abuelo instaló unas cañerías en condiciones cuando ocupó la casa. Me gustaba bastante el baño en la cocina, al lado del fuego de carbón. Resultaba sorprendentemente acogedor. Pero odiaba salir para ir al lavabo, en especial por las noches.

Se mudó después de la muerte de Mor, para alejarse de mi madre. Todo el mundo huye de ella. Oficialmente yo no he vivido nunca aquí. Oficialmente vivía con ella. Incluso he pasado algún tiempo viviendo con ella, cuando insistía, pero lo normal era que no, mientras el abuelo estuvo bien. Tenía mi dormitorio, con mi cama de casa y mi caja azul. Dejé la mayor parte de mis libros y de mi ropa en su casa, pero encontré un jersey de lana de Mor y mis téjanos cortos con un león, y un ejemplar de *Destinies*. *Destinies* es una revista americana de ciencia ficción que se publica en formato de libro de bolsillo; la venden en Lears, y me encanta. Allí, en Lears, compré el último número —«Abril-Junio»— el lunes. Lo estoy guardando para leerlo en el tren.

Así que dejé unos pocos libros. Sé que no los podré recuperar hasta Navidad, pero realmente se me están acumulando, y estoy bastante segura de que no querré releer ninguno de estos en un futuro cercano. En la escuela no tengo mucho sitio. En cualquier caso, aunque los eche en falta, me gusta que estén aquí. Si el abuelo se recupera lo suficiente para salir de Fedw Hir y volver a casa, yo también podré regresar. A Daniel no le preocupa y no creo que le importe. Tengo la sensación de que en este momento no vivo en ningún sitio, y odio esta sensación. Pensar que en el alféizar de mi habitación hay ocho libros en orden alfabético es reconfortante. También es magia, es un vínculo mágico. Mi madre no puede entrar, y aunque pudiera, están los libros. No se puede hacer magia con los libros a menos que sean ejemplares muy especiales.

Y no pasa nada si puede entrar, pues también tiene todas mis otras cosas. Tiene

todo lo mío, y no hay modo de que me lo devuelva.

Si la derroto de nuevo, y creo que lo haré, ¿querrá vengarse? No será como la última vez. Resulta extrañamente decepcionante, en especial desde que no puedo encontrar a Glorfindel para plantearle los nueve millones de preguntas que tengo.

No he podido cerrar la puerta principal. La he cerrado desde dentro y he salido por la puerta trasera, y después he dejado dentro la llave de esa puerta metiéndola por la rendija del buzón. Se lo he dicho a tita Teg, que es la próxima persona que irá.

Esta tarde he visto a Moira, a Leah y a Nasreen cuando han salido de la escuela. Me han preguntado cómo era Arlinghurst y no se lo he contado, excepto algunos detalles superficiales. Leah tiene novio, Andrew, que era bueno en mates en Park School cuando éramos pequeños. Se lo he dicho, y Moira ha comentado que algunos de nosotros seguíamos siendo pequeños. Ella ha pegado un buen estirón. Me pregunto si yo también lo haré. Soy igual de alta desde los doce años, cuando éramos las más altas de la clase, pero ahora me ha pasado casi todo el mundo. Me han contado todos los cotilleos. Dorcas, que siempre era la primera en francés y galés, cuyos padres son una especie de chiflados religiosos, adventistas del Séptimo Día o algo por el estilo, se ha quedado embarazada. Sue se ha marchado, porque sus padres se han trasladado a Inglaterra. Todo era realmente normal, pero también muy extraño, como si estuviera fingiendo.

Mañana regreso a Shrewsbury, justo cuando ellas ya no tienen clase y podríamos hacer algo juntas.

Sábado, 3 de noviembre de 1979

El tren de Crewe es mucho más pequeño que el de Londres. Tiene los vagones pequeños, con un pasillo en medio y asientos de ocho a los lados, una especie de bancos unos enfrente de los otros. Arriba hay un portaequipajes y fotografías en blanco y negro de sitios que nunca he oído mencionar: en mi vagón, Newton Abbot. Me pregunto dónde estará. Parece bonito. Durante la mayor parte del viaje he estado sola, hasta que una señora de mediana edad y sus dos hijos se han subido al vagón en Abergavenny y se han bajado en Hereford. No me han molestado demasiado. La mayor parte del tiempo lo he pasado mirando por la ventanilla y leyendo, primero, mi *Destinies*, y después he empezado *Callahan's Crosstime Saloon*, de Spider Robinson, que también compré en Lears.

El tren recorre la frontera galesa. En cuanto se aleja de Cardiff y Newport, todo son colinas y campos mientras atraviesa la frontera. El sol iba y venía, como suele ser su costumbre en otoño, con esa extraña luz de las tardes otoñales que casi parece una acuarela. Las nubes proyectaban zonas de oscuridad sobre las montañas, y cuando había una zona de sol, la hierba casi parecía luminosa, como si pudieses leer con su luz. Desde el tren se puede ver el Sugarloaf. Bueno, se trata de una montaña muy característica. A veces íbamos a Abergavenny, y entonces solíamos cantar una canción en el coche: «Por las colinas hacia Abergavenny, esperando que el tiempo sea bueno». Verlo me proporcionaba una sensación de calidez, aunque solo viera la estación del ferrocarril y las colinas que se elevaban detrás. Cuando le escriba al abuelo le contaré que he pasado por aquí. Después de Abergavenny, el tren cruza en algún punto la frontera con Inglaterra, porque Hereford está en Inglaterra y Ludlow es sin ninguna duda inglés. Ludlow es un pueblo pequeño. Visto desde el tren se parece a Oswestry, aunque un poco más acogedor.

La última parada antes de Shrewsbury es Church Stretton. Aquí se ha subido un montón de gente a mi vagón y el rincón maravilloso en el que me había sentido tan cómoda ha quedado un poco abarrotado. Mi corazón se ha desanimado un poco también. He conseguido disfrutar del viaje hasta ese punto sin pensar hacia dónde me dirigía.

Daniel no me estaba esperando en la estación de Shrewsbury. Pensé que estaría en el andén, pero no estaba. He salido por la barrera y he esperado en el aparcamiento. He pensado en tomar un autobús, pero no tenía ni la más mínima idea de qué autobús tenía que coger ni desde dónde vendría. También está esto: en los valles sé adónde van todos los autobuses, y cuáles son sus rutas, y cuáles me pueden ser útiles. Los rojos y blancos van a Cardiff, en tanto que los rojos oscuros son locales. Resulta fácil pensar en que conocía los dránvías y en cómo encajaba todo, pero nunca había reflexionado en lo útil que es conocer los autobuses, hasta que estuve allí de pie y me

sentí bloqueada. Llevaba mi mochila y una bolsa con libros, es decir, no es que fuera cargada de equipaje, pero tampoco era lo mismo que ir sin nada.

De las diez libras me quedaban dos con diez. (Puede que no parezca mucho dinero, pero es que había comprado un montón de libros.) He vuelto a entrar en la estación, donde hay un W. H. Smith, y he comprado un mapa de Shrewsbury y su distrito con la tapa rosa, editado por el Ordnance Survey, a una escala de pulgada por milla. (Siempre creí que era «Ordinance», pero aparentemente no. Ordnance. Qué palabra más divertida, y también qué concepto más divertido. Cartografiaron el país entero para la logística militar, y ahora le vendían los mapas a todo el mundo. Bueno, yo no estaba planeando una invasión.) He vuelto a salir al aparcamiento y me he sentado en un banco. He encontrado Mickleham, donde está Old Hall, y estaba pensando que un autobús a Wolverhampton probablemente me dejaría cerca, cuando ha aparecido por fin Daniel. Me he sentido aliviada al ver acercarse el Bentley negro. He doblado el mapa y lo he guardado, pero él lo ha visto.

—Veo que has comprado un mapa —ha comentado.

—Los mapas son muy interesantes, de verdad —he respondido, avergonzada, aunque era él el que debería sentirse avergonzado por llegar tarde.

He subido al coche. Él ha tirado la colilla del cigarrillo por la ventanilla y ha arrancado. No debería hacer eso, ni siquiera en un aparcamiento. Es una mala costumbre. Puede provocar un incendio. Le he dirigido una mirada de desaprobación.

Creo que voy a comprar todos los mapas del Ordnance Survey que pueda. Están dispuestos en cuadrículas lógicas. Puedo coleccionar toda la serie, y al final tendré todo el país. Entonces siempre podré encontrar el camino y saber qué lugares están relacionados con otros. Aunque no me servirían de nada si me los dejara en casa cuando yo estuviera en cualquier otro sitio. Tendré que ser organizada y antes de salir meter en la mochila el mapa del lugar al que vaya a ir, y quizá también el de las zonas limítrofes.

Shrewsbury es donde compramos mis uniformes. Es un pueblo, no una ciudad, y parece que todo está construido con la misma piedra rosácea.

Regresamos a Old Hall para una merienda-cena. Si hay té con galletas, bollos y bocadillos pequeños se trata del té de la tarde, pero si hay algo caliente y de más sustancia se trata de una merienda-cena. En este caso había un plato caliente de pasta con jamón y queso, pero todo lo demás era frío. Los bocadillos eran de atún y pepino, de jamón y perejil y de queso y pepinillos. Me han gustado mucho. Los bollos estaban más secos que el Kalahari. Además, se deshacían en migajas cuando les untabas la mantequilla. Con cuatro años, yo era capaz de hacer ya mejores bollos. No he dicho nada, pero quizá para la próxima vez le comentaré a una de las tías (aún no las sé diferenciar) que me gustaría hacer unos bollos. Parece el tipo de actividad que podrían aprobar.

No han hablado de nada más que de la escuela, y esperaban que yo contribuyera con noticias frescas sobre las maestras y la situación de las casas. Las tres estuvieron en Scott y se preocupan de estas cosas mucho más que yo. No entiendo nada. Son adultas y tienen su propia casa, y es una casa bastante bonita. Pero no hacen nada. No leen, no trabajan y no producen nada. Organizan ventas benéficas para la iglesia. La abuela también solía hacerlo, pero ella tenía un puesto de maestra a tiempo completo. Mantienen en orden la casa, pero ese no es un trabajo a tiempo completo para tres personas. Pagan a mi padre para que gestione la propiedad y el dinero, así que tampoco se ocupan de eso. Son ricas, razonablemente ricas, creo, pero no van a ningún sitio ni hacen nada; solo se quedan sentadas, comen unos bollos horribles y hablan con verdadero entusiasmo de la época en que Scott ganó la Copa. No sé exactamente la edad que tienen, pero nacieron antes de 1940, así que al menos cuentan cuarenta años, y se siguen preocupando por una casa estúpida de cuando estuvieron en la escuela. No están fingiendo para hacerse las interesantes conmigo. Soy capaz de ver la diferencia. Más bien están hablando entre ellas. ¿Por qué se quedan aquí? ¿Por qué no se ha casado ninguna de las tres? Quizá odien a los niños. Desde luego, yo les parezco un suplicio, pero eso no cuenta; si quisieran, podrían tener unos bonitos niños ingleses de clase alta y les enseñarían a no ser maleducados.

Daniel tiene *Ruta de gloria* y *Waldo y Magia, Inc.*, que, según él, son las dos fantasías de Heinlein. También me presta *La espada rota*, de Poul Anderson. Aún estoy leyendo las historias de Callahan, que son sorprendentemente dulces, sin parecerse a *Telempath*, pero estoy disfrutando con ellas.

Mañana, iglesia; después, almuerzo con las tías antes de volver a la escuela. Maldita sea.

Lunes, 5 de noviembre de 1979

Recuerdo lo lejana que me parecía la escuela cuando estaba en el laberinto, pero un segundo después de mi regreso ya me hallaba totalmente empapada de ella, y era como si no me hubiera ido nunca.

Resulta divertido lo insignificantes que son las partes explicables de mis vacaciones. Solo ha sido una semana, pero han ocurrido tantas cosas en comparación con una semana escolar que podría haber sido un año. Pero cuando me han preguntado sobre lo que he hecho esta semana en la clase de conversación en francés durante la primera hora de esta mañana, solo he podido decir: «*Je visité mon grand-père dans Londres et je visité mon autre grand-père dans Pays de Galles*». Dos visitas a los abuelos, eso es todo, y todo lo que ha comentado la Madame ha sido que debería haber usado *en* y no *dans*. Me hundo en la escuela como en un baño caliente, que se cierra sobre mi cabeza. Aunque les pudiera explicar lo de Halloween, Glorfindel y los muertos, no lo haría.

Ruta de gloria es muy decepcionante. La odio. Abandoné la lectura y me puse a leer el ensayo científico de Asimov que me prestó Gill, lo cual demuestra la intensidad de mi odio. Me gusta Heinlein, pero está claro que no domina la fantasía. Es todo una idiotez. Y si alguien dice «Oh, Scar», nadie va a entender «Oscar», esto ni siquiera es plausible. Es casi tan malo como su cubierta, y eso ya es decir, porque la cubierta es tan mala que hasta la señorita Carroll enarcó las cejas desde su escritorio de bibliotecaria en el otro extremo de la sala. Resulta sorprendente que *Tritón*, que trata sobre sexo y sociología, tenga en la cubierta la explosión de una nave espacial, mientras que *Ruta de gloria*, que menciona el sexo solo de vez en cuando, si bien en realidad es una historia de aventuras tonta, tenga una cubierta como esta.

Al parecer se está preparando un concurso poético. Parece que todo el mundo da por supuesto que yo lo voy a ganar, como si fuera una conclusión evidente.

Echo de menos las montañas. Antes no las echaba de menos, excepto cuando pensaba en lo aburridamente llano que es todo por aquí. Pero ahora que he estado en casa y las he tenido a mi alrededor durante un tiempo, las echo mucho de menos, más que a mi familia viva, más que tener la posibilidad de cerrar la puerta del lavabo. En realidad esta zona no es tan llana, sube y baja, y cuando el día es claro puedo ver en la distancia las montañas de Gales del Norte. Pero echo en falta las montañas apelotonadas a mi alrededor.

Martes, 6 de noviembre de 1979

Ayer por la noche, fuegos artificiales y una hoguera en los terrenos de la escuela. Vi como se acercaban algunas hadas de fuego. Nadie más las vio. Solo las puedes ver si crees en ellas. Por eso es más fácil que las vean los niños. Las personas como yo no dejan de verlas. Para mí sería una locura dejar de creer en ellas. Pero un montón de niños lo hacen cuando crecen, aunque las hayan visto. Yo ya no soy una niña, aunque tampoco soy una adulta. Debo reconocer que no puedo esperar.

Pero mi primo Geraint, que es cuatro años mayor que yo, vio las hadas mientras jugaba con nosotras en el *cwm*. Tenía once o doce años, y nosotras, siete u ocho. Le dijimos que cerrara los ojos y que cuando los abriese las podría ver, y las vio. Estaba sorprendido. No podía hablar con ellas, porque él solo habla inglés, pero traducimos lo que decía y lo que le contestaban. Debíamos de tener ocho años, porque recuerdo que traducía libremente al más puro estilo Tolkien y no leímos *El Señor de los Anillos* hasta cumplir los ocho. En esa época, cuando teníamos más o menos esa edad, siempre buscábamos a alguien para jugar, preferiblemente un chico, porque en los libros ese es el tipo de grupo que debes tener para entrar en otro mundo. Creíamos que las hadas nos llevarían a Narnia, o a Elidor. Geraint parecía un buen candidato. Vio las hadas y se sintió sobrecogido por ellas. Le gustaban y él les gustaba a ellas. Pero vivía en Burgess Hill, cerca de Brighton, y solo venía a Aberdare a pasar el verano, y al verano siguiente ya no las podía ver; nos dijo que era demasiado mayor para jugar, y recordaba lo que había ocurrido como si fuera un juego en el cual habíamos fingido que éramos hadas. Lo único que le interesaba era jugar al fútbol. Nos fuimos corriendo y lo dejamos en el jardín con su estúpida pelota, desconsolado, pero no les dijo a los adultos que lo habíamos dejado abandonado. Durante la cena contó que había pasado un día estupendo jugando. Pobre Geraint.

Esta mañana he recibido una carta, que no he abierto, y también una carta de Sam. Me pregunta si me ha gustado Platón y si he encontrado algo más; escribe igual que habla. Le contestaré el domingo. En la biblioteca de la escuela no tienen nada de Platón. Le pregunté a la señorita Carroll y me contestó que como no enseñan griego no es necesario. Es posible que tenga problemas con el préstamo interbibliotecario, porque no conozco a los traductores y ni siquiera los títulos. Pero puedo pedir los que aparecen en *El banquete*. Haré esto.

Penguin es la mejor editorial citando otros títulos, aunque no los publiquen ellos. Para el sábado tengo una lista enorme de peticiones, porque *Por el tiempo* tiene una larga lista de obras de Robert Silverberg. También voy a pedir *Beyond the Tomorrow Mountains*. Sylvia Engdahl escribió aquel libro brillantísimo titulado *Heritage of the Star*, que publicó Puffin y forma parte de Penguin, y yo lo leí. Trata de una gente que vive con un montón de supersticiones, pero también con algo de tecnología, que

creen que es mágica, y están oprimidos por los académicos y los técnicos, y a todos los que piensan diferente los llaman heréticos. También hay unos colonizadores en otro planeta, pero no lo saben, y es brillante. Les prometen que, cuando sepan, cuando todo esté bien, podrán ir «Más allá de las montañas de Mañana», y hay una secuela con ese título, pero nunca la he encontrado por ninguna parte, aunque llevo tiempo buscándola.

El concurso poético es de alcance nacional. Todas las alumnas de Arlinghurst tienen que escribir un poema y después escogerán el mejor de cada clase para enviarlo. No puedo creer que la gente piense realmente que yo voy a ganar. De acuerdo, siendo realista, puedo ganar en quinto inferior C o probablemente incluso en todas las clases de quinto, porque el nivel académico general no es demasiado alto. Pero ¿a todos los chicos de quince años del país? Ni hablar. El mejor de la escuela recibirá cincuenta puntos para su casa. Eso hace que todo el mundo tenga mucho interés. Los cien mejores poemas del país se publicarán en un libro, y el mejor ganará cien libros y una máquina de escribir. Me gustaría mucho tener una máquina de escribir. No es que sepa mecanografía, pero los manuscritos se tienen que enviar a máquina a las revistas.

Deirdre se ha acercado furtivamente durante el almuerzo y se ha sentado en un asiento a cierta distancia, como por casualidad, pero lo ha hecho tan mal que se ha dado cuenta un montón de gente. La pobre parecía asustada pero decidida.

—Mi madre me dijo que debía apoyarte —ha susurrado.

—Bien por tu madre —he respondido en un tono normal.

—¿Me ayudarás con mi poema? —me ha preguntado.

Así que le voy a ayudar a escribir un poema durante la hora de los deberes, lo cual probablemente significa que lo tendré que escribir yo. Todavía no he escrito el mío, pero tengo mucho tiempo hasta el viernes.

Jueves, 8 de noviembre de 1979

He escrito el poema de Deirdre y estoy bastante satisfecha. Pero ayer estaba aquí leyendo *Waldo y Magia, Inc.* (que son dos novelas cortas bastante diferentes), cuando se acercó la señorita Carroll con una pila de libros de poesía moderna, a los que, según ella, podría echar un vistazo.

Parece que la poesía ha avanzado desde Chesterton. ¿Alguien lo sabía? Está claro que la abuela, no, ni nadie en las escuelas en las que he estado hasta ahora. Había visto una estrofa de un poema de Auden, que Delany citaba, y no había oído hablar de T. S. Eliot, ni de Ted Hughes. Me emborraché con Eliot y llegué tarde a clase de latín, lo que me valió un punto negativo. Me vengué traduciendo a Horacio como si fuera Eliot, y la maestra no pudo decir nada porque la traducción era fiel.

He escrito un poema para el concurso. No confío demasiado en él. He llegado a dominar el estilo de Chesterton, cierto que sí, pero tengo la sensación de que no he tenido tiempo para dominar este tema. Va sobre la guerra nuclear y la grafiosis de los olmos, y de cómo deberíamos salir al espacio ahora que aún podemos.

Parece que existe un poema largo de T. S. Eliot titulado *Cuatro cuartetos*, que no tienen en la escuela. También lo encargará el sábado. Según la señorita Carroll, T. S. Eliot trabajaba en un banco mientras escribía *La tierra baldía*, porque ser poeta no da para pagar las facturas.

«Oh, tinieblas, tinieblas, tinieblas... estas perlas fueron sus ojos... Con estos fragmentos he apuntalado mi ruina».

Viernes, 9 de noviembre de 1979

No parece tan terrible que se estén muriendo los olmos cuando es otoño y todos los árboles semejan muertos.

Otra carta. Las tendré que volver a quemar. Casi tengo ganas de saber si dice algo sobre lo que he hecho. Me gustaría tener alguna confirmación. Aunque sé que funcionó.

Entrego mi poema. La señorita Lewes lo mira pero no dice nada. La señorita Gilbert, que imparte inglés en sexto, será la jueza.

Tengo la esperanza de que mañana me estén aguardando algunos libros en la biblioteca, porque casi he acabado todos los que tengo. Estoy releendo *Los nueve príncipes de Ámbar*.

Sigo soñando con Mor. Sueño que se ahoga y yo no la puedo salvar. Sueño que la empujo contra un coche en lugar de apartarla. Nos atropella a las dos. Recuerdo eso con cada paso que doy, pero no en mis sueños. Sueño que la quemo viva en el centro del laberinto, tirándole tierra encima mientras se debate, y que se le queda enganchada en el cabello.

Hoy hace un año. He intentado no pensar en ello, pero me sigue asaltando a traición.

Sábado, 10 de noviembre de 1979

Mientras me dirigía en autobús al pueblo, la expectativa de ir a la biblioteca me llenaba de alegría. Casi hacía que las calles grises y húmedas parecieran acogedoras; casi, pero no del todo. Estaba lloviznando y el cielo aparecía bajo y pesado.

El bibliotecario se quedó un poco sorprendido ante la cantidad de libros que quería pedir, pero solo me entregó una pila de formularios y me indicó que los rellenase. Me estaban esperando montañas de libros. Después fui hasta la librería y compré *Cuatro cuartetos* y *Cuervo*, de Ted Hughes, y *Dragonsinger*, de Anne McCaffrey. También compré una caja de cerillas.

No compré un libro titulado *La ruina del amo execrable*, de Stephen Donaldson, que tenía la temeridad de compararse en la cubierta con «el mejor Tolkien». La contracubierta atribuía el comentario al *Washington Post*, un periódico cuyas citas van a condenar cualquier libro a partir de ahora. ¿Cómo se atreven? ¿Y cómo se atreve el editor? No es una comparación que se pueda hacer, salvo para decir «Comparado con el mejor Tolkien, esto es basura». Quiero decir que esto solo se puede decir de libros de veras brillantes, como *Un mago de Terramar*. Mi expectativa es que *La ruina del amo execrable* (título realmente horrible: parece un libro de Conan) sea más bien como Tolkien en su peor momento, que se podría circunscribir al inicio de *El Silmarillion*.

Lo que ocurre con Tolkien, con *El Señor de los Anillos*, es que es perfecto. Es el mundo en su conjunto, es todo el proceso de inmersión, es el viaje. Estoy casi segura de que nada es verdad, pero eso hace que sea aún más sorprendente, que alguien se pudiera inventar todo eso. Leerlo lo cambia todo. Recuerdo cuando terminé de leer *El Hobbit* y se lo di a Mor con el comentario: «Léelo. Es bastante bueno. ¿No hay por algún sitio algún otro libro de este autor?». Y recuerdo cómo lo encontré, también cómo lo robé del dormitorio de mi madre. Cuando se abría la puerta, la luz del pasillo caía sobre los estantes R, S y T. Siempre teníamos miedo de ir más allá, por si ella estaba escondida en la oscuridad y nos atrapaba. Lo hizo una vez, cuando Mor estaba reintegrando *La cueva de cristal*. En general, cuando cogíamos un libro, movíamos los demás para que no se notase el hueco. Pero *El Señor de los Anillos* en un volumen era tan gordo que el método no funcionó. Estaba aterrorizada ante la idea de que ella pudiera darse cuenta. Casi no lo cojo. Pero o no se dio cuenta o no le dio importancia... Creo que es posible que estuviera fuera con uno de sus novios. No he dicho lo que quería decir sobre el tema.

Leer a Tolkien es como estar allí. Es como encontrar una fuente mágica en el desierto. Lo es todo. (Excepto lujuria, comentó Daniel. Pero él tiene *Lengua de Serpiente*.)

Es un oasis para el alma. Incluso ahora, siempre puedo retirarme a la Tierra

Media y ser feliz.

¿Cómo puedes comparar algo con eso? No me puedo creer la arrogancia de Stephen Donaldson.

Domingo, 11 de noviembre de 1979

Ayer por la noche salí por la ventana del dormitorio en medio de la noche, hice un círculo y quemé las cartas. Nadie me vio. Hice el círculo con cosas que había tiradas por ahí, hojas, ramitas y piedras, y puse la hoja de roble, mi trozo de madera y la piedra de mi bolsillo, que procede de la playa de Amroth. Sentí que funcionaba, sentí como si me encontrara bajo un paraguas. Primero leí las cartas. Quería saber lo que decían. No había que preocuparse. Lo único que decía sobre lo que yo había hecho era: «Siempre has sido la que se parece más a mí». Lo cual es... bueno, un muñeco de nieve se parece más a una nube que un trozo de carbón, pero ninguno de los dos se parecen demasiado entre sí. Construí una pagoda con las cartas y les prendí fuego. No miré las fotos, pero vi que había algunas.

Esparcí las cenizas para que no quedase ningún rastro de ellas. Entonces cogí la piedra del bolsillo y la sostuve en alto frente a la luna (tres cuartos de luna, no sé si es correcto) e intenté convertirla en una protección contra las pesadillas. No sé si funcionó. Recogí la hoja y mi trozo de madera.

Trepé hasta la ventana y me metí en la cama. Todo el mundo estaba dormido. La luz de la luna iluminaba la cara de Lorraine. Tenía un aspecto extrañamente hermoso y distante, como si estuviera muerta, como si llevase siglos muerta y fuera una estatua de mármol sobre su tumba.

El único problema es que si sigue enviando cartas las tendré que seguir quemando. De madrugada es mucho más seguro, estando en la escuela, que cuando hay gente por ahí.

Deirdre me ha dado un bollo, un bollo helado de Finefare, realmente pegajoso y dulce. Vienen en paquetes de seis, así que le ha dado a un sinfín de gente, pero aprecio mucho el gesto. Está bien no sentirse como una paria total.

Le he escrito a Daniel sobre el lugar de Callahan y la arrogancia de Stephen Donaldson. Le he escrito una carta a Sam en la que le hablaba sobre Platón y le he explicado que he pedido más libros suyos. También le he hablado de *El último vino*, porque, aunque normalmente no le gustan las novelas, esta le puede gustar. Al abuelo le he escrito una carta sobre la travesía de Abergavenny, sobre cómo añoro las montañas y sobre todos los deportes de pelota a los que juegan aquí y con los que yo disfrutaría si pudiera correr. Recuerdo cómo corría. Todo mi cuerpo lo recuerda. Se trata de una memoria cinética, si es que esta es la palabra adecuada. Ha sido una mentirijilla decir que disfrutaría con los partidos. Disfruto mucho más sentada en la biblioteca y leyendo, y detesto que los deportes sean tan importantes para las chicas, cuando en realidad son totalmente triviales. Lo que me gusta es lanzar una pelota, correr y hacerme con ella, no sufrir por el marcador.

¿Qué hay entre Anne McCaffrey y yo, y qué tiene que ver con el hecho de que yo

lea primero el segundo libro? *Dragonsinger* es la secuela de algo que no he visto nunca y que se titula *Dragonsong*. Lo leo de todas formas. Es extrañamente ligero comparado con los otros dos. Está ambientado en Pern, más que ser un libro sobre Pern, si lo que digo tiene sentido. Me gustaría tener un lagarto de fuego. O un dragón, ya puestos. Llegaría volando sobre mi dragón azul, que escupiría fuego y quemaría la escuela.

Lunes, 12 de noviembre de 1979

El poema de Deirdre ha ganado el concurso en la escuela.

A pesar de que lo he escrito yo, me siento mortificada. Todo el mundo esperaba que ganase yo, y también yo lo esperaba. ¿Qué tiene de malo mi poema? Supongo que la señorita Gilbert es una tradicionalista. Nadie me ha dicho nada, y yo felicité a Deirdre como todo el mundo, aunque me sentí públicamente humillada. (Por otro lado, en realidad lo he escrito yo, y Deirdre lo sabe.)

Martes, 13 de noviembre de 1979

Deirdre ha venido a buscarme después de hacer los deberes y me ha llevado fuera, donde podíamos hablar sin que nos oyeran. Ha empezado a llorar y a ser incoherente casi al mismo tiempo, pero creo que lo que quería decir era que no le debería haber dado mi mejor obra. Bueno, no lo hice. Pero ella cree que sí porque ganó. Es la primera vez que gana algo. No creo que hasta ahora hubiera ganado ningún punto para su casa, excepto quizá por marcar algún gol. Le he dicho que se lo merecía. Se ha sentado a mi lado durante el desayuno y muy noblemente me ha ofrecido su salchicha, que he aceptado, no porque rechazarla hubiera sido un insulto, sino porque tenía hambre.

Wordsworth está muy orgulloso de ella. Sandra Mortimer, la capitana de la casa de Wordsworth, una pelirroja con unos ojos llorosos con el borde rosado, habló personalmente con Deirdre, que casi se muere a raíz de obtener semejante honor.

Estoy leyendo *El jinete en la onda de choque*, de Brunner. Es muy bueno, pero no llega a la altura de *Todo sobre Zanzíbar*. Me pregunto cómo debe de ser escribir una obra maestra y saber que nunca más volverás a alcanzar ese nivel.

Miércoles, 14 de noviembre de 1979

Esta es la historia completa y verdadera de cómo esta mañana Deirdre y yo hemos recibido cada una un punto negativo.

Estábamos en las duchas, que son simplemente una zanja larga cubierta de baldosas con una docena de alcachofas, con muy poca presión y un agua a una temperatura variable. ¡Que alguien me permita un baño algún día! Hay agua caliente, es decir, un agua que no está helada, entre las siete y las ocho de la mañana, y entre las siete y las ocho de la tarde. También hay duchas en el gimnasio, que son obligatorias después del deporte, pero son de agua fría, y normalmente las chicas pasan corriendo por ellas para quitarse un poco el barro. El aseo serio tiene lugar a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde. Supongo que esos momentos deben de ser el paraíso de las lesbianas, porque siempre hay un montón de carne femenina moviéndose por ahí.

Esta mañana había unas quince chicas, compitiendo por la poca agua que salía. Deirdre y yo habíamos ocupado una ducha y nos estábamos valiendo de mi condición de lisiada para conservar el sitio. He visto a Shagger mirándonos de reojo, como si se estuviera arrepintiendo de evitarme. Cuando he salido del flujo de agua para enjabonarme el pelo, Deirdre ha dicho riendo:

—Te están saliendo tetas.

—¡No! —he replicado automáticamente, antes de mirar hacia abajo.

Entonces he mirado hacia abajo y he visto que algo había. Detrás de los pezones he tenido durante años una especie de insinuación de los pechos. Como eso es cuanto tiene mi madre, siempre había pensado que eso iba a ser todo, pero he visto que ahora me estaban creciendo hacia fuera en una especie de bolsita. Muchas chicas de quinto C ya tienen pechos que se mueven. Esto no es tan determinante como tener vello púbico, que yo ya tengo, y mucho más oscuro que el pelo de la cabeza, ni como tener el periodo, que casi todas tienen ya. Yo tengo la regla desde hace dos años. Tenía miedo que con ella dejase de ver a las hadas, pero no ha pasado nada, a pesar de la opinión de C. S. Lewis sobre la pubertad.

—Necesitas un sujetador —ha sugerido Deirdre.

—No —he respondido tajante. La he empujado para que me dejase el agua y aclararme el pelo. Mientras el champú me corría por el cuerpo, he bajado la mirada hacia mis pechos incipientes—. Dee, ¿crees que tienen una forma espantosa, o graciosa?

Ella se reía tanto que casi no podía respirar. Las demás estaban empezando a mirar para ver qué era eso tan divertido que estaba pasando.

—No, de verdad —he añadido en voz baja pero con vehemencia—. Tienen forma de pera. Las de las otras no son así.

He mirado a las chicas que tenía a mi alrededor en la ducha y ninguna de ellas tenía los pechos con la forma de los míos.

—Están bien —ha reconocido Deirdre.

—Eh, Dreary, ¿de qué os reís tanto? —ha preguntado Lorraine.

—Commie acaba de hacer un gran chiste —ha respondido Deirdre.

Algunas de las chicas que habían acabado de ducharse se han envuelto en toallas y han empezado a cantar *Jack the Peg*^[3] Las he mirado fijamente, pero no ha funcionado por culpa del agua.

Deirdre y yo nos hemos quedado juntas bajo el agua.

—Están bien —ha susurrado—. Tienen un aspecto gracioso porque las ves desde arriba. Si las pudieras ver de frente, como ves las de las demás, comprobarías que son iguales.

—En un espejo —he sugerido.

—Según Karen, deberías decir «cristal reflectante» —me ha corregido Deirdre.

—Mierda —he replicado, usando otra palabra que no se acepta en la escuela.

El único espejo que hay en la escuela está encima de los lavamanos, en los lavabos donde nos lavamos los dientes o nos peinamos. Hay una larga hilera de espejos fijados a la pared, con las luces encima.

—Vamos —le he ordenado.

Deirdre se ha reído tontamente y ha cogido su toalla, y yo he cogido la mía y me he envuelto en ella como si fuese un manto. He guardado el jabón y el champú en el neceser, porque en caso contrario alguien me los podría robar, o me podría abrir el champú y verterlo por el desagüe, algo que ya me ocurrió con el gel de baño durante la primera semana, cuando lo dejé olvidado en las duchas.

Hemos entrado en el lavabo, que está junto a las duchas. No había nadie, lo que resultaba fácil de ver porque ninguno de los cubículos tiene puerta. He dejado el neceser y me he envuelto la cabeza con la toalla como si fuese un turbante. Se trata de algo muy útil que me enseñó Sharon. Si lo ajustas bien, no se mueve. Sharon tiene el pelo largo y difícil de dominar, pero aun así se mantiene en su sitio. En definitiva, tenía la toalla en la cabeza, y la de Deirdre le colgaba de los hombros; por lo demás, estábamos completamente desnudas.

Enseguida me he dado cuenta de que la hilera de espejos era inútil, porque refleja las caras y los cuellos, pero nada que esté tan abajo como los pechos.

—Quizá si nos subimos a algo... —ha sugerido Deirdre, mirando alrededor.

—No hay nada —he afirmado—. A menos que nos subamos a la taza del inodoro, pero entonces estaremos demasiado altas.

—Intentémoslo —ha sugerido.

Así que hemos cerrado la tapa de dos inodoros y nos hemos subido a ellos. Hemos comprobado que estábamos demasiado altas, así que nos hemos agachado

para conseguir el ángulo adecuado, prácticamente desnudas, manteniendo un equilibrio precario y riéndonos tontamente, porque en realidad era muy divertido. Y en ese momento ha entrado una de las prefectas para ver cuál era la causa de tanto ruido.

Jueves, 15 de noviembre de 1979

O bien mi protección contra los sueños no ha funcionado, o bien no es ella quien me está enviando los sueños, sino que surgen de mi subconsciente.

Ayer por la noche soñé que mi madre tenía un plan para separarnos. Se iba a vivir a Colchester, en Essex, y se llevaba a Mor con ella, porque, según mi madre, mi hermana era más dócil que yo y yo no hacía lo que se me ordenaba, y porque me puse muy tozuda con que quería quedarme. Protestábamos y luchábamos, pero ella se llevaba a Mor, a la fuerza, y yo lloraba y no la soltaba. En cierto sentido era lo contrario de lo que había ocurrido en el laberinto. Yo intentaba retenerla y mi madre intentaba llevársela, y empezó a transformarse en diferentes cosas y yo seguía aferrada a ella. No podía soportar la idea de la separación y pensaba que me quejaría ante todo el mundo, delante de toda la familia, de que algo así era insoportable y de que no podían permitir que ocurriera. Pensaba que dejaban que mi madre se saliera con la suya porque no se podían enfrentar al hecho de que está loca, y Mor chillaba y se agarraba a mí cuando me desperté. Durante un segundo sentí un gran alivio porque solo había sido un sueño, pero al instante siguiente, recordar la realidad fue mucho peor. Nadie puede regresar de Colchester. (Ni idea de por qué Colchester.) No sé lo que significa estar muerto.

Estoy leyendo *Regreso a Titán*, de Arthur C. Clarke. Tiene muchos momentos magníficos de reformulación de la ciencia ficción. No es *El fin de la infancia* o *2001*, pero es lo que hoy necesito. Hay un par de libros de Clarke que no logro encontrar y que he anotado en la lista de esta semana.

Me pregunto si habrá hadas en el espacio. De alguna manera, es una idea más plausible en el universo de Clarke que en el de Heinlein, aunque la ingeniería de Clarke parezca tan sólida. Me pregunto si se debe a que es británico. Dejando de lado el espacio, ¿en América hay hadas? Y si las hay, ¿hablan galés en todo el mundo?

Viernes, 16 de noviembre de 1979

Carta esta mañana. No la he abierto, ni lo haré.

En la oración de esta mañana, Deirdre ha dicho «re-su-re-ción» en lugar de «re-su-rrec-ción» al final del credo. Pensando en ello durante el himno, me preguntaba sobre «la resurrección de la carne y la vida eterna» y sobre cómo se relacionan con lo que vi en Halloween. Por un lado, cómo es posible la resurrección si los muertos atraviesan el valle y descienden hacia el interior de la montaña. Pero por otro lado, ¿dónde está la religión? ¿Dónde está Jesús? Las hadas estaban allí, pero no vi ningún santo ni nada por el estilo. He recitado el credo sin reflexionar seriamente sobre él.

Para ser sincera, estoy bastante enfadada con Dios desde que Mor murió: no parece que haga nada, ni ayuda en absoluto. Supongo que se parece a la magia, que no puedes decir cuándo hace algo, o por qué, sin mencionar sendas misteriosas. Si yo fuera omnipotente y omnibenevolente, no sería tan condenadamente inefable. La abuela solía decir que no podías saber cómo iban a funcionar mejor las cosas. Yo me lo creía cuando ella estaba viva, pero después de su muerte, y de la de Mor, ya no lo sé. No es que no crea en Dios; solo es que no me siento inclinada a arrodillarme y adorar a alguien que quiere que «no dude de que el universo se está desarrollando como debe». Porque esto no me lo creo. Creo que yo debería hacer algo respecto a la manera en que se está desarrollando el universo, porque hay algunas cosas que requieren una atención obvia e inmediata, como el hecho de que los rusos y los americanos pueden volar el planeta por los aires en cualquier momento, o la grafiosis de los olmos y el hambre en África, sin mencionar a mi madre. Si yo hubiera dejado a Dios que desarrollase el universo a su manera, el año pasado ella se habría quedado con un buen trozo de él. Y si el plan de Dios para detenerla implica mi participación y la de las hadas, si implica la muerte de Mor y el hecho de que yo me haya quedado machacada... Bueno, si yo fuera omnipotente y omnisciente habría pensado algo mejor. Los rayos vengadores nunca pasan de moda.

Estoy leyendo *La espada rota* y hay momentos en los que creo que resulta más fácil adorar a dioses como esos. Sin mencionar que son de una escala más humana. Entrometiéndose de esa manera. Como las hadas. (¿Qué son las hadas? ¿De dónde vienen?)

Pero no quiero que el abuelo sufra otro derrame, así que sigo yendo a la iglesia y participo en las oraciones en la escuela, y comulgo aunque no sé cómo encaja todo esto. Pero no me puedo imaginar hablando de esto con un sacerdote.

Con las hadas no se trata de una cuestión de fe. Están ahí. Es posible que no te hagan caso, pero están ahí y puedes discutir con ellas. Y saben un montón de cosas sobre la magia y sobre cómo funciona el mundo, y están a favor de intervenir en los acontecimientos. Yo puedo hacer un poco de magia. Puedo pensar en un montón de

cosas que pueden ser útiles. Puedo construir un atrapasueños mucho mejor. Y de verdad me gustaría un *karass*.

Sábado, 17 de noviembre de 1979

Siete libros me esperan en la biblioteca. Me pregunto qué ocurre cuando son más de ocho. Hoy estaba la bibliotecaria y me ha dejado que rellenara mis fichas de préstamo interbibliotecario. Si sigo pidiendo unos cincuenta libros a la semana, cualquier sábado habrá más de ocho. Me pregunto si me darán permiso para ir al pueblo una tarde entre semana. Algunas chicas vienen para asistir a clases de música. Podría empezar a estudiar un instrumento para venir a la biblioteca, pero como soy tan mala en música no creo que funcione. Me pregunto si habrá otra materia extracurricular que me permitiera venir. Le puedo preguntar a la señorita Carroll.

No tengo dinero, pero de todas formas he ido a la librería. He descubierto que el bosque que tiene delante se llama Poacher's Wood^[4] —sale en el mapa— y ayer fui allí a quemar las cartas. Me adentré en el bosque e hice un círculo. No me vio nadie, excepto un par de hadas indiferentes. Tampoco leí las cartas. Ni siquiera las abrí. Como solo había una, y bastante gruesa, no hice una hoguera sino que le prendí fuego por una esquina y la dejé caer. Prendió con más rapidez de la que esperaba y casi me quema el pelo, así que no lo volveré a hacer.

Hacía frío pero no llovía; ha sido la primera vez que he salido sin que llueva desde hace una eternidad. He intentado sentarme en el banco donde leí *Tritón* para leer *Nacidos con los muertos*, pero soplaba un viento demasiado frío. No me importa tanto el frío como que los días sean tan cortos. Oscurece antes de volver a la escuela.

He estado mirando por la librería y he visto algunas cosas que compraré cuando tenga algo de dinero, o, si no, las pediré en la biblioteca. Hay un libro para adultos de Alan Garner titulado *Red Shift*. Me pregunto de qué tratará. Tiene una cubierta extraña con un menhir y una luz, que no significan nada. Si le digo a Daniel que lo quiero comprar, lo más probable es que me envíe más dinero, a no ser que se suponga que las diez libras me tienen que durar hasta Navidad. Bueno, si le digo que lo quiero y se supone esto último, me lo dirá, y entonces lo puedo pedir en la biblioteca.

Más tarde, como había anochecido pero no quería regresar y no tenía dinero para sentarme en una cafetería fingiendo que bebía té, he estado recorriendo las otras tiendas del pueblo. He entrado en el Woolworths, donde he birlado un bote de talco y un Twix. En el Hogar había una chica llamada Carrie que robaba cosas continuamente, y me enseñó cómo hacerlo. Es bastante fácil si mantienes la calma. Nadie me ha prestado atención. Sin embargo, nunca me llevaría un libro, o mejor dicho, me lo llevaría de Woolworths, si tuvieran, pero nunca de una librería, excepto que estuviera desesperada.

He entrado en C&A y he mirado los sujetadores. No me he probado ninguno. Son más caros de lo que me imaginaba y las tallas son muy complicadas. Ya me lo explicará tita Teg.

En Smiths he visto a Gill que miraba discos. Los discos no me interesan nada; de hecho, asocio el interés por la música pop con las cosas de las que ella hablaba con desprecio, es decir, intentar que los chicos se fijen en ti. Pero me he acercado a saludar. Estaba mirando un disco titulado *Anarchy in the U.K.*, de un grupo llamado Sex Pistols. Tenía una cubierta muy fea, pero me interesa bastante el anarquismo gracias a *Los desposeídos*. Creo que todo sería mucho más justo si viviera en Anarres. Gill ha comentado que no nos gustaría, porque en tal caso, nuestros padres no tendrían dinero ni nosotras, privilegios. He replicado que todos tendríamos los mismos privilegios. En cualquier caso, no le he dicho que mi familia no es tan rica como las de las demás chicas. Le he preguntado por qué tenemos que tener una educación mejor que alguien que no se puede permitir ir a Arlinghurst.

Gill ha comprado el disco, aunque no lo podrá escuchar hasta las Navidades, así que no le veo la gracia.

En el camino de vuelta hemos hablado de Leonardo. Por lo visto, además de pintar la Mona Lisa, también fue un científico, inventó el helicóptero, estudió los fósiles y tomó muchos apuntes. Gill tiene un libro sobre vidas de científicos que se ha ofrecido a prestarme, lo cual es muy amable por su parte, pero eso no es lo mío. Ella es un poco... no sé. No es estúpida, lo que resulta reconfortante, y no tiene miedo a hablar conmigo, pero de alguna manera parece un poco obsesionada, y eso resulta un poco molesto. Tengo la sensación de que quiere algo.

He compartido el Twix con Deirdre. No le he dicho que lo había robado.

Domingo, 18 de noviembre de 1979

Le he escrito al abuelo. Cuando vuelva a tener dinero le compraré una tarjeta para desearle que se recupere. Le he hablado de mis notas (la primera en todo excepto en matemáticas, como siempre) y sobre el tiempo. Le he escrito a Daniel, en su mayor parte respecto a *Regreso a Titán* y *El jinete en la onda de choque*, pero también le he mencionado a Garner. Me gustaría que me diera una paga fija, como tiene la mayoría de las chicas, y así sabría de cuánto dinero puedo disponer. También le he escrito a tita Teg acerca del problema de los sujetadores, con mucho cuidado y sin pedir dinero, de hecho, diciendo claramente que no me lo envíe, pues no sería justo y solo quiero saber cómo funcionan las tallas. Hay números y letras. Supongo que le podría preguntar a Deirdre, o incluso a Gill, pero prefiero no hacerlo.

Hoy no he recibido ningún bollo.

Martes, 20 de noviembre de 1979

Esta mañana, paquete de Daniel con *Ciudad*, de Clifford Simak, y *Dune*, de Frank Herbert, pero ninguno de los dos parece muy apetecible a primera vista. Pero está tan bien tener tantas cosas para leer... También otras diez libras. No sé si me va a enviar diez libras cada vez que le diga que quiero comprar un libro que me apetece leer, pero es muy poco probable. He hablado de esto con Deirdre, pero ha resultado muy difícil que se abriera acerca de este tema, porque el dinero, y más el dinero en efectivo, es uno de esos temas tabú por los que se supone que debes pasar de puntillas. Aun así, cuando ha empezado a hablar, casi no la he podido hacer callar.

—Me dan dos libras cada vez que vuelvo. Mi madre dice que no necesito más dinero porque aquí nos lo dan todo, pero eso es una tontería. Sé que te has dado cuenta de que siempre te pido prestado el jabón. Está el jabón, el champú y todo lo demás, y cualquier cosa que quieras la encuentras en el quiosco, incluso una manzana. Y si no estás comprando siempre bollos, todo el mundo dice que eres tacaña, o peor aún, saben que eres pobre y te tratan con condescendencia. Karen me compró un bollo el trimestre pasado y me dijo: «Sé que no puedes corresponder, pero no te preocupes por ello»; ¡lo dijo en un tono tan desagradable!... Así que compré bollos la primera semana después de vacaciones.

Me di cuenta, porque también compró uno para mí.

—No me tienes que comprar bollos, de verdad —le he asegurado—. Aunque, por supuesto, resulta muy agradable recibirlos.

—La mayoría de las chicas recibe una libra cada semana, o incluso dos, algunas de ellas. No sé cómo consiguen cambiar los billetes por monedas, porque los envían con las cartas. Nadie dice exactamente cuánto recibe, porque es una vulgaridad entrar en detalles sobre el dinero.

Será vulgar entrar en detalles sobre el dinero, pero qué modelo de coche tiene tu padre, en qué trabaja, cómo es tu casa y cuál es el modelo de abrigo de pieles de tu madre son temas de conversación habituales. Yo ni siquiera sabía que existían diferentes modelos de abrigos de pieles, y mucho menos cuáles son los buenos. La primera vez que me lo preguntaron respondí zorro al azar, pues me pareció una respuesta plausible, y Josie me preguntó si me refería a zorro plateado o a zorro rojo común. Por el contexto de la pregunta quedaba tan claro que el zorro plateado era mejor que no dudé ni un momento. Por supuesto, mi madre no tiene ningún abrigo de pieles, y, si lo tiene, seguramente ha torturado al pobre animal. En cualquier caso, me parece que las pieles están mal, y así lo dije. Afirmé que nunca voy a tener un abrigo de pieles, porque no está bien matar animales solo por su piel. No soy vegetariana, creo que está bien matar animales para comer, pero eso es diferente. Ellos harían lo mismo con nosotros. Pero no hay ninguna necesidad de que nos quedemos con sus

pieles solo para presumir.

Quedan cinco semanas de escuela hasta las Navidades, así que he dividido las diez libras en dos libras por semana, lo cual será más que suficiente. Aunque tendré que adelantar algo para comprarme un sujetador este fin de semana, porque ahora que me he dado cuenta de que tengo pechos, no puedo dejar de notarlos, y estaría bien tener un arnés para quitarlos de en medio.

Miércoles, 21 de noviembre de 1979

Carta.

No la he abierto, pero con el simple roce parece que aumenta el dolor de la pierna, que hoy está especialmente mal.

Esta mañana he terminado *Por el tiempo*, cuando estaba aquí sentada, y no tenía nada más a mano, así que he ido a coger algo de las estanterías. La señorita Carroll estaba ocupada colocando una nueva remesa de libros, en su mayoría de no ficción, y yo me senté en mi rincón habitual, donde tengo paneles a mis dos lados y una estantería delante. A veces ocupo un asiento más allá, desde donde puedo mirar por la ventana, pero hoy no había nada que valiera la pena ver: el cielo gris, las ramas de los árboles desnudas y la lluvia incesante.

Estaba a punto de ponerme de pie para ir a las estanterías, cuando se ha acercado la señorita Carroll.

—Recuerdo que estuviste preguntando sobre Platón —ha comentado, y ha puesto sobre la mesa un ejemplar nuevecito de la edición de Everyman de la *República* del filósofo griego.

Por casualidad también ha dejado dos libros en la mesa de al lado: uno muy intrigante de Josephine Tey titulado *La hija del tiempo* y *An Old Captivity*, de Nevil Shute, que trata sobre la historia de Leif Erickson, que ya he leído.

La *República* no es tan divertida como *El banquete*. Todos son grandes discursos y no entra nadie borracho para cortejar a Sócrates en mitad de la reunión. Pero aun así es muy interesante. Sigo pensando que no funcionaría, tal como creía Sam. La naturaleza humana está en su contra. Las personas se suelen comportar de cierta manera porque son personas. Y si Sócrates cree que los niños de diez años son como lienzos en blanco para que él los trabaje, es porque debe de hacer mucho tiempo que dejó de tener diez años. Si nos metemos Mor y yo en la *República*, le damos la vuelta en cinco minutos. La única solución sería empezar con los bebés, como en *Un mundo feliz*, que ahora veo que tiene influencias de Platón. Se podría escribir una bonita historia sobre dos personas que se enamoran en la República de Platón y fastidian todo el plan. Enamorarse sería una perversión. Sería lo mismo que ser gay para Laurie y Ralph. Como utopía, prefiero Tritón o Anarres. Pero lo que de verdad me gustaría leer sería un diálogo entre Bron, Shevek y Sócrates. A Sócrates también le gustaría. Me apuesto algo a que le gustaba la gente que discutía. Puedo afirmarlo, puedo afirmar que esto era lo que le gustaba de verdad, al menos en *El banquete*.

Cuando he regresado por la tarde y me he vuelto a sentar en el mismo sitio, me he dado cuenta de que los libros de Shute y Tey seguían allí. Normalmente, la señorita Carroll no mueve mis cosas, y si lo hace me dice dónde me las ha dejado o me las devuelve. Pero estos libros eran suyos. De todas formas, he empezado a leer el libro

de Tey. Creo que me lo ha dejado ella. Creo que se ha dado cuenta de que hoy me cuesta moverme y me los ha acercado para que tuviera algo para leer. Estoy segura de que pidió la *República* para mí. Supongo que soy la única persona que utiliza la biblioteca para su verdadera finalidad... No, esto no es justo, algunas chicas de sexto la usan para consultar libros para sus trabajos. Las he visto. Pero supongo que la señorita Carroll se ha dado cuenta de que me paso las horas leyendo y ha hecho algo amable en mi favor.

Tendré que tener algún gesto amable con ella. Las chicas a veces les compran bollos a las maestras. ¿La señorita Carroll cuenta como maestra? O puedo traerle algo para Navidades.

Jueves, 22 de noviembre de 1979

Mi pierna sigue mal. Me pregunto si debería volver a ir al médico. La enfermera tiene la receta del analgésico; puedo ir a que me dé uno. Y así lo haría si no fuera porque hay que bajar dos pisos y luego subir uno.

¿Quién hubiera podido creer que Ricardo III en realidad no mató a los príncipes en la Torre?

Carta de tita Teg, llena de novedades. Ahora comprendo el sistema de los sujetadores, pero no sabía que me tendrían que tomar medidas. Seguramente lo intentaré con la talla más probable y corregiré a partir de ahí.

Viernes, 23 de noviembre de 1979

Al final, ayer fui a ver a la enfermera, que me dio un analgésico, me dijo que debería ir a ver al médico y me dio hora. No le veo la necesidad, teniendo en cuenta las circunstancias, pero no se lo discutí.

Conseguí que Gill tirase la carta al cubo de basura de la cocina. El hecho de tener encima toda la basura, las sobras y todo lo que se tira, hará que no sea tan fuerte; además, pronto se la llevarán. Primero se lo pedí a Deirdre, pero no la quiso tocar. En realidad, fue muy sensato por su parte.

No me extraña que las hadas huyan del dolor. Les gusta que las diviertan, y el dolor es tremendamente aburrido.

Mañana tengo que estar preparada para ir a la biblioteca.

Sábado, 24 de noviembre de 1979

Solo tres libros para mí en la biblioteca. Los recojo, compro una tarjeta para el abuelo y regreso de inmediato. *Red Shift* y el sujetador pueden esperar hasta la próxima semana.

A veces no estoy segura de ser completamente humana.

Quiero decir que sé que lo soy. No creo que mi madre haya llegado a dormir con las hadas... No, esta no es la forma adecuada de decirlo. «Dormir con las hadas» significa estar muerto. No creo que haya llegado a practicar el sexo con las hadas, pues si lo hubiera hecho, habría alardeado de ello. Y ni siquiera lo ha insinuado. De haberlo hecho, no hubiese dicho que había sido Daniel ni se habría casado con él. Además, Daniel se parece a nosotras, según dice Sam. Y en las canciones y en las leyendas, los hijos de las hadas son siempre grandes héroes —aunque, pensándolo bien, no sé qué ocurrió con el hijo de Janet en la historia de Tam Lin—; solo hay que ver a Earendil y Elwing. Pero no, no es eso lo que quiero decir.

Lo que quiero decir es que cuando miro a otras personas, a otras chicas de la escuela, y veo lo que les gusta, con qué son felices y qué es lo que quieren, me siento como si no formara parte de su misma especie. Y a veces..., a veces no me importa. En realidad me importan tan pocas personas... A veces me siento como si los libros fueran lo único que hace que valga la pena vivir, como me ocurrió en Halloween, cuando quise seguir viva porque no había terminado *Babel 17*. Estoy segura de que esto no es normal. Me preocupo más por los personajes de los libros que por las personas que veo cada día. A veces Deirdre me saca tanto de quicio que me gustaría ser cruel con ella, llamarla Dreary, como hace todo el mundo, o gritarle que es idiota. No lo hago por puro egoísmo, porque prácticamente es la única persona que habla conmigo.

Y Gill... A veces Gill me ataca los nervios. ¿Quién no preferiría impresionar a un dragón? ¿Quién no querría ser Paul Atreides?

Domingo, 25 de noviembre de 1979

He escrito a tita Teg, agradecida. Me preguntaba si iría por Navidad, así que he escrito a Daniel para preguntárselo. Espero que no le importe; así me perderá de vista. También le he escrito una larga carta a Sam sobre la *República* y asimismo he escrito la tarjeta del abuelo. Es bonita, con un elefante estirado en una cama al que le sale un termómetro de la trompa.

Echo de menos al abuelo. En realidad, no es que tenga muchas cosas de las que hablar con él, a diferencia de lo que me ocurre con Sam, pero representa una parte esencial de mi vida. Encaja en mi vida. El abuelo y la abuela nos criaron, aunque no tenían ninguna necesidad de hacerlo. Nos podrían haber dejado con mi madre, pero no lo hicieron.

El abuelo nos enseñó muchas cosas sobre los árboles, y la abuela nos descubrió la poesía. El abuelo conocía cada árbol y cada flor silvestre. Nos enseñó a diferenciar los árboles, primero por las hojas, y después, por las yemas y por la corteza, de modo que así los podíamos reconocer también durante el invierno. También nos enseñó a trenzar paja y a cardar la lana. A la abuela no le gustaba tanto la naturaleza, aunque siempre repetía la misma cita: «Con el beso del sol para el perdón y el canto de los pájaros para la alegría, uno se encuentra más cerca del corazón de Dios en un jardín que en ningún otro lugar de la Tierra». Pero en realidad lo que le gustaba era la cita, y no el jardín. Nos enseñó a cocinar y nos hizo memorizar poemas en galés y en inglés.

En cierto sentido eran una pareja divertida. No siempre estaban de acuerdo en todo. Con frecuencia se exasperaban el uno al otro. Ni siquiera tenían demasiados intereses en común. Se conocieron porque ambos hacían teatro de aficionados, aunque a ella le gustaba el teatro y al abuelo, actuar sobre el escenario. Pero se querían. Era la manera cariñosa y exasperada con la que ella decía «¡Oh, Luke!».

Creo que la abuela se sentía atrapada. Era maestra, madre y abuela. Creo que le habría gustado tener más poesía en su vida, de una u otra manera. Desde luego, a mí me animaba a escribir. Me pregunto qué habría opinado de T. S. Eliot.

Lunes, 26 de noviembre de 1979

Me he despertado de madrugada, y no ha sido por culpa de una pesadilla. Me he despertado y no me podía mover, estaba totalmente paralizada; ella estaba en la habitación, cerniéndose sobre mí, estaba segura de ello. He intentado gritar para despertar a alguien, pero no podía. Podía sentir cómo se acercaba, cómo se inclinaba sobre mi cara. No me podía mover ni hablar, no había nada que pudiera usar en su contra. He comenzado a repetir en mi cabeza la letanía contra el miedo de *Dune*: «El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte». Entonces ella ha desaparecido y yo he recuperado la movilidad. He saltado de la cama y me he ido a beber un poco de agua, pero la mano me temblaba tanto que la mitad me la he tirado por encima.

Si es capaz de entrar, la próxima vez me puede matar.

Las hadas de aquí no quieren hablar conmigo, y no puedo escribir a Glorfindel o a Titania para preguntarles qué tengo que hacer para detenerla. Incluso suponiendo que Daniel me deje ir por Navidad, aún falta un mes; bueno, casi.

Tengo dos piedrecitas que estaban en el círculo de piedras la última vez que quemé cartas y las he puesto sobre el alféizar de la ventana. Creo que si intentara entrar por allí, las piedras se alzarían como muros de roca y le bloquearían el paso, fundiendo las ventanas con el muro sólido. En realidad debería haber toda una fila de piedras, o una línea de arena o algo por el estilo. Sin embargo, el problema real es que en este dormitorio hay otras once chicas más, y si cualquiera de ellas ve una piedrecita extraña, probablemente la moverá de su lugar o la tirará. Lo tendré que comprobar cada noche antes de irme a dormir, y tarde o temprano alguien se dará cuenta de que lo hago. Se lo podría contar a las demás, pero este tema terrorífico me ha funcionado muy bien hasta el momento y no quiero que cambie.

Ella no puede pasar a través de una vidriera, pero esto ahora no sirve de nada.

Tendré que reunir los materiales adecuados y levantar una protección mágica de verdad, y ello por más que antes no pueda hablar de esta cuestión con las hadas. Hacerlo me da miedo, pero no tanto como que ella entre en la habitación y me paralice mientras duermo, como ha hecho esta noche. Era absolutamente incapaz de moverme, y eso que lo he intentado de verdad.

Martes, 27 de noviembre de 1979

Es curioso lo difícil que resulta concentrarse para leer en una sala de espera. Por un lado, no hay nada que desee más que sumergirme en un libro y desaparecer. Pero, por otro, tengo que estar atenta por si gritan mi nombre, de modo que cada sonido que oigo me distrae. Aquí todo el mundo está enfermo, lo que resulta muy deprimente. Hay carteles colgados sobre contracepción y sobre diversas enfermedades. Las paredes son de un verde bilioso. Hay un folleto sobre la importancia de revisarse la vista. Quizá debería hacerlo.

Lista de todo lo que veo al mirar por la ventana mientras espero

2 vagabundos
1 hombre con un perro pastor, un perro pastor hermoso y sano
6 personas en bicicleta
12 amas de casa con 19 niños
4 niños en edad escolar sin ningún adulto
4 parejas jóvenes
1 bebé en su carrito, empujado por una mujer con un vestido morado
1 un anciano ajado con vaqueros. Pero ¿qué se ha creído? Los vaqueros son para la gente joven
1 hombre que aparca una motocicleta
Millones de coches
2 hombres de negocios
1 taxista
1 hombre con bigote y su esposa
2 mujeres rubias con abrigos verdes a juego, que han pasado dos veces, cada vez en una dirección. ¿Quizá son hermanas?
1 par de gemelos de mediana edad. (Odio ver gemelos, aunque sé que esto no tiene sentido)
1 hombre pomposo con esmoquin. (¿A la hora de almorzar?)
1 hombre con camisa rosa. (¿Rosa?)
Un cabeza rapada con una jarra en forma de dragón. (Se ha detenido delante de la ventana y le he podido echar un buen vistazo)
1 mujer de negocios con un traje de raya diplomática y un maletín (Iba muy acicalada. ¿Me gustaría ser como ella? No. Pero tampoco como la mayoría de la gente a la que he visto)
6 adolescentes con ropa deportiva haciendo una carrera
8 gorrones
12 palomas
1 perro blanco y negro sin su amo, probablemente un terrier, que ha levantado la pata al lado de la motocicleta. Se ha ido solo, parecía alegre y lo olisqueaba todo. Quizá me gustaría ser él

Personas que me han visto:

1 hombre con camisa vaquera, que me ha saludado con la mano

Resulta curioso lo poco observadora que es la gente por lo general.

Cuando finalmente me ha llegado el turno, el médico estaba muy brusco. No tenía tiempo para dedicarme. Me ha dicho que me derivaba al Hospital Ortopédico para que me hicieran una radiografía. He tenido que esperar todo ese tiempo rodeada de

niños con mocos y ancianos decrepitos para conseguir dos minutos de la atención del médico. ¿Para eso me he perdido física?

A pesar de todo, he comprado dos manzanas y un bote nuevo de champú, y he regresado pasando por la biblioteca, donde he devuelto tres libros y he recogido otro, así que lo puedo considerar un viaje al pueblo bien aprovechado.

Mientras esperaba el autobús para regresar a la escuela, he estado pensando en la magia. Quería que llegara el autobús y no sabía exactamente el horario. Supongamos que aplicase la magia a esta situación e imaginemos que el autobús doblara la esquina. No es que el autobús se hubiese materializado de la nada, sino que el autobús se encontraba ya en algún punto de su recorrido. Digamos que pasan dos autobuses cada hora; para que el autobús apareciese justo en el instante que yo quería, debería haber iniciado su ruta en un segundo preciso y pasar por los diferentes puntos del recorrido en momentos diferentes. Para que el autobús se encontrara donde yo quería que estuviese, tendría que enfrentarme a todo esto, incluso debería tener en cuenta la hora a la que empieza el servicio y quizá todo el horario desde el mismo momento en que se estableció, de manera que la gente habría tenido que coger el autobús a horas diferentes cada día durante meses para que yo no tuviera que esperar hoy. Dios sabe qué consecuencias iba a tener esto en el mundo, y solo por un autobús. No sé cómo se atreven las hadas. No sé cómo nadie puede tener conocimientos suficientes para atreverse.

La magia no lo puede todo. Glory no pudo hacer nada contra el cáncer de la abuela, aunque él quería hacerlo y nosotras queríamos que lo hiciera. Quizá pueda volver atrás en el tiempo, pero no le puedo devolver la vida a Mor. Recuerdo cuando murió, y cuando tita Teg me lo dijo y yo pensé: «Ella lo sabe, yo lo sé, y hay otras personas que se lo están diciendo a otras personas, y cada vez lo sabrá más y más gente, y se expandirá como las ondas en un estanque, y no habrá forma de deshacerlo sin deshacer todo lo demás». No es como caerse de un árbol y que tan solo lo vean las hadas.

Miércoles, 28 de noviembre de 1979

Gill se coló ayer por la noche en mi dormitorio para traerme su libro sobre los científicos. Se sentó en mi cama y, mientras hablábamos, me puso el brazo detrás, como por casualidad, pero me di cuenta del cuidado que ponía al hacerlo y de que no dejó de mirarme en todo el rato. Di un respingo y le dije que se tenía que ir, pero Sharon me lanzó luego una mirada muy extraña y creo que lo vio todo. ¿He hecho algo que animase a Gill? O, dicho de otro modo, ¿he hecho algo que le hiciera creer que estoy interesada en ella en este sentido? Es realmente incómodo, porque en estos momentos es una de las pocas personas que me dirige la palabra. Creo que debería hablar con ella, pero no en el dormitorio. Y me da miedo decirle que quiero hablar con ella en privado, por si se lo toma como una señal de aceptación, lo que le resultaría muy doloroso cuando después resultase que no.

En *I Capture the Castle*, que no es en absoluto lo que yo esperaba, hay un fragmento en el cual la heroína está enamorada de un hombre y otro hombre distinto está enamorado de ella, y ella cree que quizá debería hablar con él, pero también sabe que no funcionaría y sería inútil, y no quiere herirlo. Sus sentimientos y el hecho de no querer herirlo se parecen un poco a lo que a mí me ocurre con Gill y esta situación. Honestamente, no creo que hubiera ninguna diferencia si se tratase de un amigo mío que fuera chico. Se lo diré a Gill cuando se presente la oportunidad. Quizá el sábado, o mañana después de química.

Alguien ha tirado una de las piedras del alféizar, pero la he vuelto a colocar en su sitio. Solo se trata de una solución temporal, pero de momento resiste. Ninguna visita más.

Jueves, 29 de noviembre de 1979

Pesadillas terribles. De verdad tengo que hacer algo al respecto. No puedo seguir así. Lo haré esta noche si no llueve.

¿Por qué no soy como las demás personas?

Miro a Deirdre, y su vida es totalmente anodina. ¿O eso es solo lo que me parece a mí? Se me ha acercado durante el desayuno, me ha llevado a un lado y me ha dicho:

—Shagger dice que vio cómo Gill te abordaba. —Y me ha mirado con una confianza total.

—Tal vez Shagger lo haya visto, pero no me interesa Gill y tengo intención de decírselo.

—Está mal —ha replicado Deirdre con rotundidad.

—No creo que esté mal si es lo que las dos personas quieren, pero, en este caso, yo no quiero.

Deirdre parecía confusa y se ha ido, pero después me ha dado un polo de menta para demostrarme que no estaba enfadada. Debería comprarle un bollo para el domingo.

Imposible hablar con Gill después de química. Creo posible que me esté evitando. Quizá no sea necesario que tengamos una conversación.

Viernes, 30 de noviembre de 1979

Me he levantado en plena noche para hacer magia. He bajado por el olmo hasta el suelo, he encontrado el círculo que hice la última vez y lo he vuelto a recomponer. La luna aparecía de vez en cuando entre las nubes. Esta vez no he encendido ningún fuego.

No quiero escribir lo que he hecho. Soy supersticiosa acerca de esto; siento que sería un error, que ni siquiera debería haber escrito lo que he explicado hasta ahora. ¿Tal vez debería escribirlo no solo de derecha a izquierda sino también bocabajo y en latín? Creo que ahora entiendo por qué la gente no escribe verdaderos libros de magia. Resulta demasiado difícil encontrar las palabras cuando lo has hecho tú mismo en persona. Aun así, al final me he quedado con la sensación de que no sabía realmente lo que hacía y de que estaba improvisando como una loca. Resulta tan diferente cuando haces lo que te han dicho que hagas y sabes que va a funcionar... La luna siempre ha sido mi amiga. Pero aun así.

Hasta ahora siempre nos habían dicho lo que teníamos que hacer. Glorfindel nos explicó que teníamos que lanzar las flores a la laguna, me dijo que tenía que hundir el peine en la ciénaga. Pero allí de pie junto a mi círculo me he sentido muy inexperta, y como si estuviese medio jugando y no fuera a funcionar. La magia es muy extraña. He seguido mirando hacia arriba entre las ramas desnudas, intentando ver la luna tras las nubes y esperando el momento en que estuviera visible. Y he escrito una especie de poema para cantarlo, que al menos me ha ayudado a encontrar la disposición mental adecuada.

He usado cosas que recordaba, cosas inventadas y cosas que parecían encajar. Quería conseguir que la magia me protegiera, y también encontrar un *karass*. Tenía una manzana. Había tenido dos y las mantuve juntas durante un par de días para que se acostumbrasen la una a la otra, aunque no procedieran del mismo árbol, y después me comí una, para que formase parte de mí, y usé la otra. Las manzanas están conectadas con el manzano y con el mundo de la fertilidad domesticada, y con el Edén, con el Jardín de las Hespérides, con Iduna y Eris. E incluso conmigo, pues una vez guardé una manzana en el cajón del pupitre, que fue madurando lentamente y después se reblandeció y se marchitó hasta convertirse en una pasta de olor dulzón, y no la tiré hasta que comenzó a tener moho por fuera. Esta es una conexión muy fuerte. En la antigua Persia, y creo que todavía ahora en algunas partes de la India, hacían «enterramientos aéreos»: se dejaban los cuerpos sobre plataformas, se los comían los pájaros y se pudrían a la vista de todo el mundo. Esto debe de dar lugar a una magia muy fuerte, pero debe de ser terrible cuando se trata de alguien a quien conoces y ves cómo va desapareciendo de esa manera. La incineración no será mágica, pero al menos es limpia.

En cualquier caso, también me he hecho un corte pequeño en el dedo y he usado mi sangre. Sé que es peligroso, pero sé también que es poderoso.

He visto al hada que me habló aquí la primera vez, en lo alto del árbol. Había otros ojos en las ramas, pero no he reconocido a ninguna y no han dicho nada. No sé cómo hacerme amiga de ellas y conseguir que confíen en mí. Son diferentes de nuestras hadas, más salvajes y más alejadas de las personas.

A pesar de la sensación permanente de haber perdido parte del equipaje, incluso teniendo en cuenta lo de Halloween, nunca había sentido con tanta intensidad que era media persona como esta noche. Me sentía, en lo relativo a la magia, como si me hubieran cortado un brazo, como si estuviese acostumbrada a sostener las cosas con las dos manos y ahora tuviera que conformarme solo con una. Y a pesar de ello, no he intentado ninguna curación. Ni siquiera he pensado en ello hasta ahora. Ni tampoco en mi pierna. Me pregunto si podría hacerlo. Tengo la sensación de que intentarlo sería peligroso, de que incluso hacer lo que he hecho era peligroso; he tratado de conseguir un *karass*. Quizá no debería haber ido más allá de la protección, que era lo que en realidad necesitaba. Hacer magia para obtener cosas personales no es seguro. Glorfindel me lo dijo. La mayoría de las cosas que quiero no las podré tener en años, si es que algún día las consigo. Pero un *karass* no debería ser imposible, ¿no? ¿O es demasiado peligroso para intentarlo?

Por supuesto, resulta imposible saber si ha funcionado. Este es siempre el problema con la magia. Uno de los problemas. Entre otros muchos problemas...

Hoy estoy agotada. Casi me quedo dormida con Dickens en la clase de inglés. Pero hay que tener en cuenta que la mayoría de las veces la clase resulta soporífera. Sigo bostezando. Pero quizá esta noche no tenga pesadillas. Ya veremos.

Sábado, 1 de diciembre de 1979

Hoy en la biblioteca estaba el bibliotecario.

—¿Has pedido *Beyond the Tomorrow Mountains*? —me ha preguntado.

He asentido.

—No hay ninguna edición británica, así que me temo que no lo podemos conseguir.

—Ah —he dicho desilusionada—. Gracias de todos modos.

—He comprobado que has solicitado muchísimos préstamos interbibliotecarios —me ha informado.

—Es que ella me dijo, la bibliotecaria me dijo que no había ningún problema —he balbucido—. Me dijo que era gratis porque tenía menos de dieciséis años.

—No hay ningún inconveniente, puedes pedir todos los libros que quieras y yo los conseguiré —me ha tranquilizado.

Me he relajado y le he sonreído.

—Me he dado cuenta de que la mayoría de los libros que has pedido son de ciencia ficción, y en vista de ello me preguntaba si te gustaría unirse a nuestro club de lectura de ciencia ficción los martes por la tarde.

Un *karass*, he pensado. La magia funciona. Los ojos se me han anegado de lágrimas y no he podido hablar durante un momento porque me ahogaba en ellas.

—No sé si me dejarán venir desde la escuela —he respondido de mala gana—. ¿A qué hora es?

—Empezamos a las seis y normalmente dura hasta las ocho. Nos reunimos aquí, en la biblioteca. Tengo entendido que el proceso para que las chicas de Arlinghurst puedan participar en clases o actividades educativas fuera de la escuela requiere la firma de los padres y de un maestro o bibliotecario.

—Aceptan la biblioteca —he confirmado.

—Lo sé. —Me ha sonreído. Se está quedando un poco calvo en la coronilla, pero no es muy mayor y, además, tiene una sonrisa encantadora.

—Y sería muy educativo —he continuado.

—Desde luego —ha asentido—. No sé si puedes conseguir la autorización para este mismo martes, que vamos a hablar sobre Le Guin, pero el martes que viene debatiremos sobre Robert Silverberg, que me parece que te gusta.

He apuntado la información, he recogido mis libros y me he sentado tan contenta en la panadería-cafetería que me hubiera puesto a cantar. Un *karass*, o el inicio de uno. ¡Oh, espero poder ir este martes! No he pedido ningún libro de Le Guin en la biblioteca porque ya los he leído todos, o al menos eso creo. Desde luego, tengo un montón de cosas que decir sobre ella. ¡Un *karass*! ¡Épico! ¡Rompería a cantar de alegría!

Domingo, 2 de diciembre de 1979

¡La señorita Carroll me ha firmado la autorización para poder salir de la escuela y asistir al club de lectura! Me ha advertido que antes de irme tenía que hacer todos los deberes, pero esto no supone ningún problema. También me ha dicho que comprobarían que esto no afectara a mis notas, pero mis notas no bajarán por el club de lectura. Le he asegurado que desde luego no se verán afectadas. Me ha preguntado si me gustó el libro de Tey y le he respondido que había disfrutado un montón, lo que es cierto.

Carpenter dice en el libro sobre los Inklings que Lewis identificaba a Asían con Jesús. En cierto modo lo entiendo, pero aun así me parece que esto traiciona su sentido. Parece más bien una alegoría. No me extraña que Tolkien no estuviera de acuerdo con ello. Yo tampoco lo habría estado. Además, me siento engañada, porque no me he dado cuenta durante todo este tiempo. ¡A veces soy tan tonta!... Pero ¡Asían ha sido siempre tan él mismo!... No sé lo que pienso sobre Jesús, pero sé lo que pienso sobre Asían.

He escrito al abuelo y a tita Teg para explicarles lo del club de lectura. Y he escrito a Daniel para pedirle que me firme lo del club. Estoy casi segura de que lo hará. También le he explicado lo de la identificación Aslan/Jesús porque me parece interesante saber qué opina él, y le he vuelto a preguntar si me dejará ir a casa por Navidad. Le he dicho al abuelo que lo intentaría.

Al final he tenido la conversación con Gill. Esta tarde estaba lloviendo a cántaros, así que las chicas se han quedado bailando en el salón en lugar de ir a hacer deporte, y ella se ha quedado atrás en vez de ir a cambiarse después del baile, mientras yo salía del aula de deberes donde había estado escribiendo cartas. No me ha dicho nada directamente, pero yo a ella, sí.

—Gill, no sé si lo he interpretado mal, pero me gustaría decirte que te quiero como amiga, pero no quiero mantener relaciones físicas contigo.

—Dijiste que no te gustaban los chicos —ha replicado.

Es cierto, recordaba haberlo dicho.

—Eso no significa que me gusten las chicas —he aclarado—. No creo que haya nada malo en ello, y a la mayoría de la gente le atraen ambos sexos, pero me parece que a mí, no. Lo siento. Supongo que solo soy peculiar.

Eso ha ocurrido todo en el quicio de la puerta del aula de deberes, porque en ese momento se ha acercado alguien por detrás y me ha empujado para pasar, y Gill se ha despedido y se ha ido corriendo a cambiarse. Espero que todo se haya solucionado. ¡Es todo tan complicado!

Lunes, 3 de diciembre de 1979

Carta de Daniel con otras diez libras. Dice que me quieren en Old Hall para Navidad, pero que después puedo ir a pasar unos días a Gales del Sur. ¿Por qué me quiere allí? ¿Qué soy yo para ellos? Sería mejor que fuera a ayudar a tita Teg con el abuelo, sobre todo si ese día no puede salir. En Old Hall nadie ha mostrado nunca nada más que ganas de deshacerse de mí en cuanto pudieran. Daniel, bueno, no sé qué pensar de él. Le estoy agradecida porque me sacó del Hogar para Niños, pero la escuela no es mucho mejor que aquello. Parece que quiere establecer una conexión conmigo después de no tenerla durante todo este tiempo. Pero estoy segura de que tanto sus hermanas como él se lo pasarán mejor si no estoy. ¿Y qué les puedo regalar? No les puedo llevar una caja de chocolatinas si voy a estar allí el día de Navidad. Será espantoso. Bueno, supongo que después podré irme a Gales del Sur.

Martes, 4 de diciembre de 1979

Por supuesto, la carta de Daniel no incluía el formulario firmado. No podía esperar otra cosa, pues el correo apenas ha tenido tiempo de llevar el formulario de ida y vuelta. Pero se trata de mi *karass* y esta tarde está ocurriendo sin mí, y van a hablar de *Los desposeídos*, así que no es de extrañar que esté enfadada. Supongo que se han producido encuentros todos los martes desde que estoy aquí, pero yo no lo sabía y ahora sí lo sé. Y eso si no es que lo ha provocado todo la magia, y no solo el hecho de que el bibliotecario me preguntase. Cuanto más pienso en la magia, en lo que hace y en cómo influye en las cosas, más segura estoy de que no debería tener nada que ver con ella.

La escuela ha sido especialmente tediosa. Estoy acostumbrada a que las chicas me llamen de muchas maneras, pero algunas han empezado a cantar la cancioncilla de *Jake the Peg* cuando paso a su lado, o la tararean cuando hay maestras cerca. Me quieren hacer enfadar, así que las ignoro, lo que es mucho más fácil en la fachada que en el interior. Con Deirdre hacen lo mismo con *Danny Boy* y a veces la hacen llorar. Lo terrible de Deirdre es que toda ella es un cliché. Es irlandesa y no es la bombilla más brillante de la caja. Karen le dio un trozo de barrita de muesli y ella comentó que sabía igual que un árbol de Navidad sin hornear. Por supuesto, quería decir pastel, porque así es como sabe, pero ahora todo el mundo anda contando un chiste sobre los árboles de Navidad que cocinan en Irlanda. Me tuve que reír cuando lo escuché, porque es completamente surrealista. Quiero decir que Deirdre también se rio. Eso no fue desagradable. Lo desagradable es que se repita una y otra vez, y por supuesto eso es lo que están haciendo, porque ven que ella se siente herida. Tengo que asegurarme de que no se dan cuenta de que me molesta el estúpido «Jake the Peg con su pierna adicional».

Aún no le puedo perdonar a Lewis su alegoría. Ahora entiendo por qué Tolkien dice en el prólogo que la odia. No puedes coger algo que es en sí mismo y hacer que represente otra cosa. O puedes, pero no deberías hacerlo. Si pienso en ello como una recreación de los evangelios, Narnia queda empequeñecida. Creo que tendré problemas para releerlos sin pensar en esto. ¡Cómo me molesta! Sin embargo, Carpenter dice que Lewis escribió algunos libros explícitamente sobre el cristianismo, quiero decir, que hablan abiertamente de él. Quizá tendría que leerlos. Debo confesar que me siento terriblemente confusa con la religión. Y la clase de educación religiosa no me ayuda demasiado. Estamos revisando los viajes de Pablo y yo estoy leyendo lentamente la Biblia. Tiene algunas historias buenas, en medio de tanto tedio. Pero la mayor parte es historia, sin demasiada teología, y sería muy interesante saber si Lewis dice algo de las hadas, porque en *El príncipe Caspian* aparecen las ménades, que siempre me han recordado un poco a las hadas. Aquí solo

tienen libros de cosmología, pero voy a ver si tienen Mero cristianismo en la biblioteca del pueblo, y si no, bueno, para eso está el préstamo interbibliotecario.

Estaba escribiendo esto cuando se me ha acercado la señorita Carroll.

—¿Ha firmado ya tu padre el formulario del club de lectura? —ha preguntado.

—Aún no —he respondido—. Estoy segura de que lo hará, pero no le ha dado tiempo.

—Si quieres, te puedo llevar esta tarde. Si me quedo todo el rato, *in loco parentis*, no habrá ningún problema. Será como llevar a las chicas al teatro. Se lo he preguntado a la señorita Ellis y dice que no hay inconveniente. —Me ha sonreído.

—Pero ¿usted quiere ir? —le he preguntado. No puedo evitar ser un bulto desagradecido cuando la gente es amable conmigo. No era lo que quería decir, pero ha sido lo que me ha salido sin pensar.

—Puede ser interesante —ha respondido.

—¿Usted lee ciencia ficción?

—Intento leer algunas muestras de lo que tengo en la biblioteca para podérselo recomendar a las lectoras. Ciertamente he leído algo de ciencia ficción. No es mi género favorito, como lo es para ti. He leído algo de Ursula Le Guin; he leído *Un mago de Terramar*.

—¿Le gustó? —he preguntado.

—Creo que es excelente. —La señorita Carroll se ha sentado frente a mí, al otro lado de la mesa de madera, y me ha mirado con curiosidad—. ¿Qué ocurre? No esperaba que se me interrogase sobre mi idoneidad para el club de lectura. Pensé que te gustaría.

—Estoy muy contenta —he reconocido—. Se lo agradezco. Estoy deseando ir. Pero no estoy acostumbrada... Quiero decir que no puedo creer que renuncie a su tarde por mí.

En realidad es bastante joven. Debe de tener novios, o al menos algún sitio donde vivir y donde se prepara la cena y lee libros sin que nadie la moleste. Para ser honesta, me resulta muy difícil imaginar su vida fuera de la escuela. Pero sea como sea esta vida, podría disfrutar de ella esta tarde, y en vez de ello va a ir al club de lectura de ciencia ficción porque yo quiero asistir. ¿Por qué lo iba a hacer? No sabía que la magia funcionara tan bien. Asusta.

—Será una experiencia interesante —ha proseguido—. Me gustará ver cómo hacen estas cosas en la biblioteca del pueblo. Y siempre me gusta oír hablar de libros. Quizá podamos poner en marcha un club de lectura aquí. A algunas de las chicas mayores les podría interesar. Por otra parte —se ha inclinado hacia delante y ha bajado la voz, aunque éramos las únicas personas que había en la biblioteca, como siempre—, una de las cosas que te enseñan en la escuela de bibliotecarias es que debes tener en cuenta las necesidades de los usuarios y hacerlos felices. Tú eres sin

lugar a dudas mi mejor usuaria, así como una de las pocas personas que aprovecha realmente la biblioteca, así que hacerte feliz es importante.

Me he reído.

—Gracias —he dicho—. Muchas gracias.

Así que esta tarde voy al club de lectura. La señorita Carroll me recogerá después de la cena.

Miércoles, 5 de diciembre de 1979

Por supuesto, no decidieron al instante que eran mi *karass* y me dieron la bienvenida en su seno. Esto habría sido esperar demasiado. Pero en cualquier caso, fue magnífico.

Tenía tanto miedo de que llegásemos tarde que al final resultó que llegamos antes de hora. La biblioteca estaba cerrando cuando llegamos. El bibliotecario pareció sorprenderse al verme llegar con la señorita Carroll.

—Ah, señorita Markova —me saludó. Literalmente, era la primera vez que alguien me llamaba así. Antes me habían llamado alguna vez señorita Phelps, pero nunca señorita Markova. Sonaba raro—. Lo ha conseguido...

—Esta es la señorita Carroll, la bibliotecaria de la escuela. Y él es, mmm... —dudé.

—Greg Mansell, pero llámeme Greg.

—Entonces, mejor que me llame Alison —respondió la señorita Carroll, para mi completa sorpresa, y se estrecharon la mano.

Tonta de mí, no había pensado nunca que pudiera tener un nombre, quizá porque Carol es un nombre propio.

Sabía que debía decir mi nombre, porque ambos me estaban mirando en espera de que lo dijera, pero tenía la lengua petrificada dentro de la boca y no podía pronunciarlo. No es que hubiera olvidado cómo me llamaba, pero no estaba segura de qué variante de mi nombre debía utilizar.

—Mori —dije al cabo de un rato demasiado largo—. Mis amigos me llaman Mori.

Después llegaron otras dos personas, ambos hombres de mediana edad, uno alto, Brian, y otro bajo y fornido, Keith. Greg sacó la llave y nos hizo pasar a una sala en la parte de atrás de la biblioteca.

La biblioteca se debió de construir hace cien años. Es de estilo Victoriano, con ventanas de piedra y paredes de ladrillo. La estancia donde se celebran las reuniones fue en su momento sala de lectura, pero ahora la sala de lectura se encuentra en la biblioteca de referencia, en el piso de arriba, y esta permanece cerrada. Tiene unos paneles de madera hasta la altura del codo y por encima está pintada de color crema entre las ventanas; a un lado hay un montón de ventanas, pero no pude ver lo que había fuera porque estaba oscuro. En la otra pared larga hay una gran pintura victoriana de gente leyendo en una biblioteca, sentados en mesas pequeñas entre filas de estanterías y mirando hacia abajo. Esta sala no se parece en nada a la de la pintura: hay una mesa grande y antigua en el centro, con viejas sillas de madera a su alrededor. Hay dos bustos, uno a cada extremo de la sala rectangular. Uno es Descartes, al que no conozco pero tiene una cara maravillosa, y el otro es Platón. ¡Sí!

Me senté a un lado de la mesa, de cara a la pintura, de espaldas a las ventanas, y la señorita Carroll se sentó a mi lado. Los hombres, que se conocían, seguían de pie, hablando. Entraron algunos hombres más, algunos jóvenes, pero ninguno de ellos muy por debajo de los treinta. Después entraron dos chicos, que iban vestidos con la chaqueta púrpura del instituto del pueblo. Supongo que debían de tener dieciséis o diecisiete años. Estaba empezando a pensar que no iba a asistir ninguna mujer más cuando entró en tromba una mujer corpulenta de cabello gris y se sentó a la cabecera de la mesa. Llevaba una gran pila de libros de Le Guin en ediciones de tapa dura y la colocó a su lado de una manera muy profesional. Al verla, los demás empezaron a tomar asiento. Me hubiera gustado traer mis propios ejemplares, pero, por supuesto, solo me queda mi querido *Las doce moradas del viento. Volumen II*. Mi madre sigue teniendo todos mis libros. Claro que los libros se pueden reemplazar.

La señorita Carroll miró la pila de libros algo nerviosa.

—¿Los has leído todos? —me preguntó en voz baja.

Los miré con atención y sí, todos excepto uno titulado *El ojo de la garza*.

—Todos salvo uno —respondí—. Y he leído uno que no está: *El nombre del mundo es Bosque*.

—Lees mucha ciencia ficción... —reconoció.

En ese momento la mujer de cabello gris respiró hondo, como si fuese a empezar, y justo en ese instante se abrió la puerta y entró un chico —un hombre joven—, que prácticamente entró cayéndose en la sala. Era lo más hermoso que yo había visto nunca, con el pelo largo y rubio flotándole alrededor de la cabeza, los ojos muy azules, una mirada intensa y apasionada, aunque de eso no me di cuenta al principio, y una especie de gracia natural en los movimientos, incluso cuando tropezaba con sus propios pies.

—Siento llegar tarde, Harriet —se disculpó, ofreciéndole a la mujer una sonrisa deslumbrante—. Se me ha pinchado la bicicleta.

Parecía una broma cruel de los dioses que una criatura tan gloriosa tuviera que moverse en bicicleta. Se sentó delante de mí, tan cerca que podía ver cómo le caían las gotas de lluvia del pelo. Debe de tener dieciocho o diecinueve años. Me pregunto por qué no está en la universidad. Se parece un poco a un león, o al joven Alejandro Magno.

—Estaba a punto de empezar, pero no has llegado tarde —lo tranquilizó Harriet con una sonrisa.

(¡Harriet! Nunca he conocido a nadie que se llame Harriet en la vida real. Tuve una breve fantasía sobre ella identificándola con Harriet Vane, porque tiene más o menos la misma edad, excepto que la gente se dirigía a Harriet Vane como lady Peter, y en cualquier caso se trata de un personaje de ficción. Y puedo ver la diferencia, de verdad que puedo.)

La puerta se abrió de nuevo y entró una adolescente. Llevaba una chaqueta púrpura, que ofrecía un contraste sorprendente con su pelo rojizo. Se sentó entre los dos chicos de las chaquetas, que, ahora me daba cuenta, le habían guardado un sitio. Me sentí... no exactamente celosa, pero sentí una especie de retortijón cuando lo vi.

Harriet empezó a hablar de Le Guin. Habló ella durante unos quince o veinte minutos, y después la charla se volvió general. Hablé más de lo que debía. Me di cuenta en ese mismo momento. Pero no podía parar. No interrumpí a nadie, lo cual habría sido imperdonable, pero tampoco me detuve lo suficiente para cederle el turno a nadie. La señorita Carroll no dijo nada durante toda la sesión. El chico guapo dijo algunas cosas bastante agudas sobre *La rueda celeste*. Uno de los hombres, creo que Keith, dijo que era como Philip K. Dick, lo cual era una tontería, y el chico guapo replicó que, aunque existían algunas similitudes superficiales, no se podía comparar a Le Guin con Dick, porque sus personajes parecen reales, mientras que los de Dick no, que es exactamente lo que habría dicho yo. Al parecer existe una película del libro, pero nadie la ha visto.

Luego comentó que es posible que describiese tan bien el proceso científico en *Los desposeídos*, a pesar de no ser una científica, porque comprendía que la creatividad no es tan diferente en los distintos campos. Brian y él estuvieron de acuerdo en que entendía a la perfección el proceso científico y todo el mundo aceptó su palabra, así que deben de ser científicos de algún tipo. No me atreví a preguntar en qué campo. Ya había hablado demasiado, como he dicho. Seguían ocurriéndoseme cosas que decir y preguntar, y pensaba que ya había hablado demasiado y que debía dejar hablar a los demás, y después se me ocurrían más cosas que decir y las decía. Espero no haber aburrido a todo el mundo.

El chico guapo —para la próxima vez tengo que descubrir cómo se llama— me miraba fijamente cuando hablaba. Resultaba bastante desconcertante.

Lo más interesante que se dijo salió de los labios de uno de los chicos de la chaqueta púrpura. Yo había dicho que los mundos de Le Guin eran reales porque sus personajes eran muy reales, y él dijo que sí, pero que los personajes eran tan reales porque esos mundos habrían producido personas como las que vivían en ellos. Si hicieras crecer a Ged en Anarres o a Shevek en Terramar, no serían las mismas personas; el contexto forjaba al individuo, algo que se ve continuamente en la literatura general pero es raro en la ciencia ficción. Eso es cierto, y muy interesante, y volví a terciar en la conversación para decir que encajaba con *La rueda celeste* y con lo que le ocurría a la gente en los diferentes mundos, y que una persona gris en un mundo de gente gris era sustancialmente distinta de una marrón en un mundo con mezcla de razas.

No sé cuánto tiempo hacía que no me lo pasaba tan bien, y si no fuera porque creo que hablé demasiado, diría que fue todo un éxito. Aunque hay algo... Lo he

notado con frecuencia. La primera vez que digo algo es como si la gente no me oyera, no pueden creer que lo esté diciendo yo. Después comienzan a prestar atención, dejan de pensar que quien está hablando es una adolescente y empiezan a pensar que vale la pena escuchar lo que estoy diciendo. En el club de lectura, en cambio, fue mucho más fácil. Casi desde la segunda vez que abrí la boca, la expresión de la cara de los demás no fue indulgente sino atenta. Me gustó.

Después Keith preguntó quién iba al pub. Fueron el chico guapo, Harriet y Greg, pero no los adolescentes con chaqueta escolar ni tampoco yo, porque tenía que volver a la escuela. Todo el mundo se despidió de mí, pero yo contesté de manera torpe y de nuevo con la lengua pastosa al despedirme y decir que esperaba verles la semana que viene.

La señorita Carroll tuvo una breve charla con Greg. Después volvimos al coche y me llevó a la escuela.

—No tienes demasiadas oportunidades de hablar con nadie de lo que te interesa, ¿verdad? —preguntó.

Me quedé mirando la noche y la oscuridad. Entre los semáforos del final del pueblo y la escuela no hay ninguna luz, excepto alguna granja esporádica, lo cual hace que los faros del coche parezcan una intrusión. Vi ratones, conejos y algún hada que desaparecía cuando los faros la alumbraban.

—No —respondí—. De hecho, no tengo demasiadas oportunidades de hablar con nadie.

— A su manera, Arlinghurst es una escuela muy buena —comentó mi acompañante.

—No para gente como yo —repliqué.

—El último autobús que pasa por la escuela sale a las ocho y cuarto —me informó—. Esta noche han acabado cerca de las nueve. Le he pedido a Greg, de bibliotecario a bibliotecario, si te puede llevar a Arlinghurst cada vez que haya reunión, y me ha dicho que sí. Siempre que estés en cama cuando se apaguen las luces, no habrá ningún problema.

—Es muy amable. Realmente fue muy amable por su parte ofrecerse a acompañarme. ¿Cree que he hablado demasiado?

La señorita Carroll se rio, mientras el coche pasaba entre los olmos y seguía el sendero de la escuela.

—Quizá un poco. Pero desde luego parecían interesados en lo que decías. Yo no me preocuparía por eso.

Pero incluso así, me preocupo.

Jueves, 6 de diciembre de 1979

Los días son terriblemente cortos. Parece que todo el tiempo es de noche. Es oscuro hasta bien pasadas las nueve, lo que me retiene dentro por la mañana. Había adquirido la costumbre de salir un rato antes del desayuno, solo para respirar. No iba a ninguna parte, solo salía al exterior por los lavabos y respiraba durante un rato antes de regresar al barullo del desayuno. El desayuno consiste en pan con margarina, tanto como quieras, y huevos revueltos ingleses demasiado hechos y aguados, con tomate de lata, que no me como. Los domingos, y algunos otros días excepcionalmente, también nos dan salchichas, que saben como si fueran ambrosía. No hay ninguna maestra durante el desayuno, así que todo el mundo habla a gritos, y eso conlleva que todo el mundo tenga que gritar si quiere que le oigan. Suena como un foso lleno de osos, pero más agudo. A veces, cuando estoy delante de los lavabos, lo puedo oír por todo el pasillo, como en esos manicomios del siglo XVIII a los que iba la gente por entretenimiento para oír cómo aullaban los locos. El manicomio de Bedlam.

También es oscuro, o casi, cuando terminamos las clases. Las luces ya se han encendido y el sol está muy bajo. Aún queda un poco de luz en el cielo, pero no hay duda de que es más de noche que de día. A esa hora, me gusta alejarme del edificio de la escuela, darme la vuelta y mirar las luces, que parecen naranjas en el crepúsculo. Me recuerda cuando la abuela, Mor y yo regresábamos a casa desde la escuela algunos días especiales poco antes de Navidad, cada una de nosotras cogida de una mano de la abuela. Quizá su escuela terminaba un día antes que la nuestra e iba a buscarnos. Aún estábamos en primaria y supongo que teníamos unos seis años. Recuerdo que iba cogida de su mano y miraba hacia atrás para ver el cielo iluminado, aún no totalmente oscuro.

Los recuerdos me ponen melancólica, pero también me dan un poco de seguridad y confianza gracias a los sentimientos que revivo en ellos. Los recuerdos son como un gran montón de alfombras, que mantengo apiladas en la cabeza y a las que no presto demasiada atención, pero, si quiero, puedo regresar, caminar sobre ellas y recordar. En realidad no estoy allí, al menos no como lo estaría un elfo. Es solo que si recuerdo que estaba triste, enfadada o desilusionada, una pequeña parte de ese sentimiento vuelve a mí. Y lo mismo sucede con la alegría, por supuesto, aunque me da miedo desgastar con facilidad los recuerdos felices si pienso demasiado en ellos. Si lo hago, cuando sea vieja los malos recuerdos seguirán siendo nítidos, porque no habré pensado en ellos, pero ya habré gastado todos los buenos recuerdos. No recordaré aquel día con la abuela, que ya no recuerdo con nitidez; solo recordaré estos cortos días de invierno en la escuela, paseando sola y mirando atrás, hacia las ventanas iluminadas.

Estoy harta de la oscuridad. Sé que el paso del año forma parte de la vida. Me

gustan las estaciones y la fruta de temporada. Ya debe de faltar poco para las manzanas, y espero que ahora mismo en la tienda de la señora Lewis ya haya mandarinas brillantes con su fascinante envoltorio púrpura con textos en español. (¡Cómo me gustaría oler una mandarina! Quizá el sábado.) Pero estoy empezando a odiar la oscuridad de esta época del año. No me permiten salir a la hora del almuerzo, que es el único momento del día con luz de verdad, aunque siempre sea gris y normalmente llueva.

Los días volverán a alargarse. Llegará la primavera. Pero la veo demasiado lejana.

Viernes, 7 de diciembre de 1979

Carta de mi padre con el permiso para el club de lectura; ha llegado a tiempo. La semana que viene podré ir.

He estado pensando en el club de lectura y en quién de ellos está realmente en mi *karass*. ¿El chico guapo? (¡Tengo que averiguar cómo se llama!) Me miró serio con sus ojos hermosos. Y aunque esté bastante equivocado sobre algunos temas fundamentales, está preparado para escuchar. Siento un escalofrío cuando pienso en cómo me miraba. ¿Qué tal los de la chaqueta púrpura, que son de mi edad? (También tengo que descubrir cómo se llaman, pero es mucho menos urgente.) Ciertamente, me gustaría conocerles mejor, y están interesados en los libros. La próxima vez trataré de hablar con ellos. ¿Harriet? No me cae demasiado simpática, pero es muy inteligente. ¿Brian? ¿Keith? No lo sé. ¿Los demás, a los que apenas conozco? Demasiado pronto para decirlo. ¿Greg? Quizá. ¿La señorita Carroll? (Alison...)

La miro cuando escribo su nombre. Está en su escritorio, pasando el rato con unas etiquetas para poner en los libros. Según me dijo, quiere tener contentas a las usuarias de la biblioteca, pero yo sé que me llevó al club de lectura gracias a la magia. Sé que es así, y eso hace que me sienta un poco mal. La magia funciona con lo que ya existe, así que probablemente ya sentía por mí cierta simpatía y se había fijado en mí. Me consiguió la *República*. Pero la magia puede hacer que ocurran cosas antes de que la practiques. Puede hacer que las cosas hayan ocurrido. Quizá si no hubiera hecho magia, ella no habría encargado a Platón. En realidad no sé si le caigo bien, o si es solo la magia que actúa en ella. Si en realidad yo no le caigo bien, ¿cómo es posible que ella me caiga bien a mí? ¿Tiene esto algún sentido?

Y en realidad, lo mismo vale para todos los demás. ¿Se trata realmente de un *karass* si he utilizado la magia? Es como hacer que llegue el autobús: toda esa gente, todos esos días, todas esas vidas cambiadas, solo para que el autobús llegue en el momento que yo quiero. Pero hacer que se parezcan a mí es más que eso. Convertirse en mi *karass*.

No he reflexionado lo suficiente sobre esto. Pensaba en el *karass* de una manera abstracta. No he pensado lo suficiente en la gente, en el hecho de manipularla. Ni siquiera los conocía y era precisamente eso lo que estaba haciendo.

¿Fue así como empezó ella? ¿Mi madre, Liz?

Me gustaría hablar de esto con Glorfindel, o con alguien que pudiese comprenderlo. No sé si lo entendería o no, pero si alguien lo puede hacer es él. No sé por qué las hadas de aquí son tan antipáticas, aunque lo más apropiado sería decir que son indiferentes. Ahora ya se deberían haber acostumbrado a mí. Cuando vaya a casa después de Navidad, iré a buscar a Glorfindel para hablar con él.

¿Utilizar magia es intrínsecamente malo? ¿Lo es si la usas en tu provecho?

Entonces ¿se supone que debo seguir siendo totalmente vulnerable si ella la usa contra mí? ¿O lo malo es la magia de *karass* y en cambio la de protección es buena? ¿O bien es la misma trampa de siempre de la magia?; es decir, que iba a ocurrir de todas formas y soy yo la que cree que lo ha provocado la magia. No, basta fijarse en la sucesión de acontecimientos. Ha sido mi magia de *karass*, y creo incluso que es posible que diera vida a todo el club de lectura (que se lleva reuniendo desde hace meses). Nunca vi ningún indicio de su existencia, aunque he ido con regularidad a la biblioteca. Es posible que toda esa gente ni siquiera existiera. Quizá Harriet —que es la mayor—, quizá sus padres no la habrían tenido, quizá toda su vida, sesenta años o más, existe solo para que pueda aparecer un club de lectura y yo pueda tener un *karass*, para que nos podamos sentar a discutir sobre *La rueda celeste*, que es el libro perfecto para esto, y para que discutamos sobre si se parece a Dick o no.

Mierda, espero que no se parezca a Dick. Si se parece a Dick, no vale la pena hablar sobre él.

No quiero ser como ella.

No voy a usar la magia nunca más, o en cualquier caso, solo la emplearé para protegerme a mí, a otras personas y al mundo. Es mejor ser como George Orr que dejar que ella gane. No sé lo que está haciendo. No he tenido más pesadillas, ni tampoco he recibido más cartas emponzoñadas. Me preocupa que eso pueda significar que está planeando algo mucho peor.

Lo que ella realmente quiere es erigirse en reina de la oscuridad. No sé cómo pretende hacerlo, pero eso es lo que quiere. (Ha leído *El Señor de los Anillos*, y no sé si al leerlo se identificó con todos los malos y tenía la esperanza de que los buenos no se resistieran a las tentaciones, pero sé que lo ha leído porque la primera vez que lo leí utilicé su ejemplar. Al fin y al cabo, el diablo puede citar las Escrituras.) Ella quiere que todo el mundo la ame y desespere. No es una buena meta, pero eso es lo que quiere. No es lo que yo quiero. ¿Qué sentido tendría? Ya es suficientemente malo pensar que yo he hecho que la señorita Carroll me aprecie (deja de colocar los libros en las estanterías y me sonrío cuando se da cuenta de que la estoy mirando).

¿Cómo puede querer alguien un mundo de marionetas?

Teníamos tantas razones para detenerla... Y realmente valía la pena hacerlo, valía la pena morir, valía la pena vivir lisiada. Si lo hubiera conseguido, el caso es que siempre la habríamos querido, todo el mundo la querría. Yo creía que sabía lo importante que era, pero en realidad no lo sabía del todo.

Desde el punto de vista moral no hay manera alguna de defender la magia.

Estaba a punto de decir que me gustaría haberlo sabido antes, pero en realidad lo sabía. Sabía lo que había ocurrido después de tirar el peine a la ciénaga. Había pensado en el autobús. La conocía a ella. Debería haber atado cabos.

Sábado, 8 de diciembre de 1979

Esta mañana Greg no estaba en la biblioteca y solo había tres de los libros que yo había pedido, ninguno de ellos demasiado atractivo. Me he sentido un poco desilusionada. Me he acercado hasta la librería. Caía una lluvia helada desde un cielo muy bajo, el tipo de lluvia que parece que cae en todas direcciones. El paraguas no sirve de nada en estos casos y, de todos modos, no se puede utilizar un paraguas con un bastón en una mano y una bolsa en la otra. Cuando bajaba por la colina hacia la librería y el pequeño estanque, el viento me daba directamente en la cara. Amenazaba con arrancarme el sombrero. No era el tipo de lluvia con el que puedes llegar a disfrutar, sino que solo puedes apretar los dientes y soportarla.

En la librería he visto a la chica de pelo rojizo. Estaba mirando libros infantiles. Me ha visto en cuanto he entrado, porque la puerta se ha cerrado de golpe con el viento y entonces ella ha levantado la mirada. Llevaba colgada del hombro una bolsa de lona enorme y sostenía un montón de bolsas de la compra.

—Hola —ha saludado, dando un paso hacia mí—. Te vi en el club de lectura pero no me quedé con tu nombre.

—Lo mismo digo —he replicado, intentando sonreír, presentar un aspecto amable y no pensar en lo que le podría haber hecho la magia a ella, o al mundo, para que yo le cayese bien. Podía sentir su mirada y me preguntaba qué pensaría de mí. No tenía un aspecto tan raro con el abrigo negro que llevaba en lugar de la chaqueta púrpura. Seguía teniendo el pelo rojizo y muy rebelde, pero ahora solo parecía un poco caótico, y no una explosión en una fábrica de pintura.

—Me llamo Janine —se ha presentado.

—Yo, Mori.

—Un nombre poco frecuente. ¿Abreviatura de?

—Morwenna —he respondido.

Janine se ha reído.

—Parece un trabalenguas. ¿Es galés?

—Sí. Significa «olas que rompen». —En realidad, significa literalmente «mar blanco», pero imagino que eso es lo que debe de significar, porque el mar blanco es la espuma de las olas al romper.

Nos hemos quedado así un momento, amistosamente pero sin nada que decir.

—Estoy haciendo las compras de Navidad —ha roto el silencio—. Solo quedan dos semanas.

—Yo aún no he comprado nada —he contestado, dándome cuenta de repente—. ¿Estás comprando libros para todo el mundo?

—La mayor parte de mi familia no los iba a apreciar —ha respondido—. Pero creo que voy a comprar los libros de Terramar para Diane, después de toda la charla

de la otra noche.

—¿No los tienes? —he preguntado.

—No, los leí prestados de la biblioteca infantil —ha contestado—. Además, he impuesto la norma de que los demás no toquen mis cosas, así que no voy a empezar a prestar libros ahora que he conseguido que esto les entre en la cabeza.

—Le podría comprar un libro a mi padre —he comentado—. Evidentemente, le tengo que comprar algo. Pero es tan difícil saber qué tiene ya...

—¿Qué le gusta? —ha preguntado Janine.

—Oh, la ciencia ficción.

—¿Por eso te empezó a gustar a ti?

—No, hasta hace muy poco no lo conocía, pero yo llevo leyendo desde hace siglos.

—No conocías a tu... —ha empezado, pero se ha detenido y ha apartado la mirada. Se ha cambiado las bolsas de mano y cuando ha vuelto a hablar su tono era falsamente desenfadado—. Ah, ¿quieres decir un divorcio?

—Sí —he contestado, aunque la realidad es que en estos momentos el verdadero divorcio está en trámite. Daniel desapareció sin más, sin preocuparse de las formalidades legales.

—Está bien que le guste la ciencia ficción —ha añadido Janine, diplomáticamente.

—Sí. Nos proporciona algo de lo que podemos hablar. Resulta tan raro conocer a alguien que es tu padre pero que al mismo tiempo es un extraño...

Esta era la primera vez que le decía a nadie algo similar.

—Debías de ser muy pequeña.

—En realidad, un bebé —he reconocido.

—Mis padres se están divorciando —ha confesado, en voz muy baja, sin mirarme a mí sino a las estanterías—. Es terrible. Se están peleando todo el tiempo y ahora papá está viviendo en casa de los abuelos y mamá no deja de llorar a mares.

—Quizá se puedan reconciliar —he comentado, incómoda.

—Eso espero. Papá vendrá a casa el día de Navidad y espero que al estar en familia, viéndonos a todos, en Navidad, se dé cuenta de que la quiere a ella y no a Doreen.

—¿Quién es Doreen?

—Es una chica que había trabajado en el surtidor de gasolina de su taller —ha aclarado Janine—. Es su novia. Solo tiene veintidós años.

—Espero de verdad que decida volver —la he consolado—. Mira, ¿por qué no vamos aquí al lado, nos sentamos y nos tomamos un té? Después podemos volver y comprar libros.

—De acuerdo —ha aceptado Janine.

Nos hemos sentado junto a la ventana, donde me siento habitualmente. Nunca hay nadie los sábados por la mañana, no sé cómo siguen adelante con el negocio. He pedido té y bollos de miel para las dos, y dos bollos de miel para llevar a la escuela, para Deirdre y para mí el domingo.

—¿Cómo te enteraste de lo del club de lectura, Janine? —le he preguntado.

—Pete me lo dijo. Pete es el chico de pelo oscuro, supongo que lo viste. Éramos novios, o algo así, pero rompimos, o algo por el estilo, solo que seguimos siendo amigos —me informa, mientras sirve té y le pone azúcar.

—¿Sales ahora con el otro?

Janine ha soltado un soplido.

—¿Hugh? ¿Estás de broma? Es más bajo que yo y solo tiene quince años. Aún está en cuarto.

—¿Qué edad tienes? —le he preguntado.

—Dieciséis. ¿Y tú?

—Oh, yo también tengo quince, y estoy en lo que en una escuela sensata sería cuarto, pero que en Arlinghurst se llama quinto inferior. —He estado jugueteando con el té para que en su mayor parte llegara a ser solo agua caliente. Así no es tan malo.

—Creía que eras mayor —ha comentado—. Desde luego, has leído una barbaridad para tener quince años.

—Es casi lo único que he hecho —he reconocido—. ¿Te aficionó Pete a la lectura de ciencia ficción?

—Sí, aunque siempre me gustaron estas cosas. Me prestaba libros, bueno, aún lo hace, y me llevó al club. Mi madre dice que la ciencia ficción es infantil y para chicos, pero en eso se equivoca. Intenté que leyese *La mano izquierda de la oscuridad*, pero bueno, no lee mucho y cuando lo hace prefiere un buen romance. Acabo de encontrar uno para ella titulado *The Kissing Gate*. Justo lo que le gusta. —Ha suspirado al pensar en ello.

—¿Cuántos sois? —he preguntado.

—Tengo que comprar regalos para dieciséis personas —ha respondido de inmediato— Tres hermanas, mamá y papá, cuatro abuelos, dos tías, un tío y cuatro primos, uno de ellos un bebé. Le he comprado un osito. ¿Y tú?

He dudado.

—Este año es todo muy distinto. Mi abuelo, mi tía Teg, otra tía, tres primos, mi padre y supongo que sus hermanas... No sé lo que les voy a comprar.

—¿Y tu madre?

—No le voy a comprar nada —he respondido con vehemencia.

—¿En esas estamos? —ha replicado, pero yo no tenía ni idea de lo que se estaba imaginando.

—Oh, y también está Sam —he añadido, acordándome tarde de él—. Solo que

Sam es judío, así que no sé si es adecuado darle un regalo de Navidad.

—¿Quién es Sam? —ha preguntado con la boca llena de bollo de miel.

—El padre de mi padre —he respondido.

—O sea que es tu abuelo —me ha rectificado.

—Algo así —he reconocido.

—Entonces ¿eres judía?

—No; por lo visto para ser judía debes tener una madre judía.

—No creo que los judíos celebren la Navidad. Probablemente lo mejor es que le regales algo realmente bonito el día de su cumpleaños —me ha aconsejado.

He asentido.

—También debería comprarle algo a la señorita Carroll, porque ha sido realmente buena conmigo; me acompañó al club de lectura y consiguió algunos libros especialmente para mí.

—¿Era la que estaba contigo? Estuvo muy callada. ¿Quién es?

—Es la bibliotecaria de la escuela. No vendrá conmigo normalmente; puedo venir en autobús y Greg me llevará de vuelta.

Janine ha estado pensando en ello mientras masticaba.

—Entonces también tendrías que comprar algo para Greg —ha sugerido—. Greg es fácil. Le gusta el chocolate negro. Le puedes comprar un Black Magic o algo por el estilo.

—Supongo que un libro no sería adecuado para un bibliotecario —he comentado.

—Es como llevar leña al monte —ha replicado, y se ha reído—. También le puedes comprar chocolate a la señorita Carroll. Espero que tengas mucho dinero.

—Ahora sí. —Y entonces me he dado cuenta de lo que acababa de decir—. Yo no... Es cierto que voy a Arlinghurst, pero eso no significa que sea rica. Todo lo contrario. Mi padre me está pagando la escuela; bueno, en realidad lo hacen sus hermanas. Son ricas, y a mí me parece que muy estiradas. Mi familia, mi familia de verdad, es de Gales del Sur. Todos son maestros.

—Entonces ¿por qué te envían tus tías a Arlinghurst?

—En realidad no tengo la sensación de que la familia de mi padre sea también mi familia —he respondido—. Me suena realmente extraño cuando las llamo tías, o cuando llamo abuelo a Sam. —He mordido el bollo de miel y he notado cómo la miel me inundaba la boca—. Creo que me pagan esta escuela para perderme de vista. Saben que ahora Daniel es responsable de mí, pero así no me tienen que ver demasiado. Pero quieren que pase con ellos el día de Navidad, lo cual es algo que no acabo de comprender. Sería más lógico que fuera a casa de tita Teg. Pero no quieren que vaya.

—Hasta ahora nunca había pensado en los internados como si fueran vertederos de basura —ha reconocido, lamiéndose la miel que le manchaba los labios.

—Pues es lo que son —he reconocido—. Lo odio. Pero no tengo alternativa.

—Lo puedes dejar el año que viene, cuando cumplas los dieciséis —ha sugerido—. Puedes buscar trabajo.

—Ya lo he pensado. Pero quiero ir a la universidad, y para eso necesito las calificaciones.

Janine se ha encogido de hombros.

—Podrías estudiar unos A Levels^[5] a tiempo parcial. Es lo que está haciendo Wim.

—¿Quién es Wim? —le he preguntado.

—Wim es el impresentable de pelo largo que estaba sentado delante de ti el martes por la noche. Lo expulsaron de la escuela, de nuestra escuela, Fitzalan, y ahora está trabajando en Spitals y terminando sus A Levels en la universidad.

—¿Es un impresentable? —le he preguntado, desilusionada. Es tan guapo que no parece posible.

Ella ha bajado la voz, aunque no había nadie en el local que nos pudiera oír.

—Sí lo es. Vi cómo lo mirabas y estoy de acuerdo en que es agradable a la vista, pero es un impresentable. Lo expulsaron de la escuela por dejar embarazada a una chica, que según dicen tuvo que abortar. Y por eso rompí con Pete, porque sigue siendo amigo de Wim después de eso, y además dice que fue culpa de Ruthie. Ruthie es la chica, Ruthie Brackett.

—¿Cómo es?

—Bastante guapa. No tan lista como Wim, y no le interesa la poesía, ni los libros, ni ese tipo de cosas. No la conozco demasiado. Pero lo que sé es que cuando una chica se queda embarazada no le tienes que echar la culpa a ella.

—Desde luego —he asentido. Me había acabado el bollo de miel sin darme cuenta—. Creo que fue muy ético por tu parte romper con Pete por eso.

—Seguimos siendo amigos —ha añadido inmediatamente—. Pero no podía seguir saliendo con él si eso es lo que piensa.

—¿Qué edad tiene Wim? —le he preguntado.

—Diecisiete. Cumple los dieciocho en marzo. Mantente alejada de él.

—Lo haré. En cualquier caso, tampoco se ha fijado en mí —he añadido.

—Quizá cree que no lo sabes. Ninguna chica que lo sepa va a perder el tiempo con él. Pero de todas formas, la semana pasada te estuvo mirando. No estás tan mal. Si te dejases crecer algo el pelo y te maquillaras un poco... Pero ¡no para Wim!

Estaba a punto de replicar cuando me he acordado de la magia y de que quizá inadvertidamente yo había provocado que ocurriera todo esto para que hubiese un lugar para mí. El bollo de miel me ha caído en el estómago como si fuera de plomo y no era capaz de hablar con naturalidad.

Janine no se ha dado cuenta.

—Vamos, si quieres te ayudaré a buscar algunos regalos —se ha ofrecido.

Hemos vuelto a la librería y después hemos subido la cuesta hasta una tienda donde he comprado unos bonitos pañuelos de seda india de diferentes colores para Anthea, Dorothy y Frederica, y una bata con un dragón para tita Teg, y un pequeño pisapapeles de bronce con un elefante para el abuelo. Después hemos ido a las British Home Stores y Janine me ha ayudado a comprar un sujetador, pues está muy informada sobre el tema. No soporto los que tienen blonda y lacitos, pero hemos encontrado unos sujetadores deportivos con copas sencillas y sin adornos. Los deportes tienen cosas buenas. No me ha preguntado nada sobre el bastón, ni una palabra, como si fuera lo más normal. No sé si es tacto, magia u olvido.

He tenido que correr para coger el autobús. Gill ya había subido, pero estaba sentada en la parte de atrás y no se ha acercado ni me ha dirigido la palabra.

Dejando aparte lo que haya hecho la magia, que ya es demasiado tarde para cambiar pero que no me importa, me gusta Janine. Ha sido como ir de compras con mis amigas en casa, solo que mejor, porque ella ha leído muchas de las cosas que también he leído yo. Ella quería impresionar a un dragón. Me ha dicho que me vería en el club de lectura, y que si yo quería podíamos quedar el sábado que viene para terminar juntas nuestras compras de Navidad. Es tan agradable pasar la tarde con alguien que, para variar, no es un imbécil... Cuando regresaba al dormitorio para guardar las cosas en la taquilla, he oído un coro de *Dreary, Dreary, Drip, Drip...*, seguido de la pobre Deirdre que salía a la carrera tapándose la cara con las manos.

Por supuesto he ido tras ella, pero no he podido evitar compararla con Janine.

Lo de Wim es una pena.

Domingo, 9 de diciembre de 1979

Que si la Iglesia, que si la religión, que si Jesús, Asían... pero no creo que sea así. En cierto sentido es verdad, pero es algo que tiene varias capas, no es en un sentido literal. No es algo que vaya a ayudar. En caso contrario, podría haber ido a hablar de ella con el vicario para decirle: «Reverendo Price, ¡haga algo con mi madre!». Y él habría contestado: «Eh, ¿qué? ¿Qué ocurre? Maureen, ¿verdad? ¿O eres la otra? ¿Cómo está tu abuela?». Habría cogido su báculo... Bueno, no tiene báculo, porque no es obispo. Quizá habría cogido el bastón del sacristán y habría salido para expulsar de ella los demonios. Resulta difícil de imaginar.

He pensado cosas aún peores sobre la magia. ¿Y si todo lo que yo hago, todo lo que yo digo, todo lo que yo escribo, absolutamente todo lo que tiene que ver conmigo (y también con Mor) viene dictado por la magia que alguien va a practicar en el futuro? El desastre absoluto sería que ese alguien fuese mi madre, pero no creo que sea posible, porque todo lo que hemos hecho ha sido para detenerla. Pero ¿y si se trata de alguien en el futuro, porque ella ha ganado y ahora es la reina Oscura Luz, y ese alguien practica magia para obligarnos a oponernos a ella y así mejorar el mundo? Bueno, supongo que no me importaría demasiado, aunque me gusta tan poco la idea de ser la marioneta de nadie como la de convertir a los demás en mis marionetas.

He escrito al abuelo y a tita Teg para explicarles que no puedo ir para Navidad, pero que llegaré el día después de San Esteban, que es el primer día en que vuelven a circular los trenes. También le he escrito a Daniel, en su mayor parte para hablarle sobre el club de lectura y lo que todo el mundo dijo.

Lunes, 10 de diciembre de 1979

Exámenes. Química esta mañana e inglés esta tarde. Menos tiempo del habitual para la biblioteca; esto lo estoy escribiendo durante la hora de los deberes. Casi había olvidado los exámenes, o mejor dicho, los tenía presentes y los he preparado, pero parecían muy lejanos. No importa. Puedo utilizar fórmulas químicas y hablar sobre Dickens incluso dormida.

Martes, 11 de diciembre de 1979

Exámenes. Mates y francés.

Miércoles, 12 de diciembre de 1979

Ayer por la tarde, después de cenar, salí para ir al club de lectura, mostré mi permiso y cogí el autobús para el pueblo. Resultó extraño ir sola a algún lugar cuando ya era de noche. Solo había dos personas en el autobús, una mujer gorda con un abrigo verde y un anciano con una gorra de paño. Normalmente, cuando subo, el autobús está lleno de chicas de Arlinghurst. Tuve la sensación de que, con mi uniforme y mi gorro idiota, llamaba mucho la atención. Iba un poco más tarde que la semana anterior, pero llegué antes de empezar. Janine también llegó pronto. Entró casi detrás de mí y nos sentamos juntas. Los chicos, Pete y Hugh, se unieron a nosotras.

Acudieron las mismas personas que la última vez, excepto Wim. Pensé que llegaría tarde, pero no apareció.

Brian dirigió la reunión. Quería hablar sobre la increíble amplitud de registros que tiene Silverberg...; bueno, es verdad que la tiene. Pero hay que ser sinceros y reconocer que buena parte es una chapuza. Ciertamente que es divertido, sí, pero no se puede poner *Stepsons of Terra* al lado de *Muerto por dentro* y tomárselo en serio. Hugh no había leído nada de Silverberg, y para la reunión leyó *Por el tiempo* y *Voyage to Alpha Centauri*.

—Por mí, podéis continuar diciendo «deberías leer esto, deberías leer aquello», pero lo único que he podido leer es lo que había en las estanterías —comentó—. Y por el muestreo al azar de los estantes, tengo la impresión de que no vale la pena leer nada más.

Me gusta *Por el tiempo*. Pero eso es porque tengo una debilidad por los viajes en el tiempo. Uno de los primeros libros de ciencia ficción que leí fue *Guardianes del Tiempo*, de Poul Anderson, que trata sobre los viajes en el tiempo. (Habría que decir algo a favor del orden alfabético.) Pero aun así, comprendía lo que quería decir. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que Silverberg era irregular y en que la gente hablaba solo de sus mejores libros, y entonces Keith mencionó *El mundo interior*, y hablamos durante mucho rato sobre la superpoblación en este libro, y en *Todo sobre Zanzíbar* y ¡*Hagan sitio!* ¡*Hagan sitio!*, y sobre si este era un problema real o no, y sobre si la visión de Brunner es terrible, y sobre si la gente puede aceptar que la visión de Silverberg es más plausible. ¡Fue épico! Brian no consiguió que volviéramos al tema, como sí lo había logrado Harriet la semana anterior, y lo divertido fue que Harriet fue de las peores saliéndose del tema y cortando por la tangente.

Intenté no hablar demasiado, pero creo que de todas formas no lo conseguí.

—¿Nos reunimos la semana que viene? —preguntó Greg—. ¿O lo dejamos hasta después de Navidades?

—Sería mejor hacer una reunión, pero ¿qué tal un tema navideño? —sugirió Harriet.

—¿Ciencia ficción de temática navideña, eso quieres decir? —preguntó Greg—. ¿Qué hay?

—Está *Los seis signos de la luz* —contestó Hugh—. Es fantasía y es un libro infantil, pero se centra en la Navidad.

—De acuerdo. ¿Quieres dirigir tú el debate? —preguntó Greg.

Todo el mundo miró a Hugh y en ese momento me di cuenta de algo: lo toman totalmente en serio, aunque solo tenga quince años. No solo dejan que asista a las reuniones, sino que creen que puede dirigir una. Lo mismo pasa conmigo: no me miran como a un oso sorprendente que bailara, sino que escuchan lo que digo.

—No estoy seguro de que haya suficiente material de discusión para toda una reunión —matizó Hugh—. Pero en la serie hay otros libros.

—Si nos quedamos sin nada que comentar, siempre podemos levantar la sesión y trasladarla al pub —sugirió Harriet.

—Es una buena idea. No hemos hablado sobre fantasía infantil desde la sesión sobre los libros de Narnia —reconoció Greg.

—Me imagino que aparece Papá Noel —comenté, y todo el mundo gruñó.

—Eso es lo peor —añadió Keith.

—Tolkien lo odiaba —intervino alguien, un hombre bajo y moreno—. Decía que internamente no era consistente. Papá Noel, Baco y los internados, todo mezclado como si fuera un pudín de Navidad con pasas; solo falta que te rompas los dientes con una moneda de seis peniques.

Me uní a la carcajada general y llegó el momento de irse.

Pensé que me sentiría incómoda al quedarme a solas con Greg, pero no fue así. Hablamos de *Muero por dentro*, que no habíamos analizado demasiado bien durante la reunión. Greg comentó que le parecía impresionante ver el modo como Silverberg había cogido una idea que la gente siempre vio como una bendición para convertirla en una maldición.

Viernes, 14 de diciembre de 1979

Exámenes, y también el miércoles y ayer. Hasta hoy no he podido acabar de escribir lo del martes por la noche.

Sábado, 15 de diciembre de 1979

Hoy me he encontrado con Janine, tal como habíamos quedado. También estaba Hugh. Al principio, parecía un poco tímido. Sin la chaqueta púrpura tenía un aspecto mucho más humano. Me gustaría poder llevar mi propia ropa los sábados. Bueno, en realidad, siempre. Llevar uniforme siete días a la semana es como estar en la cárcel.

—Espero que no te importe que os acompañe —ha dicho Hugh, y ha sonado como si fuera un personaje de libro y también como si lo hubiera estado ensayando.

Janine y Hugh —y también Pete, Greg y todos los que asisten al club de lectura, excepto Harriet— tienen el acento de aquí. El acento de Shropshire no es muy bonito, pero sí mucho mejor que el esnobismo heredado que oigo continuamente en la escuela.

—En absoluto —lo he tranquilizado—. Aunque solo vamos de compras.

En la biblioteca me esperaban seis libros, todos de tapa dura, pesados, lo que suponía un inconveniente para ir de compras. No los podía dejar hasta más tarde porque la biblioteca cerraba a mediodía. Los he metido en la mochila con un suspiro y Hugh se ha ofrecido a llevarlos.

—No. —Lo he dicho sin añadir ninguna excusa educada y aferrando la bolsa con toda la fuerza que podía—. Siempre llevo esta mochila. Es mía. No me siento cómoda sin ella —he explicado.

Janine me ha mirado de reojo.

—¿Qué tal si Hugh te lleva los libros en una bolsa de la compra? —ha preguntado.

—Eso estaría bien —he respondido—. Quiero decir que sería muy amable por tu parte, Hugh.

Hugh se ha ruborizado. Es pelirrojo con pecas, de manera que se le nota enseguida cuando se sonroja. Janine y yo hemos fingido que no nos dábamos cuenta. He puesto los libros de la biblioteca en una bolsa que me ha dado Janine y Hugh los ha llevado como si fueran una pluma en lugar de pesar media tonelada. Hemos bajado por la cuesta hasta la librería de manera casi automática, tal como si ese fuera el camino que querían seguir nuestros pies. Se lo he comentado.

—Bibliotropía —ha dicho Hugh—. De la misma forma que los girasoles son heliotrópicos y se vuelven naturalmente hacia el sol, nosotros nos volvemos naturalmente hacia la librería.

En la librería he comprado *La paja en el Ojo de Dios* para Daniel. No sé si lo tiene o no, pero en cualquier caso, quiero leerlo. He estado a punto de adquirir *Los seis signos de la luz* para leerlo antes del martes, pero Janine se ha ofrecido a prestarme su ejemplar. Hemos ido a comprar bollos, pero esta vez no hemos hablado de nada personal, probablemente porque estaba Hugh. Hemos hablado acerca de la

lectura de libros infantiles cuando no eres ya un niño, y de lo que Lewis y Tolkien habían dicho sobre esto, y el apuro que sintió Hugh al mencionar uno en el club de lectura y su sorpresa cuando Greg consideró que era una buena idea.

—¿Esta es la primera vez que vas a dirigir una reunión? —he preguntado.

—Sí. Pero Pete ya lo ha hecho dos veces; Janine, una, y Wim, muchas.

—¿Cuál fue tu tema? —le he preguntado a Janine.

—Los libros de Pern. ¿Sabes que muy pronto va a salir el tercero? Se titula *El dragón blanco*. Estoy impaciente.

—¿Te gustan? —le he preguntado a Hugh.

Parecía incómodo.

—Más o menos —ha respondido—. Había cosas que me incomodaban, en especial en *La búsqueda del dragón*. Me gusta el mundo que crea y los dragones.

—Quizá haya libros que llaman más la atención de las chicas —he sugerido.

—No; a Pete le gustan —ha intervenido Janine, y ha removido el té, aunque no era preciso que lo hiciera.

—Deberíais volver a ir juntos —le ha aconsejado Hugh—. Es una tontería que hayáis roto por algo que no sabemos si Wim hizo o no.

—Lo hizo —ha replicado Janine.

—No tenemos pruebas suficientes —la ha corregido Hugh—. Wim se niega a hablar del tema, así que solo tenemos la versión de Ruthie. Y, de hecho, tampoco directamente de Ruthie, sino que tenemos una versión reconstruida a partir de lo que supuestamente Ruthie le contó a Andrea. Eso son rumores. Pete y tú...

Janine parecía muy molesta, así que lo he interrumpido.

—¿Qué libros trató Pete? Quiero decir cuando dirigió el grupo.

—Los libros de Flandry y Larry Niven —ha respondido Janine.

—Y Wim, los de Dick y Delany —ha añadido Hugh.

¡Delany! Ya han hablado de Delany sin mí. Y, por supuesto, tenía que ser Wim.

—Creo que es mejor cuando tenemos un libro o una serie de libros. Así los puedes leer antes de la reunión y no te ocurre lo que a Hugh la última vez —ha comentado Janine.

Hugh ha movido la cabeza.

—Estoy de acuerdo en que es más fácil y se centra mejor el debate, pero hay algo muy agradable en analizar a un autor en toda su extensión. Aunque, por supuesto, funciona mejor para unos que para otros.

He comprado un conjunto de jabón, champú y una manopla suave para Deirdre en Boots, todo de un color amarillo pálido a juego, atado con un lazo. No sé si ella ha comprado algo para mí, pero ha pasado un mal trago con los exámenes y esto le ayudará. He buscado Black Magic en Woolworths y al final he decidido comprarles a Greg y a la señorita Carroll unas cajas de Continentals en Thorntons. Son mucho más

bonitas. También he comprado una bolsa de caramelos para Sam, por si voy a verlo. Si no, no se la enviaré, se la daré al abuelo con el elefante.

Después hemos ido a casa de Janine. Es una casa pequeña y normal, el tipo de casa que esperas de alguien cuyos padres son propietarios de un taller: moderna, con el exterior estucado y césped delante, con un arbolito en el centro. Lo único poco habitual del exterior era el hada que se apoyaba en el árbol. Si no hubiese tenido alas, me habría parecido un perro. Me ha mirado con insolencia y ha desaparecido. No me ha parecido que los otros la vieran.

Dentro, la sala de estar parecía muy abarrotada, y daba la sensación de que sus hermanas la ocupaban por completo, aunque solo son tres. Estaban jugando con sus Barbies y habían invadido todo el sofá y las dos sillas. El aparador y la repisa de la chimenea estaban cubiertos de adornos. Su madre se encontraba en la cocina, también muy llena de cosas y desordenada.

—Me voy con Mori y con Hugh a mi habitación, ¿de acuerdo? —ha comentado Janine.

—De acuerdo —ha aceptado su madre, casi sin levantar la mirada de la plancha.

Tiene el pelo rojizo y lacio, muy diferente de la rebelde melena de Janine. Sus hermanas también tienen el pelo rojizo.

Hemos subido al piso de arriba. En la puerta, Janine ha puesto una señal que dice: «Privado. Prohibida la entrada. ¡Va por ti!». Ha abierto la puerta para que pasáramos, mientras nos decía que en realidad no se aplicaba a nosotros. Su habitación contrasta totalmente con el resto de la casa. Todas las habitaciones están empapeladas con dibujos recargados, pero la suya está pintada de color verde pálido. No hay adornos ni juguetes por ninguna parte, solo una cama con un perro de juguete ajado y al que le falta un ojo, y una estantería llena de libros en estricto orden alfabético. Hay una silla, una silla de madera con el respaldo recto, pintada de un verde más oscuro que el de las paredes y del mismo color que el rodapié. La ventana tiene una persiana del mismo color. Veo una enorme máquina de escribir negra de oficina encima de una mesita de noche, que la sostiene de manera precaria.

—Todo esto, ¿lo has hecho tú sola? —le he preguntado.

—Por supuesto —ha respondido Janine, sentándose en la cama. Hugh se ha sentado en la silla y, al cabo de un momento, yo me he sentado junto a Janine en la cama—. En realidad, papá me ayudó con la pintura. Pero yo lo diseñé. Quería algo diferente.

—Me gustaría tener una habitación como esta —he comentado. Es verdad que me gustaría, aunque quizá no pintada de verde. Pero lo que realmente me agradaría es un estudio panelado como el de Daniel.

—Resulta agradable cerrar la puerta y dejar fuera a todo el mundo —ha explicado Janine.

—Debe de serlo —he reconocido.

—¿Duermes en un dormitorio compartido? —ha preguntado.

—Sí, pero no celebramos fiestas a medianoche ni hacemos ninguna de las cosas divertidas que aparecen en los libros —he respondido.

—Yo comparto habitación con mi hermano —ha intervenido Hugh.

—¿Os gustan las mismas cosas?

—Él está loco por el Manchester United. Así que su mitad de la habitación solo es fútbol, y la mía, solo libros.

Parecía incómodo al decirlo.

Janine se ha puesto en pie de un salto y ha cogido *Los seis signos de la luz* para mí. Hugh y ella han empezado a discutir sobre si debía leer toda la serie o si me desanimaría empezar por el primero, porque es muy infantil. Hugh opinaba que no me daría tiempo a leer cinco libros antes del martes por la tarde.

—Sí tendré tiempo —les he explicado—. No tengo mucho que hacer aparte de las clases y leer. En Arlinghurst se da mucha importancia a los deportes, y yo no puedo participar en ellos, así que me paso todo el tiempo leyendo en la biblioteca. Normalmente, tengo un montón de horas libres al día. Esta semana no las he tenido por los exámenes, pero ahora ya se han terminado, así que vuelvo a la normalidad.

—Pues es poco acertado por parte de tu familia enviarte a Arlinghurst en estas circunstancias —ha comentado Hugh.

—Sí, muy poco acertado —he reconocido.

—Por cierto, ¿qué te pasa en la pierna? —ha preguntado.

Normalmente odio esta pregunta, pero la forma como la ha planteado —solo porque había salido en la conversación, y mostrándose ligeramente interesado, de la misma forma que Janine quería saber si dormía en un dormitorio compartido— no me ha molestado.

—Fue en un accidente de coche —he respondido—. Me destrocé la cadera y la pelvis. Ahora no las tengo tan mal. No me duelen continuamente.

—¿Te va mejorando? —ha preguntado Hugh.

Debería haber dicho que no, que no mejoraba, o que esperaba que mejoraría, pero las lágrimas me quemaban en los ojos sin ninguna razón aparente y he tenido que esconder la cara en un pañuelo de papel. Janine se ha inquietado y ha cambiado de tema, pero entonces ha llegado la hora de irme.

Hugh me ha acompañado a la parada del autobús, cargado con los libros de la biblioteca. Yo llevaba mis compras y también los libros de Susan Cooper que me había prestado Janine.

—Sobre Wim... —ha empezado, cuando dábamos la vuelta a la esquina de KwikSave.

Lo he mirado expectante. Me dolía la pierna; la cama de Janine era demasiado

baja para que estuviera cómoda sentada, y al levantarme la había forzado.

—No sabemos lo que ocurrió. Wim nunca ha hablado del tema. Se ha negado en redondo a hablar. Pero la gente lo ha condenado y... este es un pueblo pequeño. La reputación es algo delicado. Es como si le dieras un mal nombre a un perro y lo acabaras ahorcando. No sé si sabes que abandonó la escuela.

—Lo sé. Está estudiando sus A Levels a tiempo parcial. Me lo contó Janine.

—Janine... Janine cree que lo feminista es creer siempre a la mujer. Pero yo creo que en realidad es tratar a todo el mundo por igual siempre que puedas. No sé lo que ocurrió. Pero sé que no lo sé. Sé que la vida de Wim es mucho más difícil por eso.

Tenía un aspecto terriblemente serio. Es más bajo que yo, un poco más gordo y con la cara llena de pecas, así que es fácil verlo como un niño pequeño o como un payaso, pero no lo es en absoluto.

—¿Por qué te preocupa? —he preguntado.

Casi habíamos llegado a la parada del autobús, pero el autobús aún no estaba allí. Había una melé de chicas de Arlinghurst esperándolo. Hugh se ha sentado en un murete y yo me he dejado caer a su lado.

—Wim me salvó la vida —ha explicado en voz baja—. Bueno, la cordura. Logró dispersar a un grupo de chicos que me estaban pegando y después, en lugar de seguir su camino, se quedó a hablar conmigo. Me prestó *Ciudadano de la galaxia*. Yo tenía doce años y él quince, pero me trató como a un ser humano y no como un trapo lleno de mocos. A mi modo de ver, creo que se merece el beneficio de la duda.

—¿Sea lo que sea lo que le hiciera a Ruthie?

—No; sea lo que sea lo que hizo, no, sino hasta que sepamos lo que hizo. —Hugh se ha encogido de hombros y se ha vuelto a ruborizar—. Yo creo que lo más probable es que lo hicieran de mutuo acuerdo. No tomaron precauciones y Ruthie se asustó, fue presa del pánico. Eso no es algo que merezca condenar a nadie a los círculos exteriores del Infierno.

No sabía qué decir. A mi padre lo obligaron a casarse con mi madre porque la dejó embarazada y mira cómo ha acabado todo. Afortunadamente, el autobús ha aparecido por la esquina y me ha salvado de decir nada. He cogido mi bolsa de manos de Hugh y me he puesto en la cola.

—Nos vemos el martes —me he despedido cuando subía al vehículo.

Gill estaba delante de mí. Se ha girado y me ha lanzado una mirada de un desdén absoluto.

Domingo, 16 de diciembre de 1979

Mientras no piense en ellos como en marionetas, me lo puedo pasar muy bien con ellos. Ayer no pensé en eso en ningún momento. No me pasó por la mente nada que tenga que ver con lo que he hecho, con la magia, y pude actuar como si los dos fueran un parte perfectamente natural de mi *karass*.

Pero hoy, al recordarlo, por supuesto no puedo dejar de pensar en ello.

Cuando éramos pequeñas, tita Lillian nos compró una vez una muñeca que podía hablar de verdad. Se llamaba Rosebud y era la típica muñeca que se supone que quieren las niñas pequeñas. Se le cerraban los ojos cuando la tendías y se le abrían cuando la enderezabas. Tenía una cara blanda y bonita sin ninguna personalidad y un vestido blanco con un estampado de capullos de rosa. Llevaba unos zapatos rosas que se le podían poner y quitar, y tenía un pelo dorado que se podía peinar. También tenía un cordón en el pecho y, cuando tirabas de él, hablaba. Podía decir dos frases: «Hola, me llamo Rosebud» y «¡Juguemos a la escuela!». Si tirabas del cordón lentamente, lo decía con una voz más profunda, y si tirabas muy rápido, chillaba.

El problema que tenían Rosebud y su voz de verdad era que con las demás muñecas podías hacer ver que hablaban, y eso era mejor. Las muñecas de nuestra colección (que en su mayor parte tenían alguna tara, como un brazo o una pierna rotos, o eran animales más que humanoides) vivían aventuras épicas, en las que sobrevivían a una guerra nuclear o rescataban a dragones de manos de princesas malvadas. La maltrecha y vieja Pippa, con un único brazo y con la cabeza medio calva (Mor le cortó el pelo una vez que se disfrazó de soldado), podía defender su juramento de desafiar al malvado señor Supremo Perro (un perro de juguete con unos bigotes que se podían rizar, así que con frecuencia le tocaba el papel de chico malo) para vengarse de él, mientras que Rosebud no podía competir con ella, pues lo único que era capaz de decir era «Juguemos a la escuela».

No quiero un *karass* como Rosebud.

Quiero decir que tampoco quiero un *karass* como Pippa, el señor Perro, Jr. y todas las demás muñecas, así que la analogía no es demasiado buena. (No echo de menos mis juguetes, pues de todas formas no jugaría con ellos. Tengo quince años. Echo de menos mi infancia.) Jr. era un chico de plástico que tenía una motocicleta, uno de nuestros pocos juguetes masculinos con forma humana. Le debía el nombre a «Lot», el relato de Ward Moore. Pensé que era atrevido y americano tener un nombre extraño y sin vocales. Lo pronunciábamos «Jirr». Me quedé mortificada durante varios minutos cuando descubrí lo que el vocablo significaba en realidad.

Cuando Hugh mencionó que Wim había dirigido una sesión sobre Delany, mi primera idea, mi primer pensamiento, aunque ayer no lo apunté porque me avergonzaba de ello, fue que podía hacer magia para que eso no hubiera ocurrido

todavía. Podía hacer algún tipo de magia para que lo hiciese cuando yo pudiera estar. No hice magia, ni tenía intención de hacerla, pero lo pensé. Si la hiciera, los convertiría en Rosebud. También me arriesgaría a que me ocurriera lo que le sucedió a George Orr, porque hasta ahora existe la posibilidad de que sea yo quien ha hecho que ocurra todo, pero también es posible que no. No lo puedo ver de otro modo. Puede que todo haya estado allí siempre. Si yo no hubiera existido jamás, o si hubiese muerto con Mor, puede que hubieran celebrado igualmente la sesión sobre Delany. Quizá todo lo que hizo la magia fue que yo viera que el grupo estaba allí y los encontrara. No sé cómo decirlo. Nunca lo sabré. Magia negable. Si yo provoqué su existencia, realmente los habría tratado como a Rosebud, para que digan lo mismo cada vez que tiro del cordón. ¿Y si fuera capaz de eso? Creo que en realidad no soy capaz de tanto. Estaría haciendo eso de lo que habló Glory, cuando demasiada gente genera demasiado peso y no puedes cambiar lo que ha ocurrido.

Pero incluso pensar en ello...

No quiero ser mala, de verdad que no. Lo peor que ella me podría hacer es convertirme en alguien como ella. Por eso hui. Por eso el Hogar para Niños era mejor que aquello, por eso esto es mejor.

En consecuencia, juro solemnemente que renuncio a usar la magia en beneficio propio o para cualquier otro propósito que no sea protegerme de cualquier daño.

Morwenna Rachel Phelps Markova, 16 de diciembre de 1979.

Lunes, 17 de diciembre de 1979

No me había dado cuenta de que, pasados los exámenes, esta semana estaría totalmente dedicada a la diversión.

En clase de inglés, he jugado al Scrabble con Deirdre. Le he ganado por 600 puntos, pero no ha sido divertido. Es un buen juego con alguien que sabe deletrear y tiene vocabulario. Puse «torque», que es un collar celta, y ha sugerido con timidez que tendría que haber escrito «tanque». Después hemos jugado a Serpientes y Escaleras, y me ha ganado.

Aparte de eso, me he pasado casi todo el día leyendo, por lo general en medio de un caos total.

Estoy con *El rey gris*.

Hay algo en *Los seis signos de la luz*, en la escena de Navidad, que es desde luego lo mejor de todo, cuando Will hace magia en la iglesia y el vicario pregunta sobre las cruces mágicas y le responden que están ante Cristo, y él replica «Pero no ante Dios». La magia está por lo general bastante bien descrita, pero es convencional, con la batalla entre la Luz y las Tinieblas que aprendes en los grimorios y después puedes volar o viajar en el tiempo o hacer cualquier otra cosa que desees. Nada que ver con la magia de verdad; es mucho menos confusa. En los libros infantiles en los que hay magia, todo es siempre blanco o negro, aunque por supuesto no es eso lo que ocurre con Tolkien. Pero ese «no ante Dios» me ha dado que pensar.

Martes, 18 de diciembre de 1979

Resultados de los exámenes. Primer trimestre de 1979

Química: 96 % — 2^a
Literatura inglesa: 94 % — 1^a
Lengua inglesa: 92 % — 1^a
Historia: 91 % — 1^a
Física: 89 % — 1^a
Educación religiosa: 89 % — 1^a
Latín: 82 % — 1^a
Francés: 79 % — 2^a
Matemáticas: 54 % — 19^a
Gimnasia: exenta
Deportes: exenta
Danza: exenta

Media: 85 % — 3^a

No tengo una mente matemática, nunca la he tenido. Pero al menos he conseguido un aprobado. Temía que me pusieran un cero en gimnasia, deportes y danza, y que después los sumaran a la media. Gill me ha ganado en química. Bien. Y Claudine me ha superado en francés, lo cual no resulta sorprendente, puesto que su madre es francesa. Tiene un acento que no lo logrará jamás ninguna de nosotras. Deberían dejar que Claudine impartiera la clase. Las matemáticas me han salido más caras de lo que esperaba; por eso Claudine y Karen me superan en la calificación media. Pero por lo demás, está bastante bien.

Me gustaría poder enseñarle las notas a la abuela. El abuelo se sentirá satisfecho, espero que todo el mundo esté satisfecho, pero no es lo mismo.

Esta mañana he recibido una carta de tita Teg. Está muy sorprendida de que no pueda ir el día de Navidad. Como ya he dicho, no es culpa mía. Me gustaría ir.

Deirdre ha salido corriendo cuando ha visto sus notas. Supongo que son terribles. Shagger ha quedado cuarta. Se ha dignado decirme «Bien hecho», que es lo primero que me dice desde hace siglos.

Miércoles, 19 de diciembre de 1979

Una reunión bastante buena, la de ayer noche. Estaba todo el mundo. Hugh llevó muy bien la reunión, consiguiendo con delicadeza que todos volviéramos al tema cuando nos íbamos por las ramas. Tuvimos una interesante charla sobre la naturaleza estacional de los libros y sobre sus localizaciones específicas. Greg ha estado en Gales del Norte y ha pasado por Cadfan's Way, y dice que Craig yr Aderyn es exactamente igual que como está descrito. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que el final de *El árbol de plata* es una salida por la tangente, y en que no nos habría gustado nada que algo así nos hubiera ocurrido a nosotros. Resulta curioso que cuanto más joven era la persona, más vehemente se mostraba sobre lo poco que le gustaba. Harriet casi creía que lo mejor era que a los niños les borrasen la memoria, pero Hugh y yo habríamos preferido la muerte antes que esto; todo el mundo se situaba en el lugar que le correspondía en el abanico según su edad. Hugh es simpático. Y me gusta la sensación de estar plenamente de acuerdo con él. Harriet, que realmente podría ser Harriet Vane de mayor, y a quien sigo viendo así, reconoció: «creo que podría ser más misericordioso», y se acercó a nuestro punto de vista al «comprender la pérdida que representaría».

Terminamos temprano y fuimos al pub.

—Te pediré un zumo de naranja —me dijo Greg.

No le dije que odio el zumo de naranja Britvic.

—Muchas gracias —respondí a su ofrecimiento.

¿Quién ha dicho que no tengo dotes sociales?

El pub se llama White Hart, lo cual suena muy narniano. Estuvimos hablando un poco de Narnia, haciendo una comparación, así que no me lo saqué de la manga. Estuvimos comparando los finales. Resulta extraño cómo dos sagas fantásticas para niños pueden tener finales tan problemáticos. No es un problema inherente al género, porque ahí está *La costa más lejana*. Quizá sea un problema de los libros para niños de nuestro mundo, o de los escritores británicos, pero tampoco es eso, pues ahí está Garner, que no escribe exactamente sagas, pero que no tiene problema con los finales. Eso me recuerda que no fui a por *Red Shift*.

El White Hart es un pub antiguo con vigas de madera y arneses de caballo colgados de cinturones de cuero, y una gran barra de roble con tiradores para las diferentes cervezas. Apesta a humo, como todos los pubs, y por eso el yeso blanco de entre las vigas se ha vuelto de color amarillo. Me sirvieron un zumo de naranja y le di a Greg sus bombones. Los abrió allí mismo y los repartió entre todos. Yo cogí una trufa vienesa, lo que me pareció un poco mezquino, porque era mi regalo. Pero aun así, estaba deliciosa.

Me encontré sentada al lado de Wim. De verdad que no hice nada para que fuera

así. De cerca sigue siendo sorprendentemente guapo. No solo es su pelo largo y rubio o sus ojos de ese azul intenso; es el modo como actúa. Me gusta mucho Hugh, pero Hugh es como el tronco sólido de un árbol, mientras que Wim es una rama nueva en flor moviéndose con la brisa, o una mariposa rara que se posa a tu lado y tú contienes la respiración mientras la contemplas, no sea que salga volando. Con Wim, contienes la respiración de la misma manera.

—Entonces ¿Susan Cooper te gusta tanto como Ursula Le Guin? —me preguntó.

—No había leído nada suyo hasta esta semana —respondí—. Janine me prestó sus ejemplares y se los acabo de devolver.

—¿Has leído los cinco libros en esta semana? —preguntó, ladeando un poco la cabeza para que el cabello no le tapara los ojos—. Debes de tener mucho tiempo libre...

—Así es —reconocí en un tono de voz muy frío.

—Lo siento —se disculpó—. Odio a esos que creen que la gente solo lee porque no tiene nada mejor que hacer, y ahora lo estoy haciendo yo.

Eso me gustó.

—¿Qué podría haber mejor? —pregunté.

Él se rio. Tiene una risa bonita, muy natural. Cuando me miró, me pude imaginar a mí misma haciendo todas esas cosas idiotas que hacen las chicas cuando se enamoran de alguien, guardando los restos de un lápiz y una tirita, como Harriet Smith en *Emma*, o besando una fotografía antes de irme a la cama, como Shagger y Harrison Ford.

—¿Y qué opináis de las películas? —sugirió Wim, y al instante todo el grupo se sumergió en una discusión apasionada sobre *La guerra de las galaxias*.

Todo el mundo, o bien la ama, o bien la odia. No hay término medio. Mi sensación general de que ver robots y naves espaciales es divertido, pero resulta algo infantil comparado con la ciencia ficción de verdad no parecía una postura defendible.

Un poco más tarde, cuando todo el mundo dejó de condenarla a la hoguera o de defenderla con pasión, me volví de nuevo hacia Wim.

—He oído que dirigiste una reunión sobre Delany.

—¿Te gusta Delany? —preguntó—. Tienes unos gustos muy amplios.

—Me encanta Delany —respondí, complacida porque no había dicho que tenía unos gustos muy amplios para mi edad, como hace mucha gente—. Pero hay algo que no tengo demasiado claro sobre el final de *Tritón* y...

—¿Crees que *Tritón* tenía la intención de ser una respuesta a *Los desposeídos*? —me preguntó, interrumpiéndome.

Yo no había pensado en eso, pero lo hice en aquel momento y no me pareció descabellado.

—¿Porque *Los desposeídos* es una utopía ambigua y *Tritón* es una heterotopía ambigua? —pregunté.

—Me pregunto si miró hacia Anarres y se dijo: «¿Por qué tiene que ser tan pobre? ¿Por qué tiene que pasar hambre? ¿Por qué está tan reprimida su sexualidad? ¿Qué otros tipos de anarquía puede haber?».

—Qué idea más fascinante —reconocí—. Y qué brillante por su parte mostrar esa elección tan compleja a través de los ojos de alguien que no es feliz con ella.

—Siempre habrá gente que se comporte así, incluso en el paraíso —recalcó Wim—. Bron siempre está buscando algo que no puede alcanzar, y es así por definición.

—¿Por qué Bron...? —empecé.

—Hora de irnos, Mori —me avisó Greg.

—Nos vemos después de Navidades —se despidió Wim, mientras yo me incorporaba con cuidado.

Al otro lado de la mesa, Keith y Hussein seguían discutiendo sobre la princesa Leia.

Jueves, 20 de diciembre de 1979

No me lo puedo creer: mañana me voy de aquí. De repente parece tan cerca... Esta mañana hemos vaciado las taquillas. No me lo esperaba. Además de mi mochila, la cartera y la caja anónima con la que llegué, tengo seis bolsas con libros y dos con regalos de Navidad. He tenido que bajar a la lavandería por primera vez desde que estoy aquí. La escuela emplea a alguien a tiempo completo para que lave y planche nuestros uniformes. Normalmente los entregan en los dormitorios, los colocan al pie de las camas, y hasta ahora casi no había pensado en ello. Pero hoy Deirdre no tenía todas sus camisas y nos lo tenemos que llevar todo a casa. Quería que la acompañara, así que nos hemos adentrado en las entrañas del edificio hasta una sala con seis lavadoras y cuatro secadoras ensordecedoras, donde una chica solo uno o dos años mayor que nosotras sacaba la ropa de una máquina y la metía en otra. Yo, si fuera ella, nos odiaría. Hacía mucho calor, así que no me puedo imaginar esa sala en junio.

Deirdre pasará las Navidades en Limerick. ¡Realmente existe un lugar que se llama Limerick! Por supuesto, en cuanto ha pronunciado el nombre, no he podido evitar empezar a recitar «Erase una vez una joven dama de...», pero me he callado en cuanto le he visto la cara.

Estoy preparada para irme en el mismo momento en que Daniel venga a buscarme mañana. Estoy impaciente.

Viernes, 21 de diciembre de 1979

Esta mañana, lo primero ha sido la entrega de premios. He ganado un ejemplar de los *Poemas selectos* de W. H. Auden, por inglés; la *Guía de la ciencia*, de Asimov, por química, e *Historia de los pueblos de habla inglesa*, de Winston Churchill, por historia. Como le han dado un libro a todo el mundo que ha obtenido más de un noventa, se ha hecho interminable. Sospecho de la mano de la señorita Carroll en la elección de los títulos, lo cual puede significar que Churchill no es tan árido como parece. Después han entregado los premios deportivos, que han sido todavía más pesados. Me dejan estar sentada durante las asambleas, y eso está bien, pero como todo el mundo permanece de pie, no puedo ver nada, aunque la verdad es que hoy no me interesaba demasiado. Las maestras, que están alineadas a los lados de la sala, me pueden ver sin dificultad si miran, así que no me atrevía a leer. Contemplando la espalda de todas las chicas enfundadas en uniformes idénticos, podía comparar alturas y arrugas, y cómo les caía la melena por la espalda, pero eso es todo. Resulta sorprendente la gran variedad que existe en algo que a primera vista es idéntico: una fila de espaldas uniformadas. Les he puesto una nota a las chicas de la fila que tenía delante según su postura y su pulcritud, y luego las he reubicado mentalmente según la estatura y el color del pelo.

Scott ha ganado la copa, por un margen estrecho sobre Wordsworth. Se supone que debería estar muy contenta, pero, por lo que a mí respecta, este hecho pertenece a la misma categoría que ordenar a la gente por el color del pelo.

Después he ido a la biblioteca para darle los bombones a la señorita Carroll. La he visto muy conmovida. Me ha dado lo que estoy segura que es un libro, envuelto.

He visto a Deirdre y le he dado la caja de jabones. No la había envuelto porque no pensé en comprar papel de regalo, pero la he metido en una bolsa bastante bonita de la tienda donde compré los pañuelos. No lo ha abierto pero me lo ha agradecido con mucha amabilidad. Me ha dado un regalo fino y envuelto. También parecía un libro. Me pregunto cuál puede ser. Lo tendré que leer y decir que me ha gustado, sea cual sea.

A partir de ese momento solo quedaba esperar a los coches. A algunas chicas, pobrecillas, no las recogían hasta esta tarde, pero Daniel ha venido a buscarme a la una; aunque no ha sido el primero, era de los que encabezaban la procesión. Todo el mundo corría de un lado para otro y chillaba incluso más de lo habitual. Estoy segura de que ha pensado que esto era Bedlam.

Daniel me ha llevado a Old Hall a tiempo para el té: pastelillos de carne muy secos, casi tan malos como la comida de la escuela. Sus hermanas estaban encantadas de que Scott hubiera ganado la copa. Han abierto una botella de champán para celebrarlo. Me ha parecido horrible y las burbujas me han subido por la nariz. Lo

había probado antes, en la boda del primo Nicola, y tampoco me gustó. Daniel se ha ofrecido a mezclar el mío con zumo de naranja y hacer algo llamado Buck's Fizz, pero he declinado el ofrecimiento. Si había algo que lo podía empeorar era un horrible zumo de naranja. De verdad, me gusta beber agua. ¿Por qué todo el mundo tiene tantos problemas con eso? Sale del grifo y es gratis.

Hoy es el solsticio de invierno, el día más corto del año. A partir de hoy, la oscuridad empieza a retroceder un poco cada día. No lo voy a lamentar.

Es agradable tener una puerta que puedo cerrar para tener un poco de privacidad. Me he acostado temprano. Pensé en la posibilidad de pensar en Wim mientras me masturbaba, porque esa sensación de quedarme sin aliento es definitivamente sexual, pero me pareció una intrusión, además de difícil de imaginar. También está lo de Ruthie, que, sean cuales sean los detalles, se interpone en el camino. Así que solo pensé en Lessa, en F'lar y en Nicholas junto al mar. Resulta curioso que *Tritón* contenga tanto sexo pero sea tan poco erótico. Y —como sigo pensando en las conexiones que hay entre ellos— en *Los desposeídos* también hay sexo, pero no del que te deja sin aliento. Me pregunto por qué. ¿Hay alguna diferencia esencial en la forma en que Fowles escribió sobre Nicholas junto al mar y la manera en que Delany lo hizo acerca de Bron y la Púa practicando sexo de exhibición? Creo que sí, pero no sé cuál es.

Sábado, 22 de diciembre de 1979

Las tías me han llevado de compras a Shrewsbury. Querían que le comprase algo bonito a Daniel. Les he dicho que ya le había comprado *La paja en el Ojo de Dios*, pero se han reído y me han dicho que seguro que le gustaría. Le han comprado en mi nombre una chaqueta gris oscuro con un montón de bolsillos. Se parece al tipo de ropa que lleva, pero, honestamente, yo nunca se la habría comprado, y él se dará cuenta. Al menos he conseguido un poco de papel de regalo. Me han llevado a almorzar a unos grandes almacenes elegantes llamados Owen Owens. La comida estaba demasiado hecha y era viscosa.

Cuando hemos vuelto a casa, me he ofrecido a hacer unos bollos de mantequilla, de la manera más deferente y educada de la que soy capaz. Observo que no quieren que lo haga, pero no sé por qué. Sé cocinar. He cocinado muchos años. Sé cocinar bastante mejor que ellas. No creo que piensen que es una tarea inferior para mí, porque ellas cocinan. Quizá no me quieran dejar entrar en su cocina, pero no la desordenaría.

Hoy casi no he visto a Daniel. Estaba trabajando en algo. He tomado prestada una gran pila de sus libros y estoy con ellos. Me gustaría que la luz que hay aquí fuera mejor.

No creo que yo sea como las demás personas. Me refiero a un nivel profundo y fundamental. No se trata solo de que soy media gemela, de que leo un montón y de que puedo ver las hadas. No se trata solo de que yo esté fuera cuando todos están dentro. Yo antes estaba dentro. Creo que se trata de una manera de quedarme al margen y mirar hacia atrás los acontecimientos cuando están ocurriendo, lo que no es normal. Es algo que tienes que hacer para hacer magia. Pero como no la voy a hacer, se trata más bien de un desperdicio.

Domingo, 23 de diciembre de 1979

Iglesia. Las tías me han sometido a una inspección cuando me he levantado, como si fuera a un desfile, y una de ellas ha sugerido que debía ponerme algo un poco más alegre. Llevaba una falda azul marino y una camiseta azul pálido, con el abrigo de la escuela. No hacía un día frío, pero llovía. He pensado que iba bien. De todas formas he accedido, he vuelto a subir y me he puesto un jersey gris. No tengo demasiada ropa además del uniforme. Obviamente, dejé atrás la mayor parte de mi ropa cuando hui.

Si pasamos por alto la inspección, la iglesia ha ido bastante bien. St. Mark es una bonita iglesia antigua de piedra, con arcos góticos y la tumba de un cruzado que probablemente es un antepasado de ellas, pero no me he acercado a mirar. Ha sido un oficio inglés, como me esperaba, con un sermón de Adviento bastante normal. Ya habían puesto un belén en la iglesia, y en vez de himnos hemos cantado villancicos. El vicario ha sido muy amable al hablar con nosotras a la salida, y me han presentado como la hija de Daniel. Daniel no ha venido. No sé por qué.

Sí ha estado presente en el almuerzo, que ha consistido en rosbif demasiado hecho con patatas saladas y zanahorias. Me gustaría que me dejaran cocinar a mí. Puedo entender que de entrada no quieran que prepare la comida del domingo, pero me podrían haber dejado preparar unos bollos de mantequilla. Faltan tres días. Esto es tan malo como la escuela. Peor aún, porque aquí no puedo desaparecer en el club de lectura ni en la biblioteca.

He salido a pasear después del almuerzo, a pesar de la lluvia y de la pierna, que hoy no está tan mal: solo gruñe, pero no muerde. El entorno es como los alrededores de la escuela. No es el campo de verdad, sino solo granjas, campos de cultivo y carreteras. Ni naturaleza salvaje, ni ruinas, ni un hada a la vista. No puedo entender que alguien pueda decidir que quiere vivir aquí.

Lunes, 24 de diciembre de 1979

Los rusos han invadido Afganistán. Me parece algo terriblemente inevitable. He leído muchas historias sobre la Tercera Guerra Mundial; a veces me parece que es el futuro inexorable y que no vale la pena preocuparse por nada, porque no voy a llegar a la edad adulta.

Daniel ha traído un árbol y lo hemos decorado con una alegría navideña muy precaria. Los adornos son muy antiguos y valiosos, en su mayor parte de cristal. Son exquisitos y casi mágicos. Casi me daba miedo tocarlos. Incluso las luces son antiguas: farolillos de cristal veneciano pensados para sostener velas pero que modificaron para que pudieran contener bombillas eléctricas. Dos de las bombillas estaban fundidas y las he cambiado. Echo de menos nuestros viejos adornos navideños, que tita Teg debe de estar colocando en el árbol en este mismo instante. Lo estará haciendo sola, si solo dejan salir al abuelo para pasar el día. Espero que pueda fijar el árbol para que quede recto. ¡Los problemas que habíamos tenido para que se mantuvieran rectos! El año pasado lo tuvimos que atar a la puerta del armario. Pero es mejor no pensar en el año pasado, las peores Navidades de toda mi vida. Por supuesto, lo bueno de eso es que no importa lo terrible que sean estas, pues por malas que sean no le llegarán ni a la suela de los zapatos a aquellas.

En su mayor parte, nuestros adornos navideños son muy viejos, aunque nosotras compramos algunos nuevos. Mayoritariamente son de plástico, aunque el hada que va en la punta es de porcelana. En lo alto del árbol de Old Hall no colocan un hada, lo cual se me hace extraño. En lo alto han puesto un Papá Noel. Nuestros adornos no hacen juego, aunque al ser una mezcla tan extraña, encajan entre sí, y tenemos montones de guirnaldas, que no son tiras delgadas de plata, sino gruesos cordones retorcidos. Espero que todo eso no sea demasiado para que tita Teg lo haga sola. Espero que mañana a mi madre no le dé por aparecer, como al hada mala en el bautizo. Al menos, aquí esto no va a ocurrir.

He envuelto mis regalos y los he colocado debajo del árbol. Mi papel es bonito, de color rojo oscuro con hilos de plata. Encendemos las luces cuando todo el mundo ha dejado los regalos; se funde otra bombilla y la cambio. Después las volvemos a encender y las admiramos. También dispongo debajo del árbol mis regalos de Deirdre y de la señorita Carroll.

Las Navidades son una época en la que la gente suele estar en casa. Si es que tienen un hogar, y supongo que yo no lo tengo. Pero desearía estar con el abuelo y con tita Teg, que es lo más cercano a un hogar que tengo. Cuando sea adulta, nunca iré a ningún sitio por Navidad. La gente podrá venir a verme si quiere, pero yo no iré a ningún sitio.

En el piso de abajo han puesto un disco de villancicos, lo oigo a través del suelo.

¿Qué hago aquí?

Pero es mucho peor Afganistán, donde hay tanques rodando.

Martes, 25 de diciembre de 1979, navidad

Esto no va a ser lo que yo esperaba, una lista de regalos aburridos.

Me ha despertado el sonido de los villancicos, otra vez el mismo disco, que son villancicos de una catedral. Supongo que son bastante bonitos, y no he podido dejar de sentir cierta excitación al pensar que era el día de Navidad, aunque esté aquí. He bajado y hemos desayunado: tostadas frías y huevos cocidos, como cada día. No comprendo por qué hacen así las tostadas. Las hacen en la cocina y las colocan en un portatostadas, donde se enfrían, se ponen duras y se vuelven desagradables. Las tostadas hay que untarlas con mantequilla inmediatamente, recién hechas.

Después del desayuno hemos abierto los regalos. Tienen un ritual muy rígido sobre quién abre qué primero, que es muy diferente de como lo hace mi familia. Nosotros solemos abrirlos por turnos, uno cada uno. Ellos lo hacen de manera que una persona abre todos sus regalos, y después lo hace la siguiente, y la siguiente. Yo he sido la última porque soy la más joven.

Les han gustado bastante los pañuelos, aunque me equivoqué con los colores y dos de ellas se los han intercambiado cuando creían que no las estaba mirando. Sigo sin poderlas distinguir. (¿Mor y yo éramos tan parecidas? ¿Lo seguiríamos siendo al cumplir los cuarenta?) Entre ellas se regalaron vales para hacerse la manicura y para ir a la peluquería, y cosas por el estilo. Daniel me ha dado las gracias por *La paja en el Ojo de Dios* y por la chaqueta. Ellas le han comprado una botella de whisky de una marca especial, y más ropa.

Yo he tenido un buen montón de regalos, más de los que me esperaba. Deirdre me había comprado un libro del que no había oído hablar, que se titula *Guía del autoestopista galáctico*, que sin duda es algún tipo de ciencia ficción. El regalo, muy pensado, de la señorita Carroll ha sido *Los desposeídos*, que sabe que he leído pero que no tengo. Daniel me ha regalado un montón de libros y uno de esos cuadernos de notas con candado, que siempre son útiles. Sus hermanas me han dado ropa, en su mayor parte prendas que no me pondría ni muerta, una caja de napolitanas, que me puedo comer, y una cajita pequeña que, en cuanto la he tocado, he sabido que era poderosamente mágica. No creo que nadie lo sepa, porque después de todo, sus adornos para el árbol son mágicos y no parece que se hayan dado cuenta. He abierto la caja con mucho cuidado y dentro había tres pares de pendientes, de los que podía decir, incluso sin tocarlos, que rebosaban magia.

El primer par era un conjunto de simples aros de plata, el segundo eran unos aros con un diamante diminuto cada uno y el tercero, perlas engastadas en plata.

—Las perlas eran de nuestra madre —ha comentado una de ellas—. Queríamos que las tuvieras tú.

—No tengo agujeros en las orejas —les he informado, como si lo lamentase,

mientras hacía ademán de devolver la caja.

—Ese es el regalo de verdad.

—El jueves por la mañana te llevaremos al pueblo para que te los hagan.

—Al principio tendrás que llevar los aros sencillos, y después podrás ponerte los otros dos pendientes.

Ha sonreído al decirlo. Las tres sonreían con la misma sonrisa. Con la misma sonrisa, y sus rostros blandos parecían maniquíes de un escaparate que hubiesen cobrado vida y me hubieran atrapado, que es una pesadilla que tengo a veces.

—No quiero que me hagan agujeros en las orejas —he respondido, con toda la educación y firmeza de que soy capaz, pero sabía que mi voz se había quebrado a media frase.

Nunca había pensado en ello, pero ahora que lo hacía, resultaba bastante obvio que si me agujereaban las orejas perdería la capacidad de hacer magia. Los agujeros, y también los objetos dentro de los agujeros, no me permitirían salir fuera de mí. Lo he sabido como lo he sabido todo sobre la magia. No lo he sabido con la mente, sino que lo he sentido por todo el cuerpo, con un cosquilleo casi erótico. He dejado caer la cajita y me he aferrado el lóbulo de las orejas con las manos.

—Todas las adolescentes los tienen a tu edad —ha comentado una de ellas.

—Está de moda —ha añadido otra.

—No seas tonta, no duele —ha rematado la tercera.

—Vosotras no os los habéis hecho —he replicado, y era verdad. No los tiene ninguna de ellas, porque, por supuesto, saben lo que yo sé, y no lo han hecho porque practican magia.

Son brujas, lo tienen que ser, y hasta ahora han sido muy listas y yo muy tonta, porque no lo sospechaba en absoluto. Debería haberlo sospechado porque son tres, y debería haberlo sospechado porque no me dejan cocinar, y, sobre todo, porque las tres viven aquí, no hacen nada y controlan a Daniel. No me había dado cuenta en absoluto porque son anodinas, inglesas y sonríen; se me pasó por alto porque pensé que realmente estaban obsesionadas con que Scott ganase la copa.

Debieron de quedarse horrorizadas cuando Daniel me trajo aquí. Me enviaron a Arlinghurst para alejarme tanto de la magia como de ellas. No ha funcionado tan bien como creían. Se debieron de enterar cuando hice magia para el *karass*, aunque probablemente no sabían qué hacía, solo que estaba haciendo magia. Ahora me quieren controlar por completo, y esa es la función que debían cumplir los pendientes.

—Entonces no era moda —ha comentado una de ellas.

—Pero ahora los llevan todas las chicas...

—Estarás preciosa con las perlas de nuestra madre. Es nuestra forma de darte la bienvenida a la familia.

He mirado desesperada a Daniel, que parecía desconcertado. Era mi única esperanza. Ellas son tres y adultas, y presumiblemente no tienen ningún escrúpulo acerca de la magia, no más que ella. Sea lo que fuere lo que les han hecho a los pendientes, lo han hecho a conciencia. La magia que contienen se dirige a mí personalmente, lo pude notar mientras sostenía la cajita abierta. De alguna manera controlan a Daniel, pero no quieren que él lo sepa, de modo que todo esto se le escapa.

—¡No dejes que me agujereen las orejas! —le he suplicado. Sabía que parecía histérica, pero estaba realmente frenética.

—No veo la necesidad de que Morwenna lo haga si no quiere —ha intervenido—. Puede esperar un poco y hacérselos dentro de uno o dos años.

—Hemos concertado una cita.

—Y si no se hace los agujeros, no podrá llevar los pendientes de madre.

—Y queríamos darle la bienvenida a la familia.

Sonaban tan malditamente razonables, adultas y cuerdas, y sabía que yo sonaba tan poco razonable, tan infantil y tan loca...

—Por favor —he implorado. Seguía con las manos pegadas a la cabeza—. Mis orejas no.

—Está aterrorizada —ha constatado Daniel—. Los pendientes pueden esperar. Aún no los necesita.

—La estás animando a ser caprichosa.

—Estará preciosa, sobre todo ahora que le ha crecido un poco el pelo.

—Solo duele un segundo, nada...

Daniel parecía desconcertado. Es un hombre débil y no está acostumbrado a oponerse a sus hermanas. Nunca lo ha hecho. Ellas tomaron el control de su vida cuando era muy joven y lo más probable es que lo hayan estado manipulando con la magia durante todos estos años. Pero creo que lo han hecho en silencio y no de forma directa. No sé por qué. Quizá por lo de la marioneta. Quizá quieren que él las quiera. No hay mucha gente que quiera a las brujas. Basta ver a mi madre. Nadie la quiere. Ellas se tienen entre sí, pero ¿es eso suficiente? Yo estaba sollozando y lo seguía mirando implorante, porque él era lo único que se alzaba entre las tres y yo.

—Seguramente no hay ninguna urgencia —ha replicado.

—No quiero, no quiero —he intervenido y luego he cogido los libros y he corrido escaleras arriba.

—Es el típico berrinche adolescente por nada —ha comentado una de ellas.

—Tienes que mostrarte firme con ella, Daniel.

—Se está acostumbrando a salirse con la suya.

La puerta no tiene llave, pero la he atrancado poniéndole una silla delante de modo que nadie pueda entrar. Han subido y me han pedido que bajase a la cena de

Navidad, pero me he negado. En cualquier caso, estará pasada y seca. No sé qué hacer. ¿Huyo de nuevo? La última vez funcionó, o casi. No sé qué quieren. Parecen bastante cuerdas, pero lo mismo ocurre con ella si no la conoces. Me quieren controlar. Quieren que deje de hacer magia. No es que yo quiera hacer magia. De hecho juré que no la haría más. Juré que no la haría excepto para prevenir algún daño. Quiero seguir teniendo la capacidad de prevenir los daños. Esto es un daño. Esto es una mutilación. Creía que mi pierna había sido una mutilación, pero no es nada. Si me pongo esos pendientes no podré ver a las hadas. No sé si funcionaría lo del control, pero con los agujeros dejaré de verlas. Si es verdad eso de que toda mi generación los lleva, significa que toda una generación de mujeres no puede ver a las hadas. No parece tan malo, parece una inmunización, ¿o no? Un pequeño pinchazo y desaparece todo el lado arcano. Pero es malo, porque, como la inmunización, solo funciona si afecta a todo el mundo. Ellas no lo harán y nadie las detendrá.

En cualquier caso, aunque la mayoría de la gente no puede ver a las hadas porque no cree en ellas, verlas no es malo. Algunos de los seres más hermosos que he visto en mi vida eran hadas.

Supongo que podría salir por la ventana, aunque no hay ningún árbol por el que bajar, como en la escuela. O podría salir por la puerta cuando estén todos dormidos por la noche. Tengo el mapa. Pero es Navidad y no hay trenes, ni tampoco los habrá mañana. Además, tampoco tengo dinero. Me lo gasté todo en los regalos. Tengo 24 peniques. Es probable que Daniel me dé algo de dinero, pero no querrá oír nada contra ellas. Seguramente es una expresión bastante literal la de que no puede oír nada contra ellas. Además, en los papeles aparece como mi padre y mi tutor legal. Cuando hui y me metieron en el Hogar, lo buscaron a él. Si huyo, ¿adónde puedo ir? No puedo ir a casa del abuelo, que lo más probable es que esté de regreso en el hospital. Y de todas formas no me dejarán que viva con él, o con tita Teg. Lo puedo probar con ella, pero tita Teg es el primer lugar donde buscará Daniel. El resto de la familia ya me dejó antes en la estacada, saben lo de Liz y siguen pensando que lo mejor es que esté con ella. No cumpliré dieciséis hasta junio, dentro de seis meses; ¿adónde puedo ir sola, sin número de la Seguridad Social y pareciendo menor de la edad que tengo?

Tengo que aguantar el resto del día y mañana, y después podré ir a Gales del Sur y hablar con tita Teg y con Glorfindel para ver qué puedo hacer. Si me dejan sola, podré resistir en la escuela, al menos durante este año. A partir de los dieciséis puedes vivir sola. Puedo hacer lo que sugirió Janine: conseguir un empleo y estudiar los A Levels a tiempo parcial, lo mismo que Wim. Eso lo puedo hacer.

Lo deben de hacer todo en la cocina y en sus habitaciones, las partes de la casa que no he visto. Tengo que estar cerca de Daniel. Cree que estoy siendo histérica e irracional, pero me apoyará. No es tan malo. Creo que de alguna forma, me quiere.

Ahora están comiendo y bebiendo ahí abajo. Voy a bajar y disculparme por mi comportamiento histérico, pero les diré que la idea de agujerearme las orejas me llena de terror y que si me prometen que no lo vuelven a mencionar, yo prometo que nunca más saldré corriendo ni me atrincheraré en mi habitación. Si es necesario, les prometeré que me iré y que después de junio no me tendrán que ver nunca más. Son ellas las que están pagando la escuela, no Daniel. Les puedo decir que se lo devolveré todo cuando pueda.

No estoy del todo segura de que saben que lo sé, es decir, que sepan que no se trata solo de un terror irracional. Ante Daniel fingirán que están de acuerdo. Daniel es su punto débil. En cualquier caso, no lo pueden hacer hasta el jueves. Respiro hondo: sí, voy a bajar.

Miércoles, 26 de diciembre de 1979

Por otro lado, ¿cómo sé que son malas? ¿En qué se basa mi hipótesis? Quizá son exactamente lo que parecen, aunque con un poco de magia, y no saben nada de mí más allá de lo obvio. Quizá lo único que quieren es que me convierta en una sobrina dócil.

Sé que si me hacen los agujeros en las orejas me privarán de la magia. Estoy segura de que lo saben, o no se mostrarían tan insistentes, pero no estoy segura de que sepan que yo entiendo de magia. La mayoría de la gente no sabe nada al respecto. Para la mayoría de la gente no supondría ninguna pérdida. Aunque en realidad esto solo afecta a las chicas, pues los chicos no se agujerean las orejas. Los hombres, ¿pueden hacer magia? Estoy segura de que los hay que sí pueden, pero parece que no doy con ellos. Quizá es lo que pensé sobre las vacunas: tal vez lo quieran hacer para evitarme la tentación de practicar magia. Yo creía que esos pendientes eran para controlarme, pero quizá sean solo para hacerme más como todo el mundo. Tienen un hermano domesticado. Quizá simplemente quieran tener también una sobrina domesticada. En tal caso, lo más probable es que accedan a que regrese a la escuela y que no lo vuelvan a intentar hasta las vacaciones de medio trimestre o en Pascua. Quieren que vaya a la escuela. La escuela está aislada de la magia, de eso me di cuenta enseguida, y en cualquier caso, no voy a practicarla.

Quiero volver a Arlinghurst, aunque es odiosa, la comida es horrible y no hay ninguna privacidad, porque allí he empezado a construir mi *karass*. Tengo el club de lectura, tengo la biblioteca... las dos bibliotecas. Con todo lo demás, puedo. Hasta ahora he podido con todo. Y, a poder ser, me gustaría conseguir los O Levels y los A Levels. Quiero ir a la universidad y encontrar por fin gente con quien poder hablar. La abuela decía que allí encontraría a mis iguales y que valía la pena seguir. Me lo decía siempre que me desanimaba con las mates, o cuando me cansaba de memorizar el latín, o ante cualquier otra cosa que me deprimiera. Incluso si consigo los O Levels... Bueno, los O Levels son calificaciones. Todo el mundo supone que quien no los consigue es idiota, y por lo tanto no podrá encontrar un trabajo que no sea para idiotas. Si eres poeta, eso no importa, porque para eso no hay notas, pero voy a tener que poder meter algo en la cazuela, y preferiría que fuera algo que estuviera bien. Como mínimo tengo que conseguir los O Levels. Para eso debo volver a Arlinghurst, lo cual implica tener una relación lo suficientemente buena con las tías para que me paguen la escuela; de lo contrario, tendría que encontrar una escuela en otro lugar.

Eso fue ayer.

Bajé y me disculpé por haber salido corriendo, aunque «salir cojeando» sería una expresión más precisa. Les conté que les agradecía lo que habían planeado con tan buena fe, pero que la idea de que me agujerearan los lóbulos me inquietaba

enormemente, como ya habían podido ver. No intentaron convencerme, y la cajita de los pendientes había desaparecido de la vista. Me dijeron que estaba todo olvidado, y me trajeron un poco de pavo relleno; estaba seco y frío, pero se podía comer. Después jugamos al Monopoly, que ganó una de ellas, aunque yo fui un rival difícil.

Lo curioso del Monopoly era que te permitía darte cuenta del tiempo que los cuatro llevaban jugando juntos. Todos tenían su ficha preferida, que cogieron al instante. Cuando de vez en cuando las tenía que mover en mi lado del tablero para que ellas no se tuvieran que inclinar, sus fichas estaban llenas de magia de utilidad y cariño. Gracias a las fichas las pude diferenciar por primera vez. Siempre se visten igual, pero el perro, el coche de carreras y el sombrero de copa saben quién es quién. La otra cosa curiosa era que estábamos sentados jugando como una familia normal, pero no lo somos, porque yo no pertenezco a ella, y, incluso sin considerarme a mí, ellos tampoco lo son. En las familias normales hay gente de diferentes generaciones, en cambio ellos pertenecen todos a la misma generación. En las familias normales hay personas casadas. Daniel es el único que se ha casado, y mira cómo escogió. Las familias normales no están formadas por niños de cuarenta años que ahora están al mando pero que no han crecido. En algunos momentos del juego se peleaban entre ellos de tal manera que tenía la sensación de que yo era la persona más vieja de las que estaban sentadas a la mesa.

Después nos comimos el pastel de Navidad —aunque en realidad yo me limité a darle vueltas en el plato, porque es el objeto mágico más obvio, ya que está conectado con todo—. De todas formas, no me gusta el pastel de frutas, excepto el de tita Bessie. Más tarde acompañé a Daniel a su estudio y le pedí que me hablara de los libros que me había enviado, en especial de *Dune*. Arrakis es un mundo tan grande... Uno puede sentir que es real, con todas sus diferentes culturas. En la ciencia ficción no es habitual ver un choque de culturas, y por eso resulta muy interesante. Cuando Paul se adentra en el desierto para encontrarse con los fremen, es alguien que está entrando en otra cultura, y ambas partes tienen secretos. Daniel estuvo hablando con mucho entusiasmo sobre el tema y, aunque se sirvió una copa de whisky, apenas la sorbió un poco. Por supuesto, estuvo fumando todo el tiempo. Me preguntó qué estaba leyendo, luego se interesó por el club de lectura y hablamos sobre los libros que me gustaría que me prestara, y yo no le dije en ningún momento: «¿Sabes que tus hermanas son brujas?». Y él no me preguntó: «¿Por qué has montado ese escándalo por los pendientes?». Estábamos diciendo todo esto sin palabras, pero en voz tan alta que casi se podía escuchar.

Entonces saqué el tema de Sam, porque es cuando se muestra más humano. ¿Es posible que no puedan influir en Sam debido a su religión? Pero Sam le da un punto de estabilidad a Daniel, un punto de cordura. Cuanto más hablaba con él, más me preguntaba hasta qué punto lo controlaban, en qué cosas no podía pensar, qué cosas le

hacían recurrir a la botella. Tienen un hermano domesticado. Tienen un hombre para gestionar la propiedad. Fue entonces cuando pensé que lo que querían era una sobrina dócil. Porque si no son brujas malvadas que quieren controlar el mundo —no están locas, no son como Liz—, sino que tan solo son lo que aparentan ser, tres mujeres que han vivido siempre juntas y que tal vez han utilizado un poco de magia para conseguir que sus vidas se adapten a sus deseos, visto así, todo tiene un poco más de sentido.

—¿Vamos a ir a ver a Sam? —pregunté.

—En realidad, si le dijiste a tu tía Teg que estarías allí el jueves, no hay tiempo —respondió.

—Podríamos hacer lo que la última vez —propuse—. Podríamos ir mañana.

—No querrán que me vaya el día de San Esteban —replicó, y me pareció evidente que no le dejarían.

Tienen sus rituales de San Esteban, al igual que los tienen el día de Navidad. Trabaja para ellas, son sus hermanas y tienen un control mágico sobre él: ¿cómo voy a competir con eso?

Ahora no soy capaz de mirar a Daniel. Me da pena. Es todo lo amable que puede, porque se encuentra en los límites de lo que es y no puede ver los muros que han construido a su alrededor. En realidad no me sorprende que se casara con mi madre. Solo alguien que tuviera contacto con la magia podía alejarlo de ellas. La magia y el sexo, y también el hecho de quedarse embarazada, porque eso creaba una conexión muy fuerte, ¡puaj! No me sorprende nada que se le vea tan seco en las fotografías. No les costó mucho tiempo conseguir que volviera.

Hacía frío, pero, como brillaba el sol, más tarde salimos todos a dar un paseo por los alrededores. Todo era muy feudal. Nunca había visto nada igual. Clase, sí, clase por todas partes, aunque sin gente tocándose el ala del sombrero. Almorzamos en un pub pequeño y viejo que estaba literalmente excavado en la ladera de una colina, llamado Farrier's Arms. La comida era estupenda. Pedí filete y empanada de riñones, que sirvieron en un bol, con patatas fritas y una pobre ensalada de invierno. Fue lo mejor que había comido en siglos. Había un montón de gente a la que conocían, personas que se acercaban a saludar. Cuando regresamos, muchas de esas personas vinieron para que les diéramos tartaletas de fruta y té. Me dejaron a mí repartir las tartaletas. Interpreté lo mejor que pude el papel de sobrina dócil, conté que me encantaba la escuela y que era la tercera de mi clase. Muchas de las mujeres habían estado en Arlinghurst, pero solo una de ellas preguntó por la copa. Me di cuenta de que conocer a toda esa gente era bueno, porque eran amigos de las tías. Si sus amigos me conocían a mí, a la hija de Daniel, yo no podía desaparecer sin más sin avergonzarlas.

Después de que se fueran, me ofrecí a fregar los platos, pero no me dejaron. Están

decididas a que no pise la cocina. Daniel se retiró a su estudio y yo me he refugiado aquí arriba, supuestamente para acostarme.

Mañana voy a Cardiff en tren. Espero que tita Teg venga a buscarme a la estación. No contestó mi carta. Si no viene, cogeré el autobús que recorre el valle. Tengo la llave de casa del abuelo. Tengo que hablar con Glorfindel, aunque conseguir respuestas claras de las hadas no es lo más sencillo del mundo. Pero tengo que intentarlo.

Jueves, 27 de diciembre de 1979

En el tren, en el rincón de un vagón pequeño que tengo para mí sola, al menos hasta el momento. El paisaje está blanco, como si lo hubieran cubierto de azúcar. El sol se asoma entre las nubes cada vez que el tren atraviesa un claro de luz, y en las curvas se pueden ver en la distancia las montañas de Gales, que se van acercando. El tren me gusta. Aquí sentada me siento conectada con la última vez que me senté aquí, y también con cuando me senté en el tren de Londres. Te sientes suspendido, en medio de ninguna parte; y acercándote y alejándote rápidamente, como el tren, siempre entre dos destinos. En esto hay magia. No es una magia que uno pueda manipular, sino que es solo una magia que está ahí, cubriéndolo todo con un poco de color y alegría.

No les he dejado que me hagan agujeros en las orejas para los pendientes y me arrebaten la magia. Y soy libre, al menos por ahora, al menos mientras el tren cruza Church Stretton y Craven Arms, y hemos dejado Shrewsbury atrás y falta mucho para llegar a Cardiff. Aparecía algo similar a esto en *Cuatro cuartetos*. Veré si encuentro el pasaje cuando tenga el libro.

Si existe una magia más sencilla que hacer que alguien haga lo que tú quieres, haciendo algo que él también quiere hacer, no la conozco. Ellas le compran la ropa. Le compran los zapatos. Le compran vasos y whisky. Son las propietarias de la casa y de los muebles. Él quiere beberse el whisky y también quiere el sillón y el vaso, y por supuesto, no hay nada más fácil que conseguir que beba tanto que no se pueda ni levantar para llevarme a la estación. Lo más raro es que no haya caído en la cuenta sola. Pero yo no sé si podría acabar con esto sin usar magia e, incluso dejando de lado el hecho de que no sería una buena idea, no lo haría ni siquiera aunque ellas lo estén haciendo. Para empezar, si él las quisiera, si estuviera agradecido, ellas harían cualquier cosa para que eso siguiera siendo así. Probablemente con el paso de los años cada vez han ido haciendo más cositas pequeñas, sin intención de hacerle daño, pero a la vez sin dejarle escapar, envolviéndolo en una telaraña de magia para que se quede, haga lo que ellas quieren y no tenga voluntad. Sería necesario algo muy fuerte para romper estas ataduras.

Pobre Daniel. Los únicos momentos en que es libre son cuando está con Sam y con sus libros. Resulta difícil hacer magia con los libros. En primer lugar, cuanto más nuevo sea un objeto y más en serie se haya producido, más difícil es que tenga una magia individualizada, pues forma parte de la magia de todo el conjunto. En la producción en serie existe una magia, pero se difumina y es difícil de capturar. Y resulta especialmente difícil con los libros, porque los libros no son lo que son por ser objetos, ser el objeto que son no es lo importante en ellos, y la magia funciona, sobre todo, con los objetos. (Nunca debí hacer la magia de *karass*. No entendía ni la mitad

de lo que hacía; cuanto más pienso en ello, más claro lo veo. No estoy del todo arrepentida de haberlo hecho, porque tener alguien con quien hablar tiene más valor que el oro, más valor que cualquier otra cosa, pero sé que no lo habría hecho de haber sido más sabia. O de haber estado menos desesperada.)

Anthea me ha acompañado a la estación. Sé que era Anthea porque me lo ha dicho, aunque le habría sido fácil mentirme. A las trillizas les resulta muy sencillo hacerlo. Yo debería saberlo. (Me pregunto si Daniel las puede diferenciar sin equivocarse. Se lo tendría que preguntar. Creo que dos de ellas se han quedado en casa para controlarlo.)

—Daniel está un poco resacoso esta mañana —ha comentado una de ellas, sonriendo mientras dejaba sobre la mesa del desayuno el desagradable portatostadas con su carga fría—. Así que Anthea te llevará a la estación.

—No dejaré que nadie me agujeree las orejas —he replicado, tapándome de nuevo los lóbulos con las manos.

—No, querida. Tal vez te muestres más razonable acerca de esto cuando seas mayor.

En el coche, Anthea no ha hablado sobre lo de las orejas. Yo he estado hablando alegre sobre la escuela —sobre Arlinghurst, las prefectas y las casas—, y he intentado con todas mis fuerzas aparentar que me había convertido espontáneamente en una sobrina dócil sin necesidad de una intervención mágica. Ha sido duro, porque hasta ahora nunca lo había hecho; seguramente debería haber empezado más despacio si quería resultar creíble, en lugar de lanzarme de entrada a hacer una imitación completa de Lorraine Pargeter. Tiene un coche plateado y de tamaño mediano, aunque no estoy segura del modelo, pero si realmente fuera una sobrina dócil lo compararía con los demás cuando volviese a la escuela. Tiene el interior tapizado de cuero, y es mucho más nuevo que el coche de Daniel. En la parte interior de la visera del copiloto hay un espejo. Había subido antes al coche, cuando fuimos de compras, pero siempre me había sentado detrás. Sé que hacen turnos para conducir y sentarse en el asiento de delante. En realidad son muy peculiares. Es posible que estén haciendo las cosas más diversas. Podrían estar haciendo algo con la grafiosis de los olmos. Son capaces de ver el mundo.

Cuando hemos llegado a Shrewsbury, en lugar de dirigirse a la estación, ha aparcado delante de una joyería con un rótulo en el escaparate que decía «Hacemos agujeros en las orejas».

—Tenemos tiempo suficiente antes de que llegue el tren —ha comentado—. He traído tus aros.

—Chillaré —he replicado—. No conseguirás que entre si no es a rastras.

—No me gusta que seas tan obstinada —ha insistido Anthea, con esa voz más apenada que enfadada que usan los adultos.

No sabía qué decir. No sabía qué sabía ella, hasta qué punto conocía las razones de mi oposición. En ese momento he creído, y de hecho lo sigo viendo igual, que lo mejor era no decir demasiado. Si empezaba a hablar sobre magia, ella no solo lo sabría, sino que le proporcionaría un motivo para decirle a Daniel que estoy desquiciada.

—Me niego en redondo a que me agujereen las orejas —he afirmado con toda la firmeza posible. Me he aferrado a la mochila, que llevaba sobre el regazo y que me ayudaba a centrarme—. No quiero portarme mal, no quiero montar una escena en medio de la calle o en la tienda, pero lo haré si me obligas, tía Anthea.

Mientras hablaba he puesto la mano sobre la manija que abre la puerta del coche, dispuesta a salir si me veía obligada a ello. Tenía otra bolsa en el maletero, con libros y algo de ropa, pero todo lo que realmente necesitaba lo llevaba en la mochila que tenía en el regazo. Me iba a saber mal perder algunos de los libros, pero siempre los puedes volver a comprar. Heinlein dice que debes estar preparado para abandonar el equipaje, y yo lo estaba. Sé que en realidad no puedo correr, pero he pensado que si conseguía bajar del coche y cojear por la calle, Anthea tendría que salir detrás de mí y que podría haber gente que la conociera y eso le hiciera tener vergüenza. Ya había algunas personas por los alrededores, aunque era bastante temprano. Si teníamos que llegar a un enfrentamiento físico, este era el mejor momento, porque solo estaba una de ellas. Puedo tener una pierna mal, pero también tengo un bastón.

Nos hemos quedado sentadas durante un rato. Por último, ha sonreído, ha girado la llave de contacto y nos hemos ido. Hemos llegado a la estación, donde me ha comprado un billete de ida y vuelta, me ha dado un beso en la mejilla y me ha deseado que me lo pasara bien. No me ha acompañado hasta el andén. No sé si se ha quedado a mirar. No creo que esté acostumbrada a no salirse con la suya.

La magia no es mala por naturaleza. Pero parece que es terriblemente mala para la gente.

Viernes, 28 de diciembre de 1979

Cuando el tren llegó a Cardiff estaba lloviendo y toda la alegría del hielo en las colinas lejanas se había desvanecido con la lluvia de la ciudad. Tita Teg no había venido a buscarme a la estación. He pensado que debía de estar muy enfadada conmigo por no haber ido el día de Navidad para ayudarla, y que no me quería ver. He salido de la estación y he ido hasta la estación de autobuses para coger el autobús hacia el valle, pero me he dado cuenta de que solo llevaba 24 peniques en el bolsillo, dos monedas de diez y dos de dos, grandes como ruedas de carro y tan inútiles como ellas. No se me ocurría ninguna forma de conseguir más dinero. Tengo algunas libras en correos, pero no llevaba la libreta encima. Hay gente a quien le podía pedir dinero prestado, pero ninguno de ellos estaba hoy en la estación de Cardiff, a la hora de comer y bajo la lluvia. Y la estúpida pierna me estaba doliendo estúpidamente de nuevo. Por fortuna, antes de ponerme a hacer autostop, que es algo que ya había hecho pero solo cuando huía, he vislumbrado el coche pequeño y naranja de tita Teg que entraba en el aparcamiento. Lo he cruzado cojeando para interceptarla antes de que metiera dinero en el parquímetro. Estaba encantada de verme y no me ha reprochado nada. Creía que llegaría en el siguiente tren. Creo que lo más probable es que yo haya cogido el tren anterior al que debía porque Anthea tenía previsto perder algo de tiempo haciendo que me agujerearan las orejas.

Esta era la segunda vez, la segunda vez seguida, en que bajaba de un tren y no había nadie esperándome, y me he dado cuenta de que no podía controlar la situación. Tengo que cambiar esto. Me tengo que organizar mejor y necesito más dinero. He de llevar siempre en la mochila dinero para los apuros. En cuanto consiga ahorrar un poco, guardaré al menos cinco libras para las emergencias. Y quizá también deba guardar una libra en el fondo del monedero, por si uso la otra bolsa o solo necesito un poco. Tal vez deba ahorrar asimismo algo de dinero de nuevo por si tengo que huir, solo por si acaso. Sería estupendo que mi vida hubiera recuperado la normalidad, de manera que no me hiciera falta, pero es necesario ser sinceros y reconocer que ese momento todavía no ha llegado.

Tita Teg vive en un piso moderno en una urbanización limpia y moderna. Creo que se construyó hace unos diez años. Tiene una pequeña zona de tiendas que hace curva, con una panadería estupenda, y unos bloques de seis apartamentos y tres pisos de altura, separados por una extensión de césped. Su piso es el del medio. No es... Quiero decir que yo odiaría vivir allí. Es muy nuevo, limpio y coqueto, pero no tiene personalidad, todas las habitaciones son rectangulares y tiene los techos muy bajos. Creo que tita Teg lo eligió porque era lo mejor que se podía permitir en aquel momento y porque es un lugar seguro para una mujer soltera. O quizá porque quería que su hogar fuera un lugar realmente diferente de su casa, con muebles modernos y

sin magia. De una manera muy lógica, siempre ha asociado la magia, las hadas y todas esas cosas con mi madre, que es cuatro años mayor que ella. Por eso tita Teg no quiere tener nada que ver con ellas, ni tampoco con Liz. Vive sola con su gata Persimmon, que es muy bonita pero está increíblemente malcriada. Persimmon sale por la ventana, salta al toldo de encima de la puerta principal y desde allí al suelo. No puede volver por ese camino, de manera que sube por las escaleras y se pone a maullar ante la puerta.

El piso me gusta y me disgusta al mismo tiempo. Me encanta que sea tan limpio y tan diáfano, con sofás marrones y blandos de Habitat (demasiado bajos para mí, en especial hoy) y mesas pintadas de azul. Me doy cuenta de que los radiadores son eficientes. Cuando ella y yo lo vimos por primera vez, poco antes de la muerte de la abuela, nos sentimos terriblemente impresionadas por lo moderno que era. Pero en realidad yo prefiero las cosas antiguas y el desorden y las chimeneas, y sospecho que a tita Teg también le gustan más, pero que no lo diría por nada del mundo.

Aquí, «mi» habitación es pequeña, con una cama y unas estanterías con los libros de arte de tita Teg. De las paredes cuelgan un par de cuadros increíbles de Hokusai, que está claro que forman parte de alguna historia. En uno de ellos aparecen dos japoneses asustados luchando contra un pulpo gigante; en el otro, están los mismos dos hombres, que ahora ríen y se abren paso a través de una gran telaraña. No sé cómo se llaman ni conozco su historia, pero tienen toneladas de personalidad y siempre me ha gustado estar tendida contemplándolos e imaginándome sus otras aventuras. Mor y yo solíamos inventarnos historias sobre ellos. Teg los compró en Bath, junto con el tapiz marroquí marrón y crema que hay colgado de la pared de la sala de estar.

Mientras estoy tendida escribiendo esto, de vez en cuando Persimmon llama desde el otro lado de la puerta para que la deje entrar en la habitación. Si no se la abro, sigue maullando. Si me levanto y voy cojeando hasta la puerta, y cada paso es una pequeña victoria, entra, me mira desdeñosa, da media vuelta y se va. Es una gata parda con la barbilla y la barriga blancas. Puede ver a las hadas, obviamente en Aberdare, donde hay hadas, no aquí. Yo he visto que cuando las ve les dirige la misma mirada desdeñosa que me lanza a mí, pero se mantiene muy atenta para asegurarse de que no planeamos nada. Tita Teg la ha pintado en un cuadro al óleo tendida delante del tapiz marroquí —los colores se entremezclan de una manera maravillosa—, y en la tela parece la gata más adorable, hermosa y agradable del mundo. Pero en realidad le gusta que la acaricien durante treinta segundos y después se vuelve contra ti y te ataca en la mano. Tengo más mordiscos y arañazos de Persimmon que de todos los demás gatos del mundo juntos, y tita Teg presenta a menudo marcas de arañazos en las muñecas. Pero dicho esto, la adora y habla con ella como si fuera un bebé. Ahora mismo estoy oyendo cómo la mima.

—¿Quién es la mejor? ¿Quién es la mejor gata del mundo?

Es cierto que puede competir por ser la más hermosa, con su maravilloso pelaje y su porte aristocrático, pero creo que el mejor gato del mundo debería tener mejores modales.

Mañana iremos a ver al abuelo. No es como cuando vine a mitad de trimestre, porque ahora tita Teg no tiene clases. No va a ser fácil encontrar un momento para ir a buscar a las hadas, aunque se irá fuera durante un par de días pasado Año Nuevo, y entonces quizá tenga una oportunidad. Tita Teg no es vieja, tiene treinta y seis años. Tiene un novio, un novio secreto. En realidad es muy trágico, un poco como *Jane Eyre*. Él está casado con una mujer que está loca, y no se puede divorciar porque es un político y porque se siente obligado para con su esposa porque se casaron cuando ella era joven, bonita y alegre. De hecho, él había sido el amor de juventud de tita Teg, e incluso le dio un beso mientras volvían a casa después de la fiesta de sus veintiún años. Entonces él se fue a la universidad y conoció a su esposa, la loca, aunque por entonces aún no había enloquecido, y se casó con ella, y hasta más tarde no se dio cuenta de que en realidad amaba a tita Teg, y en ese momento ya estaba claro que su esposa estaba loca. No estoy segura de que esta versión sea muy fiel a los hechos. Por ejemplo, su suegro, el padre de su esposa, era alguien que le podía ayudar a conseguir un escaño en el Parlamento. Por eso me pregunto si no actuó también por interés. ¿Y de verdad arruinaría su carrera si se divorciaba y se volvía a casar? La arruinaría mucho más si se llegaba a saber que está liado con tita Teg. Sin embargo, ella dice que es feliz así, porque vive sola con Persimmon y pasa con él algunos días de vez en cuando.

La he ayudado a preparar la cena. Limpiar los champiñones y gratinar el queso produce un placer infinito cuando llevas mucho tiempo sin hacerlo. Además, la comida que has cocinado, o que has ayudado a cocinar, tiene mucho mejor sabor. Tita Teg cocina la coliflor con queso más buena del mundo.

También está muy bien eso de relajarse y dejar que te cuiden un poco.

Sábado, 29 de diciembre de 1979

Este año ya casi se ha acabado. Bien. Ha sido un año asqueroso. Quizá 1980 sea mejor. Un año nuevo. Una década nueva. Una década en la que debo madurar y empezar a conseguir cosas. Me pregunto qué traerán los ochenta. Ni siquiera puedo recordar 1970. Recuerdo que salí al jardín y pensé que era 1970 y que sonaba como a banderas amarillas al viento, y que se lo dije a Mor y ella estuvo de acuerdo, y que corrimos por el jardín de un lado a otro con los brazos extendidos como si pudiéramos volar. En cambio, 1980 suena más rotundo y granate. Resulta divertido que los sonidos de las palabras tengan color. Nadie lo ha entendido nunca, con excepción de Mor.

Al abuelo le ha gustado el elefante y tita Teg se ha puesto muy contenta con la bata. Espero a abrir los regalos hasta que llegamos a Fedw Hir y celebramos unas pequeñas Navidades alrededor de la cama. Me han regalado un jersey rojo de cuello alto enorme, una pastilla de jabón y un vale para un libro. No les diré nada sobre lo de los agujeros en las orejas. No hay por qué preocuparlos en balde. Ya ha quedado legalmente establecido que no tienen ningún derecho sobre mí, y que el hecho de que me hayan cuidado no cuenta para nada. Cualquier madre, por muy mala que fuera, y cualquier padre, por muy lejos que estuviese, eran una opción preferida por el sistema judicial, y las tías y los abuelos no contaban.

El abuelo odia Fedw Hir, sin lugar a dudas, y quiere volver a casa, pero no sé cómo lo vamos a conseguir porque no puede andar sin ayuda. Tita Teg estuvo comentando que se podría buscar a alguien que acudiera a levantarlo y a acostarlo. No sé cuánto costaría. No sé cómo se puede arreglar. Pero este lugar es horrible. Se supone que le están haciendo terapia, pero no parece que mejore. Está claro que muchos de los internos lo único que hacen es esperar la muerte. Parecen haber perdido toda esperanza. Al principio, él también tenía ese aspecto. Cuando hemos entrado estaba hundido en la cama, espero que durmiendo la siesta, pero parecía tan pequeño y patético, solo medio vivo, que no se parecía en nada al abuelo.

Le he estado hablando de cuando nos enseñó a jugar al tenis, y subimos hasta los Brecon Beacons y jugamos en un terreno desnivelado, pero después, en el suelo llano, fue más fácil. Recuerdo las alondras que cantaban en lo alto, las matas de helechos y las divertidas matas de carrizo, a las que solíamos llamar brotes de bambú. (En realidad no son bambú ni se le parecen en nada, pero teníamos un panda de juguete y solíamos jugar a que lo eran y así él se los podía comer.) El abuelo estaba orgulloso de lo rápido que corríamos y de lo bien que atrapábamos una pelota. Por supuesto, siempre había querido tener un chico. No es que nosotras quisiéramos ser niños, pero los chicos se divierten mucho más con estas cosas. Nos encantaba aprender a jugar al tenis.

Aunque todo eso se ha perdido, toda esa época de entrenamiento allí arriba, porque Mor está muerta, y yo no puedo correr ni el abuelo tampoco. Pero no fue una pérdida de tiempo, porque lo recordamos. Las cosas tienen que tener valor por sí mismas, no solo como prácticas para el futuro. Nunca voy a ganar el torneo de Wimbledon ni a correr en los Juegos Olímpicos («Nunca han participado unas gemelas en Wimbledon...», solía decir), pero eso tampoco habría ocurrido si las circunstancias hubieran sido otras. Ni siquiera puedo jugar al tenis con mis amigos para divertirme, pero eso no significa que practicarlos cuando sí podía fuera una pérdida de tiempo. Me gustaría haber jugado más cuando podía. Me gustaría haber corrido a todas partes y durante todo el tiempo mientras tuve la oportunidad: correr hasta la biblioteca, atravesar corriendo el cwm, subir corriendo las escaleras... Bueno, lo cierto es que siempre subíamos corriendo las escaleras. Pienso en ello mientras me arrastro escaleras arriba hacia el piso de tita Teg. La gente que puede subir las escaleras corriendo debería hacerlo. Y deberían subir corriendo los primeros, para que yo los pueda seguir cojeando y no tenga la sensación de que los estoy haciendo ir lentos.

Nos pasamos a ver a tita Olwen, y después al tío Gus y a tita Flossie. Tita Flossie me ha regalado un vale para un libro, y el tío Gus me ha dado un billete de una libra. Al tío Gus no le he perdonado que dijera lo que dijo, pero he cogido el dinero y le he dado las gracias. Lo he guardado en el bolsillo de detrás del monedero, para que sea el inicio del fondo de emergencia. En casa de tita Flossie hay un sillón con orejeras muy cómodo. Todos los demás sillones me resultan muy difíciles. No sé por qué los construyen tan bajos. Los sillones de las bibliotecas son siempre de una altura confortable.

Sábado, 30 de diciembre de 1979

La pierna va un poco mejor, gracias a Dios. De hecho, la tengo tan bien ahora que cuando atravesaba a pie la estación de autobuses, una metomentodo me ha preguntado por qué llevaba un bastón a mi edad.

—Un accidente de coche —he respondido, y normalmente eso le cierra la boca a la gente, pero a ella no.

—No deberías usarlo, tendrías que intentar andar sin él. Está claro que en realidad no lo necesitas.

He seguido adelante y la he ignorado, pero estaba temblando. Tal vez parece que no lo necesito si camino por una superficie llana, pero me hace falta si tengo que quedarme quieta de pie, y lo necesito de verdad para las escaleras y para cualquier terreno desnivelado, y nunca sé de un minuto al siguiente si voy a estar como hoy o como estaba ayer, que apenas podía descansar el peso sobre la pierna.

—Mira, ahora estás andando muy deprisa, no lo necesitas para nada —me ha gritado desde detrás de mí.

Me he parado en seco y me he dado la vuelta. Podía sentir cómo me quemaban las mejillas. La estación de autobuses estaba abarrotada.

—¡Nadie finge que es un lisiado! ¡Nadie usa un bastón si no lo necesita! Debería avergonzarse por pensar que yo lo hago. Si pudiera andar sin el bastón se lo rompería en la espalda y me iría corriendo. No tiene ningún derecho a hablarme así, a hablarle a nadie así. ¿Quién la ha nombrado reina del mundo mientras yo no estaba mirando? ¿Por qué se imagina que iba a salir con un bastón que no necesito? ¿Para conseguir su compasión?... Mire, no quiero su compasión, eso sería lo último que querría. Solo quiero ocuparme de mis propios asuntos, que es precisamente lo que debería hacer usted.

No ha servido de nada, excepto para convertirme en un espectáculo público. Ella se ha ruborizado, pero no creo que realmente me haya entendido. Lo más probable es que al llegar a su casa comente que ha visto a una chica que fingía una cojera. Odio a ese tipo de gente. Aunque también odio a los que se acercan rebosando falsa compasión y quieren saber exactamente qué me ha pasado para después darme unos golpecitos en la cabeza. Soy una persona. Quiero hablar de algo que no sea mi pierna. Diré algo a favor de Oswestry: la distancia inglesa tiene como consecuencia que allí no tengo que soportar a tanta gente de esta. Allí solo los conocidos —maestros, chicas de la escuela, los amigos de las tías durante el día de San Esteban, personas así — me han preguntado bien si realmente necesitaba el bastón, o bien qué es lo que me había pasado.

He tardado una eternidad en calmarme. Seguía excitada y nerviosa cuando el autobús ha doblado la esquina estrecha que conduce hasta el puente Pontypridd. Si

tenemos un percance, he pensado, si caemos y nos morimos todos, esa mujer horrible será la última persona con la que habré hablado.

He almorzado con Moira, que era mi excusa fácil para venir hoy a Aberdare. Moira dice que se me ha puesto voz de pija, lo que es algo completamente horrible. No ha dicho «más inglesa» porque es mi amiga y es una persona amable, pero no hacía falta que lo dijera. La escuela se me debe de estar pegando. Pero no quiero hablar como las demás chicas de la escuela. No sé qué hacer para evitarlo. Cuanto más pienso en ello, más extraña me suena la voz en los oídos, pero hasta ahora no me había dado cuenta, solo hablaba. Allí se imparten clases de elocuencia. ¿Existen clases de anti-elocuencia? No es que quiera hablar como Eliza, pero tampoco quiero que al abrir la boca me clasifiquen directamente como una imbécil de clase alta.

Moira ha usado un término bastante bueno. Ha sido sorprendente lo difícil que nos resultaba encontrar temas sobre los que hablar. No recuerdo de qué solíamos hablar antes; me imagino que de nada en particular, de los chismorreos, de la escuela, y de las cosas que hacíamos juntas. Si quitas eso, ya no queda demasiado. Leah ha roto con Andrew, y ahora él y Nasreen salen juntos; sus padres, según parece, están flipando. Leah da una fiesta el 2 de enero por la tarde, así que allí los veré a todos.

Después de almorzar he salido de casa de Moira en dirección a Croggin Bog para cruzarlo. El Heol y Gwern es la única carretera en condiciones que lo cruza, pero me he alejado de ella casi enseguida. Croggin —bueno, en realidad se escribe Crogyn—, es grande: se trata de una ciénaga que ocupa casi toda la ladera de la colina. La atraviesan senderos muy antiguos, no tan antiguos como la Alder Road, pero en cualquier caso llevan allí mucho tiempo. Ahora es una mala época del año para ir, especialmente este año que el invierno ha sido húmedo, pero no resulta peligroso si conoces el camino, o si no lo conoces pero sigues los alisos. Mor y yo nos perdimos una vez en Croggin Bog, cuando éramos bastante pequeñas, y logramos salir simplemente siguiendo los alisos. En cualquier caso, no hay arenas movedizas; solo es un terreno húmedo y con mucho barro. La gente le tiene más miedo del que debería. En otra ocasión entré allí cuando ya era oscuro, poco después de la muerte de Mor, con la intención de perderme expresamente, pero las hadas me ayudaron a salir. Me dijeron que los fuegos fatuos y los mechones de los sauces hacen que te pierdas y te desvían hacia las peores zonas de la ciénaga, pero esa vez me condujeron directamente al camino junto a la casa de Moira. Entré empapada y la madre de Moira me obligó a ducharme y a ponerme ropa de Moira para volver a casa. Temía que al llegar a casa tendría problemas, pero Liz estaba discutiendo con el abuelo y no se dio cuenta.

Se cuenta una anécdota muy buena sobre la época en que construyeron estas casas. Las casas las construían a lo largo del Heol y Gwern, y empezaron a construir tramos cortos de calle que se adentraban en la ciénaga, con casas nuevas, porque

querían ensanchar la zona en la que la gente pudiera vivir. El problema era que la ciénaga no quería las casas. La historia real me la contó el abuelo, quien recordaba lo que había ocurrido: construyeron los cimientos de una casa el Jueves Santo y, cuando regresaron el martes, después del Lunes de Pascua, se habían hundido. Pero la versión que yo había oído es la de que construyeron toda la casa, y cuando regresaron después del fin de semana solo las chimeneas sobresalían de la ciénaga. ¡Ja! Después de eso dejaron de erigir nuevas casas, y en su lugar edificaron una urbanización nueva en Penywaun. Me alegro. A mí me gusta la ciénaga tal como es, con sus árboles pequeños y robustos, la hierba larga, los torrentes y, de repente, unas flores inesperadas, y pollas de agua en las aguas estancadas y avefrías aleteando con lentitud para que te alejes de sus nidos.

Hoy lo que buscaba era un hada, y en Croggin hay hadas con frecuencia. No he visto rastro de ellas, ni tampoco cuando he salido de la ciénaga por el lado del río y he entrado en Ithilien. También he buscado por Osgiliath y por las demás ruinas de las hadas en el cwm en el camino de vuelta al pueblo, el largo camino que sigue el dranvía. Por allí hay una vieja fundición y unas cabañas, o eso creo. Resulta tan difícil imaginarlas en la época industrial y con vida... Por el rabillo del ojo he visto fugazmente alguna hada, pero ninguna se ha querido detener a hablar conmigo. Recuerdo que no hubo manera de encontrar a Glorfindel después de Halloween. Ya habíamos pasado por otras épocas como esta, momentos en que no las podíamos encontrar, una temporada en que no querían que las encontrásemos. Eran siempre ellas las que nos encontraban a nosotras. Intenté llamarlas, pero sabía que era un intento inútil. Ellas no usan los nombres como nosotros. Ya me gustaría que funcionara como en Terramar, donde los nombres tienen poder de invocación, pero no es así; los nombres no cuentan, solo cuentan las cosas. Creo que sé cómo llamarlas usando la magia, pero esto no sería magia para evitar un daño, así que no lo he considerado ni siquiera un segundo.

He intentado sentarme, a pesar de que hacía mucho frío, y esperar hasta que se me calmara el dolor de la pierna, por si era eso lo que las mantenía alejadas, aunque hoy no era de los peores días. No creo que fuera eso, no lo creo. Me resultaba demasiado incómodo quedarme sentada durante mucho tiempo, y el viento traía un poco de lluvia. Atravesar el pueblo ha sido deprimente, pues cada vez están cerrando más tiendas que yo recordaba como lugares activos. El Rex lo van a cerrar y ya no habrá donde ver películas en Aberdare. Por todas partes hay señales desgastadas de «Se vende». Se ve basura tirada por las calles, e incluso el árbol de Navidad de delante de la biblioteca parece triste y desamparado. He cogido el autobús de regreso a Cardiff justo a tiempo para llegar a la cena con tita Teg.

No sé lo que voy a hacer si no las puedo encontrar. Necesito hablar con ellas.

Martes, 1 enero de 1980

Feliz Año Nuevo.

Me ha encantado despertarme esta mañana sola y en casa del abuelo.

Tita Teg se ha ido a algún sitio con él a pasar la Nochevieja, tal como hace casi siempre. Yo también pude haber ido, porque me lo pidió, pero no quise. Solo habría estorbado. Ayer por la mañana fuimos a Aberdare y visitamos al abuelo, después ella se marchó y yo fui a casa de tita Flossie. Quería salir a buscar a las hadas, pero en vez de eso me encontré representando *Tres gallinas francesas* en la fiesta de Nochevieja de tita Flossie. La alegría era un poco forzada y estuve deseando meterme en cama desde mucho antes de la medianoche, pero he tenido días peores. He conseguido otras cuatro libras y media en chatarra, además de seis monedas de chocolate. Tomé media copa de champán a las doce. Era mejor que el de Daniel, o quizá es que se trata de una de esas cosas a las que te vas acostumbrando.

Me voy a levantar, me prepararé el desayuno y después haré otro intento de encontrar a las hadas. Es Año Nuevo, así que quizá tenga más suerte.

Miércoles, 2 de enero de 1980

Ayer por la mañana salí a buscar a las hadas. Para probar en un lugar distinto, subí por el Common Ake. En realidad se llama Heck's Common, por el señor Heck, pero todo el mundo lo conoce como Common Ake. Es un terreno comunal, que no pertenece a nadie, como la mayor parte del país desde las leyes que establecieron los nuevos repartos de tierras en el siglo XVIII. Resulta difícil imaginar Aberdare como un valle agrícola sin nada más que St. John y una única carretera principal que iba de Brecon a Cardiff, sin calles y con todo el carbón y el hierro descansando tranquilamente en el subsuelo. Me hicieron aprender un poema moderno en galés el día de Eisteddfod, que terminaba con «Totalitariaeth glo», el despotismo del carbón. Mientras caminaba recogí un trocito de carbón. A menudo encuentran fósiles mientras excavan, hojas y flores antiguas. Todo esto tiene un origen orgánico, una masa orgánica presionada por las rocas hasta convertirse en vetas de carbón que arde. Si la hubieran presionado más se habría convertido en diamantes. Me pregunto si los diamantes arden, y si los quemáramos si fuesen tan comunes como el carbón. Supongo que las hadas no ven la diferencia, las plantas se convierten en rocas con el tiempo. Me pregunto si las hadas recuerdan el Jurásico, y si caminaron entre dinosaurios; me pregunto qué debían de ser entonces. De ser así, ninguna de ellas tendría forma humana. No hablarían en galés. Restregué el carbón con los dedos y se deshizo un poco. Sé qué es el carbón, pero en realidad no sé qué son las hadas.

Hay un lugar en Common Ake al que llamábamos la Hondonada Boscosa. Es uno de nuestros nombres más antiguos, más antiguo que los que más tarde tomamos de *El Señor de los Anillos*, y escribirlo ahora hace que me sienta al mismo tiempo un tanto avergonzada y profundamente protectora. La Hondonada Boscosa es un lugar donde debió de existir una cantera o una mina a cielo abierto, o algo por el estilo. El terreno desciende de forma abrupta por tres lados, creando un pequeño anfiteatro. En las laderas empinadas crecen árboles y zarzamoras. Creo que lo vimos por primera vez recogiendo moras con el abuelo, cuando éramos bastante pequeñas. Recuerdo que me comí más moras de las que guardé en el cesto, pero eso lo hicimos durante muchos años. Nos sentimos muy orgullosas cuando vinimos solas por primera vez.

Ayer las zarzamoras estaban hibernando y los serbales no tenían hojas. Un sol pálido brillaba lejano en el cielo. Un petirrojo descarado se posó cerca de mí cuando me acercaba e inclinó la cabeza. Los petirrojos aparecen en las postales de Navidad, y a veces también los ponen en los pasteles navideños, porque no se marchan durante el invierno.

—Hola —lo saludé—. Es una alegría verte por aquí.

El petirrojo no respondió. Tampoco esperaba que lo hiciera. Pero fui consciente de inmediato de que había allí alguien más. Levanté la mirada con la esperanza de ver

un hada que se desvanecía, con la esperanza de ver a Glorfindel, pero lo que vi fue a Mor, de pie delante de las hojas caídas en la ladera de la montaña. Parecía... Bueno, se parecía a Mor, pero de lo que fui realmente consciente era de que no se parecía a mí. La vez anterior que la vi, durante las vacaciones de medio trimestre, no me di cuenta, pero ahora sí. Yo había crecido, pero ella no. Yo tenía pechos. Llevaba el pelo diferente. Yo tengo ya quince años y medio, y ella sigue teniendo y tendrá siempre catorce.

Avancé un paso hacia ella, pero entonces recordé cómo me agarraba y tiraba de mí hacia la puerta en la colina, y me detuve.

—Oh, Mor —exclamé.

Ella no dijo nada. No podía, igual que el petirrojo. Estaba muerta, y los muertos no hablan. De hecho, sé cómo hacer hablar a un muerto. Le tienes que dar sangre. Pero eso es magia y, en cualquier caso, sería horrible. No me puedo imaginar haciéndolo.

Me puse a hablar con ella, aunque no me pudiera contestar. Le conté lo de la magia, y le hablé de Daniel y de sus hermanas, y de mi huida de casa de Liz, y de la escuela y del club de lectura, y de todo lo demás. Lo curioso era que cuanto más hablaba yo más lejana parecía ella, aunque no se hubiera movido, y más diferente era de mí. Antes nadie era capaz de diferenciarnos, pero siempre habíamos sido diferentes. Desde que murió, casi lo había olvidado, o quizá no olvidado, sino que más bien no había pensado tanto en ella como en un ser diferente de mí, sino que pensé siempre en las dos juntas. Yo me sentía como si me hubieran partido por la mitad, pero en realidad no había sido así, sino que ella se había ido. Yo no soy su propietaria, y siempre hubo diferencias entre las dos, siempre; ella era una persona distinta y yo lo sabía cuando estaba viva, pero todo esto se había difuminado desde que ya no estaba allí para defender sus derechos.

Si siguiera viva, nos habríamos convertido en dos personas diferentes. Creo. No creo que hubiéramos sido como las tías y nos hubiésemos quedado juntas toda la vida. Creo que siempre habríamos seguido siendo amigas, pero habríamos vivido en lugares diferentes y tendríamos amigos diferentes. Hubiéramos sido la tía de los hijos de la otra. Pero ahora ya es demasiado tarde para eso. Yo voy a crecer, y ella no. Ella se ha quedado congelada tal como está ahora, mientras que yo voy a cambiar, y quiero cambiar. Quiero vivir. Antes creía que tenía que vivir por las dos, porque mi hermana no podía vivir por sí misma, pero en realidad no puedo vivir por ella. De hecho, no puedo saber lo que Mor habría hecho, lo que habría querido, cómo habría cambiado. A mí, Arlinghurst me ha cambiado, el club de lectura me ha cambiado, y es posible que a ella la hubieran cambiado de otra manera. Es imposible vivir por otra persona.

No pude evitar hacerle algunas preguntas.

—¿El año que viene podrás bajar a la colina?

Se encogió de hombros. Estaba claro que no lo sabía. ¿Qué hay debajo de la colina? ¿Adónde van los muertos? ¿Qué pinta Dios en todo esto? Hablan del cielo como de un picnic familiar; ¿lo es realmente?

—¿Te están cuidando las hadas? —le pregunté.

Dudó, pero después asintió.

—¡Bien! —Eso hacía que me sintiera un poco mejor. Vivir con las hadas en el valle no era la peor opción que me podía imaginar al estar muerta—. ¿Por qué no quieren hablar conmigo?

Parecía sorprendida y se encogió de hombros.

—¿Les puedes contar lo de las tías y lo que quieren hacer?

Asintió con firmeza.

—¿Les puedes pedir que hablen conmigo? Estoy muy preocupada por lo de practicar magia y por sus consecuencias.

—Hacer es hacer —afirmó una voz a mi espalda, y al darme la vuelta vi un hada, una a la que nunca había visto, de color marrón avellana y nudosa como la corteza de una bellota. Su piel estaba llena de arrugas y pliegues, y no tenía forma de persona, sino más bien de tocón viejo.

Lo que me sorprendió más era que había hablado en inglés, y sus palabras fueron exactamente esas. Supongo que son lo suficientemente crípticas.

—¿Y la ética? —pregunté—. ¿Cambiar cosas de la vida de la gente sin que lo sepan? Tal vez tú puedas ver las consecuencias de lo que hago, pero yo no.

—Hacer es hacer —repitió, y desapareció, pero se oyó un golpe seco; y donde había estado el hada había ahora un bastón de paseo del mismo color que ella, con una cabeza de caballo tallada en el mango.

Me incliné con dificultades para recogerlo. Tenía la altura perfecta para mí, y el mango me encajaba cómodamente en la mano. Miré hacia Mor, pero ella también se había ido. El viento soplaba por la hondonada y agitaba las hojas muertas, pero no traía ninguna presencia.

Llevé de vuelta los dos bastones hasta la casa del abuelo, el del hada y el mío. Voy a dejar el viejo, que de todas formas era suyo, y conservaré el nuevo. Tal vez se desvanecerá al salir el sol o quizá se convertirá en una hoja o algo por el estilo, pero no lo creo. Me parece poco probable, en razón del peso que tiene. Le diré a todo el mundo que ha sido un regalo de Navidad. Y tal vez lo haya sido. Me gusta.

«Hacer es hacer».

¿Significa que no importa que sea magia o no, que todo lo que haces tiene poder y consecuencias, y afecta a otras personas? Porque este bien podría ser el caso, pero sigo pensando que la magia es diferente.

Esta noche es la fiesta de Leah.

Jueves, 3 de enero de 1980

De vuelta en casa de tita Teg. Resaca. Me gustaría que el agua de Cardiff no tuviera tan mal sabor. He traído una botella de agua del grifo de Aberdare, pero ya me la he bebido.

No hemos hecho nada en todo el día; solo hemos regresado a Cardiff, nos hemos sentado, hemos comido pastel de chocolate, hemos mimado a Persimmon (durante el tiempo permitido) y también hemos leído. Tita Teg parece tan exhausta como yo.

La fiesta de Leah de ayer por la noche fue increíble. Había un ponche que llevaba vino tinto, mosto y latas de zumo de fruta, y más tarde le añadimos vodka. Tenía un sabor horrible y creo que la mayoría lo bebíamos tapándonos la nariz. No sé por qué lo hice. Me emborraché y supongo que estuvo bien estar fofa y perder la compostura, pero eso solo hizo de mí una auténtica estúpida. La gente lo hace para tener una excusa, de manera que así al día siguiente puedan negar la responsabilidad de sus actos. Es horrible.

No quiero escribir sobre lo que pasó. En cualquier caso, no es importante.

Por otro lado, ¿son estas unas memorias completas y sinceras, o tan solo un sinfín de parloteo angustiado?

Empecé con mal pie. Nasreen llevaba un jersey rojo igualito que el mío, aunque a ella le sentaba mejor.

—¡Somos gemelas! —exclamó con entusiasmo, y entonces se dio cuenta de lo que había dicho y se le descompuso la cara.

No hace ni un año, apenas nueve meses, que yo misma vivía aquí. Todos hemos crecido en ese tiempo y parece como si los demás hubieran aprendido algunas reglas que yo no sé. Quizá se debe a que he estado fuera, o quizá es que estaba leyendo un libro bajo el pupitre el día que la gente estuvo hablando sobre cómo hacer estas cosas. Leah se había puesto sombra de ojos y carmín... incluso Moira iba maquillada. Moira se ofreció a ponerme un poco, y lo hizo, pero no tenemos el mismo tono de piel. Parezco una persona blanca, supongo que como Daniel, pero cuando me pongo al lado de alguien de verdad blanco, y Moira es excepcionalmente pálida, resulta evidente que el color de fondo de mi piel es amarillo y no rosa. Cada vez que una de nosotras se quemaba con el sol, el abuelo decía que éramos de un pálido ridículo, y que nos tendríamos que casar con hombres negros para que nuestros hijos tuvieran alguna oportunidad, y tenía razón: comparadas con el resto de nuestra familia, y en especial con él, éramos muy pálidas. No creo que nadie pueda sospechar, si no lo sabe ya, que tengo antepasados con un color más parecido al de Nasreen que al de Moira. Pero, en cualquier caso, en mí el maquillaje de Moira parecía ridículo y me lo quité.

Después estuve hablando con Leah sobre Andrew durante toda una eternidad, y

luego, con Nasreen acerca de Andrew durante otra eternidad. Leah casi ya lo ha superado y ahora le gusta otro, un chico mayor llamado Gareth, que tiene una motocicleta. Nasreen tiene peleas continuas con sus padres por culpa de Andrew, de las que me puso al día con rapidez. Si alguien quiere conocer mi opinión, no creo que Andrew sea lo bastante importante para tanto jaleo. Pero nadie me pidió la opinión, así que me pasé un par de horas hablando de él. Desde el momento en que llegó, se pasó el resto de la velada abrazado a ella, algo que los padres de Leah les habían jurado solemnemente a los de Nasreen que no iba a ocurrir. Los padres de Leah iban a estar fuera hasta las once porque habían ido al teatro a Cardiff con su hermana menor.

A la fiesta también acudió una serie de gente a la que no conocía demasiado bien. Un chico intentó colocarme el brazo sobre los hombros y le dejé hacerlo. Por qué no, pensé, pues en aquel momento ya llevaba algunos vasos del estúpido ponche púrpura, en el que flotaban trozos de uva, pera y melocotón. Siempre resulta agradable tener cerca a alguien afectuoso. Era uno de los amigos de Gareth, así que debía de tener dieciséis o diecisiete años. Se llamaba Owen y, hasta donde yo alcanzaba a comprender, no había leído un libro en su vida y no tenía ningún otro interés más allá de las motos, las chicas y la música. Le gustaban los Clash, de los que yo no había oído ni hablar, y Elvis Costello. A Leah también le debe de gustar Elvis Costello, porque lo ponía todo el rato a todo volumen. Realmente, no estoy al día de la música, porque en la escuela no se permite. Me parece atractiva la idea del Rock contra el Racismo, pero no me gusta demasiado la música actual. Owen me preguntó qué música me gustaba y le respondí que Bob Dylan, lo cual lo dejó totalmente descolocado. Diría que había oído hablar de Dylan, pero que no sabía nada de él. Bueno. Le sorprendió mucho el bastón, y me dejó sola poco después de verlo; entonces me levanté para ir al lavabo. Más tarde, Moira me aseguró que no tenía novia y que era adorable —pero no llegaba a la altura de Wim, y además, Wim tenía cerebro.

En cualquier caso, Owen regresó más tarde y empezó a abrazarme, y yo le dejé hacer. Estaba disfrutando con ello de una manera muy física. La cosa es que yo sé que las demás al menos fingen que están enamoradas de sus novios mientras salen con ellos. Sus relaciones actuales son una especie de ensayo de las relaciones adultas. Son relaciones temporalmente exclusivas, y juegan con el romance. Yo no quiero jugar a eso. Owen no me quitaba el aliento en absoluto, ni siquiera me gustaba demasiado. Pero era cariñoso, masculino, robusto y mostraba interés por mí, y me despertó la curiosidad y un deseo de más contacto corporal. Así que cuando me dijo que me quería enseñar su moto, salí con él. Solo era una Moped de 50 cc, pero estaba muy orgulloso de ella y me explicó sus características con todo lujo de detalles. No estoy demasiado segura de que ese trasto pueda subir una colina.

Podría pensarse que el aire nocturno me habría despejado, pero parecía que me

emborrachaba aún más. Cuando empezó a besarme, me gustó, y le devolví los besos, lo cual noté que le parecía un poco desconcertante. (¿Acaso es que lo estaba haciendo mal? Los libros no dan detalles de cómo se hace, pero lo estaba haciendo exactamente igual a lo que había visto en el cine.) Él me estaba abrazando y empezó a mover los brazos a lo largo de mi cuerpo. Entonces sí que me quedé un poco sin aliento; en realidad estaba muy excitada.

Así que volvimos dentro y entramos en una habitación pequeña, que es el estudio del padre de Leah. Allí hay un sofá. Nos sentamos y empezamos a abrazarnos. Estaba oscuro; había luz en el recibidor, pero no encendimos las luces del estudio.

¿Por qué escribir sobre sexo es más íntimo y difícil que escribir sobre cualquier otra cosa? He escrito cosas en este libro que pueden hacer que «me quemen en la hoguera», y no me preocupa haberlo hecho.

En cualquier caso, nos sobamos durante un rato, y entonces Owen me metió la mano dentro de las bragas, y me gustó, y pensé que era egoísta quedarme allí quieta sin corresponderle, así que le puse la mano sobre los pantalones y la moví en dirección a su pene. Sé perfectamente lo que es un pene; me he bañado con mis primos y también he jugado con ellos a los médicos, cuando éramos lo suficientemente pequeños para que no existieran todas esas estúpidas reglas de etiqueta. En cualquier caso, Owen tenía el pene tal como se podía esperar, y también estaba excitado, pero en cuanto lo toqué, a través de los pantalones, me apartó la mano y casi salió corriendo.

—¡Putá! —exclamó, poniéndose en pie con los puños cerrados, a la defensiva, como si creyera que se lo iba a agarrar. Entonces salió de la habitación.

Me quedé sentada durante un minuto con las mejillas ardiendo. No podía comprender qué había ocurrido. Aún no lo entiendo. Me quería. O eso creía yo. Pensaba que yo estaba actuando como una persona normal, pero está claro que no era así. Ahora mismo sigue habiendo algo que no acabo de ver, sigo sin pillarlo.

Leah me advirtió cuando regresé que debía andar con ojo con Owen porque tenía las manos muy largas. ¿Se suponía que le debía parar los pies? ¿Esperaba él que yo opusiera resistencia en vez de cooperar? Esto es enfermizo. Todo el asunto es enfermizo y no quiero tener nada que ver con él.

Quiero la serie infinita de bares de *Tritón*. O solo los tres bares de verdad. Eso lo puedo manejar. Esto, en cambio, me supera por completo. Al menos, lo más probable es que no lo vuelva a ver nunca más.

Viernes, 4 de enero de 1980

Esta mañana en Cardiff, para cambiar mis vales de libros en Lears. Me gusta Lears. Es grande: dos pisos con toda una pared de ciencia ficción, y algunas ediciones americanas de importación. Compró otro número de *Destinies*, *Red Shift*, *La intersección Einstein*, *Cuatro cuartetos*, *Charism*, de Michael Coney (el autor de *Hello Summer*, *Doogbye*) y, la maravilla de las maravillas, el milagro de los milagros, un libro nuevo de Roger Zelazny de la serie «Crónicas de Ámbar». He gritado en voz alta cuando lo he visto: *El signo del unicornio*. Tiene una cubierta amarilla horrible, pero reciban la bendición eterna Sphere por publicarlo y Lears por venderlo.

Me hace más feliz tener *El signo del unicornio* que todos los chicos del valle.

Esta tarde hemos ido de excursión a los Beacons para ver si las cascadas están heladas. No lo estaban, no hace suficiente frío, aunque algunos inviernos se hielan durante unos pocos días. No se veía la furgoneta de helados del área de descanso, y tita Teg lo recalcó como si realmente esperaba que estuviera. Me encantan las montañas. Me gusta el horizonte que forman, incluso en invierno. Cuando bajamos de nuevo, primero en dirección a Merthyr y después hacia Aberdare, superando las montañas, adonde tita Teg fue una vez de excursión cuando estaba en la escuela, tuve la sensación de que volvía a sumergirme en un edredón enorme.

El bastón nuevo sigue a mi lado. El abuelo es el único que se ha dado cuenta del detalle, cuando hemos pasado a verlo esta noche en el camino de vuelta. Dice que está hecho de madera de avellano. Le he dicho que me lo he comprado en el mercadillo con todo el dinero que he reunido durante las Navidades. Ha comentado que es una obra de arte preciosa y que debo buscarle una protección de goma para la contera, que también la podría encontrar en el mercadillo. Hoy parecía mucho más despierto. Nadie podría hacer más de lo que hace tita Teg para sacarlo de aquí.

Sábado, 5 de enero de 1980

En el tren he leído de un tirón *El signo del unicornio*, para dejárselo a Daniel cuando vuelva a la escuela. Lo que más me gusta de estos libros es la voz de Corwin, tan personal, con esa forma de explicar las cosas bromeando, para ponerse serio de repente. También me gustan los Triunfos y las Sombras, y las cabalgadas a través de Sombra. (Creo que a partir de ahora llamaré siempre Kentucky Fried Lizzard Partes al Kentucky Fried Chicken.) No creo que le haya sacado a Sombra todo el jugo posible. Si puedes atravesarlas y encontrar tus propias sombras, hay un montón de cosas que se pueden hacer con eso.

Lo he terminado en Leominster y después he vuelto a leer *Cuatro cuartetos*, emborrachándome con las palabras. Podría copiar páginas y páginas de este libro. A veces resulta difícil entender qué quiere decir, pero eso forma parte de la gracia, el modo en que se unen las imágenes para que adquieran coherencia. En esto hay una historia, como ocurre en «El joven Lochinvar», pero que no está en la superficie. Estoy tan contenta de tener mi propio ejemplar... Así lo podré leer una y otra vez. Lo podré leer una y otra vez en los trenes durante toda mi vida, y cada vez que lo haga recordaré el día de hoy y me conectaré con él. (¿Esto es magia? Sí, es un tipo de magia, es algo más que solo leer el libro.)

Shropshire sigue siendo horriblemente llano y sin montañas. Tiene un aspecto deprimente bajo la llovizna del mes de enero. El cielo está tan bajo que tienes la sensación de que podrías levantar una mano y pellizcarlo. Aquí es fácil entender que se puede sentir claustrofobia y acrofobia al mismo tiempo.

Daniel me estaba esperando, no ha habido ningún problema. Ha llegado pronto, y cuando salgo de la estación está sentado en el Bentley leyendo el *Punch*. Se disculpa mucho por no haberme acompañado a la estación el día que me fui. Me resulta muy difícil saber qué decir exactamente. Podría decir que no importa, pero sí importa. Ahora bien, ¿qué cambia si se siente culpable después de lo hecho?

—No es necesario que te disculpes, pero no lo vuelvas a hacer —le digo.

Parpadea.

He traído un roscón de Reyes, que he hecho yo y que tita Teg glaseó. En él no había magia directa ni deliberada, por más que pensé en los Reyes Magos y en el poema de T. S. Eliot sobre los Reyes mientras lo elaboraba. Pero el solo hecho de que lo hubiésemos hecho con los cuencos y las cucharas de tita Teg, y que lo hubiéramos amasado con nuestras propias manos, lo hacía realmente mágico. Supongo que las hermanas se dieron cuenta, porque también hicieron uno y me propusieron que me llevara el mío a la escuela y lo repartiese entre mis amigas. En la escuela prácticamente brillará, con la magia. No he dicho nada. Me he comido su pastel de serrín, he sonreído y he intentado ser una sobrina sumisa, recordando todo aquello

por lo que vale la pena serlo. Me he dado cuenta de que estaba terriblemente excitada con la idea de volver a la escuela y de que ansiaba saber qué regalos habían recibido las otras chicas por Navidad.

Allí sentada, mientras tomaba el té y sonreía tanto que me dolía la cara, me di cuenta de que no habían intentado hacer nada mágico contra mí. Quiero decir que los pendientes fueron un primer intento, supongo, pero después habían tratado de usar su autoridad como adultas y su capacidad física para llevarme a la tienda, y todo lo demás, pero no habían intentado obligarme usando magia, haciendo que siempre hubiera deseado unos pendientes o algo por el estilo. Me pregunto cuánta magia saben y cómo la han aprendido. ¿Les han enseñado las hadas? ¿O ha sido alguien que aprendió de las hadas? En teoría, yo le podría enseñar toda la magia que sé a alguien que no ha visto jamás un hada.

He estado pensando sobre lo de las hadas del Jurásico mientras leía *Cuatro cuartetos* y me preguntaba si las hadas son una manifestación sensible de la interconexión mágica del mundo. Recuerdo que una vez, en Birmingham, cuando estaba huyendo, vi un hada de pie en la esquina de una calle. Estaba lloviendo y el pavimento estaba mojado y brillaba, y allí estaba ella, mirando despreocupada. Me acerqué, me vio, me saludó con una inclinación de cabeza y desapareció. Vi que donde había estado había un poco de hierba que crecía en una grieta del pavimento.

Domingo, 6 de enero de 1980

Siempre olvido lo ruidosa que es la escuela. En este momento me retumban los oídos.

Ayer por la noche leí en la cama la *Guía del autoestopista galáctico*. Tenía intención de leerlo deprisa solo para poder darle las gracias a Deirdre, pero resulta que es divertido y malévola e inteligente, así que se lo pude agradecer con sinceridad, porque ni en un millón de años me habría fijado en él, puesto que parece una completa tontería. Me pregunto si ya lo habrán leído en el club de lectura.

Lo que les han regalado a las demás chicas por Navidad, notas para una sobrina dócil: a las más ricas, un *walkman* Sony. No los han podido traer a la escuela porque aquí la música está prohibida. Moira, Leah y Nasreen no se lo podían creer, y afirman que es la peor de las prohibiciones posibles. Ellas tres viven con la radio puesta. Según parece, el *walkman* Sony es un reproductor de casetes portátil con auriculares que se cuelga del cinturón, de manera que se puede escuchar una cinta mientras vas andando. Debo admitir que el invento es bastante ingenioso, aunque la elección musical de las chicas que lo tienen no sea la mía. A la mayoría de las chicas de la escuela les han regalado música; aunque no les tocó un *walkman*, muchas de ellas han hablado de discos y cintas. A Lorraine le han regalado un monopatín, y sus hermanos le han enseñado a usarlo. Según parece, es casi tan divertido como esquiar. Entre los regalos más populares se encuentran la ropa, los perfumes, los conjuntos de maquillaje con espejitos en la tapa, que también están prohibidos en la escuela pero algunas los han pasado a escondidas, y una pastilla de jabón con cordón, y eso hace que me guste un poco menos la mía.

A Deirdre le ha gustado mucho mi bastón nuevo. Me ha preguntado si era irlandés. Le he dicho que no, que era galés, y ha comentado que debía de ser celta. He estado de acuerdo con la observación. Se ha alegrado de que me gustase el libro, y yo, de que me haya gustado de verdad. Ella, por su parte, estaba muy contenta con su conjunto de jabón, o eso ha dicho.

He llevado el pastel a la cocina y les he pedido que lo repartan entre todas las alumnas de quinto inferior C. Es un pastel grande y me ha parecido que si cortaban porciones pequeñas habría más que suficiente. No me habría importado si no se lo hubieran comido, pero cuando lo han repartido después de cenar, la mayoría se lo ha comido, aunque algunas de ellas me miraban recelosas mientras lo hacían. Cuando lo elaboraba, pensaba en los Reyes llevando oro, incienso y mirra, y en la advertencia sobre Herodes, y esos pensamientos no les van a hacer daño, aunque no se lo podía decir. Sharon le ha dado su trozo a Deirdre. No sé qué piensan los judíos sobre Jesús. ¿Creen que fue solo un chico raro al que unos reyes llevaron unos regalos y que pensaba erróneamente que era el Mesías? ¿O creen que solo es un mito? No se lo puedo preguntar a Sharon, pero se lo puedo preguntar a Sam. Deirdre ha encontrado

el rey, en el trozo que le había dado Sharon, y se ha emocionado mucho. El rey y el concurso de poesía son probablemente lo único que ha ganado en su vida. No sé si en Irlanda tienen la costumbre del roscón de Reyes.

Siento cómo este lugar se cierra sobre mí como si fueran arenas movedizas.

El martes, ¡club de lectura!

Lunes, 7 de enero de 1980

He salido para contemplar la escuela desde fuera y respirar un poco, y la zona estaba llena de hadas. Pensaba que se desvanecerían en cuanto se dieran cuenta de que las podía ver, pero han seguido con sus asuntos sin prestarme atención y casi sin apartarse de mi camino. En su mayoría eran del tipo asqueroso, de esas llenas de verrugas, pero también había entre ellas alguna del tipo doncella élfica. He intentado hablar con ellas en gaélico y en inglés, pero me han ignorado por completo. Me pregunto qué está ocurriendo.

Carta del hospital con una cita para el jueves por la mañana con el doctor Abdul. Se la he enseñado a la enfermera y a la señorita Ellis, e iré, aunque no sé para qué va a servir. Tengo la pierna un poco mejor desde hace unos días. El Hospital Ortopédico está en Gobowen, lo cual significa que debo ir en autobús hasta el pueblo y después tomar otro autobús para llegar allí.

La señorita Carroll ha sido muy amable conmigo, me ha preguntado por las vacaciones y por si me habían regalado algún libro. Le he preguntado si a ella también le habían hecho regalos, y me ha respondido que libros y vales para libros, igual que yo. No es tan vieja. Supongo que se hizo bibliotecaria porque le gustan los libros y la lectura. A mí no me importaría ser bibliotecaria, si lo fuera en una biblioteca de verdad, pero en una biblioteca escolar sería algo terrible, en especial aquí.

Martes, 8 de enero de 1980

¡Esta noche, club de lectura!

Este trimestre, el libro de la asignatura de inglés es *Lejos del mundanal ruido*. Lo he estado leyendo durante todo el día, cada vez que he tenido tiempo para leer. Hardy es muy ampuloso, aunque técnicamente no tanto como Dickens. Hay una escena terrible en la cual una mujer descarriada llamada Fanny Robin se va arrastrando junto a una valla mientras da a luz. Me parece que el resto del libro es demasiado ligero para soportar esa escena. El final feliz es como una pesadilla: Bathsheda y Gabriel Oak casados, y «dondequiera que mire estás tú y dondequiera que mire estoy yo». ¡Qué agobio! A la abuela le gustaba Hardy, pero a mí no. Lo he intentado, pero es demasiado deprimente, y al mismo tiempo, demasiado trivial. Hace que las cosas ocurran de una manera demasiado sencilla, aunque a veces se trata de acontecimientos horribles, pero siempre son muy cotidianos. Lo odio. Podría haber aprendido un montón de Silverberg y de Delany.

También vamos a leer *La tempestad* y algo de Keats. Ya lo he leído todo. Lo bueno de *La tempestad* es que la iremos a ver al Teatro Clwyd de Mold, una salida escolar. Supongo que todo el mundo se reirá a lo tonto y eso será un estorbo, pero será una obra de verdad en un teatro. Nunca he visto representada *La tempestad*. Solo he visto *Romeo y Julieta*, en el Teatro Sherman, con tita Teg, y *El sueño de una noche de verano*, con la escuela en el New Theatre. Ya me imagino que el teatro de Mold no estará a la altura del de Cardiff, pero qué importa. Me pregunto cómo interpretarán a Calibán. Siempre lo he imaginado como la primera hada que vi aquí, cubierto de verrugas y telarañas. Me pregunto también cómo interpretarán a Ariel.

En historia seguimos con el aburrido siglo XIX, uf, lleno de leyes, Irlanda y sindicatos. ¡Que alguien me dé historia con un poco de diversión! En francés vamos a aprender el modo subjuntivo. Las chicas dicen que resulta duro, pero en cualquier caso no es latín. En latín vamos a empezar con el Libro Primero de la Eneida de Virgilio. Hasta ahora me gusta.

Un pueblo enemigo mío
navega ahora por el mar Tirreno
y se lleva a Italia Ilion y los Penates vencidos.

Aunque me parece que «mar Etrusco» sería mejor.

Miércoles, 9 de enero de 1980

Ayer por la noche, club de lectura. Llegué un poco tarde porque el autobús iba con retraso, pero no habían empezado aún y Janine me guardaba un sitio delante del busto de Platón.

Gran reunión, dirigida por Mark, que es un tipo regordete de mediana edad con gafas de culo de botella y barbita. Hablamos sobre la Trilogía de la Fundación. Lo mejor fue cuando nos centramos en la psichistoria, y discutimos sobre si es posible. Yo creo que no lo es, debido al caos. No creo que se pueda producir una mutación como la del Mulo, y sería menos probable aún que la gente normal y corriente se mantuviera en línea. (Se podría conseguir usando la magia. Pero no al nivel al que supuestamente llegó Hari Seldon. Eso no lo dije.) Entonces Wim la comparó con *La rueda celeste* y con algunos libros de Dick sobre la manipulación de la historia. En este punto pregunté si era posible escribir un relato sobre una sociedad secreta que hubiera estado manipulando la historia desde el principio con un objetivo misterioso.

—¿Quién lleva suficiente tiempo por aquí? —preguntó Greg.

—¿La Iglesia católica? —sugirió Janine.

Pete bufó.

—Entonces no han hecho demasiado bien su trabajo. Controlaban medio mundo y perdieron el control.

(Janine y Pete vuelven a ir juntos. Se cogen de la mano por debajo de la mesa. No sé si ella le ha perdonado que apoyara a Wim o si ha acabado aceptando el punto de vista de Hugh. No se lo pude preguntar, ni siquiera durante la charla intrascendente al terminar, porque Wim pululaba por allí.)

—A menos que sea obra de un grupúsculo secreto interno cuyos objetivos no coincidan con las metas aparentes de la Iglesia —aporté.

—¿Los templarios? —sugirió Keith.

—¡Unos templarios secretos, dotados de tecnología alienígena! —añadió Wim.

Nos habíamos ido muy lejos de los libros de la Fundación. Pero no importaba, nos había llevado hasta ahí. Es tan agradable estar con gente que ha leído lo mismo que yo y cuyas mentes los llevan hacia ese tipo de lugares. La idea de unos templarios secretos con tecnología alienígena que manipulan toda la historia con una finalidad oculta —¿quizá para llevar a la gente a la Luna, donde tienen un escondite, o algo por el estilo, como en *Las sirenas de Titán*?— es maravillosa.

Al final, les hablé sobre *El signo del unicornio*, pero no se lo pude prestar, porque todavía lo tiene Daniel. Le pediré que me lo envíe. Casi todo el mundo estaba muy excitado, y a las dos o tres personas que no habían leído los dos primeros volúmenes —y se van a llevar una buena sorpresa cuando lo hagan— se les animó a hacerlo. Brian es el único a quien no le gusta Zelazny. Greg anunció que lo pedirá para la

biblioteca, pero no lo podrá hacer hasta el mes de abril, porque se han quedado sin dinero para comprar libros hasta que empiece el nuevo año económico. Si fuera rica, donaría un montón de dinero a las bibliotecas.

—Mientras tanto, se puede pedir a través del préstamo interbibliotecario —sugirió Greg, y me sonrió.

—Eso me recuerda algo —intervine—. ¿Qué más ha escrito Zelazny?

Según parece, una infinidad de obras, pero no se puede encontrar casi ninguna. Greg me lo va a pedir todo a través del préstamo interbibliotecario. Es una de las personas más amables que conozco. Al principio no lo parece, porque tiene un carácter muy cerrado, pero bajo la superficie es encantador.

La semana que viene, Cordwainer Smith. Espléndido.

Wim se acercó a mí cuando salíamos.

—Has dicho que no habías leído *El señor de los sueños*, ¿verdad? —preguntó.

—Así es —contesté.

—Te lo puedo prestar, si no quieres esperar hasta que llegue. Si te apetece, podemos vernos aquí el sábado.

De manera que tengo una cita con Wim en la biblioteca a las once y media del sábado para que me lo preste.

Nadie que se ofrezca a prestarme a Zelazny puede ser tan malo como lo han pintado.

Jueves, 10 de enero de 1980

En el hospital, en cama, en tracción, con dolores terribles. Lamento la letra ilegible.
Es inevitable.

Viernes, 11 de enero de 1980

Me siento secuestrada. Ayer vine al hospital para una cita externa. El médico, el doctor Abdul, estuvo mirando las radiografías durante cinco minutos, luego me toqueteó la pierna un par minutos y decidió que necesitaba una semana en tracción. Le indicó a su ayudante que buscara una fecha, descubrió que tenía una cama disponible, telefoneó a Daniel y a la escuela, y lo siguiente que recuerdo es que me encontraba en el potro de tortura. De verdad me siento como si estuviera en el potro. Resulta muy difícil hacer nada. Escribir es durísimo. Lo hago al derecho, porque al revés es demasiado complicado, incluso con tanta práctica como tengo. Sigo derramando el agua cuando bebo. Hasta leer resulta complicado. Tengo la pierna metida en este trasto, elevada con unas barras metálicas blancas, fijadas con vendas, estirada al máximo, así que cada segundo siento un dolor del diablo, que me obliga a estar estirada en la cama. Casi no puedo moverme. He leído los tres libros que llevaba en la mochila, uno de ellos dos veces. (*Misión de gravedad*, de Clement.) Debí haber traído más, pero solo traje tres porque conozco los tiempos de espera en el hospital.

Dolor, dolor, más dolor y la humillación de la cuña para orinar. Tengo que apretar un botón para llamar a la enfermera cuando quiero beber o cuando necesito la cuña, y a veces tardan una eternidad en venir, pero si resulta que cuento con ello y llamo antes, entonces resulta que aparecen al instante. Para añadir mayor sufrimiento al tormento, hay un televisor al final de la sala. No hay forma de escapar de él, y es incluso más insoportable de lo normal porque está sintonizado constantemente en la ITV, de modo que hay muchos anuncios. Me pregunto si el infierno será así. Desde luego, prefiero los lagos de azufre, que te ofrecen al menos la posibilidad de nadar en ellos.

Todos los demás pacientes reciben visitas entre las dos y las tres, o entre las seis y las siete, que son las horas de visita. Este es el segundo día que los veo entrar en tropel con flores, uvas y una expresión rara en la cara. Los miro intensamente, todo lo que se puede mirar a alguien desde este ángulo. Yo no espero a nadie, y de hecho no viene nadie. Daniel sí podría venir. No está tan lejos, y sabe que estoy aquí. Pero no creo que lo dejen venir.

Mañana no podré ir a ver a Wim y creerá que no aparezco porque me han contado cosas malas sobre él.

Una mujer del fondo de la sala ha empezado a gritar, unos chillidos entrecortados. Están poniendo biombos alrededor de su cama para que los demás no podamos ver lo que le están haciendo. En definitiva, esto es mucho peor que lo que habitualmente se suele decir del infierno.

Sábado, 12 enero de 1980

Sigo en el potro.

La señorita Carroll vino ayer por la tarde hacia el final de la hora de visita con un montón de libros de bolsillo. Los ha sacado de la biblioteca de la escuela, y por eso no son demasiado divertidos, pero en estos momentos me parecen gloria divina. No se pudo quedar mucho rato. Nadie le había dicho que estaba aquí, pero como no me veía fue a averiguar qué me había ocurrido. Vino en cuanto lo supo. Casi lloré cuando me lo contó. No tenía ni idea de lo difícil que resulta sonarse la nariz en esta posición. Me prometió que le diría a Greg dónde estoy, para que él se lo diga a Wim y a los demás. Volverá esta tarde con más libros.

Querido Dios, si estás ahí y te preocupas por las personas y las bendices, por favor, bendice a Alison Carroll con tu mejor bendición.

Me ha traído tres libros de Piers Anthony, los primeros de dos series diferentes. Creo que los cogió porque están al principio del alfabeto y tenía prisa. Yo no los había leído porque, francamente, parecen basura. Ya he dejado atrás la etapa de leerme toda la biblioteca por orden alfabético, aunque me alegro de haberlo hecho en su momento. En cualquier caso, estos libros los estoy disfrutando. Hasta el momento he leído *Vicinity Cluster* y *Chaining the Lady*, y estoy a punto de empezar *Un hechizo para Camaleón*, que es de fantasía. Yo tenía razón, en realidad son muy malos, pero me han servido para distraerme y me han mantenido ocupada una mitad del cerebro, mientras la otra mitad me enviaba mensajes de «Ay, ay, ay» o «Sacadme la pierna del potro», lo cual resulta todo un alivio. Ayer por la noche soñé con universos «huésped», en los que me transferían a cuerpos alienígenas. Pero todos ellos tenían las piernas mal, e incluso cuando me encontraba en el cuerpo de una bailarina tenía que bailar con el bastón. Supongo que era el dolor, que se manifiesta incluso cuando estoy dormida. Ayer por la noche leí hasta quedarme dormida y después me despertaron para darme una pastilla para dormir.

Domingo, 13 de enero de 1980

La señorita Carroll volvió ayer por la tarde con más libros y con un racimo de uvas, y Greg ha venido esta tarde con Janine y Pete, y con más libros. Además, mientras charlábamos sobre Piers Anthony, que a Pete le gusta y al que Greg compara con Chaucer (!), ha aparecido Daniel. Al principio no lo he visto, porque no estaba mirando obsesivamente hacia la puerta para ver a las visitas de los otros pacientes, pues, para variar, tenía mis propias tres visitas. Se ha acercado tímidamente a la cama y parecía avergonzado. Me he dado cuenta de que no estaba seguro de si debía darme un beso o no, y al final no me lo ha dado. También ha traído libros, y una tarjeta muy grande de sus hermanas y más uvas, de unos granos rojos y pequeños. No sé por qué la gente trae uvas. ¿Se supone que son especialmente curativas? Janine me ha traído una barrita de Mars, que me gusta mucho más, aunque es difícil de comer. Aquí, la comida está más allá del horror.

Al principio la conversación ha sido forzada. He presentado a Daniel a los demás, y ha quedado claro que nadie sabía qué decir. Greg incluso ha sugerido que se tendrían que ir. Entonces, por suerte, Daniel ha comentado que había traído *El signo del unicornio* y ha habido que decidir quién se lo llevaba primero, y hemos estado hablando de libros hasta el final de la hora de visita, cuando la enfermera ha hecho sonar el timbre y todo el mundo se ha tenido que ir. No le he preguntado a Daniel si podía esperar hasta la hora de visita de última hora de la tarde, pero evidentemente no podía, porque la hora de visita ha llegado y luego se ha ido sin rastro de él. Aun así, ha sido muy amable por su parte dedicarme su tarde del sábado.

Los libros que me ha traído Greg son todos los que me han llegado esta semana a través del préstamo interbibliotecario, y los ha sacado en mi ausencia y sin mi carnet. Bromeaba sobre que este era un servicio bibliotecario habitual, pero desde luego no lo es. Desgraciadamente, todos son de tapa dura y resultan muy difíciles de leer en esta posición. Puedo sostener un libro de bolsillo inclinado sobre mi cabeza con una mano, pero no uno de tapa dura. Tengo aquí *Return to Night*, de Mary Renault, y no lo puedo leer. Pero incluso así, ya es mucho que pueda ver el lomo en la mesilla de noche.

La semana de convalecencia terminará el miércoles. Tres días más de agonía e infierno.

Una enfermera se acerca hasta mi cama cada cuatro horas para darme analgésicos. —Tómatelos solo si te duele —me indica.

¿Cómo podría no sentir dolor alguien a quien torturan así? Me los tomo, pero casi no me causan efecto.

Duermo realmente mal, con sueños extraños, y me despierto a menudo por culpa del dolor y de los movimientos en la sala. Las pastillas para dormir, que insisten en

que tome, me hacen dormir, sí, pero no me mantienen dormida.

Lunes, 14 de enero de 1980

Esta noche, o a primera hora de la mañana, mi madre ha vuelto a intentar un ataque nocturno. Me he despertado y no me podía mover, y he sabido que estaba en la sala, cerniéndose sobre mí. La sala no se queda nunca totalmente a oscuras, porque siempre hay luz en el puesto de las enfermeras y unas lucecitas en el suelo y, además, alguien tenía encendida la luz de lectura en un extremo de la sala. Había luz suficiente para poder verla, pero no he podido; solo notaba su presencia con mucha fuerza. Sentía tanto dolor que no era capaz de pensar en lo que tenía que hacer. He intentado recordar qué fue lo que funcionó la última vez, y por supuesto era la letanía contra el miedo, así que la he recitado y ha vuelto a surtir efecto. Cuando me he calmado y he recuperado el control, me podía mover de nuevo, todo lo que el potro permite, y ella había desaparecido.

¿Cómo ha sabido que estaba aquí y era vulnerable? ¿Por qué mi hechizo de protección no ha resistido? No debería importar dónde me encuentro.

Esta mañana he visto al doctor Abdul por primera vez desde que me colgó de este artefacto el pasado jueves. Me ha manoseado la pierna, me ha hecho gritar, maldita sea, y me ha dicho que estaba mejorando. Entonces se ha trasladado hasta su siguiente paciente. Yo no tengo tanta fe en que esté mejorando. Es más, tengo la sensación de que incluso está empeorando.

Supongo que podría tener esa sensación y a pesar de eso, mejorar. Él es médico. Es necesario conseguir tres sobresalientes en los A Levels para empezar la formación como médico. (¿Tienen A Levels en Pakistán? Supongo que sí, porque antes eran británicos, formaban parte de la India británica cuando la abuela del abuelo se marchó de allí. Pero ahora, ¿tienen A Levels? Nasreen lo debe de saber, porque su padre tuvo que superarlos.) Bueno, en cualquier caso, el doctor Abdul debió de superar el equivalente pakistaní de los tres sobresalientes en los A Levels antes de empezar su formación. Supongo que es inteligente y diligente, y que sabe lo que hace. No creo que aten a nadie en este artilugio porque sí.

¿Por qué funciona la letanía contra el miedo?

La señorita Carroll ha venido a la hora de visita de última hora de la tarde, con más libros. Son más misterios de Josephine Tey, lo cual me parece perfecto, y gracias a Dios, son de bolsillo. Me dice que me echa de menos en la biblioteca y que han mencionado mi nombre durante las oraciones.

Martes, 15 de enero de 1980

Sigo en el potro de tortura y estoy realmente deprimida.

Echo de menos el club de lectura. Y como todos están allí y la señorita Carroll ya vino ayer, sé que no tendré visitas.

El abuelo y tita Teg ni siquiera saben que estoy aquí; si lo supieran, al menos habrían enviado una tarjeta. Entonces ¿cómo lo sabe mi madre? Aquí no hay magia. No hay hadas, no hay nada: yo creía que la escuela estaba limpia y era neutral, pero eso no es nada en comparación con esta sala.

He leído todos los libros de Tey. *Brat Farrar* es especialmente bueno. Pero ¿qué es el pozo en Dotan? ¿Tiene algo que ver con la historia de José?

Un día más en el potro. Empiezo a preguntarme si es posible que un sádico saque tres sobresalientes en los A Levels, pero si el doctor Abdul fuera un sádico vendría más a menudo y disfrutaría más con mi sufrimiento. Está claro que le da completamente igual. No me miró a la cara y casi ni me miró la pierna. Solo le interesan las radiografías. Hago un esfuerzo por verle el lado bueno a todo esto. Tres sobresalientes en los A Levels me empiezan a parecer demasiado poco para depositar en ello el peso de tanta confianza.

Miércoles, 16 de enero de 1980

No me dejarán salir de aquí hasta que no me vea el doctor Abdul, que no vendrá hasta mañana.

Una visita a primera hora de la tarde: ha venido Wim. Me ha traído *El señor de los sueños* y *La isla de los muertos*. Vestía una cazadora de cuero y tenía una expresión muy extraña, mucho más que la de Daniel. De repente me he dado cuenta de que llevo puesto el estúpido camisón del hospital con manchas de la comida que se me ha ido cayendo (resulta muy difícil ser limpio comiendo en posición horizontal) y que no me he lavado el pelo desde hace más de una semana. Me ha conmovido el hecho de que haya venido a verme desde tan lejos, y más aún sin los demás.

—Greg me contó ayer que estabas aquí —ha explicado—. Quería traerte esto. Aunque no parece que los necesites —ha añadido mientras hacía un gesto hacia la pila de libros que tengo en la mesilla que hay al lado de la cama.

—Ya los he leído casi todos —he reconocido.

Ha alzado las cejas.

—Aquí no tengo nada más que hacer —le he explicado.

—Parece un lugar bastante lúgubre —ha asentido—. ¿Qué tal la comida?

—Horrible.

Se ha reído.

—Mi madre es una de las cocineras.

—Estoy segura de que su comida es mucho mejor en casa —he dicho para intentar arreglarlo.

—No, no lo es —ha replicado—. No es buena cocinera, aunque reconoce que aquí la comida es atroz, así que tiene que ser realmente mala. Por eso preguntaba.

—Tampoco es tan distinta de la comida de la escuela —he reconocido.

—Creía que en Arlinghurst os daban bien de comer. Con lo que cobran...

—Yo también lo creía, pero es horrible. Basura y natillas.

—Te he traído un poco de helado de astronauta de la NASA.

Ha sacado un paquete del bolsillo.

Lo ha sostenido en alto para que pudiera verlo bien. Era negro, con la imagen de un cohete, y un texto anunciaba que era el helado de los astronautas, como el que comían en las misiones Apolo. He mirado a Wim sobrecogida.

—Todo el mundo me ha traído uvas —le explico—. ¿Dónde has conseguido eso?

Parecía un poco avergonzado, si es que eso es posible en él.

—Mi primo nos trajo algunos de Florida. Compró unos cuantos helados. Este es el último. No matan, más que nada es la ocurrencia. Lo estaba guardando para una ocasión adecuada.

He dejado de darle vueltas al paquete entre las manos y me lo he quedado

mirando.

—¿Tienes un primo que ha ido a América?

Me ha sonreído y me ha asaltado de nuevo esa sensación de quedarme sin aliento.

—América existe de verdad, ¿sabes? No está solo en la ciencia ficción. Greg ha estado allí. Fue a la Worldcon de Phoenix. ¡Conoció a Harían Ellison!

—¿Qué es una Worldcon?

—Un congreso mundial de ciencia ficción. Son cinco días en los que se reúne la gente y hablan de ciencia ficción. El año pasado se celebró en Brighton. Yo fui. Fue extraordinario. Bueno, fue más que extraordinario. No te lo puedes ni imaginar.

Creo que sí me lo puedo imaginar.

—¿Como el club de lectura, pero multiplicado?

—Multiplicado exponencialmente. También vino Robert Silverberg. ¡Hablé con él! ¡Y con Vonda McIntyre!

Casi no me lo podía creer; ¡estaba sentada en la misma habitación que alguien que había hablado con Robert Silverberg!

—¿Dónde se celebra este año?

—En Boston. Normalmente se celebra en América. Dios sabe cuándo volverá a celebrarse en Gran Bretaña. Pero también hay congresos británicos. En Pascua se celebra uno en Glasgow. Por supuesto, los autores americanos no vienen. Pero lo bueno no son solo los escritores. También están los aficionados. No te puedes llegar a imaginar las conversaciones que tuve en Brighton.

—¿Vas a ir a Glasgow?

—Estoy ahorrando para ir. A Brighton fui en bicicleta y dormí en una tienda de campaña, pero para Glasgow necesitaré dinero como mínimo para compartir una habitación en un hotel durante la Semana Santa, y sería mucho más agradable si pudiera ir en tren. —Parecía ansioso y animado.

—Una habitación de hotel. Un billete de tren. ¿Cuánto cuesta la entrada?

—Lo llaman inscripción —me ha rectificado—. Yo ya la he pagado. Son cinco libras.

—No sé si Daniel me lo pagaría. No sé si me dejaría ir. Me pregunto si lo podría convencer de que me acompañara.

—¿Quién es Daniel? —ha preguntado, alejándose de mí sin levantarse de la silla—. ¿Tu novio?

—Mi padre —he contestado—. También es aficionado a la ciencia ficción. El domingo estuvo aquí con Greg, Janine y Pete, y estuvimos todo el rato hablando de libros. En un congreso disfrutaría mucho, estoy segura.

Estaba mucho menos segura de que sus hermanas le permitieran ir. Es el tipo de acontecimiento que no les gusta en absoluto, puesto que hace que Daniel se aleje de ellas para hacer lo que a él le gusta. Lo más probable es que tampoco lo encuentren

adecuado para mí, no si quieren que sea una sobrina dócil. Tengo que encontrar la manera de sortearlas.

—Tienes tanta suerte... —ha dicho Wim, para mi sorpresa.

—¿Suerte? ¿Por qué? —he parpadeado. No estoy acostumbrada a pensar que soy afortunada, ni siquiera cuando no tengo la pierna atada al potro.

—Tienes un padre rico que lee ciencia ficción. El mío cree que es infantil. Le parecía bien cuando tenía doce años, pero ahora considera que leer es de mariquitas, y que leer este tipo de cosas es infantil. Me pega gritos cuando me sorprende leyendo. Mi madre lee a veces lo que ella llama bonitos romances, Catherine Cookson y ese tipo de cosas, pero solo cuando él no está en casa. Ella tampoco entiende nada. En mi casa no hay libros. Daría cualquier cosa por tener unos padres que leyeran.

—Conocí a Daniel el verano pasado —le he confesado—. Mis padres están divorciados y a mí me criaron mis abuelos. No tenían dinero, pero les gustaba leer y me animaron a hacerlo a mí también. Y Daniel no es exactamente rico. Lo son sus hermanas, que le dan dinero pero lo atan corto. Además, ellas son quienes pagan para que yo vaya a Arlinghurst. Es su forma de perderme de vista, creo. No sé si le darían el dinero para ir a Glasgow, porque no creo que quieran que vaya. A mí es posible que me dejen.

—¿Dónde está tu madre? —Es una pregunta lógica, pero la ha hecho con una naturalidad tan elaborada que parecía ensayada.

—Está en Gales del Sur. Ella... —He dudado, porque no quería decir ni que es una bruja ni que está loca, aunque ambas cosas son ciertas. En realidad no existe una palabra que agrupe los dos significados, y debería existir—. Está loca.

—A las chicas de la escuela les dijiste que es una bruja —ha replicado Wim, apartándose el cabello de la cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo una novia que trabaja en la lavandería y me lo ha contado.

El corazón me ha dado un vuelco ante la noticia de que tenía novia. Es dos años mayor que yo y lo más probable era que no estuviera interesado en mí, y yo lo sabía, por más que hubiera venido a verme y me estuviese haciendo mucho caso. He comprendido de repente que su novia es la chica que vi al final del trimestre metiendo cansinamente las blusas de los uniformes en las lavadoras. En cierto sentido, resulta gratificante que le haya preguntado por mí.

—Deja que te odien si con ello consigues que te teman —he citado—. Es lo que Tiberio...

—Sí, he leído *Yo, Claudio* —me ha interrumpido—. ¿Les contaste que tu madre es una bruja para que te tengan miedo?

—Son unas matonas terribles —le he explicado—. Todas se conocen y yo no conozco a nadie, y tengo un acento muy distinto al suyo, y me pareció una buena

estrategia. De hecho, ha funcionado bastante bien, aunque la estrategia resulta un poco solitaria.

—Entonces ¿no es una bruja? —ha preguntado en un tono extrañamente desilusionado.

—Bueno... en realidad, lo es. Una bruja loca. Una bruja malvada, como en los cuentos. —No quería hablar sobre ella, no quería explicarle cómo era. En cualquier caso, resulta bastante difícil describirla.

Se ha inclinado hacia delante y me ha mirado a los ojos. Tiene unos ojos muy azules, casi tan azules como el cielo.

—¿Puedes leer la mente?

—¿Qué? —he dicho sorprendida.

—Ya sabes, como en *Muerto por dentro*. —Se ha quedado quieto, a unos centímetros de mí y mirándome intensamente a los ojos. Yo seguía sin aliento pero, aunque resulte sorprendente, no me he ahogado, aun sabiendo que tiene novia.

—¡No! No creo que nadie pueda hacerlo —he contestado con un graznido extraño.

—Solo me lo preguntaba. —Parecía indeciso e inseguro, como si hubiera preferido no habérmelo preguntado. No se ha movido—. Es que, la primera vez que te vi, me pareció que veías directamente dentro de mí. Y cuando oí que tu madre es una bruja, pensé, ya sabes... ¿Te ha pasado alguna vez que has leído tanta ciencia ficción que llega un punto en que ya no sabes qué es posible y qué no lo es? ¿En el que empiezas a admitir hipótesis que sabes que son descabelladas, pero...? —Su voz se ha ido apagando.

La primera vez que lo vi, lo único que pude pensar fue en lo guapo que era. Si él pensó que se produjo algún tipo de comunicación mística, estaba totalmente equivocado. Ha sonado el timbre que indica el final de las visitas.

—Es una bruja —le he explicado muy deprisa mientras se levantaba—. Y la magia existe.

Se ha inclinado sobre mí, ansioso.

—Enséñamelo.

—No es como en los libros —le he asegurado con un hilo de voz que era poco más que un susurro, aunque con el ruido de las visitas que se iban era improbable que nos escucharan.

—Enséñamelo de todas formas.

—No hay nada que ver. Y he jurado que no haría nunca magia, excepto para evitar un daño. —Al decirlo me he dado cuenta de que parecía una excusa muy débil. Su rostro se ha oscurecido y se ha puesto en pie—. Aunque quizá te puedo enseñar algo —he añadido, desesperada porque me creyera—. No sé si podrás verlo. Tendrás que esperar a que salga de aquí.

—¿No te estarás quedando conmigo? —ha preguntado, dejando claras sus sospechas en el tono de voz.

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—De acuerdo —ha aceptado de mala gana—. Gracias.

—Gracias a ti por venir y por traer los libros.

He visto cómo salía de la sala y después me he pasado el resto del día comiendo el helado de astronauta (es una cosa muy peculiar) y apuntando hasta la última palabra de la conversación, aunque escribir me resulte tan difícil, para no olvidar nada.

No me será necesario hacer magia. Si me acompaña a Poacher's Wood le enseñaré un hada. Él cree, debe creer; al menos, cree en algo. Pero estar en el bosque con hadas a las que yo veo y él no puede resultar muy incómodo, porque puede llegar a pensar que estoy loca o que miento, y las dos cosas son bastante espantosas.

Bueno.

Jueves, 17 de enero de 1980

Jamás me había encontrado tan mal, ni siquiera después de haberme encontrado muy mal.

Me han hecho más radiografías. El doctor Abdul quería hablar con Daniel y se ha molestado porque no estaba, como si yo lo tuviera escondido en el bolsillo. Finalmente me han dado el alta, insistiendo en que use un bastón de metal en lugar del mío, que es tan útil y que me han dado las hadas. He conseguido llegar a la parada del autobús, y después, desde la parada del autobús a la siguiente parada. Está bien que haya muretes en los cuales poder sentarse. Nunca había estado tan mal. Creo que me han estropeado aún más la pierna, creo que me han lisiado para toda la vida y que era eso lo que le querían decir a Daniel y no querían decirme a mí.

Estoy de nuevo en la biblioteca. La señorita Carroll cree que debería estar en la cama. Me ha traído un caramelo y un vaso de agua, aunque está estrictamente prohibido comer en la biblioteca.

Dolor, dolor, ¡Dolor!

Viernes, 18 de enero de 1980

En cama en la enfermería. Tendida en cama, con almohadas y sin potro, se está maravillosamente bien. Tendida no me duele tanto. Hasta ahora tampoco había apreciado la comida de la escuela. Por supuesto, una de las cosas buenas del hospital fueron las visitas. Aquí no puede visitarme nadie, excepto Deirdre y la señorita Carroll. Les daría un ataque si vinieran Janine o Greg, y probablemente me expulsarían si apareciese Wim, cosa esta última que no va a suceder.

Me estoy poniendo al día con las clases que me he perdido; bueno, con todo salvo con las mates. No tengo una mente matemática y me siento bastante incapaz de situar los números con todo este dolor. En geografía estamos estudiando las glaciaciones. Yo ya lo había hecho antes, así que no tengo problemas. De hecho, resulta bastante aburrido; sí, glaciares, *cwm* o circos, morrenas terminales, valles en forma de U... Deirdre no había oído hablar de ello jamás, y confiesa que incluso sueña con los glaciares. He sido muy buena y no le he contado lo que narra Clarke en *El enemigo olvidado*.

Mañana no podré ir al pueblo, pero de todos modos tampoco había quedado con nadie. La señorita Carroll se llevará mis libros de la biblioteca y me traerá los nuevos. Quizá el martes me encuentre bien. O tan bien como antes.

Quiero que me devuelvan la movilidad. Me siento atrapada. Lo odio.

Return to Night es excesivamente freudiana y no tiene ninguna sutileza, aunque hay algunos pasajes buenos.

Sábado, 19 de enero de 1980

Daniel ha venido a verme, lo que ha sido toda una sorpresa. Ha asomado la cabeza por la puerta.

—¿A que no sabes a quién he traído? —ha preguntado.

Me habría gustado que fuera Sam, pero he supuesto que eran sus hermanas. Me ha sorprendido que solo fuese una.

—Hola, tía Anthea —la he saludado, lo cual ha hecho que diera un respingo. Solo ha sido una suposición, pero basada en la experiencia. Normalmente, si está una sola de las tres, se trata de Anthea, que es la mayor.

—Ya ves, no me he podido resistir a volver a ver este lugar —ha comentado.

—Me extraña que ellas sí hayan podido —he replicado, todo lo sobrina dócil que era capaz de ser.

—No había sitio en el coche, querida.

El coche de Daniel, como la mayoría de los coches, como todos los coches del mundo excepto el pequeño Fiat 500 naranja de tita Teg, tiene espacio para cuatro personas. Incluso en el coche de tita Teg, al que llamamos Gamboge Gussie, la Chica Galopante —Gussie porque la matrícula empieza por GCY— caben cuatro personas, aunque van un poco apretadas, sobre todo si una de ellas es alta. Así que me he dado cuenta de que han venido a buscarme para llevarme con ellos.

—Para pasar la convalecencia —ha aclarado Daniel.

Claramente, habría sido más útil que Daniel hubiera venido un día laborable al hospital para hablar con el doctor Abdul, pero al parecer ya habló con él por teléfono. Me pregunto quién llamaría a quién. En cualquier caso, parece que la escuela cree que me llevará algún tiempo volver a clase y que es mejor que me cuiden en casa. Bueno, eso sería así para quien tenga un hogar. He objetado todos los argumentos que podía imaginar para quedarme en la escuela, incluidos algunos estrictamente de sobrina dócil, como el de que no quería perderme el partido de hockey contra St. Felicity's, pero ninguno de ellos ha surtido efecto.

Me han ayudado a bajar al coche. Este tipo de ayuda es en realidad un estorbo. Quien haya visto alguna vez a alguien con un bastón, sabe que el bastón y el brazo son como una pierna. Si se le coge, se le levanta o se le hace algo inesperado al bastón o al brazo, es como si alguien le cogiera una pierna a una persona normal mientras anda. Me gustaría que más gente comprendiera esta verdad tan básica. Un grupo de chicas ha visto cómo me iba, y por supuesto lo sabe la enfermera, así que tengo esperanzas de que alguien se lo diga a la señorita Carroll, quien se lo dirá a Greg y este informará a los demás. He dicho «a los demás», pero quiero decir a Janine y a todos los demás, así como también a Wim. Pero debo admitir que más que nada me refiero a Wim. Creo que me he enamorado un poco de él. Y, estúpida de mí,

me he dejado en la escuela sus libros de Zelazny, que me estaba guardando para después, así que ni siquiera los puedo leer.

Domingo, 20 de enero de 1980

Está soplando un auténtico vendaval y parece como si pudiera derrumbar Old Hall. Golpea las ventanas, se cuela por las grietas y baja silbando por las chimeneas. Aquí tendida siento como si toda la casa cantara con él, como si fuera un velero.

Tengo un montón de libros, y Daniel sube de vez en cuando para preguntarme si quiero más. Tengo almohadas y no estoy atada al potro. Puedo llegar cojeando hasta el cuarto de baño. Tengo un decantador con agua, un decantador de verdad con un tapón de cristal como Dios manda. Me traen la comida, que no es peor que la de la escuela. (Si hay magia en la comida, se trata como siempre de la magia de Old Hall; eso es lo único que puedo sentir.) Tengo una radio, con la que oigo las noticias, *The Archers*^[6], la *Hora de las Preguntas de Jardinería* y, para mi sorpresa y delicia, la *Guía del autoestopista galáctico*. Es un serial radiofónico estupendo. Supongo que podría resintonizar el receptor de Radio 4, que el abuelo sigue llamando el Servicio Interior, a Radio 1, que la gente suele conocer como la Programación Ligera. La única ventaja de ello sería fastidiar a las tías, porque Radio 4 puede tener otras joyas inesperadas como la *Guía del autoestopista galáctico*, mientras que en Radio 1 emiten sobre todo música pop. De todas formas, la mayor parte del tiempo leo.

¿Hasta cuándo estaré aquí atrapada?

He bajado cojeando para tomar el refrigerio, que es como llaman a la cena cuando no se sirve de manera formal. Macarrones con queso, demasiado hechos y casi incomedibles. Nos hemos sentado todos a comer y a hacer comentarios sin importancia, asintiendo y sonriendo. Yo he interpretado mi papel de sobrina dócil. En realidad estoy ansiosa por hablar con Daniel de la posibilidad de ir a Glasgow en Pascua, pero quiero hacerlo cuando no haya oportunidad de que ellas nos oigan.

Después he preguntado si había algún inconveniente en que llamase a tita Teg. No se podían negar con Daniel delante, así que he llamado. Se ha quedado horrorizada al enterarse de lo del hospital y de que nadie le hubiera dicho nada, pues no cree que eso hubiera empeorado la situación. Ella siempre intenta verlo todo desde el lado positivo y amable, lo que generalmente es muy agradable, y no hay nadie mejor para celebrar lo que sea, pero en estos momentos no sería demasiado útil. Me ha asegurado que le contaría al abuelo por qué no había estado en contacto con él y le transmitiría mi amor. Espero que eso no lo intranquilece, pero seguro que no, porque ella le dirá que estoy mejorando y que pronto podré correr. Me gustaría que fuera verdad. Aunque en estos momentos la pierna no me duele, hay un malestar continuo que sigue persistiendo. Estoy segura de que ha empeorado.

El teléfono está en el pasillo, sobre una especie de mesa con un banco acolchado. Estaba sentada en el banco acolchado mientras hablaba con tita Teg. Después de colgar el teléfono me he preguntado a quién más podría llamar, ahora que me

encontraba allí y todo el mundo estaba fuera de mi vista. El problema es que no me sé el número de nadie. En cualquier caso, no tiene ningún sentido llamar a Greg a la biblioteca el domingo por la noche. No sé el teléfono de la casa de nadie, ni siquiera el de Janine. Al lado del teléfono hay una agenda telefónica, una agenda casera, con los números de la gente anotados a mano, pero no el listín de teléfonos. La he hojeado, pero no he visto en ella a nadie que conociera, hasta que he llegado a la M y allí estaba Sam, con su dirección y el número de teléfono.

La casera ha contestado de inmediato, y me recordaba.

—La nieta pequeña —ha comentado.

No soy pequeña y me siento un poco rara al pensar en Sam como mi abuelo. Yo ya tengo al abuelo, el puesto está ocupado. Pero Sam me gusta.

Al cabo de un rato se ha puesto al teléfono.

—¿Morwenna? —ha preguntado—. ¿Algo va mal?

—Exactamente mal, no. Solo estoy en Old Hall, convaleciente, he pensado en ti y quería hablar contigo.

—¿Convaleciente de qué? —ha preguntado, así que se lo he contado todo y le he dicho que creía que la pierna había empeorado—. Quizá, quizá sí —ha asentido—. Pero a veces la curación duele. ¿Ya lo tienes en cuenta?

—No quieren explicarme nada —he añadido—. El doctor Abdul quería hablar con Daniel, pero no quiso decirme nada a mí. Podría estar muriéndome y no me dirían nada.

—Creo que Daniel te lo diría —ha replicado Sam, pero no parecía muy seguro.

—Si le dejan hacerlo.

Sam no ha dicho nada durante un momento.

—Quizá vaya a verte —ha sugerido—. Tengo una idea. Déjame hablar con Daniel.

Entonces he tenido que llamar a Daniel, que me ha enviado a la cama y se ha quedado hablando un rato con Sam. Después ha subido y me ha contado que Sam vendrá a verme mañana, en tren, y que él lo recogerá en Shrewsbury.

Parece extraño imaginar a Sam en cualquier lugar que no sea su casa, y más raro aún imaginarlo aquí, pero mañana viene. Daniel dice que es un hombre muy mayor y que es raro que vaya a ninguna parte, así que debo ver esto como un privilegio, y eso es lo que me parece.

Lunes, 21 de enero de 1980

Sam me ha traído un ramito de campanillas de invierno del jardín de atrás de su casera.

—Florece ahora —ha comentado.

A pesar del largo viaje en tren y en coche —Daniel ha ido a buscarlo a Shrewsbury—, las flores tenían muy buen aspecto y seguían con ese aroma tan especial. A Mor le gustaban las campanillas. Eran sus flores favoritas. Plantamos algunas en su tumba y me pregunto si habrán florecido. Una de las tías las ha puesto en un pequeño jarrón de cristal que hace juego con el decantador y las tengo en la mesilla de noche.

Sam también me ha traído algo más de Platón, las *Leyes* y *Fedro*, que es el que quería leer porque se menciona en *El auriga*. No son nuevos, está claro que los tiene desde hace tiempo, pero habrá tenido que buscarlos durante una eternidad para encontrarlos. También ha traído un pequeño libro de bolsillo azul de Pelican titulado *The Greeks*, de H. D. F. Kitto, que según dice me proporcionará el contexto necesario. Me dará el contexto tanto para Mary Renault como para Platón. Espero que esté bien escrito. Todavía no he empezado el libro de Winston Churchill que gané como premio.

Otra cosa que ha traído ha sido un bote de ungüento de consuelda, que huele de un modo muy raro.

—No sé si va a ayudar, pero lo he traído de todas formas —ha comentado.

Me lo he aplicado en la pierna y no ha surtido ningún efecto, salvo darle ese olor peculiar, pero agradezco el gesto.

Pero la verdadera razón del viaje de Sam es que piensa que debo someterme a unas sesiones de acupuntura. Alrededor de Sam hay una especie de magia, no es magia de verdad, sino que es la solidez que transmite. A la magia le iba a resultar muy difícil encontrar un punto débil para empezar a influir en él. Ha sido interesante verlo con las tías; las trata con una consideración inmaculada, pero como si no fueran importantes, y ellas no saben cómo tratarlo. No tiene ninguna grieta por la que puedan penetrar. Si hubieran sugerido ellas la acupuntura, que implica clavarle agujas a una persona, me habría resistido con todas mis fuerzas. Pero como no lo habían hecho, fueron ellas quienes se opusieron a la idea.

—No es más que una tonta superstición china en la que no es posible creer —ha comentado una.

—Morwenna tiene pavor a las agujas, ni siquiera quiere que le hagan agujeros en las orejas —ha añadido otra.

—¿Qué bien le va a hacer? —ha rematado la tercera.

Pero todo esto a Sam le daba igual.

—Creo que deberíamos intentarlo. ¿Qué daño le puede hacer? Creo que Morwenna es una chica sensata.

Había encontrado un sitio de Shrewsbury donde hacen acupuntura y se anotó la dirección. Quería que fuéramos inmediatamente, pero las hermanas han conseguido persuadir a Daniel de que habría que llamar antes para pedir una cita. Ha llamado y le han dado hora para mañana por la mañana.

Sam se ha pasado la tarde en mi habitación, hablando conmigo. Es un anciano y ha tenido una vida extraña: imagina que descubres que han asesinado a toda tu familia. Sería como si Gales se hundiera en el mar en este mismo instante y solo yo siguiera viva. Bueno, el primo Arwel está en Nottingham, pero de todas las personas con las que he crecido solo quedaríamos nosotros dos. Para Sam fue así. Cuando regresó después de la guerra, todos se habían ido y en su casa vivían unos extraños, y los vecinos hicieron ver que no lo conocían. Vio la panera de su madre sobre la mesa del vecino, pero ni siquiera le dejaron recuperar eso.

—Y no significan nada para ti —ha añadido.

—No, nada.

—Son extraños. Incluso yo soy un extraño. Pero mis familiares eran tus primos. Están hablando, los diferentes gobiernos llevan hablando desde hace años sobre conceder algunas compensaciones. Pero ¿de qué modo me puede compensar nadie por la pérdida de mi familia? ¿Cómo te pueden devolver a ti los primos que no conociste, y los que no nacieron, que ahora tendrían tu edad?

Eso me ha conmovido. Podría escribir un poema sobre esto. «¡Hitler, devuélveme a mis primos!».

Me parece que Sam está un poco triste porque no soy judía, porque sus descendientes no lo van a ser. Pero no ha dicho nada ni se lo reprocha a nadie. Dice que no se quedó en Polonia porque sentía la muerte a su alrededor, como si se la pudiera encontrar al volver la esquina. Lo he comprendido muy bien. He estado a punto de hablarle de la magia, y de lo que hice para tener un *karass*, y de que Mor se pasea por ahí con las hadas. Lo habría hecho si hubiera tenido tiempo. Pero ha entrado Daniel y ha anunciado que tenían que irse para coger el tren, así que me he despedido.

Sam me ha dado un beso, me ha puesto la mano en la cabeza y ha recitado una bendición en hebreo. No me ha pedido permiso, pero no me importa. Al final me ha mirado y ha sonreído con un gesto viejo y arrugado.

—Te pondrás bien. —Parecía muy seguro. Todavía lo puedo oír en este momento —. Te pondrás bien —ha repetido, como si lo supiera.

Puedo oler las campanillas. Estoy tan contenta de que haya venido...

Martes, 22 de enero de 1980

Sam tenía razón con la acupuntura.

De hecho, es magia. Lo es en su conjunto. Lo llaman «chi», sin embargo ni siquiera pretenden que no sea mágico. El hombre que la practica es inglés, lo cual me ha sorprendido, pues las tías habían intentado infundirme el temor a los orientales malvados. Se formó en Bury St. Edmundo, que está en los Fens, cerca de Cambridge, con gente que había estudiado en Hong Kong. Tiene los títulos enmarcados en la pared, como un médico, y en el techo, un mapa de los puntos de acupuntura del cuerpo humano. Lo he estado mirando mucho rato, puesto que la mayor parte del tiempo he permanecido tendida en la camilla, inmóvil, con unas enormes agujas clavadas por todo el cuerpo.

No duele nada. No las llegas a sentir, aunque son realmente largas y las tienes clavadas en el cuerpo. Lo que ocurre es que cuando se clava la última, el dolor desaparece, como si hubieran girado un interruptor. ¡Si pudiera aprender a hacerlo! Una de ellas, en el tobillo, la ha colocado en un primer momento fuera de lugar y la he notado; no ha sido un dolor de verdad, sino un pinchazo. No he dicho nada, pero él la ha movido de inmediato a un punto situado a una fracción de centímetro a un lado y ya no la he notado más. Se trata claramente de magia corporal.

Aunque solo me haya librado del dolor durante la hora que he estado allí, habrá valido las 30 libras que ha cobrado, al menos para mí. Pero no ha sido suficiente. No me he curado milagrosamente ni nada por el estilo, pero he subido cojeando las escaleras hasta su consulta y las he bajado andando, sintiéndome casi igual que antes de que me pusieran en el potro. Quiere que vaya cada semana durante seis semanas. Me ha dicho que hoy solo ha hecho lo que ha podido contra el dolor, pero que si me ve regularmente puede llegar a descubrir qué va mal y entonces hacer algo al respecto. Ha admirado mi bastón; he estado usando el de las hadas, que parece que me da más fuerza que el metálico, y además no es tan feo.

—Llévame de vuelta a la escuela —le he pedido a Daniel mientras íbamos hacia el coche.

Brillaba un sol pálido y relucían los edificios de color rosa dorado de Shrewsbury. Si nos hubiéramos ido entonces, habría llegado a tiempo a la escuela para asistir al club de lectura como siempre, después de la hora de los deberes.

—No hasta que veamos cómo te encuentras mañana —ha replicado—. Pero ¿qué tal un poco de comida china, ya que te sienta tan bien la medicina china?

Así que hemos ido a un restaurante llamado El Loto Rojo y hemos comido costillas de cerdo, langostinos a la plancha, arroz frito con pollo, *chow mein* y ternera con salsa de ostras. Todo estaba delicioso, lo mejor que había comido desde hacía años, quizá desde siempre. He comido hasta que estaba llena a reventar. Mientras

comíamos le he explicado a Daniel lo del congreso de Glasgow, Albacon, que este año se llama Eastercon, y le he contado lo que me había dicho Wim sobre la Worldcon de Brighton, que allí conoció a Robert Silverberg y no hizo nada más que hablar de libros durante cinco días. Me ha dicho que no creía que sus hermanas lo dejaran irse en Semana Santa, pero que estaba de acuerdo en que yo fuera, y que me pagaría los gastos.

En cierto sentido, me gustaría rescatar a Daniel de sus hermanas. Ha sido bueno conmigo, y supongo que es su deber como padre, pero no sé si tiene por qué sentir ese deber. Me gustaría rescatarlo, pero no creo que pueda y creo que si lo intento provocaré una guerra con ellas, mientras que si piensan que no voy a interferir, me dejarán en paz. Si trato de rescatar a Daniel me meteré en un lío. Yo soy mi primera prioridad. Tiene que ser así. No me dejarán ir a Glasgow. Ya es mucho que accedieran a la acupuntura y a que fuéramos a comer a un restaurante chino, y lo más seguro es que no lo hubieran hecho de no haber sido por el bueno del viejo Sam.

Con la cuenta, nos trajeron galletitas de la suerte. La mía decía: «Aún no está todo perdido». Y me la tomé, feliz. Es como el verso de la *Eneida*, «Et haec olim meminisse iuvabit», «Quizá algún día nos acordaremos de esto con júbilo». Al principio piensas que es terrible, pero luego te das cuenta de que es verdad y que no es nada malo.

—Te gusta la comida china —ha comentado Daniel, lo cual resulta innegable.

Después de eso, decir «eres un padre terrible» habría sido muy poco acertado.

En el coche, mientras me ajustaba el cinturón de seguridad, Daniel me ha mirado muy serio.

—Parece que sigues sintiendo los efectos de la acupuntura.

—Sí —he reconocido.

—Vendrás una vez a la semana durante seis semanas, como ha dicho el doctor.

—De acuerdo —he asentido mientras terminaba de encajar el cierre del cinturón.

Daniel ha tirado la colilla del cigarrillo por la ventana.

—No podré ir a la escuela a recogerte, traerte aquí y volver a llevarte de nuevo, o al menos no podré todas las semanas. Quizá alguna vez.

Se me ha hecho evidente de inmediato que ellas no le dejarían. Ha puesto en marcha el coche y ha salido del aparcamiento, y yo no he dicho nada porque no sabía qué decir.

—Hay un tren —ha dicho al cabo de un rato.

—¿Un tren? —Estoy segura de que mi voz ha sonado escéptica—. No hay estación de ferrocarril. Supongo que quieres decir un autobús...

—Hay una estación en Gobowen. Cuando mis hermanas iban a Arlinghurst, iban en tren y alguien de la escuela las recogía allí. Entonces todo el mundo viajaba en tren.

—¿Estás seguro de que sigue allí?

No estaba en la lista de estaciones de «trenes lentos» de Flanders y Swann, cerradas por Beeching^[7], así que seguirá allí.

—Está en la ruta hacia Gales del Norte que pasa por Welshpool, Barmouth y Dolgellau —me ha informado.

De entre todos esos lugares, yo solo había oído hablar de Dolgellau, donde la abuela y el abuelo fueron a visitar a un vicario anciano que se había trasladado allí, mucho antes de que yo naciera. Gales del Norte es como otro país. Ni siquiera puedes llegar allí desde Gales del Sur; tienes que ir a Inglaterra y desde allí hacia el norte, al menos si quieres ir en tren o coger buenas carreteras. Supongo que deben de existir carreteras que atraviesan las montañas. Nunca he ido, aunque me gustaría.

—De acuerdo —he aceptado—. Eso significa un autobús al pueblo, desde allí un autobús a Gobowen y después el tren.

—Algunas veces te podré llevar yo —ha repetido, encendiendo otro cigarrillo—. ¿Qué día te iría mejor?

He estado pensando en ello. Desde luego, el martes no, porque no podría volver a tiempo para llegar al club de lectura.

—El jueves —he respondido—. Porque los jueves por la tarde solo tengo educación religiosa, y después dos sesiones de mates.

—Por tus notas parece que las matemáticas es a lo que menos te conviene faltar —ha reflexionado Daniel, pero con una sonrisa en la voz.

—Para ser sincera, no importa si voy a clase o no; simplemente, no me entran. Las mates que sé las he aprendido en química y física. La clase de mates la podrían impartir en chino. Para mí no tienen sentido. Creo que me falta ese trocito del cerebro. Y si le pido a la profesora que vuelva a explicarlo, bueno, entonces aún tiene menos sentido.

—Quizá te convendría una tutoría extra en la materia —ha sugerido Daniel.

—Sería tirar el dinero. No me entran. Sería como intentar que un caballo aprendiera a cantar.

—¿Conoces ese cuento? —me ha preguntado, volviendo la cabeza y echándome por accidente el humo a la cara; ¡puaj!

—«No me mates, dame un año y enseñaré a cantar a tu caballo. En un año puede ocurrir de todo, el rey puede morir, yo puedo morir, o el caballo puede aprender a cantar» —he resumido. Está en *La paja en el Ojo de Dios*, lo cual probablemente explica que yo lo tenga en la cabeza.

—Se trata de un cuento sobre la costumbre de dejar las cosas para mañana —ha comentado Daniel, como si fuera el experto mundial en el tema de dejar las cosas para más tarde.

—Es un cuento sobre la esperanza —le he rebatido—. No sabemos lo que ocurrió

al final del año.

—Si el caballo hubiera aprendido a cantar, lo sabríamos.

—Puede que fuera el origen de la leyenda del centauro. Puede que se fuera a Narnia, y se llevara consigo al hombre. Puede que se convirtiera en el ancestro de Incitato, el caballo de Calígula, al que nombró senador. Puede que existiese toda una tribu de caballos cantores y que Incitato fuera su portavoz para pedir la igualdad, solo que le salió mal.

Daniel me ha lanzado una mirada muy extraña, y me habría gustado que se la hubiese guardado para alguien que pudiera apreciarla.

—El jueves, entonces —ha concluido—. Llamaré y lo arreglaré todo cuando lleguemos a casa.

Si el cuento tratara sobre dejar las cosas para mañana, habría tenido una moraleja contundente con el hombre que muere al final del año. Me gusta imaginar su supervivencia.

Al final del año rompieron la puerta del establo.
El hombre y el caballo salieron al galope,
más allá del final del atardecer, los cascos resonantes,
armonía y ritmo para su dueto.

Miércoles, 23 de enero de 1980

Esta mañana, una levísima capa de nieve, que no era suficiente ni siquiera para mojar los dedos de los pies de un hobbit, y que se derritió antes del desayuno.

Estoy de vuelta en la escuela, que es más ruidosa que nunca, tan ruidosa que produce ecos.

El señor de los sueños ha resultado ser la novelización de «El que da forma», que es una variación del *Telepathist*, de John Brunner, o tal vez al revés. No sé cuál de los dos se escribió primero, pero yo leí antes a Brunner. La idea misma de tratar los sueños ya es rara. *El señor de los sueños* es un buen libro, pero muy perturbador. Resulta inconcebible que lo haya escrito la misma persona que ha escrito los libros de Ámbar, que son tan divertidos.

La gente se muestra conmigo más afable que antes. Sharon me ha dicho hola y me ha dado la bienvenida cuando he ido a inglés después del almuerzo. Daniel había insistido en ver qué tal me encontraba después de levantarme y no me ha traído de vuelta a la escuela hasta media mañana. Sigo siendo la misma. El frío ha hecho que la pierna vuelva a comportarse como una veleta oxidada, pero la tengo mucho mejor de lo que estaba antes de la acupuntura, así que casi ni me doy cuenta.

No le he perdonado a Sharon que me diera la espalda. Seré educada y amable con ella, pero no voy a dejar de llamarla Shagger cuando lo hace todo el mundo. Sin embargo, Deirdre, que ha permanecido siempre a mi lado, tiene mi lealtad eterna, y la palabra «Dreary» no saldrá nunca de mis labios. Sorprendentemente, aunque hoy cojeo más que nunca, todo el mundo me llama Commie. Quizá mi paso por el hospital ha hecho que me respeten un poco. Pero gracias a Dios, no se ha acercado nadie por allí a interesarse por mí.

Resulta muy agradable volver a ver a la señorita Carroll. Nunca me molesta cuando estoy leyendo o escribiendo en sus dominios, pero siempre tiene palabras amables para mí cuando paso frente a su escritorio. Casi me había acostumbrado a esta biblioteca, con su madera y sus estanterías encantadoras, pero, al verla ahora, me sorprende lo fantástica que es. Me gustaría disponer de una habitación como esta en mi casa, cuando algún día tenga mi propia casa, cuando sea mayor.

La isla de los muertos es muy rara. Me gusta la idea de construir mundos, los dioses alienígenas, los extraterrestres y toda la ambientación. Pero tengo mis dudas en lo que respecta a la trama.

Jueves, 24 de enero de 1980

Esta noche vamos a ver *La tempestad* al Teatro Clwyd de Mold. Nadie parece mostrar el más mínimo interés, así que yo también finjo que no me interesa. Deirdre dice que odia a Shakespeare. Ha visto *El cuento de invierno* y *Ricardo II*, y dice que odia las dos obras. La única explicación que se me ocurre es que la compañía teatral debía de ser muy mala, porque una representación de *Ricardo II* tiene que ser estupenda. «Sentémonos en tierra a contarnos historias tristes de la muerte de los reyes».

La actitud amigable parece que dura. ¿Acaso creían que fingía con lo de la pierna? ¿O es que ha ocurrido algo más? Actuaré con precaución, como si todo fuera normal, pero me mostraré siempre reservada con ellas, porque si digo algo me lo echarán en cara.

Estoy leyendo *El Señor de los Anillos*. De repente me apeteció. Casi me lo sé de memoria, pero aún puedo sumergirme en él. No conozco ningún otro libro que sea como emprender un viaje. Cuando lo he dejado un rato para escribir esto, me he sentido como si también estuviera esperando con Pippin los ecos de esa roca que ha caído al pozo.

Viernes, 25 de enero de 1980

El primer error que ha cometido la Touring Shakespeare Company en la producción de *La tempestad* es que una mujer interpretara a Próspero. La actriz era muy buena, pero la obra no funciona con una madre. Toda la trama se centra en la oposición entre masculino y femenino: Próspero y Sycorax, Calibán y Ariel, Calibán y Miranda, Ferdinando y Miranda. Pero supongo que así convierten la relación entre Próspero y Antonio en un asunto hombre-mujer. Supongo que lo que realmente no funcionaba era la relación entre Próspero y Miranda. Para mí no funciona bien la relación madre-hija, al menos si se pretende que Próspero siga siendo un personaje que despierte alguna simpatía. Yo lo veo como un hombre remoto y demasiado bueno para atarlo a un bebé, pero una mujer así es demasiado antinatural para despertar simpatías. No es que yo quiera decir que las mujeres deben limitarse a criar a los hijos, pero resulta interesante el hecho de que lo mismo que en un hombre significa dar lo mejor de sí, en una mujer parece negligencia.

Aun así, Próspero es negligente, se mire por donde se mire. Debió de ser el peor duque de Milán que haya existido jamás, y lo volvería a ser. Desde luego, puedo sentir cierta simpatía hacia el hecho de que se pasara horas en la biblioteca leyendo libros en vez de preocuparse por lo que se supone que debería estar haciendo. Pero nada permite esperar que no vaya a seguir haciendo exactamente lo mismo cuando regrese. De hecho, seguro que será mucho peor, porque querrá ponerse al día de todo lo que han escrito sus autores preferidos mientras ha estado atrapado en la isla. Antonio sería probablemente mucho mejor duque. Sin duda, es un bastardo maquinador, pero tendría a todo el mundo contento, porque eso le beneficiaría a él. Lo más probable es que el pueblo se sintiera horrorizado ante el regreso de Próspero, rodeado de libros o no.

Voy a hablar muy poco de esto en mi trabajo sobre la obra de teatro. Pero desde luego, lo que no va a aparecer en absoluto es lo que pienso sobre las hadas, que eran brillantes y sorprendentemente vivas.

Ariel no ha hablado, ha recitado todo su texto cantando. Llevaba puesto algo blanco, quizá unas mallas, con velos alrededor que flotaban cuando se movía o gesticulaba. Llevaba la cabeza afeitada y cubierta con un velo. Cuando al final se libera, se le caen todos los velos y por primera vez le podemos ver la cara, su expresión como hada resultaba convincente. Me pregunto si la actriz habrá visto alguna. Cantar ha sido una buena manera de imitar su extraña forma de comunicación; bien por Shakespeare, bien por la Touring Company. Shakespeare debió de conocer bastante bien a las hadas. Hizo lo mismo que hago yo y tradujo lo que dicen ellas por lo que se supone que querían decir.

Calibán, bueno... ¿Qué es Calibán? Cuando leí la obra creí que era un hada, un

hada poco fiable, con verrugas y extraña. Pero al ver la representación he empezado a pensar. Su madre, Sycorax, era una bruja. De su padre no sabemos nada. A Sycorax no la vemos nunca. ¿Era Próspero su padre? ¿Es el hermanastro de Miranda? ¿O ya estaba allí cuando ellos llegaron, como él dice, dando la bienvenida, para convertirse luego en sirviente? Quiere violar a Miranda («Así poblaré esta isla de Calibanes»), pero eso no lo convierte necesariamente en humano, ni tampoco a su madre. Podría ser humano, o medio humano, porque se le puede tocar y se le pueden dar golpes, a diferencia de las hadas. Ayer por la noche hubo un montón de golpes y de humillaciones. Lo que a mí me parece ese Calibán en particular —el Calibán de Peter Lewis (según consta en el programa)— es que se encontraba entre dos mundos. No sabía a cuál de ellos pertenecía.

Shakespeare debió de conocer algunas hadas. Ya sé que dije lo mismo de Tolkien, y de verdad creo que Tolkien las conocía. Creo que muchísima gente las ha visto.

Lo que más me gusta de Shakespeare es el lenguaje. Hemos regresado en autobús, pero yo seguía sumergida en él, y le tuve que pedir a Deirdre que repitiera lo que me decía, pues la primera vez no la había entendido. No sé qué pensó respecto a eso. Tuvimos una conversación sobre cómo sería la vida de casados de Miranda y Ferdinando, y cómo se adaptaría ella a Italia después de haber vivido en una isla. ¿Sería capaz de soportar ese mundo nuevo y tan diferente? Deirdre cree que lo haría mientras siguiera enamorada. Pero ¿te imaginas enfrentándote a todo un mundo cuando en tu vida solo has conocido a tres personas, y más cuando dos de ellas no son exactamente personas y la tercera es el remoto Próspero? ¡Lo que debe de ser acostumbrarse a la moda, a los sirvientes y a los cortesanos! Deirdre opina que fue cruel por parte de Próspero no educarla para ello. Pero quizá enseñarle a hacer magia había sido algo mucho más cruel.

Próspero rompe su báculo y hunde sus libros en el agua porque es imposible llevarse la magia de regreso a casa. Si la hubiera podido llevar consigo de vuelta, ¿se habría convertido en Saruman? ¿El poder corrompe? ¿Siempre? Estaría bien conocer a alguna persona que hiciera magia y no fuese mala. Bueno, está Glorfindel, pero no estoy segura de que las hadas cuenten. Las hadas son diferentes. El otro contraste interesante con Próspero es Fausto.

Carta de Daniel informando de que la acupuntura está acordada para el jueves y ya está pagada; también dice que ha escrito a la escuela pidiendo que me permitan ir e incluye diez libras para el billete de tren y las comidas. Cuando consiga cambio, me guardaré la mitad en el fondo de huida-emergencia.

Sábado, 26 de enero de 1980

He conseguido ir a la biblioteca, pero Greg no estaba. No es el sábado que le toca trabajar. He devuelto mi enorme pila de libros y he recogido los que me estaban esperando. Me gustaría haber quedado con alguien, pero no pude porque el martes no estuve. Esperaba ver a Greg para preguntarle cuál es el tema de la próxima reunión.

He ido hasta la librería dando un paseo, y no había nadie. No he comprado ningún libro. Caía una llovizna muy poco prometedora. Me he sentado en el café, me he comido un bollo de miel y me he puesto a leer, levantando la vista de vez en cuando para contemplar la lluvia. Siempre he oído decir que es un tiempo ideal para los patos, pero los patos reales del estanque tenían un aspecto tan deplorable como todo lo demás. Aunque los machos ya están desplegando sus colores primaverales. Quizá esta fuera una lluvia primaveral. He pensado que a estos patos les habría ido bien en la Ciénaga de los Muertos. He comprado un par de bollos para Deirdre y para mí; realmente no vale la pena malgastar el dinero con Sharon, por mucho que vuelva a hablarme.

La tienda de segunda mano estaba abierta y he estado mirando libros. No había nada interesante, excepto un mapa plegable de Europa, de tela (creo que era lona), con una Alemania enorme y sin Checoslovaquia. Me imagino que debe de ser de la guerra, o de poco antes. Alguien le había dibujado una línea con rotulador rosa, pero por lo demás estaba en buenas condiciones. Los países estaban pintados en tonos pastel, no en colores vivos, como en los mapas actuales. No me he podido resistir, solo costaba cinco peniques. No sé lo que voy a hacer con él. Pero los mapas son estupendos.

He regresado lentamente hacia el centro del pueblo y he pasado por Smiths, que normalmente es una pérdida de tiempo, pero hoy me he visto recompensada con un ejemplar de la *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*. Me pregunto de dónde habrá salido. Ojalá les llegue con regularidad. Lo he comprado, junto con un paquete de Rollos, que me encantaría compartir con Frodo y con Sam si pudiera, pero no puedo. También le he comprado al abuelo una tarjeta, en la que se ven el mar y un castillo de arena, que me recuerda las vacaciones de verano, y a él también se las recordará.

Gill estaba en la parada del autobús.

—¿Hoy no ha venido tu novio? —ha preguntado.

La he mirado directamente a los ojos.

—No es que sea de tu incumbencia, pero Hugh es solo un amigo, no mi novio. Asiste al club de lectura.

—Oh. Lo siento —se ha disculpado.

Me ha sorprendido que me creyera. Menos mal que no me ha visto con Wim, o no

lo habría podido decir con tanta convicción, aunque también hubiera sido verdad.

Domingo, 27 de enero de 1980

La manera de hacerte popular en esta escuela es ir al hospital y regresar. O quizá se trate de que alguien haya estado diciendo que has sido valiente. Sé que Deirdre lo ha estado diciendo. ¿Quizá es que antes creían que no me pasaba nada en la pierna? O quizá sienten pena por mí. Espero que no. Eso es algo que odio. Pero en cualquier caso, hoy he recibido siete bollos, contando el mío de miel. Dos bollos glaseados, dos bollos Chelsea, una magdalena glaseada y un pastelillo de crema. No me los he podido comer todos y le he dado un bollo Chelsea a Deirdre. No he hecho nada para que ocurra esto, ni magia ni nada en absoluto. Es curioso. Se lo he preguntado a la señorita Carroll y me ha dicho que seguramente se debía a que había estado en el hospital y había salido de allí sin hacer un drama de ello, y además lo habían mencionado en las oraciones y ahora las chicas lo tenían en la cabeza cuando iban a comprar bollos. Quizá. Pero me parece muy raro.

Le he escrito a Sam una carta muy alegre explicándole que su idea de la acupuntura ha sido estupenda. Como aún no he empezado los libros que me dejó, no le he dicho nada de ellos. También he escrito a Daniel, contándole cosas de *La tempestad*, y a tita Teg, explicándole lo de la acupuntura y lo de la obra de teatro. Le he enviado la tarjeta al abuelo.

He llegado hasta la batalla de los Campos del Pelennor, que es posiblemente lo más grande que se ha escrito nunca.

Lunes, 28 de enero de 1980

Aujourd'hui, rien.

Esto es lo que escribió Luis XVI en su diario el día del asalto a la Bastilla.

He ayudado a la señorita Carroll a catalogar algunos libros nuevos y a colocarlos en las estanterías. Todos ellos, con un aspecto terrible, pertenecen a la categoría de obras sobre adolescentes con problemas: drogas, o padres que abusan de ellos, o novios que presionan para tener relaciones sexuales, o la vida en Irlanda. Odio este tipo de libros. Sobre todo porque son inevitablemente deprimentes, por más que sabes que al final todo el mundo va a superar sus problemas y empezará a Crecer y a Comprender Cómo Funciona el Mundo. Casi se pueden ver las mayúsculas. He leído media tonelada de libros Victorianos infantiles, porque en casa estaban por todas partes: *Elsie Dinsmore*, *Mujercitas*, *Eric, or Little by Little* y *What Katy Did*. Son de autores diferentes, pero todos comparten el mismo tipo de moralina. Del mismo modo, los libros sobre problemas de adolescentes comparten un mismo tipo de moralina, aunque no es tan pintoresca ni se formula con tanta claridad como en los libros Victorianos. Si alguna vez necesitara un libro sobre cómo superar las adversidades, prefiero que me den *Pollyanna* antes que cualquiera de Judy Blume, aunque no comprendo la razón por la que alguien puede llegar a leer alguno de los dos, con la cantidad de ciencia ficción que existe. Incluso, se puede aprender más sobre lo que es crecer y sobre el comportamiento ético en *Space Hostages* o en *Ciudadano de la galaxia*, entre otros libros escritos para niños.

He escrito mi trabajo sobre *La tempestad* y la mayor parte del de Deirdre, para que lo copie a la hora de los deberes. Para que no sean iguales, el suyo lo he centrado sobre todo en Miranda y el mío, en Próspero. A cambio, ella está resolviendo mis mates. No llego a comprender todas esas ecuaciones simultáneas, y menos ahora que me he perdido algunas explicaciones.

He terminado *El Señor de los Anillos*, con la tristeza habitual de llegar al final y que ya no quede nada más.

Martes, 29 de enero de 1980

Esta noche, club de lectura, pero no sé cuál es el tema.

Miércoles, 30 de enero de 1980

¡El tema era Tiptree! Me alegra mucho que supiera de entrada que es una mujer, porque habría sido una sorpresa desagradable descubrirlo cuando todos hubieran empezado a decir «ella». No he leído todo lo de Tiptree, solo las dos colecciones, y veo que tendré que solucionarlo. No tuve ningún problema para participar en la conversación, porque estuvimos discutiendo durante una eternidad sobre «La muchacha que estaba conectada» —que es una historia brillante— y sobre «Amor es el plan, el plan es morir», dos relatos que conozco muy bien. Harriet condujo la tertulia, lo cual me pareció muy bien, aunque recordé que también había dirigido la sesión sobre Le Guin, y eso me dio que pensar. ¿Por qué las dos sesiones dirigidas por Harriet han sido sobre escritoras, y en cambio ninguna de las que dirigieron hombres han estado dedicadas a mujeres escritoras?

A Keith no le gusta Tiptree, cree que está en contra de los hombres y lo pensaba incluso cuando creía que ella era un hombre. Cree que «Houston, Houston» es una historia de terror. A mí no me lo parece, aunque puedo comprender que los hombres se sientan amenazados.

Era el cumpleaños de Pete, así que al terminar fuimos todos al pub a tomar algo. Brian planteó una pregunta divertida que dijo haber escuchado en el trabajo: «¿A quién preferirías conocer, a un elfo o a un plutoniano?». Tuve que reflexionar durante un buen rato porque la cuestión suponía una elección entre pasado y futuro, o entre fantasía y ciencia ficción. Yo he conocido a un montón de elfos, aunque no son exactamente elfos (no como los elfos de Tolkien). Respondí que preferiría conocer a un plutoniano, como todos los demás, con excepción de Wim, quien aseguró que prefería conocer a un elfo, y no hubo forma de convencerle de lo contrario.

La próxima semana, Wim dirigirá la sesión sobre Zelazny. Le devolví los dos libros que me había prestado y él me dio *Doorways in the Sand* y *Señales en el camino*.

Me preguntó si nos podíamos ver el sábado. Le dije que sí y que quizá podría conocer a un elfo. Me miró como si quisiera creer lo que le decía, pero sin estar del todo seguro.

—¿Dónde? —preguntó.

—Podemos buscarlo en el Poacher's Wood, así que podríamos encontrarnos en la pequeña cafetería que hay justo delante —propuse.

—Esos bosques son propiedad de Harriet —me explicó—. Eh, Harriet, ¿te importa si el sábado Mori y yo paseamos por tus bosques?

Harriet abandonó la conversación con Hussein y Janine sobre si Tiptree era misógina o no y enarcó las cejas.

—No hay inconveniente, William, aunque verás que en esta época del año aún

están un poco embarrados. Me parece que es demasiado pronto para las violetas o las primulas.

No sabía que el nombre de Wim en realidad era William, pero tiene lógica. Me pregunto por qué no lo llamarán Will o Billy.

Mientras tanto, Janine me estaba lanzando una mirada como la de Gill cuando me vio con Hugh. Me pregunto por qué Wim tuvo que anunciar que nos veríamos el sábado. Y si quedamos para que pueda ver un hada, o ver algo de magia, y eso es lo que piensa que sucederá, ¿por qué quiere que los demás lo sepan? No van a creerle aunque se lo explique. Cuando cuentas cosas así, la gente cree que estás loca o que mientes, tal como él pensará de mí si no vemos nada. No importa lo que diga, no voy a hacer magia solo para complacerle. Además, siempre es posible negar la magia, si quieres negarla, claro, y es muy posible que él quiera hacerlo. ¿O acaso quiere que los demás sepan que voy con él a algún sitio? ¿Y por qué? Así si le recriminan a él, ¿también me tienen que recriminar a mí? De hecho, eso era precisamente lo que estaba haciendo Janine.

Todo es tan complicado... Quiero tener un montón de amigos, no solo uno.

En el camino de regreso, en el coche, Greg me advirtió sobre Wim. No fue tan claro como habían sido Janine y Hugh. Solo me dijo que Wim había tenido una novia a la cual había metido en problemas y que debía tener cuidado con él.

—No se trata de eso —le expliqué—. Tiene novia. No está interesado en mí. Yo tengo una pierna mal, un aspecto extraño y voy a engordar porque no puedo hacer ejercicio y me paso el día comiendo, mientras que Wim..., bueno, Wim puede conseguir a quien quiera.

—Tienes una sonrisa encantadora —replicó Greg, que es lo que dice todo el mundo. Se trata de una respuesta automática, cada vez que digo que no soy guapa, de lo cual estoy segura.

—Además, es mucho mayor que yo.

—Dieciocho meses, no sesenta años —puntualizó Greg—. Y no estoy ciego. Diría que él está interesado en ti y tú en él. He visto cómo os miráis.

No podía decirle que Wim me miraba de esa forma porque pensaba que podía leer la mente como en *Muero por dentro* (¿de dónde sacaría esa idea?), ni tampoco que quiere ir al bosque conmigo para ver un hada.

—Tendré cuidado.

Para Wim debe de ser horrible que todo el mundo que conoce sepa lo que ha ocurrido, y que avisen de ello a todo el mundo a quien pueda llegar a conocer. Eso fue lo mismo que dijo Hugh. Hugh no asistió ayer por la noche al club de lectura y no sé dónde está. Hace siglos que no lo veo.

Jueves, 31 de enero de 1980

Ha sido estupendo poder salir de la escuela a la hora de comer para coger el autobús. Parecía una huida. No tengo la pierna especialmente mal, lo cual ha contribuido a mi bienestar general. He tenido que pasar delante de todo el mundo. Dos autobuses y un tren y estaría en Shrewsbury, así de fácil. El tren es pequeño y no se diferencia demasiado de un autobús. La mayor parte de las personas que iban en él procedían de Gales del Norte, tenían voces de Gales del Norte y decían «sí/no» al final de todas las preguntas, como hace la gente de Gales del Sur cuando se quieren burlar de ellos. «¿Quieres una taza de té del buffet, sí/no?». «¿Estamos entrando en Shrewsbury, sí/no?». Suprimir esa coletilla era imposible. No me he reído, pero a punto he estado de hacerlo. Es difícil no reírse cuando alguien es exactamente igual que su parodia.

La acupuntura me ha ido bien. Mientras estaba tendida en la mesa no tenía ningún dolor. Es maravilloso, resulta tan agradable no sentir dolor, ni siquiera un dolorcillo que se aleja hasta convertirse en un malestar de fondo, nada. Durante muchos años ha sido así, pero me resulta difícil recordarlo. El dolor lo tiñe todo. Como mi sueño de la bailarina con el bastón.

Después he ido a una cafetería y he comido una patata asada con ensalada de huevo, un bocadillo de atún con mayonesa y un *double decker*^[8] Me he sentado en un reservado y he leído un buen rato (*Charisma*, que es brillante pero inquietante); en el reservado estaba sola y he pasado desapercibida. Era como si no fuese yo, como si una «persona entre la multitud» o un «escolar leyendo un libro en una cafetería». Me habían llamado de la agencia de casting y cuando vuelva tendrán otro papel para mí. Nadie se fijará en mí. Soy una parte insignificante del paisaje. No hay nada que te haga sentir más segura.

Después, he vuelto andando a la estación y he pasado por delante del Owen Owens, donde fui de compras con las tías. Son unos grandes almacenes, no solo de ropa, y recuerdo que me fijé en que tenían una sección de papelería. He entrado para ver si tenían plumines para mi pluma. El problema de escribir hacia atrás con una pluma es que te cargas el plumín; los zurdos tienen el mismo problema, de manera que los plumines se desgastan enseguida. Como aquí escribo mucho y casi siempre hacia atrás, devoro los plumines. Así que he entrado a mirar si tenían, y he comprado uno, pero lo mejor ha sido que desde la sección de papelería he vislumbrado la librería.

Ahora ya sé que algunos grandes almacenes tienen una sección de librería. Harrods la tiene. Mi ejemplar de *El Señor de los Anillos* en tres hermosos volúmenes con los apéndices provenía de allí, de cuando tita Teg fue a Londres. Pero Howells y David Morgans, en Cardiff, no las tienen —probablemente porque no compiten con Lears— y no creía que pudiera haber una en Owen Owens. Bueno, alegría y éxtasis,

allí estaba. Y lo mejor de todo: para mi sorpresa, he encontrado un libro nuevo de Heinlein: *El número de la bestia*, en edición de bolsillo de NEL de enero de 1980; ¡recién salido del horno! Lo he comprado sin pensármelo dos veces y ni siquiera he tenido que recurrir al dinero del fondo de reserva para hacerlo.

Casi lo empiezo en el tren, pero me he comportado y no solo he terminado *Charisma*, sino que he empezado *Doorways in the Sand*. Tener un nuevo libro de Heinlein, y gordo, del que no he leído ni siquiera una palabra, me proporciona una sensación enormemente agradable. Como una recompensa. Me siento exultante y feliz solo de pensar que está allí, esperándome.

Viernes, 1 de febrero de 1980

Diablos.

He recibido una severa advertencia de la señorita Thackerly por copiar en la clase de mates. Deirdre y yo hemos cometido los mismos errores. Nos ha pedido que nos quedáramos después de clase, y nos ha dicho que esta vez no iba a informar y tampoco preguntaría quién había copiado de quién, pero que si nos pescaba otra vez nos enfrentábamos a la expulsión. No tenía ni idea de que fuera algo tan serio. Nos copiamos los deberes continuamente. Deirdre se ha copiado mogollón de veces mis deberes de latín, y un montón de chicas copian los deberes de francés de Claudine. Supongo que se trata de que no te pillen. Le he prometido a la señorita Thackerly que no volvería a ocurrir; Deirdre se había convertido en un mar de lágrimas y no podía hablar. Para mí, la expulsión supondría un serio inconveniente, pero para ella representaría el fin del mundo.

Carta de Daniel, con otro billete de cinco. Cuando escriba le contaré que he encontrado *El número de la bestia*. Empieza bien.

Sábado, 2 de febrero de 1980

Casi me ha sabido mal que me esperase una pila tan grande de libros en la biblioteca, pero los quería todos y los había pedido. Allí estaba Greg para poner el sello que me permitiría llevármelos.

—Heinlein ha publicado un nuevo libro —le he explicado.

—*El número de la bestia* —ha aclarado—. Lo tengo entre los primeros de la lista que pediré en cuanto llegue el mes de abril.

—No está bien que las bibliotecas tengan un presupuesto limitado —me he quejado.

Ha soplado y ha cogido los libros de la señora que iba detrás de mí. Pero tengo razón. Podrían coger el dinero destinado a la construcción de bombas atómicas para matar a todos los rusos del mundo y dárselo a las bibliotecas. ¿Qué bien obtiene el Reino Unido de tener una fuerza de disuasión nuclear independiente, en comparación con el bien que proporcionan las bibliotecas? Alguien tiene las prioridades equivocadas. En realidad no soy una *commie*, a pesar de que me llamen así, pero creo que sería bastante instructivo analizar el presupuesto que tienen las bibliotecas en la Unión Soviética.

El sol brillaba como si estuviera difuminado mientras bajaba por la colina. He pensado que era temprano para encontrarme con Wim, pero ya estaba allí, sentado en la mesa junto a la ventana, comiéndose un pastelillo y bebiendo café. Siempre parece tan relajado y tan seguro de sí mismo, esté donde esté... No sé cómo lo consigue. Llevaba un jersey de cuello alto de color azul solo un poco más oscuro que sus ojos. Yo tenía claro, como siempre, que llevaba el uniforme escolar. Él parecía un estudiante, alguien adulto, tal como me gustaría ser a mí; yo, en cambio, iba enfundada en un pichi estúpido y con un sombrero ridículo, como si tuviera doce años. Admito que he pensado en pedir algo más sofisticado, pero me he resistido a la tentación.

—Me sorprende que hayas venido —han sido sus palabras cuando me he sentado a su lado.

Tenía los labios grasientos de la mantequilla del pastel. Me habría gustado limpiárselos. Entre las cosas que me hubiera gustado hacer, también figuraba la de tocar su jersey para comprobar si era tan suave como parecía. No es frecuente que tenga que reprimir este tipo de impulsos.

—Dije que vendría —he replicado.

—Pensé que Greg te habría hablado de mí.

—Por eso quedaste conmigo. No lo había pensado —he contestado, antes de pensar si decirlo era una buena idea o no.

—¿Ya estás informada? —ha preguntado—. Sobre Ruthie y todo eso...

—Janine me lo explicó hace siglos, y también me lo contó Hugh, aunque su versión es más amable.

La camarera ha dejado el té y mi bollo.

—Hugh es amigo —ha comentado, limpiándose los labios con una servilleta—. Janine me odia.

—Greg también me lo contó, pero muy por encima.

—Este es el problema en un sitio tan pequeño. Todo el mundo conoce la vida de todo el mundo, o cree que la conoce. Aquí es imposible dejar atrás algo así. —Se ha quedado mirando por la ventana mientras removía el café, sin mirarlo.

—¿Cuándo lo conseguirás? —le he preguntado.

—Después de superar los A Levels. En junio, dentro de un año. Entonces obtendré una beca y me iré a la universidad.

—¿Qué A Levels estás cursando? —le he preguntado. Me apetecía comerme el bollo de miel pero no quería tener la boca llena. Le he dado un mordisco muy pequeño.

—Física, química e historia —ha respondido—. No te puedes ni imaginar lo difícil que ha sido. Es ridículo estudiar solo tres asignaturas y separar las humanidades y las ciencias.

—Yo les he obligado a cambiar todo el horario para poder estudiar química y francés —le he explicado—. Y eso en O Level. El año que viene acabaré el O Level. Cada vez que tenemos clase de francés en lo que técnicamente es la hora del almuerzo, la maestra me lo echa en cara y se disculpa ante las demás por el hecho de que yo esté molestando a todo el mundo.

Wim ha asentido.

—Imagino que fue un combate impresionante.

—No pude conseguir que hicieran lo mismo con biología. Daniel, mi padre, me respaldó. Y supongo que lo está pagando.

—A mis padres, todo esto les importa un bleo.

—Me gustaría que tuviéramos el sistema educativo de *Doorways in the Sand* —he añadido—. Por cierto, aquí lo traigo. —Lo he buscado entre los libros de la biblioteca y se lo he entregado. Lo ha sostenido un instante antes de guardárselo en el bolsillo del abrigo. Sobre el fondo de su jersey azul, parecía de color púrpura—. ¿Sabes que Heinlein ha sacado un libro nuevo? *El número de la bestia*. Y ha tomado prestada la idea de un sistema educativo en el que estudias todas las materias y te presentas y te gradúas cuando tienes créditos suficientes en todas, y si quieres puedes seguir las clases para siempre; pero no reconoce la deuda que tiene con Zelazny.

Wim se ha reído.

—Esto es lo que hacen en América —ha aclarado.

—¿De verdad? —Tenía la boca llena, pero no me importaba. Me he sentido

avergonzada por haber sido tan tonta, pero también me ha encantado que fuera cierto —. ¿Lo hacen? ¿Hacen eso de verdad? ¡Quiero ir a la universidad allí!

—No te lo puedes permitir. Bueno, quizá tú sí, pero yo no. Cuesta miles de dólares cada trimestre, cada semestre. Tienes que ser rico. Esa es la parte negativa. Puedes conseguir becas si eres brillante, pero si no es así, necesitas un préstamo. ¿Tú me harías un préstamo?

—Cualquiera te lo haría —he respondido—. Quizá existan universidades en las que puedas asistir a clase gratis.

—No lo creo.

—Imagina que pudieras estudiar un poco de todo lo que quisieras —he añadido.

Nos hemos quedado los dos allí, sentados, imaginándolo por un momento.

—¿Cómo es que lees a Heinlein? —ha preguntado Wim—. No pensaba que te pudiera gustar. Es un fascista.

He tartamudeado:

—¿Un fascista? ¿Heinlein? ¿De qué estás hablando?

—Sus libros son tan autoritarios... Sus libros infantiles están bastante bien, pero mira *Tropas del espacio*.

—Bueno, mira *La luna es una cruel amante* —he replicado—. Trata de una revolución contra la autoridad. O *Ciudadano de la galaxia*. ¡No es un fascista! Está a favor de la dignidad humana y de ser responsable de uno mismo, y de cosas tan anticuadas como la lealtad y el deber. ¡Eso no es ser fascista!

Wim ha levantado una mano.

—Tranquila —ha dicho—. No quería remover un nido de avispas. Pero no creía que te pudiera gustar, porque también te gustan Delany, Zelazny y Le Guin.

—Me gustan todos —he reconocido, lo cual le ha causado cierta decepción—. Que yo sepa, no existe ninguna exclusiva.

—Eres realmente rara —ha comentado, dejando la cucharilla del café y mirándome con mucha atención—. Te preocupa más Heinlein que el asunto de Ruthie.

—Por supuesto que sí —he replicado, y después me he sentido mal—. Lo que quiero decir es que ocurriera lo que ocurriese con Ruthie, nadie dice que hicieras nada para hacerle daño deliberadamente. Los dos fuisteis tontos y, por lo que me han comentado, ella fue incluso más tonta que tú. Algo así es importante desde un determinado punto de vista, pero Dios santo, Wim, seguramente desde una perspectiva universal, Robert A. Heinlein es mucho más importante, lo mires por donde lo mires.

—Supongo —ha admitido, y se ha reído. La mujer de detrás del mostrador nos miraba de una manera curiosa—. No había pensado en ello desde esa perspectiva.

Yo también me he reído. Ni la mujer de detrás del mostrador ni lo que pudiera

pensar me importaban en absoluto.

—¿Desde la distancia de Alfa Centauro, desde la perspectiva de la posteridad?

—Podría haber existido una posteridad —ha intervenido, mucho más calmado—. Si Ruthie hubiera estado embarazada.

—¿La dejaste porque creías que lo estaba? —le he preguntado, y me he metido en la boca el último trozo de bollo.

—¡No! La dejé porque se lo explicó a todo el mundo antes que a mí, así que yo me enteré de segunda mano. Entró en Boots y compró un test de embarazo. Se lo explicó a su madre. Se lo dijo a sus amigas. Podría haber comprado un megáfono para anunciarlo en la plaza del mercado. Y al final no estaba embarazada. La dejé por lo que has dicho, porque era tonta. Tonta. Menuda idiota. —Ha movido la cabeza—. Y entonces todo el mundo empezó a darme la espalda. Me podrían haber envenenado. Parece que crean que por acostarme con ella tenía que casarme y estar con ella para siempre, aunque no hubiera ningún bebé de por medio.

—¿Por qué no se lo has contado a la gente?

—¿Decírselo a quién? ¿A todo el pueblo? ¿A Janine? No vale la pena. Tampoco me iban a escuchar. Creen que lo saben todo sobre mí. Y no saben nada. —Se le había endurecido el rostro.

—Bueno, pero ahora tienes novia —he apuntado, intentando darle ánimos.

Ha desviado la mirada.

—¿Shirley? En realidad también la he dejado. Es otra idiota, no tan mala como Ruthie, pero casi. Está trabajando en la lavandería de la escuela y es feliz con eso hasta que se case. Ya me estaba dando la lata con el tema de casarnos, así que rompí con ella.

—Desde luego, has acabado con ellas. —No se me ha ocurrido nada mejor que decir.

—Sería diferente con alguien que no fuera tan idiota —ha replicado, y me ha mirado con mucha atención, por lo que he pensado que quizá quería decir que estaba interesado en mí, pero no podía ser, Wim no, en mí no; pero lo cierto es que me sentía como si me faltase el aire.

—Vamos a ver si te puedo encontrar un elfo —he sugerido.

Wim ha fruncido el ceño.

—Olvídalo —ha empezado—. Sé que solo lo dijiste porque..., bueno, porque te planteé una pregunta muy extraña y sufrías muchos dolores metida en aquel artilugio y...

—No, es de verdad —le he cortado—. No sé si serás capaz de verlo, porque primero debes creer, pero estoy segura de que en el fondo casi crees. No tienes las orejas perforadas ni nada que pueda detenerte. Solo tienes que prometerme que no te pondrás sarcástico y que no me odiarás si no los puedes ver.

—No sé qué pensar —ha reconocido, poniéndose en pie—. Mira, Morí, me caes bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —he respondido con cautela, quedándome donde estaba. Él me dominaba desde su altura, pero no quería ponerme en pie.

—Me parece que yo también te caigo bien —ha proseguido.

Durante un instante me he sentido maravillosamente feliz y entonces me he acordado de mi magia del *karass*. Había hecho trampas. Había hecho que ocurriera todo esto. En realidad no le caigo bien, bueno, o quizá sí, pero si le gusto es porque la magia le ha obligado a que le guste, lo cual no significa que en ese momento mismo él no pensara realmente que yo le gustaba, pero todo era mucho más complicado.

—Vamos —le he dicho, mientras me ponía el abrigo.

Wim se ha puesto una trenca marrón desaliñada y ha salido. Lo he seguido a la calle.

En aquel momento estaba saliendo de la librería una mujer india con un bebé. Llevaba un pañuelo sobre la cabeza, lo cual me ha hecho pensar en Nasreen, y me he preguntado qué tal le iría. Hemos esperado a que la mujer pasase y entonces hemos cruzado la calle en dirección al estanque, donde los patos macho se estaban persiguiendo.

—¿No quieres hablar de ello? —ha preguntado Wim.

—No sé qué decir —he respondido.

No quería explicarle lo de la magia de *karass*, pero no sabía si era ético no hacerlo. Ignoraba si lo había hechizado por accidente. Era algo excitante y terrorífico a la vez. Me sentía como si la gravedad no fuese tan fuerte como siempre, o como si alguien hubiera reducido el oxígeno, o algo por el estilo.

—Es la primera vez que veo que te quedas sin palabras —ha constatado.

—Pocas personas me han visto así —he reconocido.

Se ha reído y me ha seguido entre los árboles.

—Todo esto de la magia, ¿no te lo estarás inventando?

—¿Por qué iba a hacerlo? —No veía ninguna razón para hacerlo—. La verdad es que he jurado no practicar magia excepto para evitar algún daño, porque es demasiado difícil prever las consecuencias de lo que haces... Además, es difícil «mostrar» la magia, porque resulta muy fácil negarla. Siempre puedes decir que habría ocurrido de todas formas. Y los elfos —no quería decir las hadas porque sonaba muy infantil—, bueno, no todo el mundo puede verlos, ni se ven siempre. Antes de poder verlos tienes que creer que están ahí.

—¿No me puedes encantar para que los vea? ¿O enseñarme sus nombres? No soy como el idiota de Thomas Covenant.

—Un encantamiento es una buena idea —he reconocido. Le he dado la piedra que llevo en el bolsillo y él se la ha pasado repetidas veces entre los dedos—. Esto

debería ayudar. —No le iba a ayudar exactamente a ver a las hadas, porque lo único que había en la piedra era una protección general y una protección específica contra mi madre, pero si lo creía podría funcionar—. No he leído ningún libro sobre Covenant. Los vi en una tienda, pero en la cubierta lo comparaban con Tolkien y no lo quise leer.

—No es culpa del autor lo que los editores ponen en la cubierta —ha aclarado—. Thomas Covenant es un leproso que se abre camino en un mundo de fantasía, en el cual la mayoría de nosotros daría el brazo derecho por vivir, pero se niega a creer que nada es real.

—Si el libro se relata desde el punto de vista de un leproso deprimido que no cree en él, me alegro de no haberlo leído.

Se ha reído.

—Aparecen unos gigantes enormes. Y es un mundo lleno de fantasía, a no ser que Covenant esté loco, tal como él cree, y el lector no puede llegar a saberlo.

Habíamos avanzado bastante entre los árboles. El barro era muy abundante, tal como nos había advertido Harriet. Había unas pocas hadas en los árboles.

—No sé si podrás verlos, pero coge con fuerza la piedra y mira hacia allí —le he indicado, señalando con la barbilla.

Wim ha girado la cabeza. Lo ha hecho muy despacio, pero el hada se ha desvanecido.

—Me ha parecido ver algo durante un segundo —ha explicado en voz muy baja—. ¿Lo he asustado?

—Los de por aquí se asustan con facilidad. No quieren hablar conmigo. En Gales del Sur, que es donde nací, hay algunos a los que conozco bastante bien.

—¿Cuál es el mejor sitio para encontrarlos? ¿Viven en los árboles, como en Lorien?

Miraba a todos lados, pero no veía hadas, que se ocultaban.

—Les gustan los sitios que habían sido humanos pero que en la actualidad están abandonados —he respondido—. Ruinas en las que crece la vegetación. ¿Hay algo así por aquí?

—Sígueme —me ha indicado Wim, y lo he seguido colina abajo a través de un montón de barro y hojas secas. El sol estaba alto, pero seguía haciendo frío y humedad, y el viento era gélido.

Nos hemos encontrado con un muro que nos llegaba a la altura de los hombros, cubierto de hiedra, y al seguirlo hemos llegado hasta una esquina donde se unía con otro muro, como si en su momento hubieran formado parte de una casa, y en el ángulo que constituían había un refugio con campanillas que asomaban a través del suelo cubierto de hojas. También había un gran charco y lo hemos tenido que rodear. Nos hemos sentado en una pared que llegaba hasta media altura. También había un

hada, la misma que vi en el jardín de Janine, parecida a un perro con alas de tela de araña. He esperado durante un momento en silencio. Wim tampoco ha dicho nada. Han aparecido algunas hadas más, porque realmente aquel era el tipo de sitio que les gusta. Una de ellas era delgada, muy bella y femenina, mientras que otra era rechoncha y nudosa.

—Aprieta la piedra, mira las flores y el reflejo de las flores en el agua —le he indicado a Wim en voz baja, aunque el volumen de la voz no tenía ninguna importancia—. Ahora mírame.

Cuando me ha mirado, le he cogido la cara entre las manos. Intentaba transmitirle confianza. Deseaba tanto creer y ver a un hada... Tenía la piel ardiente y solo necesitaba afeitarse un poco. Al tocarlo he sentido que me faltaba el aliento, ahora mucho más que nunca.

—Quiere veros —les he dicho a las hadas en gaélico—. No os hará ningún daño. No han contestado, pero tampoco se han desvanecido.

—Ahora mira a tu izquierda —le he indicado a Wim, soltándole la cara.

Ha girado lentamente la cabeza y la ha visto, estoy segura de que la ha visto. Ha dado un respingo. Ella lo ha mirado con curiosidad durante un momento. Me he preguntado por un segundo si lo habría encantado y si lo conduciría hasta donde fuera que desaparecían, como Tam Lin. Wim ha extendido la mano hacia ella y el hada se ha desvanecido, igual que siempre, como unas luces que se apagan.

—¿Eso era un elfo? —ha preguntado.

—Sí.

—Si no me lo hubieses dicho, habría creído que era un fantasma. —Parecía impresionado. Me habría gustado tocarlo.

—No todos tienen un aspecto tan humano —he comentado, lo que evidentemente era una descripción insuficiente—. La mayoría son un poco más «nudosos».

—¿Gnomos? —ha preguntado.

—Bueno, algo parecido. Lo que ocurre es que lees cosas y ves cosas, pero resulta que la realidad no es exactamente igual. Al leer sobre ello, todo parece tener más sentido, con palacios de Luz y de Tinieblas, con gnomos y elfos, pero no es así. Yo los he visto durante toda mi vida y son iguales estén donde estén y tengan el aspecto que tengan. En realidad no sé qué son. Hablan, bueno, los que yo conozco, pero dicen cosas raras y solo se expresan en gaélico. Normalmente. En las Navidades conocí a uno que hablaba en inglés. Fue quien me dio el bastón. —He dado un golpecito en el barro—. Ellos a sí mismos no se llaman elfos, ni de ninguna otra manera. No tienen nombre. Casi no usan las palabras. —¡Menudo alivio tener a alguien con quien hablar de todo esto!—. Yo los llamo «hadas» porque así los he llamado siempre, pero realmente no sé lo que son.

—¿Así que en realidad no sabes lo que son?

—No. Creo que la gente ha explicado un montón de historias sobre ellos; algunas son ciertas, otras se han elaborado a partir de otras historias, y otras, en fin, resultan muy confusas. Ellos no explican historias.

—Pero si no sabes lo que son, ¿podrían ser fantasmas?

—Los muertos son diferentes —he respondido.

Ha abierto mucho los ojos.

—¿Lo sabes? ¿Has visto alguno?

Así que le he hablado de Halloween, de las hojas de roble y de los muertos que penetraban en la montaña, lo cual significa que también le he tenido que hablar de Mor. Para entonces me estaba quedando helada.

—¿Cómo murió? —ha preguntado.

—Me estoy congelando —he respondido—. ¿Podemos volver al pueblo y tomar algo caliente?

—¿Hoy no voy a ver más elfos o lo que sean?

No comprendía por qué no los podía ver ahora.

—Mira con atención hacia el charco —le he indicado.

Ha girado la cabeza con lentitud y creo que ha visto una de las hadas feas, nudosa y parecida a un gnomo, una de esas que no tiene nada de humano salvo los ojos. Wim ha parpadeado.

—¿Lo has visto? —le he preguntado.

—Creo que sí —ha contestado—. He visto su reflejo. Si está ahí y tú puedes verlo, ¿por qué no puedo verlo yo? Te creo, de verdad que sí. He visto al otro.

—No lo sé —he reconocido—. Hay muchas cosas que desconozco de ellos. Yo no puedo verlos si ellos no quieren que los vea.

El hada estaba sonriendo de una forma bastante desagradable, como si pudiera comprender lo que decíamos.

—Vamos —le he repetido—. Me estoy quedando helada.

Resulta difícil levantarse de un muro y dar los primeros pasos. Estar sentada en el muro es mejor para mi pierna que quedarme de pie, pero tampoco es la mejor opción. Wim se ha ofrecido a ayudarme, pero en realidad no hay nada que me pueda ayudar. Me ha puesto la mano sobre el brazo, el otro brazo, el izquierdo.

—¿Al menos puedo llevarte la mochila?

—Si tienes una bolsa, puedes llevar los libros —he respondido—. Pero la mochila tengo que llevarla yo.

—¿He de entender entonces que tu mochila es mágica? —ha preguntado.

Los dos nos la hemos quedado mirando, repleta de libros de la biblioteca. Aunque uno se lo propusiera, no podría encontrar nada que tuviese un aspecto menos mágico.

—De alguna manera forma parte de mí —he contestado, con voz débil.

Wim no tenía ninguna bolsa, pero ha cogido algunos libros de la biblioteca para

llevarlos bajo el brazo.

—Ahora —ha comentado cuando hemos salido del bosque—, un café de verdad y no esa bazofia de Nescafé.

—¿Qué quieres decir con café de verdad? —le he preguntado.

—En Marios tienen auténtico café de filtro. Lo hacen con café en grano. Se puede oler cómo lo muelen y lo tuestan.

—El aroma del café me parece estupendo. En cambio, el sabor no —he replicado.

—Nunca has probado el café de verdad —me ha corregido con fiado—. Espera y verás.

Marios era una de las cafeterías con brillantes luces de neón de la calle mayor donde solían recalar las chicas de la escuela con sus novios. Las mesas estaban llenas. Hemos ido a sentarnos a la parte de atrás, donde había una mesa libre. Wim ha pedido dos cafés. En la máquina de discos sonaba *Oliver's Army* a todo volumen. Era horrible, pero al menos hacía calor. Él ha dejado los libros sobre la mesa y yo los he vuelto a meter en la mochila.

—¿Cómo murió? —ha vuelto a preguntar cuando ya nos habíamos instalado.

—Este no es el lugar —he respondido.

—¿El bosque no era el lugar y este tampoco? —ha preguntado. Ha puesto su mano sobre la mía, encima de la mesa. He jadeado—. Explícamelo.

—Fue en un accidente de coche. Pero en realidad fue mi madre —he empezado—. Mi madre estaba intentando algo, una gran magia, para conseguir poder, creo que para dominar el mundo. Las hadas se enteraron y nos dijeron lo que teníamos que hacer para detenerla. Ella intentó detenernos a nosotras, y una de las cosas que hizo fue lanzar contra nosotras cosas que no eran reales. Pero nosotras seguimos adelante. Creo que habríamos muerto las dos, pero para detenerla habría valido la pena. Eso fue lo que nos dijeron las hadas, y para eso estábamos preparadas las dos. Había todos esos objetos que no eran reales, que eran ilusiones. Creí que era uno más de ellos, pero entonces vimos las luces y el coche era de verdad.

—Dios santo, qué terrible para el conductor —ha comentado Wim.

—No sé lo que vio, o lo que creyó ver —he añadido—. No estaba en condiciones de preguntar.

—Pero ¿detuvisteis a tu madre?

—La detuvimos, sí. Pero Mor murió.

La camarera me ha interrumpido cuando ha dejado en la mesa dos tazas rojas con un café muy negro. Una de ellas se ha derramado un poco en el platillo, encima de los sobres de azúcar. Wim ha pagado antes de que yo pudiera decir nada.

—¿Qué ocurrió entonces? —ha preguntado.

Estaba claro que no le podía explicar esos días terribles después de la muerte de Mor, los moratones que tenía en un lado de la cara, los días que se pasó en coma, el

momento en que mi madre desconectó la máquina, y después, cuando empecé a usar su nombre y nadie me lo impidió, aunque estoy segura de que tita Teg lo sabía, y tal vez también el abuelo. Es posible que fuéramos idénticas, pero en el fondo éramos personas diferentes.

—Mi abuelo sufrió un derrame cerebral —he proseguido, porque por muy insoportable que fuera, era lo más soportable que podía decir a continuación—. Yo lo encontré. Lo solemos llamar golpe de elfo. No sé si ella se lo provocó.

He probado mi café. Era asqueroso, incluso peor que el café instantáneo, si es que eso es posible. Pero al mismo tiempo me he dado cuenta de que se podía llegar a convertir en un sabor adquirido si lo intentaba con el tesón suficiente. No estoy segura de que el esfuerzo valga la pena. Después de todo, tampoco es que el café sea bueno para mí.

—¿Qué vas a hacer con ella? —ha preguntado Wim.

—No creo que tenga que hacer nada. La detuvimos. Su última oportunidad la tuvo en Halloween.

—No si tu hermana no pudo bajar a la montaña, tal como se suponía que debía hacer. No si todavía sigue allí. La puede usar de nuevo. Tienes que hacer algo para detenerla de verdad. Tienes que matarla.

—Creo que sería un error —he negado.

Las demás chicas de la escuela se estaban levantando y he sabido que debía de ser la hora de ir a buscar el autobús.

—Sé que es tu madre...

—Eso no tiene nada que ver. Nadie la puede odiar más que yo. Pero creo que matarla no sería adecuado. Tengo la sensación de que sería un error. Se lo podría preguntar a las hadas, pero si fuera a servir de algo, creo que ya me habrían dicho que lo hiciera. Estás pensando en esto desde una perspectiva equivocada, como si se tratara de una novela.

—Es tan escalofriante... —ha confesado.

—Tengo que irme. Voy a perder el autobús.

Me he puesto en pie, dejando el resto del café.

Él se ha tomado el suyo de un trago.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—El martes, como siempre. Gracias a Zelazny.

He sonreído al decirlo. Esperaba esa reunión.

—Ya, pero ¿a solas?

—El sábado que viene. —Me he puesto el abrigo—. No hay otra posibilidad.

Nos hemos acercado a la salida de la cafetería.

—¿No te dejan salir?

—No. Casi.

—Es como una cárcel.

—En cierto sentido. —Hemos ido paseando hasta la parada del autobús—. Bueno; entonces, hasta el martes —me he despedido cuando hemos llegado.

El autobús ya estaba allí, y las chicas se estaban subiendo en él. Y entonces...; no, esto necesita un párrafo aparte.

Y entonces me ha besado.

Martes, 5 de febrero de 1980

Hasta hoy no he acabado el relato de lo que ocurrió el sábado.

No estoy segura de que me guste *El número de la bestia*. Hay muchas cosas que me agradan, pero se centran más en el sitio que en la historia, y lo mismo sucede con las localizaciones. No he leído ni Oz ni Lensmen, así que no estoy demasiado segura de lo que ocurre allí.

Dejando eso a un lado, el principal revuelo lo ha causado el que todas las chicas que había en el autobús me han estado preguntando sin parar sobre «mi novio», dónde lo conocí, cómo es, qué hace, y así sin cesar. Algunas de las que estaban en la cafetería conocen su reputación y me han advertido sobre él: «¡Cómo, un chico de diecisiete años que ha tenido relaciones sexuales con su novia, qué horror!». Menuda mezcla de puritanismo y lascivia. Las chicas que tienen novio de aquí dicen que no es nada serio, y algunas de ellas tienen en casa lo que llaman «novios serios». Lo que ellas llaman en serio es lo que Jane Austen habría llamado un partido elegible, es decir, un chico de su misma clase con quien se pueden casar. Con los chicos de aquí solo tontean, y la mayoría de ellos lo saben. Es algo malvado; ellas son malas, todo el asunto es malvado, y no quiero pensar en Wim en este contexto.

La diferencia real entre ellas y yo es que nosotros no pertenecemos a clases diferentes. Wim y yo somos de una clase social que tiene esperanzas de ir a la universidad. No sé a qué se dedica su padre, pero que su madre trabaje en la cocina del hospital mientras yo voy a la escuela es irrelevante. Bueno, quizá no sea irrelevante, pero no es lo más importante. En cualquier caso, no estoy segura de que Wim sea mi novio, y si lo es, nada tiene que ver con eso de los novios serios y los novios no serios de los que las chicas no dejan de hablar. Solo tengo quince años. No estoy segura de que quiera casarme, pero ni voy tonteando por ahí mientras espero otra cosa ni estoy buscando «algo de verdad». Lo que quiero es mucho más complicado. Quiero a alguien con quien pueda hablar sobre libros, que sea mi amigo ¿y por qué no?, alguien con quien disfrutar del sexo si nos apetece. (Tomando precauciones, claro.) No busco un romance. Lord Peter y Harriet me parecen un modelo bastante acertado de lo que busco. Me pregunto si Wim habrá leído a Sayers.

Pero de hecho todo esto es también casi irrelevante, porque no hay que olvidar el problema ético de la magia. Seguramente debería decírselo y entonces me odiará, como haría cualquier persona.

Le he pedido a la enfermera que me concierte una cita con el médico. No me ha preguntado para qué.

Miércoles, 6 de febrero de 1980

Ayer por la noche, reunión sobre Zelazny. Wim cree que el autor es el mejor estilista de todos los tiempos. Brian opina que el estilo no tiene importancia en comparación con las ideas, y cree que las ideas de Zelazny son muy ordinarias, excepto por *Sombra*. Resultaba curioso ver la división que mostró la gente ante eso. Creo que si hubiéramos votado sobre si lo que importa es el estilo o las ideas, nos habríamos dividido en dos grupos distintos que los que se formaron al discutir si Zelazny tiene buenas ideas o no. Yo creo que las tiene, y me parece que los dos aspectos importan, lo cual no significa que opine que los libros de la Fundación son malos porque carecen de estilo, como tampoco lo es Clarke. Zelazny podría conseguirlo solo con estilo y sin ninguna sustancia; al fin y al cabo, no puedo olvidar *Criaturas de luz y tinieblas*, que casi me obliga a abandonarlo para siempre. Pero en casi todo momento mantiene el equilibrio.

Hablamos sobre Ámbar y sobre lo que va a ocurrir, y también acerca de la voz ocurrente que utiliza en estos libros y en *La isla de los muertos* y *This Immortal*, y hablamos de si en realidad se trata de ciencia ficción o de fantasía. Hugh cree que los libros sobre Ámbar son fantasía, al igual que *La isla de los muertos*, porque a pesar de los aliens y todo lo demás, el mundo está construido en términos mágicos.

—Eso sería condenarlo por ser poético —replicó Wim.

—Considerar que es fantasía no representa ninguna condena —puntualizó Harriet.

Así que se trató de una buena reunión. Después, Wim le preguntó a Greg:

—¿Tienes algún *Ansible* reciente?

Hay una revista, un «fanzine», llamado *Ansible*. Recoge información sobre lo que ocurre en el mundo de los aficionados a la ciencia ficción y tiene exactamente el título que le habría dado yo, de manera que adoro al autor, Dave Langford, aunque no lo conozco. Los ansibles aparecen en *Los desposeídos*, y son unos aparatos para un tipo de comunicación que viaja a mayor velocidad que la luz. Brillante. El ejemplar de Greg traía toda la información respecto al Albacon de Glasgow que se iba a celebrar durante la Semana Santa. Lo anoté todo, y ahora lo que tengo que conseguir es que Daniel me dé el dinero cuando vuelva a verlo, probablemente durante las vacaciones de medio trimestre, que son a finales de la semana que viene, y luego enviarlo.

Cuando salíamos de la biblioteca, Wim me cogió de la mano.

—¿Estás segura de que no podré verte hasta el sábado? —preguntó—. ¿Estarás hasta entonces encerrada en la escuela?

—Pues sí, excepto el jueves por la tarde, que tengo que ir a Shrewsbury para la acupuntura —respondí.

—¿A qué hora te vas ?

—En el tren de la una y media... Pero ¿no tienes que trabajar?

—Trabajo por las mañanas y por las tardes voy a clase —contestó—. Por eso pude ir a verte al hospital, ¿recuerdas? Puedo hacer campana pasado mañana por la tarde. Nadie me va a llamar la atención por ello.

«Hacer campana» es como «hacer novillos» y significa «saltarse la escuela». Así es como lo dicen por aquí. La primera vez que lo oí no sabía lo que significaba.

—Echarás en falta las clases que te saltes cuando lleguen los exámenes —repliqué.

—Ni lo notaré —aseguró—. Te veré en la estación de Gobowen, ¿de acuerdo?

Greg me llevó de vuelta a la escuela, como siempre.

—Así que tenía razón —comentó.

Me ruboricé. No creo que se diera cuenta en la oscuridad.

—Algo así —admití.

—Buena suerte.

—Volemos alto —repliqué.

Greg se rio.

—Siempre he dicho que lo que necesitaba Wim era una novia que pudiera citarle a Heinlein.

¿Siempre lo ha dicho? ¿O cree que siempre lo ha dicho porque hice la magia de *karass*? Greg existía antes de que yo la hiciera. Sé que existía. Lo conocí en la biblioteca. Pero nunca me había dirigido la palabra, salvo para no dejarme entrar el primer día y cuando me dio mis tarjetas de préstamo interbibliotecario. El club de lectura y los aficionados a la ciencia ficción, ¿existieron durante todo ese tiempo o cobraron vida cuando hice magia, para concederme un *karass*? ¿Existe un *Ansible*? Sé que ellos creen que sí, que las convenciones se remontan a 1939 y que, desde luego, la ciencia ficción ha estado viva durante todo ese tiempo. No es posible demostrar nada en cuanto interviene la magia.

Tendré que decírselo a Wim. Es lo más ético.

Jueves, 7 de febrero de 1980

Esta semana he salido de la escuela con una sensación de huida mucho más fuerte, aunque estaba lloviendo con ese tipo de llovizna insoportable que se filtra por todas las grietas. Si tuviese ropa de verdad, me habría cambiado antes de salir, pero no tengo, así que no he podido hacerlo. Arlinghurst quiere que sus chicas sean reconocibles siempre. Si nos pudieran obligar a llevar el uniforme durante las vacaciones, lo harían. Al menos, el abrigo es bueno y resistente, y el sombrero puede ser horrible pero evita que te mojes con la lluvia.

Wim me estaba esperando en la estación de Gobowen. No es realmente una estación, sino que se parece más a una parada de autobús junto a las vías, con una máquina expendedora de billetes y dos papeleras vacías. Estaba sentado bajo la marquesina con los pies apoyados en el vidrio, doblado como un clip. Había dejado la bicicleta encadenada a la baranda exterior y se estaba mojando. A su lado había sentados una mujer gorda con un niño y un hombre calvo con un maletín, todos ellos enfundados en sendos chubasqueros. Wim llevaba la misma trenca de siempre. A su lado, los demás parecía como si estuvieran en blanco y negro, mientras que él estaba en color. No me ha visto hasta al cabo de un momento; antes me ha visto el hombre calvo y me ha cedido su asiento, así que Wim se ha dado cuenta, ha sonreído y se ha puesto de pie. Resultaba divertido que nos sintiéramos tan tímidos. Era la primera vez que estábamos solos desde el sábado y en realidad no era así, porque allí estaban los otros viajeros, pero ellos no contaban. Yo no sabía cómo comportarme y si él lo sabía —y debía de saberlo, porque tiene mucha más práctica que yo—, no lo demostraba.

El tren ha llegado, la gente se ha bajado y entonces nosotros hemos subido. Era un tren con solo dos vagones, y de nuevo estaba lleno de gente de Gales del Norte con sus divertidas voces cantarinas y sus preguntas rematadas en sí/no. Hemos conseguido sentarnos juntos porque una señora muy amable se ha cambiado de asiento para dejarnos el suyo. En realidad no hemos podido hablar de nada, porque la teníamos sentada delante, al lado de un hombre joven y preocupado que llevaba en el regazo un gato dentro de una jaula de viaje. El minino no cesaba de quejarse y él intentaba tranquilizarlo. Debe de ser terrible llevar al gato al veterinario en tren. O quizá se esté mudando. Solo llevaba el gato, pero a lo mejor era lo único que necesitaba. O, incluso peor, tal vez tenía que separarse del felino y lo llevaba a su nuevo hogar. Pero, si fuera eso, lo más probable es que él también estuviera llorando, y no era así. Lo gracioso del hombre con el gato fue que Wim ni lo vio siquiera. Cuando más tarde le hice un comentario sobre él mientras recorriamos el andén de Shrewsbury, no sabía de lo que le estaba hablando.

No creo que Wim vaya muy a menudo a Shrewsbury, aunque esté tan cerca. No sabía dónde estaba nada. No sabía dónde estaba la librería de Owen Owens. Primero

yo tenía que ir a la acupuntura, así que lo he dejado en una cafetería: una cafetería reluciente con vidrios y cromados, después de rechazar Wim el local de los reservados al que yo había ido la última vez porque no tenían café de verdad. Hasta el sábado, yo ni sabía que existiera otro café además del Nescafé (o del Maxwell House, aunque son lo mismo), es decir, el café en grano que se prepara con agua hirviendo. Parece algo demasiado intrascendente para preocuparse por ello.

La acupuntura me ha ido bien. El acupunturista ha comentado que la tracción le ha podido producir a la pierna algo de violencia (esa es la palabra que ha utilizado) y que no había sido adecuada. Yo usaría un lenguaje mucho más fuerte que poco adecuada, pero supongo que se trata de mi pierna y para él solo es una pierna más. Todo el rato que he permanecido tendida me he dedicado a contemplar el dibujo, memorizando los puntos y las zonas que afectan. Realmente vale la pena conocerlos. Si los presionas, te pueden ayudar. Cuando tengo clavadas las agujas, puedo sentir la magia, el «chi», que se mueve por mi cuerpo chisporroteando como una bengala donde se concentra el dolor. Lo voy a intentar sin agujas a ver si lo puedo eliminar. Lo más fácil sería trasladarlo a algún objeto, como una piedra o un trozo de metal, pero entonces se lo traspasaría a cualquiera que lo cogiera. Hasta donde alcanzo a comprender, la acupuntura te lo saca del cuerpo y lo deja libre por el mundo. Un buen truco, si eres capaz de hacerlo.

Después —bajando las escaleras con más facilidad que a la ida— he vuelto a la cafetería donde había dejado a Wim. Me he sentado frente a él. La cafetera ha soltado una vaharada de vapor con aroma a café.

—Vamos a otro sitio —me ha comentado—. Ya estoy harto de este lugar.

En cuanto hemos salido se ha animado. Me ha cogido de la mano, lo cual me ha gustado, aunque habría sido mejor si me hubiera dejado una mano libre. Hemos ido a la sección de librería de los almacenes y no hemos encontrado nada, pero nos lo hemos pasado bien mirando y comentando los diferentes títulos. Wim es mucho más quisquilloso que yo, y además le gustan algunas cosas que a mí no, como Dick. Desprecia a Niven (!) y no le gusta Piper. (¿Cómo es posible que alguien no adore a H. Beam Piper?) Nunca ha leído nada de Zenna Henderson y, por supuesto, no tiene ninguno de sus libros. Se los pediré a Daniel para prestárselos.

Después, he insistido en invitarlo a cenar, aunque solo era media tarde. Estaba hambrienta. Hemos encontrado un *fish and chips* con una zona para sentarse, así que hemos tomado asiento para comernos el pescado, las patatas fritas, el pan blanco y la mantequilla, y yo me he bebido un té realmente asqueroso que estaba tan hervido que parecía de color naranja, y Wim se ha tomado un Vimto, algo que, según me ha contado, no había vuelto a probar desde que tenía ocho años. Eso le ha hecho sonreír. También me ha acariciado el dorso de la mano con el dedo, y eso ha resultado mucho más agradable que cogernos de la mano mientras paseábamos y para mí mucho más

cómodo sin lugar a dudas. Me ha provocado escalofríos.

Como el restaurante no estaba lleno, cuando hemos acabado de comer hemos pedido otro Vimto y una limonada; el té era demasiado horrible para fingir que me lo tomaba. Así, nos podíamos quedar sentados calentitos y secos mientras los abrigos humeaban colgados del respaldo de las sillas. Hemos hablado sobre Tolkien. Él lo ha comparado con Donaldson y con un libro titulado *La espada de Shannara*, que no he leído, pero que suena a basura total. Y después, por fases, hemos acabado hablando de los elfos.

—Podrían ser fantasmas —ha insistido.

—Los muertos no pueden hablar. Mor no pudo hablar conmigo cuando la vi —puntualizo. He logrado pronunciar su nombre con total normalidad, sin ni siquiera un temblor en la voz.

—Quizá no puedan cuando haga poco que han muerto. He pensado en ello. Cuando acaban de morir no pueden hablar y tienen el aspecto que tenían en vida. Y según me dijiste, los puedes hacer hablar usando sangre, como en Virgilio, ¿verdad? Más tarde absorben la vida de otras cosas que están vivas, los animales y las plantas, y se empiezan a parecer a ellos; cada vez son menos personas, pero con esa nueva vida pueden volver a hablar.

—La forma de hablar de los elfos no se parece en nada a la nuestra, ni siquiera a la de los muertos —he replicado—. Lo que dices tiene sentido y encajaría perfectamente en una novela, pero no estoy segura de que sea cierto.

—Eso explicaría por qué les gustan las ruinas —ha proseguido—. El sábado regresé allí. Casi pude verlos por el rabillo del ojo mientras cogía tu piedra. —Se ha tocado el bolsillo cuando la ha mencionado.

Me ha gustado la idea de que llevase encima algo que me ha pertenecido tanto tiempo. En realidad lo único que hace es protegerlo de mi madre, pero Dios sabe que eso no puede ser malo.

—No sé por qué no puedes verlos —he comentado—. Están por todas partes.

—Son fantasmas —ha repetido—. Pero tú crees que son hadas.

—No sé lo que son y no sé tampoco si realmente eso tiene alguna importancia.

—¿No quieres saberlo? —ha preguntado con los ojos brillantes—. Ese es el espíritu de la ciencia ficción.

—Sí —he respondido—, pero no lo decía en serio. Son lo que son, eso es todo.

—Bueno, ¿con qué crees que están relacionados?

—Con los lugares —he contestado muy segura—. No se mueven demasiado. Glor..., mi amigo, tuvo que hacer magia para conseguir que yo fuera a Gales del Sur en Halloween; no vino aquí a hablar conmigo.

—¿Lo ves?; son como los fantasmas, que se quedan en su lugar de procedencia. He negado con la cabeza.

—¿Me enseñarás a hacer magia, Mori? —ha sido su siguiente pregunta.

He dado un respingo.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque es muy peligroso. Si no sabes exactamente lo que estás haciendo, y no me refiero a ti, sino a todo el mundo, a cualquiera que no sepa lo suficiente, resulta muy difícil no hacer cosas que tengan unos efectos tan enormes como imprevisibles. —Esta era la oportunidad perfecta para hablarle sobre el hechizo del *karass*, y lo sabía, pero cuando ha llegado el momento, no he querido hacerlo—. Como George Orr en *La rueda celeste*, solo que con magia, no con los sueños.

—¿Has hecho alguna vez algo así? —ha preguntado.

Ahora sí que se lo tenía que decir.

—Lo que te voy a contar no te gustará. Pero ten en cuenta que estaba muy sola y muy desesperada. Hice una magia de protección contra mi madre porque me estaba enviando continuamente sueños terribles. Y cuando me encontraba en ello, hice también magia para encontrar mi *karass*.

Su cara no mostraba ninguna expresión.

—¿Qué es un *karass*?

—¿No has leído a Vonnegut? Oh, vaya, creo que te gustaría. Empieza con *Cuna de gato*. Bueno, en cualquier caso, un *karass* es un grupo de personas conectadas entre sí. Lo contrario es un *granfalloon*, es decir, un grupo que tiene una conexión errónea, como todas las que nos hemos encontrado en la escuela. Hice magia para poder tener amigos.

Se ha echado hacia atrás y casi tira la silla.

—¿Y crees que ha funcionado?

—Al día siguiente, Greg me invitó al club de lectura. —Lo he dejado caer mientras él deducía las implicaciones.

—Pero hacía meses que nosotros nos reuníamos. Tú solo..., solo nos encontraste.

—Eso espero —he reconocido—. Pero antes no sabía nada en absoluto de él. No había visto nunca ningún anuncio del club ni sabía nada de los aficionados a la ciencia ficción.

Lo he mirado. Es más raro que un unicornio: un chico guapo con una camisa de cuadros rojos, que lee, piensa y le gusta hablar sobre libros. ¿Qué parte de su vida ha tocado mi magia para convertirlo en lo que es? ¿Ya existía antes? ¿O qué había sido? Ni lo sé, ni hay forma alguna de saberlo. Ahora está aquí, y yo también, eso es todo.

—Pero yo ya había estado allí —ha replicado—. E iba a seguir yendo. Sé que ya había estado. El verano pasado estuve en la Seacon de Brighton.

—*Er' perenne* —he dicho, con la mejor pronunciación de la que era capaz.

Estoy acostumbrada a que la gente se asuste de mí, aunque no me gusta. Supongo

que ni siquiera a Tiberio le gustaba de verdad. Al cabo de un momento terrible, su expresión se ha suavizado.

—Supongo que la magia solo hizo que nos encontraras. No es posible que tú cambiaras tantas cosas —ha comentado, ha cogido el Vimto y lo ha apurado de un trago.

—Quería explicártelo, porque hay un problema ético de raíz en el hecho de que te guste, si es por esto por lo que te gusto —le he explicado, para dejarlo perfectamente claro.

Se ha reído un poco agitado.

—Tendré que pensar en eso —ha reconocido.

Hemos caminado por las calles mojadas de vuelta a la estación, sin cogernos de la mano. Pero en el tren, que en el viaje de regreso iba más vacío, nos hemos sentado juntos, con nuestros brazos tocándose y al cabo de un rato me ha rodeado los hombros con el brazo.

—Hay muchas cosas que debo digerir —ha comentado—. Siempre he deseado un mundo que tuviera magia.

—Yo preferiría las naves espaciales —he replicado—. O, si tiene que haber magia, que sea una magia menos confusa, una magia con reglas claras, como la de los libros.

—Hablemos de algo normal —ha sugerido—. Como, por ejemplo: ¿por qué llevas el pelo tan corto? Me gusta, pero realmente es muy poco habitual.

—No es lo normal —he reconocido—. Antes, teníamos unas trenzas largas. La abuela nos hacía las trenzas y cuando falleció, nos las hacíamos la una a la otra. Cuando Mor murió, no me las sabía hacer yo sola y en un ataque, bueno, supongo que de pena y rabia, me las corté con unas tijeras. Pero el pelo me quedó completamente desigualado y, cuando mi amiga Moira me lo intentó igualar cortando un poco de cada lado, casi me quedo calva. Desde entonces lo llevo corto. Solo así consigo tenerlo igual de largo por todas partes. Antes lo tenía realmente de punta.

—Pobrecita —se ha lamentado, y me ha abrazado.

—Y tú, ¿por qué llevas el pelo largo? Quiero decir, largo para ser un hombre.

—Me gusta —ha respondido, y se lo ha tocado con timidez. Cabello de color miel, o al menos del color de los bollos de miel.

Al llegar a Gobowen, ha desencadenado su bici.

—Nos vemos el sábado —se ha despedido.

—¿En la cafetería pequeña de al lado de la librería?

—En Marios. Así puedo tomarme un café decente.

Creo que para Wim es importante que lo vean conmigo en público. Supongo que tiene que ver con lo de Ruthie y con su sensación de ser un paria.

Nos hemos besado de nuevo antes de que yo subiera al autobús. Lo he sentido

hasta la punta de los dedos de los pies. Eso también es magia, en cierto sentido, igual que el «chi».

Viernes, 8 de febrero de 1980

Aujourd'hui, rien.

Hoy a la hora de cenar, las chicas han estado jugando a los acertijos y yo he planteado la pregunta de si preferirían conocer a un elfo o a un plutoniano. Deirdre no sabía muy bien qué era un plutoniano.

—Un alien del planeta Plutón —le he explicado—. Como un marciano, pero de más lejos.

—Entonces, un elfo —ha respondido—. Y a ti, Morwenna, ¿cuál te gustaría ser?

Es típico de Deirdre confundir «conocer» con «ser», pero en cierto sentido es una cuestión mucho más desafiante. La pregunta sobre a quién te gustaría conocer se centra en la visión del mundo, en el pasado y en el presente, en la fantasía y la ciencia ficción. En cuanto a quién me gustaría ser... Sigo pensando en la frase «Y me desperté y me encontré aquí, en el lado frío de la colina» de Tiptree, donde consigue ser ambas cosas.

Tengo cita con el médico el lunes.

Sábado, 9 de febrero de 1980

Parece que Wim siempre llega temprano, excepto aquella primera vez, cuando tuvo el pinchazo y llegó tarde al club de lectura. Cuando he llegado me estaba esperando en Marios y me había pedido un café.

Ha repasado mis libros de la biblioteca, asintiendo o negando a medida que los veía. Había llegado a *El muchacho persa*, de Mary Renault, y quería saber qué veía yo en la ficción histórica, y cuando le he explicado que ya lo había leído, ha querido saber qué encontraba en la relectura.

En la cafetería había muchas chicas a las que conocía, en compañía de chicos de aquí, entre ellas Karen, que nos seguía mirando con una sonrisita.

—Podemos ir a otro sitio —le he propuesto al cabo de un rato, cuando Wim se ha acabado el café.

—¿Adónde? —ha preguntado—. No hay ningún sitio adonde ir. Excepto que quieras volver a cazar fantasmas.

—No me importa, si quieres —he respondido.

En ese momento, Karen se ha acercado a la mesa.

—Ven conmigo, acompáñame al lavabo, Commie —me ha ordenado sin preámbulos.

Wim ha arqueado una ceja al oír el nombre, pero me he sentido aliviada de que no me hubiese llamado Crip ni Hopalong delante de él.

—Ahora no —he replicado.

—Oh, venga... —ha insistido Karen, haciendo muecas. Me ha puesto la mano sobre el brazo y me lo ha presionado con fuerza—. Vamos.

Era más fácil acompañarla que montar una escena. Karen no es mi amiga, pero sí lo es de Sharon y de Deirdre. He suspirado y la he seguido. Los lavabos estaban pintados de rojo y tenían un espejo con una fila de bombillas brillantes y desnudas encima. Karen se ha revisado el maquillaje. Aunque estaba estrictamente prohibido, tanto los sábados como cualquier otro día de la semana, iba pintada de arriba abajo.

—Craig, que es mi novio, dice que vio a tu novio con otra chica la otra noche en la disco; se trata de Shirley, la que trabaja en la lavandería de la escuela.

—Gracias —he contestado—. Pero parece bastante difícil que yo vaya con él a la disco, ¿no te parece?

—¿No te importa? —preguntó incrédula.

Me importa, por supuesto que me importa, pero no iba a dejar que se diera cuenta. He sonreído, he abierto la puerta de un empujón y he regresado a la mesa.

Wim seguía allí, aunque por un momento me pregunté si aún estaría o no. Me he sentado y le he cogido la mano, porque sabía que Karen nos miraría.

—Vámonos —le he pedido.

—¿Qué te ha dicho? —me ha preguntado.

—Tú sabes mejor que yo que en este pueblo todo el mundo conoce la vida de los demás —le he respondido y luego me he levantado y me he puesto el abrigo.

Me contempló con cara larga, pero también tenía una mirada calculadora.

—Morí, yo...

—Vamos —he repetido. No estaba dispuesta a hablar allí, delante de una audiencia demasiado interesada.

—¿Qué se supone que tengo que hacer si solo puedo verte en el club de lectura y los sábados por la tarde, y durante un par de horas los jueves paseando por Shrewsbury? —ha preguntado beligerante, mientras subíamos la cuesta y pasábamos por delante de Smiths y BHS—. Tú ni siquiera me puedes acompañar a una fiesta.

—Eso es evidente —he reconocido—. No puedo cambiar el hecho de que no tengo permiso para salir de la escuela. Quizá esto no puede funcionar.

—¿Así que vas a romper conmigo porque he ido a bailar con Shirley? —ha inquirido inquisitivo.

—Se trata más bien de que no quiero verme humillada por ello, que del hecho en sí. Porque resulta obvio que aunque no estuviera interna en la escuela, no podría ir a bailar.

—No es eso —ha replicado con rapidez—. Lo de bailar me da igual, se trata solo de hacer algo.

—¿Y tampoco te interesa demasiado Shirley? ¿Solo es algo que hacer? —le he preguntado, sarcástica.

—O yo podría romper contigo porque casi no puedo verte y además hay demasiados inconvenientes —ha replicado en un tono extrañamente meditabundo.

Habíamos llegado a la esquina del Thorntons, donde debíamos girar si queríamos ir a la librería y a Poacher's Wood. Me he parado y él también se ha detenido.

—¿Se supone que lo que estás diciendo tiene algún sentido? —he preguntado exasperada. Los chicos son raros.

—¿Estás de acuerdo en que rompamos ahora mismo en esta esquina y no volvamos a dirigirnos nunca más la palabra? —me ha exigido. El viento le echaba el pelo hacia atrás y nunca lo había visto tan guapo.

—¡Sí! —he contestado. Me lo podía imaginar perfectamente, hablando sobre libros en el club de lectura sin mirarnos.

—Entonces, todo es perfecto. Si es posible que rompamos ahora mismo por mucha magia que hicieras, es que la magia no cambió el destino para que nosotros dos estuviéramos juntos —ha explicado.

—¿Qué? —Entonces me he dado cuenta—. Oh...

Ha sonreído.

—Si no estamos juntos porque la magia nos obliga a ello, es estupendo.

Aquella era la forma más retorcida de enfocar el tema que me podía imaginar.

—Entonces qué, ¿estabas llevando a cabo un experimento científico con Shirley en la disco?

Tuvo el acierto de parecer un poco avergonzado.

—Algo así. Odio la idea de que me obliguen a hacer algo. Odio la idea del Amor Verdadero, de encontrar a la Persona Ideal, ya sabes, atarte, casarte, y la idea de que la magia me podría haber...

—Wim, admito que me gustas —he replicado—. Pero si me lo preguntas, no diré nada sobre el destino, el amor verdadero, el matrimonio, o cualquiera de estas tonterías. Eso no es lo que estoy buscando, no es lo que quiero. Quiero tener un amigo, no el dichoso Amor Verdadero. No tengo pensado casarme nunca, o al menos, no hasta dentro de muchos años.

—Esta eres tú —ha reconocido, y ha empezado a andar de nuevo, así que lo he seguido, esta vez cuesta abajo—. Esto no es magia. Me gustas, de verdad. Pero pensé que si podíamos romper y tú estabas de acuerdo en que podíamos hacerlo, entonces es que todo esto no estaba pasando gracias a la magia, y en tal caso todo iría bien.

—¿Así que no quieres romper?

—No, si tú no quieres —ha respondido.

Lo que yo sé sobre la magia y él desconoce es lo tramposa que es. Es mucho más fácil obligar a las personas a hacer algo que quieren hacer. Solo se habría demostrado algo si hubiésemos roto, poniéndonos de acuerdo en que teóricamente podríamos romper. Pero, en cualquier caso... no quiero.

—No quiero —he confirmado.

—¿Qué le has dicho?

—¿A quién? —he preguntado.

—A la pequeña señorita Hitler de la cafetería.

He soltado un bufido.

—Se llama Karen. Le he dicho que estaba claro que yo no podía ir a la disco y he sonreído. No quería darle una satisfacción.

Nos acercábamos a la librería y se ha detenido de nuevo.

—Entonces puedes seguir sonriendo, Mori. No volveré a ver a Shirley.

—No me importa que veas a Shirley, siempre que yo lo sepa —he replicado—. Creo. —La teoría estaba muy clara en Heinlein, pero no estaba muy segura en cuanto a la práctica.

—Es una idiota —ha asegurado, lo que resultaba muy tranquilizador. Es agradable que te quieran por algo real.

Hemos entrado en Poacher's Wood y hemos ido andando hasta los muros en ruinas. Las campanillas estaban muertas. Comenzaban a brotar hojas pero aún no habían salido flores nuevas. El lugar estaba abarrotado de hadas, en su mayoría del

tipo nudoso parecidas a un árbol, y no nos han prestado la menor atención. Wim casi podía verlas si miraba de reojo. Nos hemos sentado un rato en el muro, contemplándolas. Después, cuando nos estábamos poniendo de pie, se ha tropezado accidentalmente con mi bastón y ha soltado un sonido como si se ahogase.

—Ahora sí puedo verlas de verdad —ha exclamado. Se ha vuelto a sentar a mi lado, sosteniendo el bastón en el regazo—. Tío —ha exclamado de un modo bastante inadecuado.

Una eternidad después, cuando él ya había pasado mucho rato mirando a las hadas, he anunciado que era hora de irse y he alargado la mano para recuperar el bastón. Sin él, solo podía entreverlas vagamente.

—Me gustaría saber lo que son —ha comentado, mientras volvíamos al pueblo—. ¿Puedo quedarme el bastón? Quiero decir, ¿tienes otro bastón?

—Lo tengo, pero el otro es horrible, de metal, y este me da fuerza. Me lo dieron las hadas.

—Quizá te lo dieron para que yo pudiera verlas —ha sugerido—. Todas esas formas y colores... —Parecía que estuviera borracho. Solo eran hadas y no estaban haciendo nada interesante.

—Quizá —he reconocido—. Pero ahora lo necesito yo.

Me ha cogido de la mano mientras pasábamos bajo los árboles.

—Siento lo del baile —se ha disculpado—. Shirley no me interesa, lo hice a propósito, me refiero al baile. No caí en la cuenta de esto y no quiero que te sientas mal porque tú no puedes bailar.

—Está bien —lo he tranquilizado; pero no estaba bien.

Vuelvo a tener la pierna casi como antes de que la empeorase la tracción. Tengo días buenos y días malos. Me dicen que va a seguir así. Quizá la acupuntura me ayude y es posible que aprenda a hacérmela yo misma, y eso será de gran utilidad, pero no voy a poder bailar en un futuro inmediato.

Casi era la hora del autobús, así que cruzamos el pueblo.

—¿Así que el martes por la noche, el jueves por la tarde y el sábado? Bueno, si esto es todo lo que se me ofrece, me lo quedo —ha comentado.

—La semana que viene son las vacaciones de medio trimestre —le he corregido—. Toda la semana, así que el sábado queda descartado.

—¿Te vas?

—Pasaré una noche en Old Hall con Daniel y después me iré unos días a Aberdare para ver a tita Teg y a mi abuelo.

—¿Y a matar a tu madre? —ha preguntado—. No, ya sé que no, pero yo sí podría hacerlo. Eso no iría en contra de ninguna prohibición ancestral.

—Según las antiguas tradiciones que conozco, no me estaría permitido compartir la mesa con alguien que hubiera matado a mi madre, sin importar lo que yo opine de

ella —he replicado, aunque casi todo cuanto sabía procedía de Mary Renault y no de ninguna prohibición ancestral. No deja de ser curioso que nadie enseñe en la actualidad las prohibiciones de la tradición—. Además, no es necesario que lo hagas.

—Podría ir contigo.

—No seas tonto. ¿Dónde te ibas a quedar? —he preguntado—. Además, tienes que trabajar. Te veré cuando vuelva.

—Te echaré de menos —se ha despedido, y me ha besado con suavidad durante largo rato.

Bueno, al menos no es aburrido.

Domingo, 10 de febrero de 1980

Esta mañana había helado. Cuando me he despertado y he mirado por la ventana, todo estaba cuidadosamente espolvoreado de blanco. Cuando hemos ido a la iglesia, ya se había derretido.

El sermón trató sobre dar las gracias, y sobre que no debíamos recitar nuestras oraciones con desgana sino que teníamos que escoger dos cosas muy especiales para dar las gracias por ellas. Por eso, en el momento de rezar, mentalmente di gracias por Wim y por el sistema de préstamo interbibliotecario.

Le escribí a tita Teg para decirle que llegaría el domingo siguiente. Ayer no le compré ninguna tarjeta al abuelo, ni tampoco la semana pasada, porque Wim me tuvo ocupada los dos días. Le llevaré una en persona.

Lo que ahora me preocupa de Wim es que en realidad busque conocer la magia y no me quiera a mí.

Lunes, 11 de febrero de 1980

El muchacho persa es maravilloso. Seguramente es su mejor libro. Animada no directamente por él sino por el conjunto de su obra, también me he leído de un tirón *Fedro*, y he empezado las *Leyes*, así que me veo un poco superada por el trabajo.

Parece que la señorita Carroll aprueba que lea cosas que no sean ciencia ficción. Ha iniciado una conversación sobre la Antigua Grecia y ha mencionado la posibilidad de que haga un O Level en griego mientras estudio mis A Levels. No sé si haré los A Levels aquí o en otro sitio, pero si los hago aquí, este plan me parece realmente bueno. No creo que me dejen hacer lo que hace Wim, es decir, mezclar humanidades y ciencias. Además, me gustaría estudiar inglés, historia y latín, que es una combinación muy habitual y una selección la mar de normal. También me gustaría seguir con física o con química, pero como me ha hecho notar la señorita Carroll, sin matemáticas me sería difícil. Es probable que en mates solo saque un suficiente, si tengo suerte, pero es lo máximo a lo que puedo aspirar.

En la consulta del médico, le he preguntado si la visita era confidencial y me ha respondido que por supuesto. Entonces le he pedido una receta para la píldora. Ha querido saber si era sexualmente activa y le he dicho que no, pero que estaba pensando en ello. Ha consultado mi fecha de nacimiento y ha dudado un poco, pero me ha dado la receta. Me ha explicado que tenía que tomármela durante todo un mes antes de que hiciera efecto, que debía empezar a tomarla el día después de la regla, y que si me olvidaba de tomarme una, no pasaba nada, pero que solo podía ser una, y que debía tomármela todos los días a la misma hora. He comprado las píldoras en Boots, durante el camino de vuelta. También he comprado un paquete de condones (hay que estar preparada) y una barra de Cadbury's Dairy Milk, más que nada para disfrazar las otras compras y no porque me apeteciera mucho, pero me la he comido de todas formas.

Guardo la caja de las píldoras y los condones en mi mochila, porque no dispongo de ningún otro lugar seguro.

Martes, 12 de febrero de 1980

Hoy casi pillan a Deirdre copiando mi trabajo sobre Virgilio. Hay dos verbos, *progedior* y *profiscior*, que aparecen continuamente en pasiva, y ambos empiezan por «pro», pero uno significa «avanzar» y el otro «partir», y yo siempre los confundo, también en los deberes que Deirdre se había copiado. La señorita Martin, que es bastante perspicaz, nos ha lanzado a las dos una mirada muy seria cuando Deirdre ha leído ese fragmento en voz alta, y ha comentado que, al parecer, el error con los verbos pasivos se estaba extendiendo, y entonces le ha pedido a Deirdre que saliera a la pizarra para traducir el fragmento siguiente, que ni siquiera habíamos empezado a preparar durante la hora de los deberes. No lo ha hecho demasiado mal, así que he creído que lo habíamos superado. Entonces me ha ordenado a mí que tradujera el fragmento siguiente, que tampoco habíamos preparado. Después de clase, cuando sonaba el timbre y todo el mundo iba corriendo por el pasillo hacia la clase de física, me ha parado un momento.

—Morwenna, Deirdre y tú habéis colaborado un poco en ese fragmento de Virgilio, ¿verdad?

—Se había quedado un poco atascada —he respondido, lo cual era la verdad y además sonaba mucho mejor que decir que ella se lo había copiado.

—Nunca aprenderá si no aprende a aprender por sí misma —ha replicado la señorita Martin, lo cual suena como un aforismo y quizá lo sea en latín, lengua en la que tendrá unas tres palabras y no esas diez.

Carta de Daniel en que me dice que me recogerá el viernes y que no hay inconveniente en que me vaya a Aberdare el domingo, y añade que antes recibiré una sorpresa. Me pregunto qué será. ¿Me habrá enviado algunos libros?

Esta noche, club de lectura y sesión sobre *Pavana*.

Miércoles, 13 de febrero de 1980

Hussein dirigió la sesión y no solo hablamos sobre *Pavana*, sino también sobre el brillante *Times Without Number*, de Brunner, *El hombre en el castillo*, de Dick (que no he leído), *Lo que el tiempo se llevó*, de Ward Moore, y sobre la idea de que exista una historia alternativa. También se dijo algo de *Por el tiempo*, de *Guardianes del tiempo* y de *Sueño programado*, de Christopher Priest (¡tengo que pedirlo!), que según Wim es brillante. Se planteó la cuestión de si realmente son ciencia ficción, que lo son, y de si existe alguna diferencia entre el concepto de historia alternativa de *Lord Kalvan of Otherwhen* y un libro como *Pavana*, que se sitúa en un universo en el cual los acontecimientos han tenido un desarrollo diferente.

Volvimos a *Pavana* y a su manera de cubrir ese periodo de tiempo, lo cual, según Greg, es lo que lo convierte en ciencia ficción: la perspectiva. Entonces Brian mencionó los libros de Lord Darcy (¡adoro a Randall Garrett!) y preguntó si eran ciencia ficción, pero eso era hacer trampa, porque está claro que son de fantasía, si bien no se parecen en nada a la fantasía y son exactamente iguales que los libros de ciencia ficción. Harriet dijo que en su opinión pertenecían a la misma categoría que los relatos de Dunsany, y que eran un mero juego. No estuve de acuerdo (probablemente hablé demasiado y con excesiva vehemencia), porque me parece que la forma en que parecen ciencia ficción es todo lo contrario a un juego, pues lo que hace es tomar la magia y tratarla como un campo más de la ciencia, en especial en *Too Many Magicians*.

Janine no me habla, y Pete tampoco. Según Wim, ya lo superarán. Eso espero.

Hugh parecía un poco confuso. Según me dijo en el coche, Greg cree que Hugh daba por supuesto que él y yo nos íbamos a convertir automáticamente en pareja porque tenemos la misma edad. Nunca había oído nada tan estúpido en toda mi vida y se lo dije, porque Hugh me gusta, pero no he pensado en él desde ese punto de vista ni un segundo. Greg se limitó a reírse y me dijo que las cosas se aclararían por sí solas; luego me preguntó si había leído a McCaffrey. No tengo ni idea de qué tiene que ver esto con lo otro, pero durante el resto del trayecto hablamos de impresionar a los dragones.

Mañana, Wim y yo volveremos a vernos en Gobowen. Según parece, él cree que esto es verse poco, pero a mí me parece un montón. Necesito tener tiempo entre las citas para pensar y para escribirlo todo. Supongo que él no lo hace.

Me he dado cuenta demasiado tarde de que mañana es San Valentín. Supongo que él tampoco lo habrá advertido. ¿O sí? No tengo ni la más mínima idea. La señorita Carroll cree que sí se habrá acordado, y que debería tener algo preparado por si ocurre. El problema es que no tengo nada para darle. Ella ha sugerido un libro — ¡faltaría más! —, y sería una idea estupenda si tuviera tiempo de ir a una librería. Le

podría hacer una tarjeta. Bueno, si no fuera porque nadie querría una tarjeta hecha por mí. Le podía escribir un poema, o mejor dicho, pasar a limpio alguno de los poemas que ya le he escrito. Pero ¿y si no le gusta? Nunca he hablado con él de poesía, no tengo ni noción de si le gusta o no. Si no odiase a Heinlein le regalaría *El número de la bestia*, pero dado que Wim lo odia, no puedo hacerlo. No tengo ningún libro nuevo, y él probablemente ya tenga todo lo que yo tengo aquí.

Si salgo de la escuela un poco antes, supongo que puedo entrar en la librería camino de la estación.

Jueves, 14 de febrero de 1980

Bueno, esto ha sido embarazoso.

La «sorpresa» de Daniel ha sido aparecer para llevarme a Shrewsbury. No puedo imaginarme por qué lo ha hecho, pues mañana empiezan las vacaciones, pero no debería esperar que lo que hace tenga sentido. Me esperaba sentado en el coche, con un aspecto satisfecho de sí mismo, como un gato que se ha bebido la leche. Me he quedado helada cuando lo he visto, conmocionada.

Wim me estaba esperando en la estación de Gobowen. No tenía manera de ponerme en contacto con él para explicarle lo que había ocurrido. Si no lo veía ahora, no volvería a verlo hasta después de las vacaciones. Se imaginaría que lo había dejado colgado, y para colmo, el día de San Valentín.

La única alternativa era hablarle a Daniel de Wim. He pensado en ello mientras subía al coche. El problema era que hasta ese momento ni siquiera lo había mencionado, porque siempre mis cartas a Daniel versaban exclusivamente sobre los libros. Era una situación desesperada. No le podía pedir que se diese la vuelta y me dejara sola, aunque realmente era lo que quería.

—Me las he podido arreglar para venir —ha comentado Daniel—. Podemos ir otra vez al restaurante chino.

—Sería estupendo, pero... —he empezado, pero me he quedado callada.

—Pero ¿qué? —ha preguntado, mientras arrancaba el motor y recorría el sendero hasta pasar entre los dos olmos muertos, que ofrecían un aspecto terrible ahora que los otros árboles insinuaban que volverían a tener hojas—. Creí que te gustaría.

Su tono era realmente patético.

—Es que se supone que tenía que encontrarme con un amigo en la estación de Gobowen —le he explicado—. ¿Crees que podemos ir a buscarlo para que venga con nosotros?

Daniel se ha quedado con el rostro extrañamente inexpresivo y después ha sonreído.

—Por supuesto —ha aceptado, y ha girado en redondo en medio de la carretera, que afortunadamente estaba desierta.

Después de esto, no podía decir que antes tenía que parar en una librería.

—¿Se trata de un novio o solo de un amigo en forma de chico? —ha preguntado.

—Es algo así como un novio. Bueno, en realidad es un novio, sí. —Tenía vergüenza y se me trababa la lengua.

—¿Sí? Cuéntame algo sobre él. —Se notaba que me quería animar, pero también parecía desconcertado.

No sabía muy bien qué decir.

—Se llama Wim. Lo he conocido en el club de lectura. Tiene diecisiete años. Le

gustan Delany y Zelazny. Estudia A Levels de inglés, historia y química, mientras trabaja a media jornada. Estoy pensando en hacer lo mismo el curso que viene, si hace falta.

—¿Por qué iba a hacer falta?

—En junio cumpliré los dieciséis —he respondido—. No tendrás la obligación de mantenerme. Ya podré vivir por mis propios medios.

—Te ayudaré mientras quieras dedicarte a estudiar a jornada completa —ha replicado Daniel, que no había leído *Doorways in the Sand* o *El número de la bestia*.

—¿Sabes que Heinlein ha publicado un libro nuevo? —le he preguntado, cuando me he acordado.

—Me lo explicaste el domingo —me ha recordado—. Lo espero con ganas, aunque no sea el mejor de él.

En ese momento llegamos a la estación de Gobowen. Estaba desierta. Por una vez, había llegado antes que Wim, porque él esperaba que yo llegase en autobús, que hace un trazado que sigue los dos lados de un triángulo, cuando en realidad había venido en coche siguiendo el tercer lado.

—Llegará muy pronto, siempre se adelanta —he comentado.

Daniel ha aparcado limpiamente delante de la entrada.

—¿Cuánto tiempo hace que salís? —ha preguntado.

He hecho el cálculo.

—Casi dos semanas.

Hay que decir a favor de Daniel que no ha dicho nada sobre que se lo tendría que haber explicado antes, o que era demasiado joven, o algo por el estilo.

—Otro papel nuevo —ha sido lo que ha dicho, pero estaba sonriendo—. Es absurdo, pero estoy nervioso.

—¿Y cómo te crees que me siento yo?

Se ha reído, y en ese instante Wim ha entrado montado en su bici en el patio de la estación, con todo el pelo revoloteándole alrededor de la cara.

—¿Es él? —ha preguntado Daniel.

—Sí —he respondido, sintiéndome más orgullosa de lo que en realidad tenía derecho.

He bajado del coche, al que Wim no había prestado ninguna atención. No es una persona que se fije demasiado en las cosas.

Daniel también se ha apeado.

—Podemos meter la bici en el maletero —ha sugerido.

—¿Puedes aguardar aquí hasta que se lo explique todo? —le he pedido.

Me he acercado a Wim. Daniel se ha apoyado en el coche, fumando un cigarrillo y mirando. Wim me ha visto, ha visto el Bentley y ha visto a Daniel, y he visto cómo lo captaba todo.

—Wim, mi padre ha aparecido inesperadamente para llevarme a la acupuntura. No me había avisado. ¿Quieres venir a Shrewsbury en el coche con nosotros?

Parecía muy sorprendido.

—¿En el coche? ¿Con tu padre?

—A él no le importa. Si tú quieres... Pero no estaremos solos y no podremos hablar de magia ni de nada por el estilo, porque él no sabe nada.

—Nada de una vida extraña —ha replicado Wim, citando a Zaphod. Entonces me ha besado, un poco tímido, pero ha sido muy valiente, teniendo en cuenta que Daniel estaba allí mismo. Ha sacado un paquete del bolsillo del abrigo y me lo ha entregado casi con una reverencia—. Feliz día de San Valentín.

Lo he abierto de inmediato. ¡Eran tres libros! *Un toque de extrañeza*, de Theodore Sturgeon, con una cubierta adorable con la cabeza de una mujer y la luna; *Un mundo invertido*, de Christopher Priest, y uno del que no había oído hablar de una autora completamente nueva para mí: *La puerta de Ivrel*, de C. J. Cherryh. Me he sentido apabullada.

—Oh, Wim, eres encantador. Yo no tengo nada para darte. Aún no he tenido la oportunidad de comprarte nada, pero he hecho esto para ti.

Me he sacado el poema del bolsillo. Lo había escrito con mi mejor caligrafía en un bonito papel azul que me ha dado la señorita Carroll. (Es uno que empieza: «Arrastrarte sobre las rocas secas de los desiertos de la mente».)

Lo ha leído y yo esperaba mientras leía, contemplándolo, totalmente consciente de que Daniel nos estaba esperando a mi espalda. Wim se ha sonrojado y se lo ha metido en el bolsillo. No sé si le ha gustado o no.

Entonces le he presentado a Daniel y se han dado un apretón de manos, como si fueran un par de jueces. La situación se ha suavizado cuando han tenido que colaborar para meter la bici en el maletero del coche. Después nos hemos subido todos y hemos salido rumbo a Shrewsbury. Me he dado cuenta entonces de que iban a tener que pasar una hora juntos mientras a mí me aplicaban la acupuntura. ¿Es posible imaginar algo más incómodo? Daniel se lo merecía por no avisarme, pero el pobre Wim no tenía ninguna culpa.

En el coche hemos hablado de Zelazny, un tema de interés profundo e inagotable, y después de *Empire Star* y de que podría haber sido solo una aventura ordinaria y en cambio no lo era en absoluto. He tenido la sensación de que Daniel y Wim se empezaban a caer bien gracias a los libros, aunque Wim iba sentado en la parte posterior y no se podían mirar. Hemos llegado a Shrewsbury demasiado pronto para mi cita. Le hemos echado un vistazo a la librería, y Wim y Daniel han debatido sobre Heinlein, casi la misma discusión que habíamos mantenido Wim y yo, solo que más larga. Yo estaba de parte de Daniel y ambos lo sabían, pero he intentado morderme la lengua y no decir nada, mientras seguía mirando las estanterías. Cuando Wim no

miraba, le he comprado *El signo del unicornio* y *Cuna de gato*, y se los he entregado al salir de la librería.

Entonces los he tenido que dejar solos. Hemos acordado que vendrían a recogerme al consultorio. Nunca me había sentido tan intranquila ante la acupuntura, ni siquiera la primera vez, cuando tenía miedo de las agujas. He intentado recobrar mi ritmo mental cuando me he tendido en la camilla, pero no he logrado concentrarme en el diagrama ni en la magia ni en nada. Me ha parecido que no me hacía tanto bien como otras veces, o quizá estaba mejor y por eso no notaba tanto la diferencia como otras veces.

Cuando he salido me estaban esperando los dos, apoyados en la pared. Al lado de Wim, Daniel parecía viejo y cansado. Al acercarme he oído que estaban hablando de cuando Wim fue a la Seacon de Brighton, y sus expectativas sobre la Albacon de Glasgow.

—Me gustaría ir —ha reconocido Daniel.

—¿Por qué no vas? —ha preguntado Wim.

Daniel se ha encogido de hombros; parecía derrotado.

Hemos ido al restaurante chino, donde hemos comido básicamente lo de la última vez (Wim y yo nos hemos dado un atracón de costillas) y hemos hablado sobre todo de Silverberg, con digresiones sobre todos los temas que habíamos mencionado el martes por la noche durante la reunión sobre *Pavana*. Daniel lo había leído todo excepto *Sueño programado*. Se notaba que Daniel y Wim se sentían impresionados el uno por el otro, lo cual no solo era muy agradable, sino también muy raro. Cuando Daniel ha ido al cuarto de baño, Wim me ha cogido de la mano.

—Me gusta tu padre —ha confesado.

—Bien —he asentido.

—Tienes tanta suerte... —ha comentado.

—Me imagino que podría haber tenido mucha menos suerte —he reconocido.

La mayoría de la gente consideraría que Daniel no es un gran padre, pero es cierto que los hay mucho peores. Entonces me he acordado de la última vez que Wim había dicho algo similar y de qué estábamos hablando en esa ocasión.

—Oh, esto no tiene precio, me ha dicho que me apoyará hasta que termine los estudios a tiempo completo. Pero no ha leído...

Wim ha soltado una carcajada justo cuando volvía Daniel, así que se lo hemos tenido que explicar. Afortunadamente, también le ha parecido divertido.

La galletita de la suerte de Wim decía «Has recibido un regalo»; la de Daniel, «La fortuna favorece a los valientes», y la mía, «El momento de ser feliz es ahora».

Daniel nos ha llevado de vuelta. Le ha preguntado a Wim dónde quería que lo dejase, y él le ha contestado que cualquier sitio que le permitiera llegar pedaleando a su casa estaría bien, así que lo ha dejado en la rotonda. He bajado mientras sacaban la

bici y le he pedido a Wim su número de teléfono.

—Así te podré llamar la semana que viene cuando esté fuera —he explicado—. Y esta tarde habría sido muy útil tenerlo.

—No, no habría servido de nada, porque venía del trabajo —ha negado.

Me lo ha dado, y Daniel también lo ha apuntado, y a cambio le ha entregado a Wim su tarjeta; ¡tiene tarjeta! Wim y yo nos hemos abrazado y nos hemos besado muy decentemente, y luego Daniel me ha llevado hasta la escuela, donde he llegado a tiempo para hacer los deberes.

Viernes, 15 de febrero de 1980

Sharon ha sido la primera a la que han recogido, como siempre. En mi opinión, ser judía tiene un montón de ventajas. Aunque también hay un montón de cosas que hay que vigilar. Tengo que acordarme de preguntarle a Sam qué ocurre si rompes las reglas.

Daniel ha sido uno de los primeros entre los padres normales.

—Me gustó tu chico —ha comentado mientras subía al coche.

—Tú también le has gustado a él —he respondido mientras me ataba el cinturón.

—He pensado que le podríamos pedir que viniera mañana a tomar el té en Old Hall. Si va en tren hasta Shrewsbury, lo podemos recoger allí. Vosotros podríais salir a dar un paseo y después tomaríamos el té.

Daniel se mostraba tan cauteloso y esperanzado que no le podía decir que no. Además, sabía que a Wim también le gustaría. Le gustaría ver Old Hall, y conocer a las tías, porque sabía que eran mágicas. A él no lo asustarían, pero es que él no se asusta ante nada. Por supuesto, yo también quería ver a Wim, aunque las circunstancias no fueran las ideales.

—Estupendo —he asentido—. Pero ¿se lo has preguntado a tus hermanas?

—Lo ha sugerido Anthea —ha respondido.

—Pensé que no aprobarían que me viera con un chico del pueblo —he comentado.

—Bueno... —Daniel ha dudado—. En realidad dijeron que en su época no se hacía, pero estoy seguro de que cambiarán de idea cuando conozcan a Wim y comprueben lo inteligente y bien hablado que es.

Por cierto, «bien hablado» es el nombre en clave de «clase media». Lo he descubierto desde que voy a Arlinghurst. Alguien dijo alguna vez que el sistema de clases británico se basa en la lengua. Wim tiene acento de Shropshire, ciertamente, pero utiliza la gramática correctamente. Habla como una persona educada, no estirado y pretencioso, como las chicas de la escuela; pero supongo que estoy contenta de que sea lo suficientemente «bien hablado» para Daniel. Me parece tan absurdo que este tipo de cosas tengan la más mínima importancia...

Hemos cenado todos juntos y he tenido que responder a infinidad de preguntas sobre la escuela, sobre Wim y de nuevo sobre la escuela. He interpretado el papel de sobrina dócil lo mejor que he podido. Todo ha ido bien. No se mencionó lo de los agujeros de las orejas.

Después de cenar he llamado a Wim. Alguien, supongo que su madre, ha respondido al teléfono, pero se lo ha pasado enseguida a él. Me ha aliviado encontrarlo en casa. Podría haber estado en la disco con Shirley.

—¿Qué planes tienes para mañana? —le he preguntado.

—¿Por qué?

—Daniel me pide que te pregunte si te gustaría venir a tomar el té. Podrías ir en tren hasta Shrewsbury y te iríamos a recoger en coche.

—Creía que te ibas a Gales del Sur...

—No voy hasta el domingo —le he aclarado—. Pero no pasa nada si no quieres venir. No trabajas los sábados, ¿verdad?

—Trabajo, pero solo por la mañana.

—Bien, depende de ti —decidí; no quería presionarlo.

—¿Podré verte? —ha preguntado—. Quiero decir a solas.

Bendito sea.

—Daniel me ha propuesto que podríamos salir a dar una vuelta. Y me dejan mucho tiempo sola.

—Entonces ¿qué tengo que ponerme para tomar el té en una mansión señorial?

Era tan encantador que se preocupara por eso...

—Lo que llevas habitualmente estará bien —he respondido—. No se trata de una cena formal con corbata.

—¿Estarán sus hermanas? —ha preguntado.

—Desde luego.

—¡Vaya amenaza! —ha exclamado, destilando ironía.

—Bueno, te veré mañana. ¿El tren de la una?

—Hasta mañana.

Cuando ha colgado el teléfono me he sentido fría y sola, y durante un rato he estado vagabundeando de habitación en habitación. Daniel estaba bebiendo en su estudio y las hermanas veían la televisión en la sala de estar. Casi resulta peor que vaya a verlo mañana que si no fuera a verlo durante una semana. Por eso me abracé a mí misma.

Sábado, 16 de febrero de 1980

Lucía el sol y Wim se ha presentado en la estación con camisa y corbata, lo cual hacía que pareciera más joven, casi un escolar. Por supuesto, no le he dicho nada. Daniel, muy complaciente, nos ha llevado hasta el castillo de Acton Burnell. El castillo está en ruinas, cubierto de hierba primaveral y hiedra.

—No hay nadie por aquí —ha comentado Wim al descender del coche.

—Bueno, estamos en febrero. Aún no ha llegado la temporada de los turistas —ha explicado Daniel.

Wim ha alzado las cejas.

—Turistas —ha repetido Daniel—. Recibimos montones en verano. Desde aquí podéis volver andando. Es poco más de un kilómetro y medio. O, si no tienes ganas de andar, llama desde la cabina, ¿de acuerdo, Morwenna? —Había una cabina roja junto a la entrada del castillo.

—De acuerdo —he murmurado. «Si no tienes ganas de andar...» quería decir si me fallaba la pierna. En realidad no debería ser grosera con la gente que intenta ayudarme. Es de mal gusto.

La muralla exterior se estaba cayendo, el foso aparecía lleno de ortigas y solo podías saber lo que había en el recinto si habías visto un castillo de verdad, como los de Pembroke o Caerphilly, donde todo está señalizado. También había hadas por todas partes, y esa era la razón por la que había sugerido este lugar.

Hace tiempo me di cuenta de que las personas que visitan castillos son de dos tipos. Están los que dicen: «Aquí es donde ponían el aceite hirviendo y aquí es donde se situaban los arqueros».

Y los que dicen: «Aquí es donde estaba el sofá y aquí es donde colgaban los cuadros». Wim resultó ser, para mi satisfacción, del primer grupo. Con la escuela había visitado Conwy y Beaumaris, así que entendía de castillos. Libramos con éxito un asedio (y recibió unos cuantos abrazos en rincones protegidos por el viento) antes de que preguntase por las hadas.

—Las hay a montones —he respondido, sentada en un alféizar para que pudiera coger mi bastón y verlas.

He mirado a través de la aspillera en forma de cruz, pero la vista que tenía ese marco tan atractivo se limitaba a unas torres de alta tensión que extendían sus cables sobre los campos de Shropshire, y la cabina telefónica roja situada a la entrada.

Wim se ha sentado a mi lado, con el bastón en el regazo, y las ha contemplado durante un rato. No nos prestaban demasiada atención. Cuando mi hermana y yo éramos pequeñas, las hadas solían jugar con nosotras, sobre todo al escondite y otros juegos de perseguirse. Las que había en el castillo, en cambio, parecía que estaban jugando entre ellas y pasaban corriendo por entradas que se abrían paso entre paredes

derrumbadas. No tener el bastón no me impedía verlas, así que Wim y yo hemos seguido sentados y nos preguntábamos qué estarían haciendo. Entonces una de ellas, un hada femenina, alta, imponentemente alta, con un pelo largo mezclado con plumas de cisne, ha pasado a través del muro derrumbado, nos ha visto y se ha detenido. Yo la he saludado con la cabeza. Ella ha fruncido el ceño, se ha acercado y se ha detenido delante de nosotros.

—Hola —la he saludado. Y después he añadido en gaélico—: Buenas tardes.

—Ve —ha respondido, en inglés—. Necesidad. En... —Y ha hecho un gesto.

—¿En los valles? —he preguntado. Estoy acostumbrada a jugar a las adivinanzas cuando se trata de las hadas y los sustantivos—. ¿En Aberdare? ¿En los valles de carbón y hierro?

He podido notar cómo me miraba Wim.

—Pertenece —ha respondido, y me ha señalado.

—¿De dónde vengo? —he preguntado—. Mañana voy allá.

—Ve —ha repetido—. Únete. —Entonces ha mirado a Wim, ha sonreído y le ha pasado la mano por la mejilla—. Hermosura.

Bueno, Wim es muy hermoso, cierto. Ha continuado su camino y ha salido por la puerta, seguida por un desfile de gnomos grises y llenos de verrugas que han pasado por el agujero y han seguido sus pasos sin lanzar ni siquiera una mirada en nuestra dirección.

Wim se la ha quedado mirando, fascinado.

—¡Ah! —ha conseguido articular al cabo de un rato.

—¿Ves ahora lo que quería decir con tener una conversación con las hadas? —le he preguntado.

—Imposible, sí —ha respondido—. Con semejantes fragmentos, no sabes si aciertas o no al completar la otra mitad. —Hablaba muy distraído y seguía mirando en su dirección—. Es realmente hermosa.

—Ella quería decir que lo eres tú —le he aclarado.

Se ha reído.

—No lo dirás en serio... No; ¿lo dices en serio? ¡Jesús! —Ha intentado verla una vez más, pero ya había desaparecido.

—Eres hermoso —he reconocido.

—Tengo granos —ha empezado a enumerar—. Me he cortado al afeitarme. Llevo una corbata estúpida. Ella...

—¿Has leído «Firiel»? ¿En *Las aventuras de Tom Bombadil*? ¿El final? Eso es lo que ahora sientes tú.

—Realmente, Tolkien sabía de lo que estaba hablando —ha concluido Wim.

—Yo creo que había visto a las hadas —le he explicado—. Creo que las había visto y las soñó para convertirlas en los elfos que quería. A mi modo de ver, los elfos

son el remanente degradado de las hadas.

—Quizá las había visto de niño y las recordaba —ha sugerido Wim—. Me gustaría saber qué son en realidad. Tienes razón, no son fantasmas, o no solo son fantasmas. Tampoco son extraterrestres, de eso estoy seguro. No tienen materia. Cuando me ha tocado...

—A veces pueden ser más sólidas —le he aclarado, recordando el calor de Glorfindel a mi lado en Halloween.

—¿Qué ha querido decir? Ve, necesidad, en, pertenece, ve, únete.

Me ha impresionado que lo recordase con tanta precisión.

—Creo que ha querido decir que debo ir a los valles porque allí me necesitan para algo. Quizá tengas razón sobre mi madre, o a lo mejor se trata de otra cosa distinta. En cualquier caso, mañana me voy.

—A veces no me lo puedo creer. Lo que me explicaste sobre tu madre, sobre la magia y todo eso. Y después va y aparece esa hada. —Se ha girado hacia mí y me ha abrazado con fuerza—. Escucha, si tienes que ir a salvar el mundo, quiero estar contigo.

—Te llamaré cada día —he replicado.

—Me necesitas.

No le he preguntado qué dios terrestre creía que era, porque hubiera sido cruel.

—Ya lo he hecho sola antes.

—Sí, pero te destrozaron y casi te matan —ha replicado—. Tu hermana murió.

—Ahora no puede hacer nada por el estilo —le he aclarado—. Ni siquiera creo que en aquel momento tuviera la intención de matarnos. Y esto... esto no es nada inusual. O quizá solo es inusual el hecho de que hable en inglés y lo haga aquí, donde lo normal es que no me hagan caso. Quizá sea porque estamos más cerca.

—¿No es inusual? —Wim me observaba como si esto fuera lo más extraño que hubiera escuchado en su vida—. ¿Y más cerca de qué?

—¿Gales?

—Más cerca, si con esto quieres decir que se encuentra más lejos. La frontera galesa está a unos tres kilómetros de Oswestry.

—De acuerdo. Pero quieren que haga algo, y yo lo haré, o no lo haré, y funcionará, o no funcionará, y sobreviviré, o no sobreviviré —he concluido.

—Iré contigo.

—No me voy a la tierra de los elfos a vivir aventuras —le he aclarado—. Voy a Gales del Sur, donde, mientras visito a mis ligeramente peculiares parientes, probablemente quieran que haga algo que parecerá que no tiene sentido, como tirar una flor en una charca o un peine en una ciénaga, pero que tendrá repercusiones importantes.

—¿Tirar un peine en una ciénaga? —ha repetido—. ¿Eso qué provoca?

—Que alguien se vaya y muera —he respondido, mientras apartaba la mirada y me sentía culpable, lamentando haberlo mencionado.

—¿Siempre seguirás haciendo esas cosas? —ha preguntado.

—No lo sé. Siempre las he hecho. Pero ahora me piden menos cosas que antes. Creo... creo que los niños son mejores para hacerlas porque tienen menos tonos de gris.

—Puedo ayudarte —se ha ofrecido.

—Ya veremos. Si creo que puedes ayudarme, te lo haré saber, y entonces puedes venir corriendo.

Gracias a Dios, le ha parecido bien.

Hemos regresado a Old Hall paseando por los campos. Hay un sendero que Daniel me había mostrado en un mapa y que es fácil de seguir, salvo en un tramo en donde habían arrancado una señal. Por aquí solo hay campos y cultivos aburridos.

Las tías han sido muy amables con Wim, de una manera asquerosamente condescendiente. Le han preguntado a qué se dedicaba su padre. Me ha sorprendido descubrir que es granjero. Nunca me habría podido imaginar a Wim como el hijo de un granjero. Su madre trabaja a media jornada en la cocina del hospital. Tiene dos hermanas menores, de ocho y seis años, que se llaman Katrina y Daisy. Yo no sabía nada de todo esto, mientras que él lo sabe todo de mi peculiar familia. ¡Sé que hablo demasiado!

La merienda ha sido espantosa, con un pesadísimo pastel de frutas, bollos secos, té aguado y, como se trataba de un té formal, lonchas secas de jamón. El pan era bueno, porque Daniel lo había traído de Shrewsbury.

No han intentado ninguna magia con Wim, estoy segura de que me habría dado cuenta. Lo han aprobado y han aprobado también que yo esté con él. Era lo esperable, puesto que eso es lo que querían de mí. La sobrina dócil debía tener novio, y aunque el tal novio no tendría que ser exactamente como Wim, con él basta. Mientras siga creciendo, me vaya y no perturbe su mundo, pueden tolerarme. Al fin y al cabo, no son malas, sino solo raras de una manera muy inglesa.

He ido con Daniel a acompañar a Wim a la estación.

—No te olvides de llamarme cada día, y si me necesitas, acudiré inmediatamente. Puedo llegar en tres horas y media —ha recalcado.

Es encantador por su parte, de verdad que sí. Volveré a verlo en poco más de una semana.

Domingo, 17 de febrero de 1980

En el tren.

Un mundo invertido es raro. Ni siquiera estoy segura de que sea ciencia ficción. El final no tiene sentido. Al principio pensé que me gustaba, pero ahora no estoy segura.

Tita Teg irá a buscarme a la estación de Cardiff. Pero si no lo hace, no hay ningún problema. Tengo seis libras con 72 peniques. En cierto sentido el dinero da la libertad, pero no se trata del dinero en sí, sino de que el dinero te permite tener opciones. Creo que eso es lo que quiere decir Heinlein.

La línea de ferrocarril recorre la frontera galesa durante todo el trayecto. Un día iré a Gales del Norte o incluso cruzaré la frontera galesa, que, según Wim, se encuentra solo a unos pocos kilómetros de Oswestry. Ahora sé que la tengo marcada en el mapa. Me gustaría que en geografía nos hablasen de los mapas en lugar de repetir las estúpidas glaciaciones. Supongo que las glaciaciones me ayudan a entender el paisaje, o, al menos, saber dónde hubo glaciares. En algunas partes del mundo, los glaciares fueron tan frecuentes que las montañas quedaron desgastadas hasta convertirse en montículos, y todo es tan llano como el fondo de un lago, excepto donde sobresalen los núcleos volcánicos de las montañas. Me gustaría ver esos paisajes, pero me alegro de que no ocurriera aquí. Me gustan las montañas tal como son.

Al pasar por Abergavenny (y atravesar la frontera de Gales), los terraplenes se cubren de repente con una oleada de primulas. Tengo que acordarme de comentárselo al abuelo. Los narcisos ya deben de estar floreciendo en Cardiff, mucho antes del día de San David.

Escribo esto en el piso de tita Teg, justo antes de irme a dormir.

Hemos ido a ver al abuelo durante la hora de visita. Para mi horror, cuando hemos llegado ya estaba allí tita Flossie, lo que no era ningún problema, pero iba acompañada de tita Gwennie, una de las personas que menos aprecio en el mundo. No hay muchas cosas peores que una sala llena de ancianos seniles y moribundos, pero allí estaba ella. Tita Gwennie no conoce el concepto de tacto, ni tiene la más mínima noción de lo que es ser amable. Es grosera y molesta, y se enorgullece de decir lo que piensa. Tiene ochenta y dos años, pero no es así porque sea vieja e impaciente. La abuela decía que ya era igual cuando tenía seis años.

—¿Por qué huiste de Liz? —ha sido el saludo de tita Gwennie.

—Porque está loca y es imposible vivir con ella —he respondido. Tienes que enfrentarte a ella o te aplasta—. ¿Qué llevó a la familia a pensar que ese era un lugar razonable para vivir?

—Mmm. ¿Y estás disfrutando de la vida con tu inútil padre?

—No lo veo demasiado porque estoy en la escuela —he respondido, lo cual admito que ha sido más bien una evasiva.

Hasta ese momento habíamos conseguido evitar que el abuelo se enterase del papel que estaba desempeñando Daniel, pero ahora había salido todo a la luz. Intentando pasar a un tema menos polémico, tita Teg ha mencionado el plan que estaba tramando para sacar al abuelo de Fedw Hir durante las vacaciones de verano, cuando ella se podrá ocupar de él si no acaban de encajar sus planes. Tita Gwennie ha sugerido inmediatamente que tita Teg debe dejar de dar clases, vender su piso y regresar a Aberdare para cuidar al abuelo a tiempo completo. ¡Ni hablar! ¡Imagínate cuando muera! No puedo creer que haya personas tan egoístas, como tita Gwennie, que puedan llegar a pensar que otras personas deban sacrificarse completamente de este modo. Ella suelta estas cosas y tú te quedas allí en silencio porque no te puedes creer que lo que acaba de decir haya salido realmente de su boca. La única satisfacción ha sido que el abuelo le ha dicho que no fuera tan boba.

Después, tita Gwennie nos ha contado una anécdota divertida sobre cómo perdió su carné de conducir, que quiere volver a conseguir. No hay que olvidar que tiene ochenta y dos años. Estaba conduciendo desde Manchester, donde vive su desagradable hija, hasta Swansea, donde vive ella. Circulaba por la carretera de los Heads of the Valleys, que es una autovía con dos carriles en cada dirección, pero no es una autopista, y por eso el límite de velocidad es de cien. Ella iba a ciento cuarenta. La paró un policía, según ella, un mocoso vestido de policía.

—¿Sabe a qué velocidad circulaba, señora? —le preguntó.

—A ciento cuarenta —le respondió, con precisión pero sin arrepentimiento.

—¿Es consciente de que el límite de velocidad en esta vía es de cien? —preguntó.

—Joven —contestó tita Gwennie—, circulo a ciento cuarenta por esta carretera desde antes de que usted naciera.

—Entonces ya ha llegado el momento de que pierda su carné de conducir —replicó el policía, rápido como el rayo, y eso fue lo que hizo, de manera que tuvo que regresar en tren.

A diferencia de mí, ella abomina de los trenes.

—No aguanto los trenes. Odio la estación de Crewe. No soporto tener que cambiar de andén. Tienes que ir hasta el andén 12 para tomar el tren en dirección a Cardiff, subir las escaleras y después volverlas a bajar. ¡No lo volveré a hacer nunca más! No, Luke, esta es la última vez que me vas a ver. No volveré a Gales del Sur hasta que me muera, y entonces será mi ataúd el que haga el cambio de andén en Crewe.

Ante esto he soltado una carcajada, y debo decir en su favor que no le ha importado.

He llamado a Wim y le he contado que aún no había realizado ningún progreso.

Será mejor que salga mañana a ver si puedo encontrar a Glorfindel. Le he explicado a tita Teg lo de Wim y ha querido saberlo todo: no lo que hace su padre y cómo le van los A Levels, sino cómo es. Le he contado que es muy guapo y que le gusta. Quiere conocerlo. Le he dicho que él quería venir y enseguida ha empezado a organizar dónde podría dormir. Sus modernos sofás marrones son demasiado estrechos para que duerman las visitas.

Lunes, 18 de febrero de 1980

He subido hasta el *cwm*. A tita Teg no le dije ninguna mentira, aunque tampoco le expuse toda la verdad. Le dije que quería subir al *cwm* para pasear un rato a solas. He pasado por delante de la biblioteca. No hay nunca nadie. No sé por qué. El río fluye a lo largo del tranvía y es muy bonito, en especial en esta época, cuando empiezan a brotar las hojas de las hayas. No existe ningún color como ese verde temprano. Por el cielo se veían unas grandes nubes que corrían a lo largo del valle como si tuvieran una cita urgente en Brecon. El sol que se filtraba entre ellas hacía que todo tuviera un ligero brillo verde.

Cuando he llegado a Ithilien me he encontrado a Glorfindel, a Mor y el hada que me dio el bastón, y a muchas otras hadas más, a algunas de las cuales conocía bastante bien. No voy a caer de nuevo en el intento imposible de transcribir una conversación. Lo que ha dicho Glorfindel es que yo debía abrir una puerta para que Mor pudiese vivir con ellos y fuera una de ellos, y también para darles un medio para utilizar la magia que conocían.

—Entonces ¿sois fantasmas? —he preguntado. Sabía que a Wim le gustaría conocer la respuesta y, además, yo también quería saberlo.

—Algunos —ha respondido.

¿Algunos?

—Entonces ¿qué sois los demás?

—Seres.

Sí, bueno, ya lo sabía. Son seres. Existen. Están allí, conocen la magia y viven sus vidas, que no son como las nuestras. Pero ¿de dónde proceden? Los que hablan, ¿son los que fueron humanos en su momento?

La puerta que querían que abriera se tenía que abrir con sangre, por supuesto. Y había algo más, algo que no he comprendido. Le he preguntado por mi madre y me ha respondido que ella no nos puede causar daño, o al menos, que no será capaz de hacerlo después de que hayamos hecho esto. Eso significa sin lugar a dudas que voy a evitar un daño. No tengo que ir al mismo lugar del laberinto que la última vez, gracias a Dios, porque el camino para llegar allí es difícil. Tengo que ir a la antigua fornacita. Puedo recorrer casi todo el trayecto en autobús. Usar sangre en la magia suele ser arriesgado, pero Glorfindel sabe lo que hace. Siempre lo sabe. Lo preocupante es que lo sabe y aun así me necesita a mí para hacerlo, porque en realidad no puede mover objetos.

Me ha resultado extraño ver a Mor así entre las hadas, como si ya fuera medio hada. Me he sentido rara. Parecía tan remota... No le están creciendo hojas ni nada por el estilo, pero no me habría sorprendido lo más mínimo si hubiera sido así.

Por la noche he llamado a Wim y se lo he contado todo lo mejor que he podido.

—¿Qué riesgo hay? —ha preguntado.

—Bueno, que me atrape la magia, o hacer que la magia sea más amplia de lo que debería.

—¿Qué quieres decir con que te atrape la magia? ¿Te refieres tal vez a morir? — Su voz sonaba exasperada en el otro extremo de la línea.

—Supongo.

—¡Supones! Mira, voy a ir ahí.

—No es necesario —he replicado—. Estaré bien. Él sabe lo que hace.

—Confías mucho más en él que yo.

Las conversaciones telefónicas son siempre incompletas, porque les faltan las expresiones y los gestos. No estoy segura de haberlo tranquilizado de verdad.

En cuanto a lo de morir, bueno, a lo de la muerte, en realidad, la cuestión es que existe una diferencia entre ser alguien que sabe que puede morir en cualquier momento y ser alguien que no lo sabe. Yo lo sé y Wim, no. Eso es todo. No le deseo a nadie ese instante terrible en el cual me di cuenta de que los faros que se nos echaban encima eran reales. Pero si no ha comprendido eso, la gente cree que existen cosas peligrosas que te pueden matar y que todo lo demás es seguro. Sin embargo, no funciona así. De hecho, ya habíamos superado la parte peligrosa que sabíamos que nos podía matar y solo estábamos cruzando la calle. Ni siquiera creo que ella nos quisiera matar. Le resultábamos más útiles vivos.

Es necesario que lo haga a la puesta de sol, que, según el *Western Mail*, tendrá lugar a las cinco y media.

Martes, 19 de febrero de 1980

He subido por el valle en autobús después de almorzar. Tita Teg tenía que ir a la escuela para una reunión y después hemos quedado en que nos reuniríamos en Fedw Hir para la visita de las siete de la tarde. Me he apeado del autobús en Abercwmboi, junto a las ruinas de la fornacita. Era temprano. Me habría gustado tener algo más que hacer por la tarde, como quedar con Moira, Leah y Nasreen. Pensé en llamarlas, pero después me he acordado de la fiesta de Leah, que fue la última ocasión que las vi, y he pensado que en realidad ya no son mis amigas, sino solo unas conocidas. Querrían saber cosas de él, y hablar sobre Wim en sus términos habría disminuido lo que realmente siento por él.

Había una señal sobre la verja de hierro al inicio de la carretera hacia la fornacita: «Proyecto de Recuperación de Tierras. Mid-Glamorgan County Council», rezaba. Eso me ha animado, porque me ha recordado cuando se fueron los Señores de Gondor. Este lugar lo habíamos bautizado como Mordor y había caído. Ahora ya no ardían las llamas del infierno. Algunos de los árboles mostraban un poco de verdor primaveral. No había hadas por los alrededores. Me dolía un poco la pierna, casi seguro que lo suficiente para mantenerlas alejadas.

De las chimeneas no salía humo y todas las ventanas estaban rotas. Era triste, una ruina que llevaba cinco años abandonada, pero que aún no se hallaba lo bastante derrumbada para parecer una fortaleza de las hadas. La señal que advertía de los perros colgaba de una esquina. Los perros, si es que habían existido alguna vez, se fueron con los obreros. La laguna oscura seguía teniendo un aspecto ominoso, pero ahora había crecido un poco de hierba alrededor de la orilla. La he rodeado para llegar al otro lado de la fábrica, desde donde podía levantar la mirada hacia las montañas y me he sentado en una de las hornacinas. Quería descansar para conseguir que la pierna volviera al dolor de fondo habitual que las hadas podían soportar. He leído *Un toque de extrañeza*, que es brillante y está muy bien escrito, aunque resulta un poco inquietante. Son relatos cortos. Me alegro de que al menos uno de los regalos de Wim sea bueno.

Después de terminarlo, en vez de empezar con *La puerta de Ivrel*, he probado a ver si podía eliminar el dolor de la pierna como hacía la acupuntura. En realidad no es magia, salvo que sí lo es. No es una magia que salga al mundo y cambie las cosas. Todo se produce dentro del cuerpo. Allí sentada he pensado que todo es magia. El uso de las cosas las conecta contigo, estar en el mundo te conecta con el mundo, el sol emite magia, y las personas, los animales y las plantas crecen con la luz del sol, y el mundo gira y todo es magia. Las hadas están más en la magia que en el mundo, y las personas están más en el mundo que en la magia. Quizá las hadas, las que no son personas muertas, sean concentraciones, personificaciones de la magia. ¿Y Dios?

Dios está en todas las cosas, se mueve a través de todo, es el modelo que lo hace todo, que lo mueve todo. Por eso la práctica de la magia se torna malvada con tanta frecuencia, porque se actúa contra ese modelo. Casi he llegado a ver el modelo mientras el sol y las nubes se iban relevando sobre las montañas y he podido alejar un poco el dolor, de manera que no me hiciese tanto daño.

Glorfindel ha sido el primero en llegar, y después lo han hecho todos los demás detrás de él. Nunca había visto semejante desfile de hadas, ni siquiera el año pasado, cuando tuvimos que detener a Liz. Mirando a Glorfindel, con lo que ahora sé sobre la magia y todo lo demás, he decidido que debía dejar de llamarle así, debía dejar de intentar acomodarlo en un modelo que había encontrado en una novela. El nombre no es suyo, no le pertenece, por mucho que los nombres sean etiquetas muy útiles. Tenía a las hadas a mi alrededor, rodeándome, muy cerca de mí. Nadie me había dicho que debía traer nada en especial, así que no lo había hecho, pero estaba preparada.

El sol se estaba empezando a esconder detrás de las montañas. Glorfindel, sin hablar, nos ha conducido hasta la laguna. Debería haber imaginado que iba a ser allí. Mor se ha acercado a mí. Parecía tan joven y a la vez tan remota... Casi no podía soportar mirarla. Tenía la misma expresión que las hadas. Era ella, pero se alejaba de lo que había sido, penetrando en la magia. Ya era más hada que persona. He sacado mi navaja, dispuesta a hacerme un corte en el pulgar para la magia, pero Glorfindel —no puedo pensar en él de otra forma— ha negado con la cabeza.

—Unir —ha dicho—. Sanar.

—¿Qué?

—Roto. —Ha hecho un gesto hacia Mor y hacia mí—. Uníos.

El hada que me dio el bastón ha dado un paso al frente.

—Hacer, estar juntas —ha proseguido Glorfindel—. Estar.

—¡No! —he exclamado—. No es eso lo que quiero. Tampoco es lo que tú quieres. A medio camino, dijiste en Halloween. Lo habría podido hacer entonces si hubiera querido.

—Estar. Curar. Unir —ha repetido Glorfindel.

El hada con aspecto de hombre anciano ha tocado el bastón, que se ha convertido en un cuchillo, un cuchillo afilado de madera. Ha hecho un gesto para que me lo clavara en el corazón.

—¡No! —he repetido, y lo he dejado caer.

—Vida —ha dicho Glorfindel—. Entre. Juntas.

—¡No! —me he empezado a alejar del cuchillo, lentamente, puesto que también era mi bastón y sin él solo podía moverme despacio.

Mor lo ha recogido y me lo ha tendido.

—Más allá muerte —ha dicho el anciano—. Vivir entre, convertir, unir. Juntas. Curada. Fuerza, alcanzar, afectar, siempre segura, siempre fuerte, juntas.

—No —he repetido en voz más baja—. Mira, esto no es lo que quiero. Quizá el invierno pasado, poco después de que ocurriese, lo quería, pero ahora no. Mor lo sabe. Glorfindel lo sabe. He seguido adelante. Han ocurrido cosas. He cambiado. Es posible que me veas como la mitad de una pareja rota y es posible que veas mi muerte como una manera de unir dos cabos sueltos y conseguir más poder para tocar el mundo real, pero yo no lo veo así. Ahora no. Estoy a medio hacer cosas.

—Hacer es hacer —ha dicho, lo que me ha parecido mucho menos tranquilizador que antes—. Ayuda. Unir. Actuar.

Mor ha extendido el cuchillo, con la hoja hacia mí. Había hadas a mi alrededor, hadas tangibles y sustanciales que me empujaban hacia el cuchillo. Sabía que el cuchillo era sustancial. Me había apoyado en él durante semanas como bastón. Había establecido una conexión mágica entre él y yo.

—No, no quiero —he insistido—. Un poco de sangre y de magia para ayudar a Mor, para ayudaros, si sirve de algo, sí, con eso estoy de acuerdo, pero no quiero morir.

¿Qué pensaría Wim? Lo peor era qué pensaría tita Teg, que no tenía ni idea de las hadas y creería que había venido hasta aquí sin decirle nada para suicidarme. ¿Y Daniel?

—No puedo —he repetido.

He intentado andar hacia atrás, alejarme, pero se apretaban contra mí, empujándome hacia delante contra el cuchillo.

—No —he repetido con firmeza.

Estaban a mi alrededor y el cuchillo se hallaba cada vez más cerca, y querían mi sangre, mi vida, tentándome con convertirme en un hada. Si fuera un hada podría ver continuamente la forma de la magia. No habría más dolor ni lágrimas. Comprendería la magia. Estaría con Mor, sería Mor, seríamos una sola persona, unidas. Pero en realidad nunca habíamos sido así, y eso sería el fin. He dado un paso hacia atrás y he empezado a hablar con toda la calma de la que era capaz.

—No. No quiero ser un hada. No quiero unirme a Mor. Quiero vivir y ser una persona. Quiero crecer en el mundo.

La calma ha ayudado, por la misma razón que ayuda la letanía contra el miedo, porque el miedo es algo que la magia usa.

Y el hecho de rechazarlo desde el corazón ha ayudado aún más, porque el otro elemento que estaba utilizando era la parte de mí que quería convertirse en hada, la que siempre lo había querido.

Delante de mí tenía a Mor y el cuchillo, y detrás de ella, la laguna. Estaba rodeada de hadas. He cogido el cuchillo con la mano. Podría ser muchas cosas, pero era madera, y a la madera le gusta arder; arder se encuentra en la sustancia de la madera, es el fuego potencial, el fuego del sol. El sol se estaba poniendo, pero la madera ansia

la llama y yo era una llama, una llama contenida en mi forma durante un instante, que después se ha convertido en una llama grande. La tierra que había aquí conocía el fuego. Aquí habían ardido las llamas del infierno, aquí habían procesado el carbón extraído de las minas para que perdiera su humo y su veneno. El carbón quería arder, sabía arder mejor que la madera. Las hadas han huido de mí, todas excepto Mor, que sostenía el cuchillo en llamas y que a través de él estaba conectada conmigo. Éramos dos grandes formas en llama.

No tenía una hoja de roble y no estábamos cerca de una puerta hacia la muerte, pero yo era fuego y Mor era fuego, y yo tenía el patrón y la quería a ella. Ella no era yo, pero se encontraba en mi corazón y siempre lo estaría.

—Cógelo fuerte, Mor —le he indicado.

Y aunque era una llama, ha sonreído con su sonrisa real, la sonrisa que solía mostrar la mañana del día de Navidad, cuando la abuela estaba viva y nos despertábamos para ver los globos colgados en el salón, lo cual significaba que había venido Papá Noel y había calcetines que esperaban que los abriéramos. He abierto un espacio entre la llama y el lugar donde la muerte encajaba en el patrón y la he empujado por él, junto con el cuchillo, y después he vuelto a cerrarlo y se ha hundido, apagando la llama hasta que he recuperado mi forma.

Seguía ardiendo, seguía siendo una llama, pero sabía cómo parar, cómo regresar a la carne que era mi ser. Sería fácil olvidar y dejar que la transformación me consumiera. He buscado la carne, y con la carne ha llegado el dolor. Ni siquiera tenía quemaduras, pero mi pierna estaba protestando porque soportaba todo mi peso.

Las hadas se habían retirado, pero seguían a mi alrededor. Glorfindel parecía tranquilo y el anciano, enfadado.

—Adiós —me he despedido, y he dado muchos pasos hacia atrás, colina arriba.

El sol se había puesto mientras hablaba y todo eran sombras oscuras. Las hadas se estaban difuminando. Me he dado la vuelta despacio.

Y allí estaba ella, por supuesto, en la calle, bajo el crepúsculo. Tita Gwennie le debió de decir que estaba aquí, y seguramente habría seguido la conmoción de las hadas para descubrir dónde me encontraba.

No ha cambiado nada. Parece una bruja. Tiene el pelo negro, largo y grasiento, la piel oscura, una nariz ganchuda y un lunar en la mejilla. Es imposible encontrar a nadie que encarne mejor a la típica bruja, aunque las Hermanas también son brujas y son impecablemente rubias y campestres. Iba vestida como era típico en ella, es decir, se había puesto las primeras tres prendas que encontró al buscar en el armario. De esta manera se encontraban prendas con carga mágica, o esa era la idea. También se encontraban piezas de ropa que no pegaban ni por casualidad o que no eran las adecuadas para la estación, en este caso un enorme jersey de punto y una fina falda larga y negra.

—Mamá —he dicho en un tono apenas por encima del susurro. Estaba aterrorizada, mucho más que por las hadas y el cuchillo. Siempre le he tenido miedo.

—Siempre te has parecido a mí —ha comentado en un tono normal.

—No —he negado, pero se me ha quebrado la voz y ha salido como un susurro.

—Juntas podríamos hacer tantas cosas... Podría enseñarte tanto...

Recordaba cómo la habíamos atormentado una vez, cuando se hallaba en su momento de mayor locura. Debíamos de tener diez u once años. Me empujó por los escalones de delante de casa porque me había enviado a por tabaco a la tienda y volví con las manos vacías por cuanto no me lo habían querido vender. Estaba sangrando y Mor me ayudó a levantarme, pero en ese instante vimos un ave grande y negra que emprendía el vuelo lentamente desde la entrada del cementerio; probablemente era un grajo, pero a esa edad los llamábamos cuervos a todos. Además, en gaélico se utiliza la misma palabra para ambas especies.

—«Una vez, al filo de una lúgubre media noche» —empezó Mor, y yo me uní a mi hermana, y ella, Liz, mi madre, se refugió en casa y después en su habitación mientras seguíamos recitando en voz cada vez más alta *El cuervo* de Poe.

Yo había visto el patrón del mundo. Había enviado a Mor a donde se supone que van las personas cuando mueren. Había sido una llama. Mi madre, en cambio, era una bruja patética cubierta de retales que había usado tanto la magia para medrar en la vida que ya no le quedaba integridad y no era nada más que una maraña de odios que se consumían en su futilidad. Con la ayuda de las hadas, ya habíamos coartado su poder.

—No tengo nada de qué hablar contigo —he replicado en voz alta, y he dado un paso al frente.

He dado otro paso, lo cual me ha provocado un dolor agudo en la pierna, pero lo he ignorado y también la he ignorado a ella. Sentía que estaba haciendo algo mágico, algo dirigido contra mí, pero mis protecciones, las que había creado en la escuela, han resistido y lo que fuere se ha perdido en el suelo sin causarme ningún daño, de la misma forma como se desvanece el dolor con la acupuntura.

He dado otro paso y he pasado por su lado. Ella ha alargado la mano y me ha asido físicamente. Tiene unas manos que son como garras.

Me he girado y la he mirado. Sus ojos eran terroríficos, como siempre. He respirado hondo.

—Suéltame —he ordenado, y la he apartado.

Ha intentado golpearme y me he dado cuenta de que tenía que hacerlo hacia arriba. Soy más alta que ella. La he empujado, aprovechando la inercia de su propio movimiento y la del movimiento del mundo al girar. Se ha caído. He dado otro paso y la he dejado atrás, colina arriba. No podía correr. Casi no podía ni siquiera andar cojeando, pero he seguido cojeando cuesta arriba.

—¿Cómo te atreves...? —se ha quejado desde donde había caído. Parecía realmente sorprendida.

De nuevo estaba haciendo magia y, como cuando murió Mor, ha enviado formas monstruosas e ilusorias que se arremolinaban a mi alrededor mientras caminaba. Entonces las habíamos ignorado lo mejor que pudimos. Ahora las he cogido y me las he acercado. Eran cosas tristes y huecas cuando se quedaban sin miedo que las alimentara.

He oído el sonido de un desgarró, me he dado la vuelta y he jadeado de horror. Había sacado la edición en un volumen de *El Señor de los Anillos*, que era suya, pero fue la primera que leí, y le ha arrancado una página. La ha arrojado contra mí y se ha convertido en una lanza ardiente mientras volaba entre nosotras dos. Ahora ya estaba lo suficientemente oscuro para iluminarlo todo a nuestro alrededor con unas sombras extrañas. La he esquivado. Ha arrancado otra página. Casi no lo podía soportar. Sé que los libros son solo palabras y que tengo dos ejemplares de *El Señor de los Anillos* que son míos, pero yo quería ese ejemplar y deseaba arrancarle el libro de las manos. Las lanzas no eran tan malas como la violación que estaba cometiendo, ni siquiera lo habrían sido si me hubieran acertado. ¿Cómo podía usar los libros contra mí? Pero me he dado cuenta de que era algo obvio.

Yo podía hacer lo mismo. Me he acercado a los monstruos ilusorios y los he lanzado contra ella. Han cambiado y se han convertido en dragones, en enormes tortugas extraterrestres, en personas vestidas con trajes espaciales y en un chico y una chica vestidos con una armadura y con las espadas desenfundadas, que han formado una barrera entre nosotras, para protegerme, y luego han corrido hacia ella en la oscuridad. He dado un paso más para alejarme cuesta arriba.

Por supuesto, Liz podía ignorar las ilusiones, lo mismo que yo.

Las lanzas seguían llegando. Ahora ya no ardían y eran más difíciles de ver. Debía de haber arrancado un puñado de páginas a la vez y las estaba lanzando con furia. Me he detenido y he buscado el patrón del mundo. Era de papel. El papel era madera, que es fácil de convertir en una lanza, pero ¿qué desea realmente la madera? Una ha pasado tan cerca que he oído el viento que rasgaba, y entonces lo he sabido y me he reído. Era lo que había dicho Mor hacía tanto tiempo. Ni siquiera era difícil. La lanza que era una página se ha convertido en un árbol. Lo mismo ha ocurrido con las demás, las que ya había arrojado y ahora estaban clavadas en el suelo. Durante un momento se han quedado allí, con las raíces en la tierra, las ramas extendidas, roble, fresno y espino, haya, serbal y abeto, árboles maduros y hermosos cubiertos de hojas. Entonces se han empezado a mover cuesta abajo; el bosque de Burnham acercándose a Dunsinane.

—Los ucornos serán útiles —he dicho, con los ojos llenos de lágrimas.

Si amas los libros, ellos te devolverán tu amor.

No eran ilusiones. Eran árboles. Los árboles eran lo que había sido el papel y lo que quería volver a ser. A ella, ya casi no la podía ver entre los árboles. Estaba delirando y me gritaba algo. Las páginas se convertían en árboles en cuanto las arrancaba, e incluso antes. El libro que tenía en las manos se ha convertido en una masa enorme de hiedra y zarzas, que se extendía por todas partes. Toda la desolación que antes ocupara la fornacita se había convertido en un bosque, con las ruinas de la factoría en su corazón. Las hadas se movían entre los árboles. Claro que sí. Una lechuza ha planeado sobre la laguna.

—En ocasiones se tarda un poco más de lo que crees —he comentado.

He seguido andando, subiendo y alejándome de la fornacita. Ella continuaba delirando entre los árboles. Yo he seguido alejándome tan rápido como podía, lo que no era mucho. Ahora ya me hallaba fuera de su alcance. He dado dos pasos más y me he encontrado en la calle.

Una vez allí, podía cogerme a la valla para andar. Ha resultado ser muy útil, casi tan bueno como un bastón. Solo tenía que llegar a la parada del autobús. Mi viejo bastón estaba en casa del abuelo. Entonces me he dado cuenta de que era como la estúpida Fanny Robin en el estúpido relato de Hardy, arrastrándome por la valla, y he empezado a reír tontamente.

Cuando he llegado al final de la valla, junto a la parada del autobús, mientras aún seguía con mi risa tonta, han aparecido delante de mí.

Ha sido una sorpresa ver a Wim, me he asombrado de ver a Daniel (¿cómo lo habría hecho para escaparse?) y me he quedado totalmente atónita al ver a Sam. Parecía como si los tres hubieran surgido de la nada como la Santísima Trinidad, aunque la explicación era bastante sencilla. Wim decidió venir y telefoneó a Daniel, quien a su vez había llamado a Sam. No me habían visto convertida en llama y transformando las páginas en árboles, al menos Daniel. Creo que Wim había visto algo de reajo, pero ignoraba lo que había visto Sam, que solo sonreía.

Al final no los había necesitado, pero era encantador tenerlos allí.

Miércoles, 20 de febrero de 1980

Fuimos en coche a recoger mi bastón y después, todos juntos a Fedw Hir para ver al abuelo. No va a perdonar a Daniel en un futuro próximo, pero así son las cosas. Tita Teg preparó la cena para todos, con mi ayuda, y decidimos pasar la noche en casa del abuelo, porque en el piso no hay sitio. Fue como uno de esos sueños en los cuales todo el mundo está en el lugar equivocado. Al abuelo le gustó Wim. Siempre quiso tener un hijo. Y a Wim le cae realmente bien Sam. Resulta tan extraño tenerlos a todos aquí...

Y aquí estoy, sigo viva y sigo en el mundo. Y mi intención es seguir viva y en el mundo... bueno, hasta que me muera. En Pascua iré a Glasgow y veré cómo son los aficionados a la ciencia ficción. El próximo junio me presentaré a los exámenes, los aprobaré y sacaré buenas notas. Después superaré los A Levels lo mejor que pueda e iré a la universidad. Viviré, leeré y tendré amigos, un *karass*, gente con quien hablar. Creceré, cambiaré y seré yo misma. Seré socia de las bibliotecas allí donde vaya. Al final, tal vez perteneceré a bibliotecas de otros planetas. Hablaré con las hadas cuando las vea y haré magia si se presenta la ocasión y con eso evito un daño... No voy a olvidar nada. Pero no la utilizaré para hacer trampas, para convertir mi vida en algo irreal o para actuar contra el patrón del mundo. Ocurrirán cosas que no puedo imaginar. Cambiaré y creceré en un futuro que será diferente del pasado hasta un punto unimaginable. Estaré viva. Seré yo. Leeré mi libro. Nunca hundiré mis libros en el agua ni romperé mi cayado. Aprenderé mientras viva. Al final me encontraré con la muerte y moriré, y a través de la muerte pasaré a una vida nueva, o al cielo, o a lo desconocido, como se supone que les ocurre a las personas cuando mueren. Moriré, me pudriré y devolveré mis células a la vida, al patrón, sea cual sea el planeta en el que me encuentre en ese momento.

Esto es la vida, y así es como pretendo vivirla.

La puerta de Ivrel ha resultado ser brillante.

Agradecimientos

Querría expresar mi agradecimiento a tía Jane, que aceptó como una verdad demostrada que yo iba a crecer y a escribir, y a su hija Sue, ahora Ashwell, que me regaló *El Hobbit* y la trilogía de Terramar de Le Guin. También me siento muy agradecida a la señora Morris, mi maestra de galés, que se ha preocupado por mí durante treinta años.

Mary Lace y Patrick Nielsen me animaron mientras estaba escribiendo. Mis corresponsales en *Livejournal* han sido estupendos al proporcionarme diversas informaciones que necesitaba, en especial Mike Scott, porque sin él esto habría sido imposible. Hay gente que tiene ayudantes de investigación a tiempo completo que no son tan rápidos ni están tan bien informados como él. Gracias de nuevo, Mike.

Emma O'Brien, Sasha Walton y, con bastante frecuencia, Alexandra Whitebean me acompañaron mientras estaba escribiendo. Alter Reiss me compró un portátil DOS para que pudiera seguir escribiendo, y Janet M. Kegg le encontró una batería. Mi vecino René Walling dio con el título para este libro. Tengo los mejores amigos. En serio.

Luise Mallory, Caroline-Isabelle Carón, David Dyer-Bennett, Farah Mendlesohn, Edward James, Mike Scott, Janet Kegg, David Goldfarb, Rivka Wald, Sherwood Smith, Sylvia Rachel Hunter y Beth Meacham leyeron el libro una vez acabado e hicieron comentarios muy útiles. Liz Gorinsky y la gente tan trabajadora de producción y publicidad de Tor siempre realizan una gran labor al revisar con atención mis libros y al ayudar a que lleguen a manos del lector.

La gente te dice que escribas sobre lo que conoces, pero he descubierto que escribir sobre lo que conoces es mucho más difícil que inventarlo. Resulta más fácil investigar sobre un periodo histórico que sobre tu propia vida, y es mucho más fácil manejar las cosas que tienen un poco menos de peso emocional y de las que te sientes algo más alejada. ¡Este es un consejo terrible! Por eso descubrirá que no existen lugares como los valles galeses, ni hay carbón en sus entrañas, ni autobuses rojos yendo de un lado a otro; nunca existió un año como 1979, ni la edad de quince años, ni un planeta como la Tierra. En cambio, las hadas sí son reales.

Notas

[¹] En la mitología gaélica, este término puede designar un voto o juramento, pero también un tabú o una prohibición. Aquí se utiliza en este segundo sentido. (*N. del t.*)

<<

[2] En galés en el original: «valle». (*N. del t.*) <<

[3] Canción de 1965 interpretada por Rolf Harris, que cuenta la historia de un hombre con tres piernas. En su momento fue un gran éxito. (*N. del t.*) <<

[4] Literalmente: bosque del cazador furtivo. (*N. del t.*) <<

[5] En el sistema educativo británico, son dos cursos de acceso a la universidad, que pueden formar parte del bachillerato o estudiarse de forma independiente. (*N. del t.*)

<<

[6] Serial radiofónico dramatizado de la BBC, ambientado en el mundo rural; iniciado en mayo de 1950, aún se sigue emitiendo en la actualidad. (*N. del t.*) <<

[7] Michael Flanders y Donald Swann formaron un dúo cómico muy famoso en el Reino Unido durante los años cincuenta y sesenta. Richard Beeching fue presidente de British Railways en los sesenta, muy conocido por su informe para la reestructuración de la red ferroviaria británica que llevó al cierre por motivos económicos de más de 6.000 kilómetros de líneas férreas. (N. del t.) <<

[8] Literalmente, dos pisos. Popular barrita de chocolate que recibe ese nombre por los autobuses de dos pisos típicos de Londres. (*N. del t.*) <<